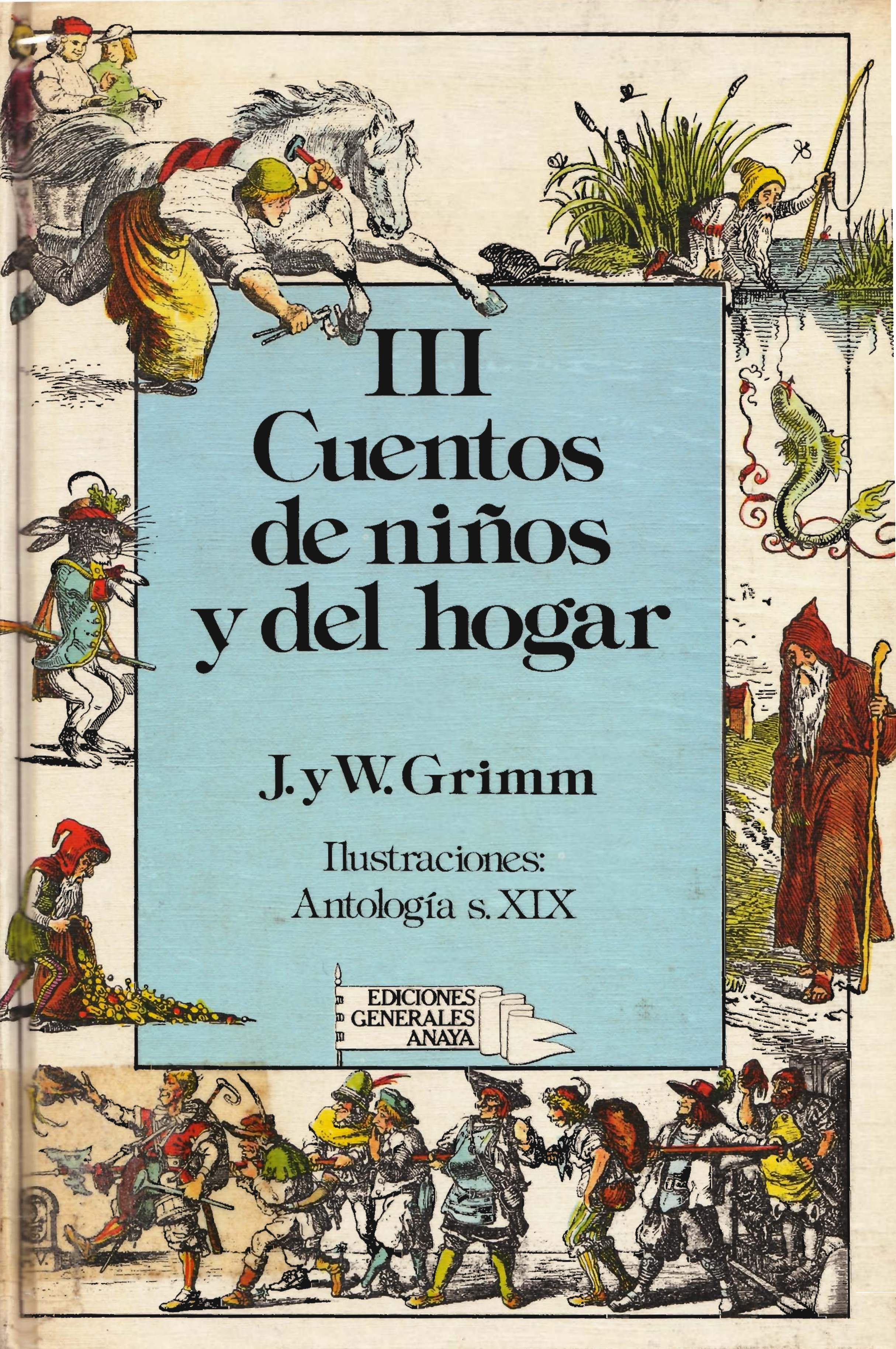


III Cuentos de niños y del hogar

J. y W. Grimm

Ilustraciones: Antología s. XIX

EDICIONES GENERALES ANAYA



Wilhelm Carl Grimm (1786-1859) y Jacob Ludwig Carl Grimm (1785-1863)



III
Cuentos de niños y del hogar

J. y W. Grimm

Traducción y Apéndice:

María Antonia Seijo Castroviejo

Ilustración:

Rudi Geissler, Eduard Ille, Johann Peter Lyser, Franz Pocci, Ferdinand Rothbart y Carl Trost

EDICIONES GENERALES ANAYA

La presente obra es traducción directa e íntegra de la séptima edición completa de los Cuentos de niños y del hogar, *Berlín, 1857. Las ilustraciones de este volumen corresponden a los siguientes ilustradores del siglo* XIX: *Eduard Ille (1823-1900):* Los siete suabos; *Carl Trost (1810-1844):* Los tres hermanos, *Franz Pocci (1807-1866):* El pastorcillo, Blancanieves y Rosarroja *y* La pobreza y la humildad van al cielo; *Ferdinand Rothbart (1823-1899):* Los táleros de las estrellas; *Johann Peter Lyser (1803-1870):* La liebre y el erizo, *y Rudi Geissler (1834-1906):* Las tres ramas verdes.

Cubierta: José María Ponce

Grabado de los autores: Franz Hanfstängl, según dibujo de Ludwig Emil Grimm

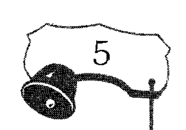
Título original:

Kinder- und Hausmärchen, Berlín, 1812-1857

Villafranca, 22. 28028 Madrid

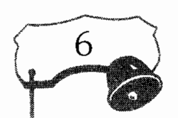
1.ª edición, marzo 1986

ISBN: 84-7525-302-4 (Obra completa)
ISBN: 84-7525-341-5 (Volumen III)
Depósito Legal: M. 8.833-1986
Impreso en Lavel
Los Llanos, nave 6
Humanes (Madrid)
Printed in Spain

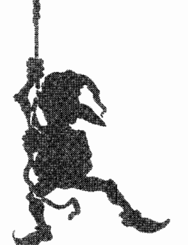


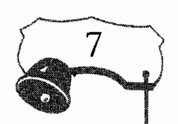
*Indice**

* Con este volumen concluye la presente edición de los *Cuentos completos* de los hermanos Grimm.



Cuentos de niños y del hogar





Vocabulario *

Alcaraván: Ave zancuda de unos setenta centímetros de altura, con cuello muy largo y cola pequeña, torso amarillo, vientre blanco, alas blanquinegras, cuerpo rojo y cabeza de color negro verdoso.

Alforfón: Trigo sarraceno. Sus flores son de color blanco rosado.

Buxtehude: Ciudad cercana a Hamburgo.

Cañón: Parte córnea y hueca de la pluma del ave.

Correhuela: Planta rastrera o trepadora, con hojas en forma de alabarda o saeta. Las flores, blancas o moradas, tienen forma de embudo.

Endrino: Ciruelo silvestre.

Eneke, Beneke: Especie de fórmula mágica, similar a nuestra «Abracadabra».

Espetón: Hierro largo y delgado en que se ensarta la carne que se va a asar.

Fanega: Medida de capacidad para granos, legumbres, etc., que en Castilla tenía doce celemines y equivalía a cincuenta y cinco litros y medio.

Filloa: Especie de tortilla que se hace con harina, yemas de huevo batidas y un poco de leche. El nombre elegido para la traducción corresponde a una especialidad culinaria gallega.

Florín: Moneda de plata, equivalente al escudo español; usada antiguamente en Austria y en Holanda, llevaba marcada una flor de lis.

Gario: Especie de horca o bieldo metálico para recoger basuras.

Gnomo: En la mitología germánica, enano fantástico, guardián de la Tierra y sus tesoros.

Gobio: Pez de río de pequeño tamaño, alargado, de unos quince centímetros de longitud. Su dorso ofrece reflejos amarillos, pardos y azules.

Grifo: Pájaro fabuloso con el cuerpo de león, y garras, alas y cabeza de águila. En la mitología griega acompañaba a Apolo como animal sagrado.

Landa: Gran extensión de tierra llana en que sólo se crían plantas silvestres.

Liese: Forma familiar de Isabel.

Lucio: Pez semejante a la perca, de cerca de metro y medio de largo, cabeza en punta, cuerpo comprimido de color verdoso con rayas verticales pardas, aletas fuertes y cola triangular. Vive en ríos y lagos y se alimenta de peces y batracios, y su carne es muy apreciada.

Macaco: Mono catarrino de estatura media, robusto, pulgar corto y cola siempre colgante y no levantada.

Mijo: Planta gramínea de tallo robusto y grano pequeño y amarillento.

Mosela: Río franco-alemán, afluente del Rin.

Ollar: Cada uno de los dos orificios de la nariz de las caballerías.

Ondina: Ninfa, ser imaginario que se decía habitaba en las profundidades de las aguas. Parece originario de las mitologías germánica y escandinava.

Orca: Cetáceo de unos diez metros de largo, con cabeza redondeada, boca rasgada con veinte o veinticinco dientes en cada mandíbula y cola de más de un metro de anchura. Vive en los mares del norte y persigue a las focas y ballenas.

Perca: Pez de unos dieciséis centímetros de largo, de cuerpo oblongo, cubierto de escamas duras, verdoso en el lomo y dorado en el vientre, con franjas negruzcas en el costado, de carne delicada y comestible.

Pfennig: Céntimo, centésima parte del marco alemán.

Pif Paf Poltrie: Es posible que el nombre de Pif Paf Poltrie sea una especie de onomatopeya relacionada con el ruido que se produce al hacer una escoba.

Platija: Pez parecido al lenguado, pero con escamas más fuertes y unidas, y color pardo con manchas amarillentas en la cara superior.

Prímula: Primavera, planta herbácea vivaz, de hojas en rosetas y flores solitarias o agrupadas en umbrelas.

Quintal: Antigua unidad de peso, cuyo valor oscilaba, según regiones, entre unos cuarenta y cincuenta kilogramos. El quintal métrico equivale a cien kilogramos.

Reyezuelo: Pájaro pequeño y rechoncho, de pico corto y delgado, con la cabeza amarilla bordeada de negro y plumaje verde oliváceo con franjas blancas en las alas.

Rueca: Aparato para hilar.

Serbal: Planta arbórea, que puede alcanzar hasta diez metros de altura, de tronco recto, ramas gruesas, copa abierta, hojas compuestas, flores blancas, pequeñas, agrupadas en corimbos axilares, y fruto (serba) comestible.

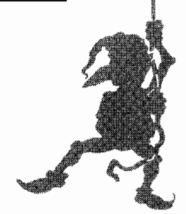
Soist: Río alemán, afluente del Elba.

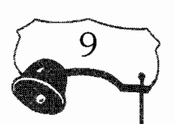
Suabo: Natural de Suabia, región alemana al O de Baviera.

Tálero: Antigua moneda de plata.

Werra: Río alemán afluente del Elba.

* En este vocabulario figuran las palabras que en el texto aparecen con asterisco.







Los siete suabos *

Había una vez siete suabos que decidieron recorrer el mundo en busca de aventuras, llevando a cabo grandes hazañas. El primero era el señor Schulz, el segundo se llamaba Jackli, el tercero Marli, el cuarto Jergli, el quinto Michal, el sexto Hans y el séptimo Veitli. Para ir bien armados y seguros convinieron entre sí que harían solamente una lanza, pero que fuera larga y fuerte. Cogieron la lanza entre todos: el más valiente y viril, que era el señor Schulz, se puso delante; los otros se colocaron uno detrás de otro y el último iba Veitli.

Un día, durante el mes de la siega, habían recorrido un largo camino y, cuando todavía les faltaba un buen trecho para el pueblo en el que querían pasar la noche, sucedió que al atardecer, en una pradera, un gran avispón voló ante un arbusto no lejos de ellos y zumbó de manera poco agradable. El señor Schulz se asustó de tal manera que casi deja caer la lanza, mientras un sudor frío le corría por todo el cuerpo.

—¡Escuchad! —dijo a sus colegas—. ¡Santo Dios, se oye un tambor!

A Jackli, que sostenía la lanza detrás de él, no sé qué clase de olor le llegó a la nariz, y dijo:

—No hay duda, algo ocurre, pues huele a pólvora y a mecha.

Al oír estas palabras, el señor Schulz salió corriendo y en un momento saltó por una valla, pero saltó precisamente encima de las púas de un rastrillo que había quedado allí después de la siega, e inesperadamente el mango del rastrillo le dio un buen golpe en la cara.

—¡Ay, ay! —dijo el señor Schulz—. Soy tu prisionero. Me rindo, me rindo.

Los otros seis saltaron uno tras otro en aquella dirección, gritando:

—Si tú te rindes, me rindo yo también.

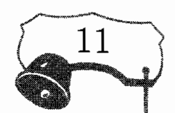
Finalmente, al ver que no había ningún enemigo que los atara y se los llevase de allí, se dieron cuenta de que se habían confundido y, para que la historia no llegara a oídos de nadie y no se convirtieran en el hazmerreír de la gente, se prometieron entre sí permanecer callados hasta que uno inesperadamente abriera el pico.

Acto seguido prosiguieron su camino. El segundo peligro que tuvieron que arrostrar no puede compararse con el primero. Pocos días después su camino los llevó por un barbecho; de pronto se encontraron con una liebre tumbada al sol: estaba durmiendo, tenía las orejas en punta, y sus grandes ojos vidriosos miraban fijamente. Todos se asustaron a la vista del cruel y salvaje animal y deliberaron qué podrían hacer que fuera menos peligroso. Pues si huían, era de esperar que el monstruo los siguiera y se los comiera sin dejar rastro. Así que dijeron:

—Habrá que mantener una lucha dura y encarnizada, y cuanto antes, mejor.

Los siete cogieron la lanza, el señor Schulz delante y Veitli detrás. El señor Schulz quería sostener quieta la lanza todavía, pero Veitli, que detrás se sentía muy valiente, quiso atacar y gritó:





—¡Atacad, por *to'los* suabos;
si no lo hacéis, ojalá
que os quedaseis todos mancos!

Pero Hans supo responderle, diciendo:

—¡Eh, tú, no seas bocazas,
que, estando el último, mal
vas a dar al bicho caza!

Michal gritó:

—¡No nos va a faltar ni un pelo,
para que a ese gran demonio
le arranquemos el pellejo!

Entonces le tocó el turno a Jergli y dijo:

—¡Vamos, compañeros, vamos,
que, si no es él, es su madre
y, si no, la suegra del diablo!

Marli tuvo una buena idea y le dijo a Veitli:

—¡Venga, Veitli, avanza, avanza,
que yo iré detrás de ti
empujándote la lanza!

Veitli no le hizo caso y dijo:

—Schulz ha de ser el primero:
le corresponde el honor
de embestir y dar ejemplo.

Entonces el señor Schulz, tomando ánimos, dijo en serio:



—¡Con arrojo a la batalla,
que en esto se reconoce
a la gente con agallas!

Entonces todos juntos se lanzaron contra el dragón. El señor Schulz se santiguó y pidió a Dios ayuda, pero como ésta no llegaba y el peligro se acercaba cada vez más, gritó muerto de miedo:

—¡Ay, ayayay, ay!

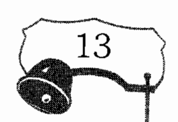
Al oír esto, la liebre se despertó, se asustó y salió corriendo. Cuando el señor Schulz la vio tan huidiza, gritó lleno de alegría:

—¡Eh, Veitli! ¿Qué te parece?
¡Rayos y truenos, resulta
que el monstruo es sólo una liebre!

La liga de los suabos siguió buscando aventuras y llegó al Mosela*, una corriente tranquila, profunda y llena de musgos, sobre la que no hay muchos puentes, sino que en muchos sitios es preciso atravesarla en barco. Los siete suabos estaban al tanto de esto, y así, le gritaron a un hombre, que al otro lado de la corriente llevaba a cabo su cometido, cómo se podía cruzar. El hombre, a causa de la distancia y de su lengua, no entendía lo que querían y preguntó en su dialecto de Tréveris:

—¿Qué pasa, qué pasa?



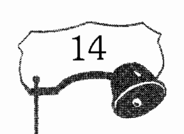


El señor Schulz creyó que decía: «Pasa por el agua, pasa», y, como era el primero, empezó a atravesar el Mosela. Pronto se hundió en el lodo y en las olas profundas, pero su sombrero se lo llevó el viento a la otra orila y un sapo se sentó encima y croó: «¡Quec, quec, quec!» Los otros seis lo oyeron en la otra orilla y dijeron:

—Nuestro colega el señor Schulz nos llama; si ha podido pasar él, también podremos nosotros.

Todos saltaron al agua y se ahogaron, de modo que un sapo les quitó la vida a los seis y nadie de la liga de los suabos regresó a casa con vida.





Los tres mozalbetes artesanos

Había una vez tres mozalbetes artesanos, que decidieron estar siempre unidos en sus aventuras y trabajar siempre en la ciudad; pero pronto empezaron a no ganar nada con su maestro, de tal manera que al fin se vieron sin fondos y sin tener con qué vivir. Entonces dijo uno:

—¿Qué vamos a hacer? Aquí no podemos seguir más tiempo. Tenemos que irnos y, si en la próxima ciudad tampoco encontramos trabajo, le diremos al posadero que le escribiremos dónde nos hospedamos, para poder tener noticias uno del otro cuando nos separemos.

Se pusieron en marcha, y en el camino les salió al paso un hombre lujosamente vestido que les preguntó quiénes eran.

—Somos artesanos y buscamos trabajo; siempre hemos estado juntos, pero si no encontramos nada, nos separaremos.

—Eso no es problema —dijo el hombre—. Si hacéis lo que yo os diga, no os faltará dinero ni trabajo; os convertiréis en grandes señores y viajaréis en carroza.

Uno dijo:

—Si no daña a mi alma y a mi salvación, lo haremos.

—No —dijo el hombre—, yo no tengo nada que ver con vosotros.

Pero el otro le había mirado a los pies y, al ver una pata de caballo y un pie de hombre, no quiso comprometerse con él.

El diablo, sin embargo, dijo:

—Tranquilos, que yo no quiero nada de vosotros. Mi objetivo es otra alma: ya es casi mía y sólo tiene que colmar la medida.

Cuando estuvieron seguros, aceptaron, y el diablo les dijo lo que exigía: el primero tendría que responder a lo que le preguntaran: «Sí, los tres»; el segundo: «Por dinero», y el tercero: «Es lo que hay que hacer». Siempre deberían responder lo mismo, uno tras otro, pero luego no podrían pronunciar ni una palabra; si no cumplían la promesa, desaparecería todo el dinero del bolsillo; pero, mientras la cumpliesen, tendrían los bolsillos siempre llenos.

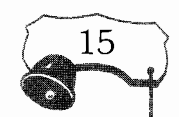
Les dio tanto como podían cargar y los encaminó a la ciudad y a la posada. Entraron, y el posadero les salió al encuentro y dijo:

—¿Queréis algo de comer?

El primero contestó:

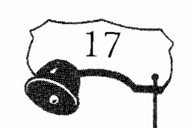
—Sí, los tres.

—Eso ya me lo imaginaba —dijo el posadero.



El segundo:
—Por dinero.
—Naturalmente, eso se da por supuesto —dijo el posadero.
El tercero:
—Es lo que hay que hacer.
—Claro que lo es —dijo el posadero.
Les trajeron una buena comida y bebida y bien servida. Después de comer, el posadero les presentó la factura y el uno dijo:
—Sí, los tres.
El segundo:
—Por dinero.
El tercero:
—Es lo que hay que hacer.
—Claro que sí —dijo el posadero—. Los tres pagan, porque sin dinero no doy nada.
Sin embargo, pagaron más de lo exigido. Los huéspedes, que estaban observando, dijeron:
—Esos están locos.
—Sí que lo están, sí —dijo el posadero—. Verdaderamente no están en sus cabales.
Estuvieron largo tiempo en la posada y nunca decían más que: «Sí, los tres. Por dinero. Es lo que hay que hacer.»
Sin embargo veían y sabían todo lo que pasaba. Sucedió que un rico comerciante llegó con mucho dinero, y dijo:
—Señor posadero, guárdeme mi dinero, que están ahí esos tres locos mozalbetes; no sea que se les ocurra robarme.
El posadero hizo lo que le pedía. Pero, cuando llevaba el saco a su habitación, se dio cuenta de que estaba repleto de oro. Entonces preparó a los tres artesanos un lecho en el piso de abajo, y al comerciante le destinó arriba una habitación especial.
Cuando llegó la media noche y el posadero pensó que todos dormían, fue con su mujer y mataron al rico comerciante con un hacha de partir leña. Después de perpetrado el crimen, se echaron a dormir. A la mañana siguiente se produjo un gran alboroto: el comerciante estaba muerto en la cama nadando en su propia sangre. Todos los huéspedes se reunieron y el posadero dijo:
—Esto lo han hecho los tres artesanos locos.
Los huéspedes asintieron y dijeron:
—No puede haber sido nadie más.
El posadero los llamó y dijo:
—¿Habéis matado vosotros al comerciante?
—Sí, los tres —dijo el primero.

—Por dinero —dijo el segundo.
—Es lo que hay que hacer —dijo el tercero.
—Ya lo oís —dijo el posadero—. Convictos y confesos.
Fueron llevados a prisión para ser juzgados. Cuando vieron que la cosa iba en serio, les entró miedo, pero por la noche apareció el diablo y dijo:
—Aguantad un día más y no dilapidéis vuestra suerte, que no os tocarán un pelo.
A la mañana siguiente fueron llevados ante el tribunal.
—¿Sois vosotros los asesinos?
—Sí, los tres.
—¿Por qué habéis matado al comerciante?
—Por dinero.
—¡Malvados! —dijo el juez—. ¿No os horrorizáis de vuestro pecado?
—Es lo que hay que hacer.
—Lo han reconocido y encima se obstinan en ello —dijo el juez—. Conducidlos rápidamente a la muerte.
Entonces fueron conducidos al cadalso y el posadero los acompañó. Estando ya en manos de los ayudantes del verdugo y el verdugo con la espada desnuda, llegó de pronto una carroza tirada por cuatro zorros rojos como la sangre, a tal velocidad que saltaban chispas de las piedras. Desde la ventanilla, uno hacía señales con un pañuelo blanco. Entonces el verdugo dijo:
—Viene el perdón.
Y desde el carro gritaron:
—Perdón, perdón.
Luego salió el diablo como un elegante señor, lujosamente vestido, y dijo:
—Vosotros tres sois inocentes. Ya podéis hablar y decir lo que habéis visto y oído.
A esto contestó el mayor:
—Nosotros no hemos matado al comerciante. Ese es el asesino.
Y señaló al posadero.
—Como prueba id al sótano, donde hay colgados muchos otros a los que les ha quitado la vida.
Entonces el juez envió a los ayudantes del verdugo, que encontraron todo como les habían dicho. Informaron al juez, el cual hizo venir al posadero y mandó que le cortaran la cabeza. Entonces el diablo les dijo a los tres:
—Ya tengo el alma que quería. Vosotros estáis libres y tenéis dinero para todos los días de vuestra vida.



El príncipe que no temía a nada

Había una vez un príncipe que no le gustaba estar en su casa, y como no tenía miedo de nada, pensó: «Iré por el ancho mundo y así no me aburriré y además podré ver cosas sorprendentes.»

Así pues, se despidió de sus padres y anduvo de la mañana a la tarde sin preocuparse de dónde le conducía el camino. Sucedió que llegó ante la casa de un gigante y, como estaba muy cansado, se sentó a la puerta a descansar. Dirigió su mirada a un lado y a otro y vio que en el patio del gigante había un juego de bolos: las bolas eran muy grandes, y los bolos como un hombre. De pronto le entraron ganas de jugar, colocó los bolos y tiró las bolas: cuando caían los bolos gritaba y chillaba de buen humor.

El gigante oyó el ruido, se asomó a la ventana y vio un hombre de tamaño normal, que, sin embargo, jugaba con sus bolos.

—¡Eh, gusano! —gritó—. ¿Qué haces jugando con mis bolos? ¿Quién te ha dado la fuerza suficiente para ello?

El príncipe levantó la vista, contempló al gigante y dijo:

—¡Tú, petardo! ¿Es que te crees que eres el único que tiene brazos fuertes? Yo hago todo lo que se me antoja.

El gigante bajó, observó el juego de bolos totalmente asombrado y dijo:

—Tú, hijo de hombre, si eres de esa clase, ve y tráeme una manzana del árbol de la vida.

—¿Y qué quieres hacer con ella?

—No quiero la manzana para mí —contestó el gigante—, pero la quiere mi prometida y, aunque he viajado por todo el mundo, no he encontrado el árbol.

—Yo la encontraré —dijo el príncipe—, y no veo quién va a impedirme que coja la manzana.

—¿Crees que es tan fácil? —repuso el gigante—. El árbol está en un jardín rodeado de una verja de acero, ante la que hay animales salvajes montando guardia y no dejan entrar a nadie.

—A mí seguro que me dejan —dijo el príncipe.

—Bien, aunque logres entrar en el jardín y veas la manzana colgada en el árbol, eso no quiere decir que sea tuya. Antes hay un aro por el que hay que meter la mano para alcanzar la manzana, y hasta ahora no lo ha conseguido nadie.

—Yo lo conseguiré —dijo el príncipe.

Se despidió del gigante y partió por el ancho mundo hasta que llegó al jardín maravilloso. Los animales estaban allí tumba-

dos, tenían la cabeza agachada y dormían. Pasó por encima de ellos sin que se despertaran, trepó por la verja y llegó felizmente al jardín. Allí, en medio, estaba el árbol de la vida, y las rojas manzanas lucían en sus ramas. Trepó por el tronco a las alturas y, al ir a coger la manzana, vio colgada ante ella un aro, pero él metió la mano sin problema por el centro, y cortó la manzana. El aro se cerró fuertemente alrededor de su brazo, y él sintió de pronto que una enorme fuerza circulaba por sus venas. Bajó del árbol, y ya no quiso trepar por la verja, sino que agarró la gran puerta y, sacudiéndola sólo una vez, se abrió estrepitosamente. Salió, y el león que había allí sentado se despertó y lo siguió, pero no furioso ni salvaje, sino humildemente como a su amo.

El príncipe le llevó al gigante la manzana prometida y dijo:

—Ya ves, la he cogido sin el menor esfuerzo.

El gigante se alegró de que su deseo se hubiera realizado tan pronto. Se apresuró a ir a ver a su novia y le dio la manzana que ella le había exigido. Era una doncella hermosa e inteligente y, al no ver el aro en su brazo, dijo:

—No creeré que has cogido la manzana hasta que no vea el aro en tu brazo.

—No tengo más que ir a casa y cogerlo —dijo el gigante.

Pensó que sería fácil quitárselo al hombrecillo por fuerza si no se lo daba de grado. Le exigió el aro, pero el príncipe se negó.

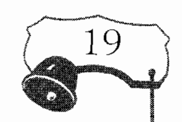
—Donde está la manzana debe estar el aro —dijo el gigante—. Si no me lo das de buen grado, tendrás que luchar conmigo.

Lucharon durante largo tiempo, pero el gigante no conseguía vencer al príncipe, porque le daba fuerzas el anillo. Entonces el gigante ideó una argucia y dijo:

—He entrado en calor con la pelea y tú también. Vamos a bañarnos al río y a refrescarnos antes de que empecemos de nuevo.

El príncipe, que no sospechaba la falsedad, se fue con él al agua, se quitó las vestiduras y el aro y saltó al río. Rápidamente, el gigante cogió el aro y salió huyendo, pero el león, que había observado el robo, salió detrás del gigante, le arrancó el aro de la mano y se lo devolvió a su amo. Entonces el gigante se escondió detrás de una encina y, cuando el príncipe estaba entretenido vistiéndose, le atacó y le sacó los ojos.

El pobre príncipe se quedó allí, ciego, y sin poder valerse. Entonces se presentó el gigante y, ofreciéndose para guiarlo, lo llevó a la cima de una gran roca. Luego lo dejó allí y pensó: «Dos pasos más y se matará al desplomarse; así podré quitarle el aro.» Pero el fiel león, que no había abandonado a su amo, lo sujetó por la



ropa y poco a poco lo hizo retroceder. Cuando fue el gigante a despojar al muerto, vio que su treta no había dado resultado.

«¿Es que no hay manera de perder a un débil hijo de hombre?», se dijo furioso. Volvió a coger al príncipe y por otro camino lo condujo de nuevo al abismo, pero el león, que se dio cuenta de las malas intenciones, ayudó otra vez a su amo a salir del peligro. Cuando casi habían llegado al borde, soltó el gigante la mano del ciego y quiso dejarlo solo, pero el león empujó al gigante, que se desplomó y cayó a tierra deshecho.

El fiel animal hizo retroceder a su amo y, apartándolo del abismo, lo llevó hasta un árbol al lado del cual corría un arroyo claro. El príncipe se sentó allí, el león se tumbó y le hizo saltar agua a la cara con la pata. Apenas habían rozado dos gotitas de agua las cuencas de los ojos, pudo ver algo y observó a un pajarito que volaba muy próximo y que chocó contra el tronco de un árbol; pero bajó al agua, se bañó, y, remontando el vuelo, pasó sin chocar entre los árboles, como si hubiera recobrado la vista. Entonces el príncipe conoció la señal divina, se inclinó y se lavó los ojos. Al incorporarse, tenía sus ojos tan limpios y tan claros como no habían estado nunca antes.

El príncipe dio las gracias al cielo por la enorme gracia y partió a dar una vuelta por el mundo. Acaeció entonces que llegó ante un palacio encantado. A la puerta había una doncella de hermosa figura y bello rostro, pero totalmente negra. Ella le dijo:

—¡Ay! ¡Si pudieras librarme del mal encantamiento que pesa sobre mí!

—¿Qué tengo que hacer? —dijo el príncipe.

—Pasar tres noches en el salón del palacio encantado, sin que ningún miedo oprima tu corazón —contestó la doncella—. Si cuando te torturen fuertemente lo aguantas sin decir palabra, entonces estaré liberada. La vida no podrán quitártela.

El príncipe exclamó:

—No temo a nada. Lo intentaré con la ayuda de Dios.

Así que se dirigió alegremente al palacio y, en cuanto oscureció, se sentó en la gran sala y esperó. Hasta medianoche no hubo el más mínimo ruido, pero en ese momento se produjo un enorme estrépito y de todos los rincones y esquinas empezaron a surgir diablillos. Hicieron como si no lo hubieran visto, se sentaron en medio de la sala, prendieron fuego y comenzaron a jugar. Cuando uno perdía, decía:

—No es justo, aquí hay uno que no es de los nuestros y que tiene la culpa de que yo pierda.

—Espera, yo voy detrás de la estufa —decía otro.

Los gritos eran cada vez más fuertes, y llegó un momento en que era imposible soportarlos. El príncipe siguió sentado tranquilamente sin tener miedo, pero al fin los diablos se lanzaron sobre él, y eran tantos que no podía defenderse. Le ataron al suelo, le pellizcaron, le pincharon, le pegaron y le maltrataron, pero él no pronunció ni una palabra. Aproximadamente hacia el amanecer desaparecieron. Estaba tan agotado que no podía mover pie ni mano, pero cuando se hizo de día entró la doncella negra y se acercó a él. Llevaba en la mano una botellita con agua de la vida; lo lavó y el príncipe sintió rápidamente cómo desaparecían sus dolores, y sus arterias se veían de nuevo llenas de fuerza. Ella dijo:

—Has pasado felizmente una noche, pero aún te quedan dos.

Luego ella se fue y, al marcharse, él se dio cuenta de que sus pies se habían vuelto blancos.

A la noche siguiente llegaron los diablos y comenzaron de nuevo su juego; se lanzaron sobre el príncipe y le pegaron más fuerte que la noche anterior, de tal manera que su cuerpo estaba lleno de heridas. Pero él lo aguantó todo en silencio, y tuvieron que dejarlo. Al amanecer apareció la doncella y le curó con el agua de la vida. Cuando se fue vio con gozo que ella se había vuelto blanca hasta la punta de los dedos.

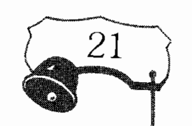
Ya sólo le quedaba que soportar una noche, pero era la peor. La banda de negros llegó gritando:

—¿Estás ahí todavía? Vamos a martirizarte hasta que te falte el aliento.

Le pincharon y le golpearon, le lanzaron de un lado a otro y le tiraron de los brazos y las piernas como si fueran a descoyuntarlo; él soportó todo y no pronunció ni una palabra. Finalmente, desaparecieron los diablos, pero él yacía allí sin sentido y sin moverse; ni siquiera pudo abrir los ojos para ver a la doncella que llegaba y le rociaba con agua de la vida. De pronto se vio libre de todos los dolores y se sintió sano y salvo, como si hubiera despertado de un sueño, y cuando abrió los ojos vio a la doncella ante sí, blanca como la nieve y hermosa como la luz de la mañana.

—Levántate —dijo ella— y blande tu espada tres veces en la escalera, y así se verá desencantado todo.

Y en cuanto él hubo hecho esto, el palacio se vio liberado del encantamiento. La doncella resultó ser una rica princesa. Los servidores llegaron y dijeron que en el salón estaba preparada la mesa y servidas las viandas. Entonces se sentaron, comieron y bebieron juntos y por la tarde se celebró la boda con gran regocijo.



La ensalada de asno

Había una vez un joven cazador, que fue al bosque y se puso al acecho. Tenía un corazón alegre y joven y, mientras se dirigía allí, cantando a la buena de Dios, llegó una anciana vieja y fea, que le habló así:

—Buen cazador, tú te sientes alegre y divertido, mientras yo padezco hambre y sed. Dame una limosna.

Al pobre cazador le dio tanta lástima la anciana, que metió la mano en el bolsillo y le dio lo que pudo. Quiso seguir su camino, pero la vieja lo detuvo diciendo:

—Atiende, buen cazador: por tu buen corazón quiero hacerte un regalo. Siguiendo tu camino, dentro de poco llegarás a un árbol; en él hay siete pájaros que tienen entre las garras un abrigo y se pelean por él. Carga tu escopeta y dispárales; dejarán caer el abrigo desde luego, pero también darás a un pájaro, que caerá muerto. Llévate el abrigo, porque es un abrigo maravilloso. No tienes más que echártelo a la espalda y desear trasladarte a un lugar, para que en un momento estés allí. Del pájaro muerto toma el corazón y cométela entero, y así cada mañana, al levantarte, encontrarás una pieza de oro debajo de tu almohada.

El cazador dio las gracias a la sabia mujer y pensó: «Cosas muy hermosas ha prometido. ¡Si todo sucediera así!

No había dado cien pasos cuando entre las ramas de un árbol oyó gritos y cantos: levantó la vista y vio una bandada de pájaros que estaban destrozando con picos y patas un lienzo, mientras chillaban, se peleaban y se aglomeraban como si cada uno lo quisiera para él solo.

El cazador dijo:

—Es maravilloso: todo sucede como ha dicho la anciana.

Cogió la escopeta, que llevaba a la espalda, la cargó y disparó un tiro en medio de los pájaros, de tal manera que las plumas volaron. Rápidamente los animales emprendieron el vuelo con gran ruido, excepto uno, que cayó muerto y el abrigo con él. El cazador hizo lo que le había ordenado la ancianita: abrió el pájaro, le sacó el corazón, se lo comió y se llevó el abrigo a casa.

A la mañana siguiente, al despertarse, se acordó de la promesa y quiso ver si también se había cumplido. Levantó la almohada y allí estaba reluciente la pieza de oro. Al día siguiente encontró otra y, así sucesivamente, todos los días encontraba una al levantarse. De ese modo, juntó un montón de oro, pero al fin pensó:

«¿De qué me sirve todo este oro si me quedo en casa? Me iré a correr mundo.»

Se despidió de sus padres, se echó a la espalda el morral de cazador y la escopeta y partió a recorrer mundo.

Sucedió que atravesó un espeso bosque y, al salir de él, se encontró con un gran castillo en mitad de la llanura; en una ventana del mismo había una anciana con una bellísima doncella que miraba hacia abajo. Pero la anciana era una bruja y dijo a la joven:

—Ahí sale uno del bosque que lleva en su cuerpo un apreciable tesoro. Tenemos que seducirlo, hijita de mi corazón, que a nosotros nos servirá más que a él. Lleva un corazón de pájaro y por eso encuentra, cada mañana, una pieza de oro debajo de su almohada.

Le contó cómo lo había logrado y cómo tenía que actuar ella y acabó amenazándola y diciéndole con ojos furibundos:

—Y si no me obedeces, lo pasarás mal.

Cuando el cazador llegó más cerca, vio a la joven y se dijo: «Estoy cansado de andar dando vueltas por ahí y voy a entrar a descansar en ese castillo. Dinero tengo bastante.»

En realidad, lo que pasaba es que se le iban los ojos tras la hermosa criatura.

Entró en la casa y fue recibido con cordialidad y servido como un príncipe. Pronto se sintió enamorado de la hija de la bruja, de tal manera que no pensaba en otra cosa, y no dejaba de mirarla a los ojos y no hacía más que lo que ella quería.

Entonces dijo la vieja:

—Ahora tenemos que conseguir el corazón del pájaro; él no lo echará de menos.

Le prepararon un bebedizo y, cuando estuvo cocido, lo puso en un vaso y se lo dio a la joven para que se lo diera al cazador. Ella se acercó y le dijo:

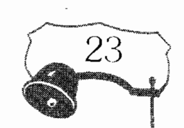
—Bébete esto, querido mío.

El cogió el vaso y, en cuanto se hubo tomado el bebedizo, vomitó el corazón del pájaro. La muchacha tuvo que llevárselo ella misma y tragárselo, pues la vieja quería tenerlo a mano.

Desde ese momento el joven no volvió a encontrar ninguna pieza de oro bajo su almohada, sino que aparecían bajo la almohada de la doncella, de donde las cogía la vieja. Pero él estaba tan loco y enamorado que no pensaba más que en pasar el rato con la muchacha.

La bruja dijo:





—Ya tenemos el corazón del pájaro, pero ahora hay que quitarle el abrigo maravilloso.

La muchacha contestó:

—Eso podemos dejárselo, pues ya ha perdido toda su riqueza.

La vieja se enfadó y dijo:

—Un abrigo tan maravilloso como ése, que se encuentra raramente en el mundo, ha de ser mío y quiero tenerlo.

Golpeó a la muchacha y dijo que, si no obedecía, lo pasaría mal. Ella siguió el mandato de la vieja, se colocó en la ventana y miró a lo lejos como si estuviera triste.

El cazador dijo:

—¿Por qué estás tan triste?

—¡Ay, tesoro mío! —respondió ella—. Ahí enfrente está el monte de los Granates, donde hay piedras maravillosas, y tengo tantas ganas de ellas que cuando pienso en ello me pongo muy triste. ¿Pero quién puede traerlas? Sólo los pájaros llegan hasta allí; un hombre nunca.

—Deja de lamentarte por eso —dijo el cazador—. Voy a alejar esa preocupación de tu cabeza en un momento.

Dicho esto, la cogió debajo de su abrigo, deseó estar en el monte de los Granates, y en un abrir y cerrar de ojos estuvieron sentados en él. Allí lucían piedras nobles por doquier; era una delicia contemplarlas, y seleccionaron las piezas más hermosas y valiosas. Pero la vieja había hecho que, gracias a sus artes de hechicera, al cazador se le cargaran los ojos, de modo que él le dijo a la muchacha:

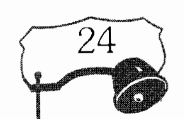
—Vamos a sentarnos y a descansar un poco. Estoy tan cansado que no me puedo tener de pie.

Se sentaron y el posó la cabeza en su regazo y se durmió. En cuanto se hubo dormido, ella le quitó el abrigo, se lo echó a los hombros, recogió los granates y las piedras y deseó irse con ellas a casa.

Cuando el cazador se despertó vio que su amor lo había engañado y lo había dejado solo en la montaña salvaje.

—¡Oh! —dijo mientras estaba allí sentado, triste y dolorido y sin saber qué hacer—. ¿Cómo puede ser la infidelidad tan grande en este mundo?

El monte pertenecía a unos gigantes salvajes y monstruosos, que vivían en él y desde allí llevaban a cabo sus fechorías. No llevaba mucho tiempo sentado cuando vio acercarse a tres. Entonces se tumbó como si estuviera sumido en un sueño profundo. Los gigantes se aproximaron y el primero dijo:



—¿Qué clase de gusano terrestre es éste que está viéndose por dentro [1]?

El segundo dijo:

—Mátalo de un pisotón.

Pero el tercero dijo despectivamente:

—No vale la pena. Dejadle vivir: total, aquí no puede quedarse y, si sube hasta la cumbre de la montaña, se lo llevarán las nubes.

Dicho esto se alejaron de allí, pero el cazador había oído lo que habían dicho y, en cuanto se hubieron alejado, se levantó y trepó a la cima de la montaña. Cuando llevaba allí un rato, se aproximó una nube que lo cogió y anduvo zarandeándolo un rato de un lado al otro por el cielo; luego descendió y lo dejó en un gran huerto rodeado de muros, de tal manera que entre coles y verduras llegó suavemente al suelo. El cazador miró a su alrededor y dijo:

—Si tuviera algo de comer... Estoy tan hambriento que salir adelante será difícil, pero aquí no veo manzanas ni peras ni otra clase de frutas; sólo verduras.

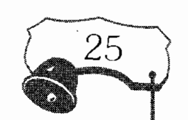
Finalmente pensó: «Al hambre no hay pan negro: comeré ensalada; no sabe muy bien, pero me refrescará.»

Así que se buscó una buena cabeza de verdura y empezó a comer, pero apenas había dado unos cuantos bocados se sintió extraño y totalmente cambiado. Le crecieron cuatro patas, una enorme cabeza y dos largas orejas y vio con horror que se había transformado en un asno. Pero, como seguía teniendo mucha hambre y la ensalada, por su actual naturaleza, le estaba gustando, siguió comiendo con gran apetito. Finalmente llegó a otra clase de ensalada, pero apenas la había probado notó una nueva transformación y volvió a tener apariencia humana. Luego se tumbó y descansó de su gran cansancio. Cuando se despertó a la mañana siguiente partió una cabeza de la ensalada buena y otra de la mala y pensó: «Esto me ayudará a llegar a los míos y castigar la infidelidad.»

Guardó luego las cabezas, trepó por los muros y partió hacia el palacio de su amada. Pasaron unos cuantos días y, al fin, lo encontró felizmente. En seguida se pinto la cara de marrón, de tal manera que ni su propia madre lo hubiera reconocido. Fue a palacio y pidió alojamiento:

—Estoy muy cansado —dijo— y no puedo seguir.

[1] Es decir: durmiendo.



La bruja dijo:

—Labrador, ¿quién eres y qué haces por aquí?

El contestó:

—Soy un enviado del rey, que me mandó a buscar la ensalada más exquisita que existe bajo las estrellas. Y he sido tan afortunado que la he encontrado, pero el calor es tan fuerte que la fina hierba amenaza con secarse y no sé si podré llevarla más lejos.

Cuando la bruja oyó hablar de la exquisita ensalada, le entraron ganas de probarla y dijo:

—Querido campesino, déjame probar la rica ensalada.

—¿Por qué no? —contestó él—. He traído dos cabezas y os daré una.

Abrió su saco y le entregó la mala. La bruja no sospechaba nada y se le hacía la boca agua pensando en la nueva vianda, de modo que ella misma fue a la cocina y la preparó. Cuando estuvo lista, no pudo esperar hasta que estuviera en la mesa, sino que rápidamente cogió unas cuantas hojas y se las metió en la boca, pero apenas las había tragado cuando perdió su aspecto humano y se puso a andar como una burra por el patio. Entonces llegó la criada a la cocina, vio allí la ensalada preparada y fue a servirla pero, como de costumbre, en el camino le entraron ganas de probarla y comió unas cuantas hojas. Rápidamente se hizo presente la fuerza maravillosa y se convirtió también en burra; salió junto a la vieja y la fuente de la ensalada se cayó al suelo. Entretanto, el mensajero había estado sentado al lado de la hermosa doncella y ella, que también tenía ganas de probarla, dijo:

—No sé dónde estará la ensalada.

Entonces pensó el cazador: «La hierba habrá hecho ya sus efectos», y dijo:

—Iré a la cocina y me informaré.

Cuando bajaba vio a las dos burras comiendo por el patio, y la ensalada en el suelo.

«Bien —se dijo—, estas dos ya han tomado su parte.»

Levantó el resto de las hojas y las colocó en la fuente.

—Os traigo personalmente la exquisita comida —dijo—, para que no tengáis que esperar más tiempo.

Ella comió también y rápidamente perdió, como las otras dos, su figura humana y empezó a correr como una burra por el patio.

Después el cazador se lavó la cara, de manera que las transformadas pudieran reconocerlo, fue al patio y dijo:

—Ahora vais a tener la recompensa por vuestra infidelidad.

Las ató a las tres a una soga y las hizo andar hasta que llegaron a un molino. Llamó a la ventana, el molinero asomó la cabeza y preguntó qué quería:

—Tengo tres animales inútiles —contestó—, que me están estorbando en casa. Si quiere quedarse con ellos, darles comida y lecho y cuidarlos como yo le diga, le pagaré por ello lo que pida.

El molinero dijo:

—¿Por qué no? ¿Cómo tengo que cuidarlos?

Entonces el cazador dijo que a la burra vieja —que era la bruja— le diera tres veces al día palos y una vez comida; a la joven —que era la criada—, una vez palos y tres veces comida, y a la más joven —que era la doncella—, ningún palo y tres veces comida, pues no podía soportar que la doncella fuera apaleada.

Después regresó al castillo, donde encontró lo que necesitaba. Unos cuantos días después llegó el molinero y le dijo que venía a comunicarle que la burra vieja, que no había recibido más que palos, había muerto.

—Las otras dos —dijo— no se han muerto y reciben tres veces de comer, pero están tan tristes que no durarán mucho tiempo.

Entonces el cazador se compadeció, dejó que se le apaciguara la ira y le dijo al molinero que las trajera. Y cuando llegaron les dio de comer de la buena ensalada, de modo que se convirtieron de nuevo en personas.

Entonces la hermosa doncella se puso de rodillas ante él y dijo:

—¡Ay!, amor mío, perdona el mal que te he hecho; mi madre me obligó y lo hice en contra de mi voluntad, pues yo te quiero. Tu abrigo maravilloso está colgado en un armario y para el corazón del pájaro tomaré un vomitivo.

Él fue de otra opinión y dijo:

—Consérvalo, da lo mismo, pues quiero que seas mi fiel esposa.

A continuación se celebró la boda y juntos vivieron felices hasta su muerte.



La vieja del bosque

Una pobre chica de servicio iba un día con sus señores por un gran bosque y, estando en el medio de él, salieron unos bandidos de la espesura y mataron a todo el que encontraron. Todos murieron excepto la muchacha, que había saltado del carruaje empujada por el miedo y se había escondido detrás de un árbol. En cuanto los bandidos se fueron con el botín, salió y vio la enorme desgracia. Entonces empezó a llorar amargamente, diciendo:

—¿Qué va a ser ahora de una pobre muchacha como yo? No sé salir del bosque y aquí no vive nadie; seguro que moriré de hambre.

Dio vueltas por allí buscando un camino, pero no pudo encontrar ninguno. Cuando anocheció, se sentó bajo un árbol, se encomendó a Dios y decidió quedarse allí sentada sin moverse, pasara lo que pasara.

Llevaba allí un buen rato, cuando una palomita blanca llegó volando hasta ella con una llavecita dorada en el pico. Le puso la llavecita en la mano y dijo:

—¿Ves ese árbol grande de allí? En él hay un pequeño palacio: ábrelo con la llavecita, que en él tendrás comida suficiente y no pasarás más hambre.

Ella se dirigió al árbol, lo abrió y encontró una pequeña fuente con leche y pan blanco para desmigajarlo; con ello pudo saciarse.

Cuando estuvo satisfecha, dijo:

—Ahora que las gallinas se echan a dormir, estoy tan cansada que yo también podría tumbarme en mi cama.

Entonces volvió la palomita y trajo otra llavecita dorada en el pico, diciendo:

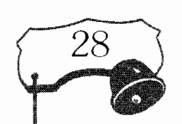
—Abre aquel árbol y dentro encontrarás una cama.

Lo abrió y encontró dentro una hermosa cama blanda; se encomendó a Dios para que la protegiera durante la noche, se tumbó y se durmió. A la mañana siguiente llegó la palomita por tercera vez, trayendo una llavecita, y dijo:

—Abre aquel árbol y dentro encontrarás ropa.

Lo abrió y encontró trajes bordados en oro y en piedras preciosas, tan maravillosos como no los tendría una princesa. De ese modo vivió durante algún tiempo allí; la palomita iba todos los días y cuidaba de todo lo que necesitaba, y ella llevaba así una vida tranquila y agradable.

Una vez llegó la palomita y dijo:



—¿Querrías hacerme un gran favor?

—De todo corazón —dijo la muchacha.

—Entonces —dijo la palomita— te llevaré a una casita; entra en ella y allí, en el centro, sentada junto al fuego verás a una vieja que te dará los buenos días. Por favor, no le contestes haga lo que haga: tú sigue andando hacia una puerta que hay a su mano derecha, ábrela y entrarás en un aposento donde verás un montón de anillos de todas clases encima de la mesa. Entre ellos hay algunos maravillosos con brillantes piedras, pero no los toques: busca uno sencillo, que también tiene que estar entre ellos, y tráemelo tan rápidamente como te sea posible.

La muchacha fue a la casita y entró por la puerta; había una vieja allí sentada que puso ojos de asombro cuando la vio y dijo:

—Buenos días, hija mía.

Ella no dio contestación alguna y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas? —exclamó.

Y la cogió por la chaqueta queriendo sujetarla:

—Esta es mi casa y no puedes entrar si yo no quiero.

Pero la muchacha permaneció en silencio, se libró de ella y entró directamente en el aposento. Encima de la mesa había una gran cantidad de anillos que brillaban y relucían ante su vista: los esparció y buscó el sencillo, pero no pudo encontrarlo. Mientras estaba allí buscando vio cómo la vieja se deslizaba sigilosamente, llevándose una jaula de pájaro. Entonces se dirigió a ella, le quitó la jaula de las manos y, al levantarla y mirar lo que había en ella, vio un pájaro que llevaba el anillo en el pico. Entonces cogió el anillo y salió corriendo de la casa muy contenta pensando que la blanca palomita llegaría a recoger el anillo, pero no llegó. Se apoyó entonces en un árbol para esperar a la palomita y, mientras estaba allí apoyada, le pareció que el árbol se volvía blando y flexible y bajaba sus ramas. De pronto las ramas se entrelazaron alrededor de ella como dos brazos y, cuando miró a su alrededor, el árbol se había convertido en un hombre hermoso, que la rodeaba con sus brazos y la besaba cariñosamente diciendo:

—Me has desencantado y librado del poder de la vieja, que es una bruja malvada. Me había transformado en un árbol y todos los días, durante unas horas, era una paloma blanca, pero mientras ella poseyera el anillo no podía recuperar mi figura humana.

También se vieron libres del encantamiento sus sirvientes y caballos, que ella había transformado también en árboles y estaban junto a él. Luego se dirigieron a su reino, puesto que él era un príncipe, y se casaron y vivieron felices.



Los tres hermanos

Erase una vez un hombre que tenía tres hijos, y toda su fortuna consistía en la casa en que habitaba. A cada uno de los hijos le hubiera gustado tener la casa después de su muerte, pero el padre quería a todos por igual y no sabía qué hacer; no quería vender la casa, pues era de sus abuelos; si no, hubiera repartido el dinero entre ellos. De pronto tuvo una idea y habló así a sus hijos:

—Id por el mundo a probar fortuna y aprended cada uno un oficio. Cuando volváis, la casa será del que lleve a cabo la mejor exhibición de su arte.

A los hijos les gustó la idea. El mayor decidió hacerse herrero; el segundo, barbero, y el tercero, maestro de esgrima. A continuación fijaron un plazo para volver a casa y partieron.

Sucedió que cada uno encontró un buen maestro donde aprendió lo necesario. El herrero llegó a herrar los caballos del rey y se dijo:

«Tú no has de fallar, tú recibirás la casa.»

El barbero no afeitaba más que a señores elegantes y pensaba que la casa era ya suya.



El maestro de esgrima recibió algún que otro golpe, pero se aguantaba y no por ello se dejaba amargar, sino que se animaba pensando para sí:

«Si temes algún golpe, entonces no tendrás la casa nunca.»

Cuando pasó el tiempo convenido, volvieron a casa de su padre, pero, no sabiendo cuándo encontrar la ocasión para mostrar su arte, se sentaron juntos a pensar. Estando allí sentados llegó una liebre corriendo a todo correr por la pradera. Entonces dijo el barbero:

—¡Ah! Viene en el momento justo.

Cogió jabón y bacía, hizo espuma hasta que la liebre llegó cerca de él, luego la enjabonó a toda carrera y también a toda carrera le afeitó la perilla, sin hacerle corte alguno y tampoco el menor daño.

Al verlo, dijo el padre:

—Me gusta. Si los otros no se pelean a muerte, la casa será tuya.

Poco después pasó un carruaje a toda marcha. Entonces el herrero dijo:

—Ahora veréis, padre, lo que sé hacer yo.

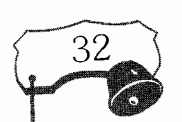
Salió corriendo detrás del carruaje; cogió al caballo que iba a toda carrera y también en un minuto le puso las cuatro herraduras.

—Vaya fenómeno que eres —dijo el padre—. Haces las cosas tan bien como tu hermano; no sé a quién tendré que darle la casa.

Entonces habló el tercero:

—Padre, déjame a mí también hacer algo.

Y, como estaba empezando a llover, sacó su espada y la blandió con golpes cruzados sobre su cabeza, de tal manera que no

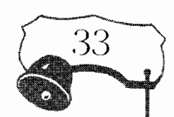


cayó ni una gota de lluvia sobre él; arreció la lluvia y se hizo tan densa y fuerte que, al final, llovía a cántaros, pero él blandía cada vez más fuerte la espada, permaneciendo tan seco como si hubiera estado bajo techo.

Cuando el padre vio esto, asombrado, dijo:

—Tú has llevado a cabo la mejor exhibición; la casa es tuya.

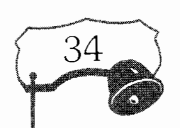
Los otros dos se conformaron, según habían prometido anteriormente y, como se tenían cariño entre ellos, permanecieron los tres en la casa practicando su oficio; lo habían aprendido tan bien y eran tan hábiles, que ganaron mucho dinero. Así vivieron felices





hasta su ancianidad y, cuando uno se puso enfermo y murió, se pusieron los otros dos tan tristes que enfermaron también y murieron rápidamente. Entonces, como habían sido tan hábiles y se querían tanto, fueron enterrados los tres juntos en una tumba.





El diablo y su abuela

Hubo una vez una tremenda guerra y el rey tenía muchos soldados, pero les daba tan poca soldada que no podían vivir de ella. Entonces tres de ellos se pusieron de acuerdo para marcharse. Uno dijo al otro:

—Si nos pescan, nos colgarán. ¿Cómo lo haremos?

El otro dijo:

—¿Ves aquel gran campo de trigo? Si nos escondemos allí, no nos encontrará nadie, pues el ejército no puede entrar ahí y tiene que partir mañana.

Se arrastraron hasta el trigo, pero el ejército, en vez de marcharse, se quedó dando vueltas por allí. Estuvieron sentados dos días y dos noches en medio del trigo y casi se morían de hambre, pero si salían de allí tenían la muerte asegurada. Mientras tanto llegó un dragón de fuego volando por el aire, que descendió hasta ellos y les preguntó por qué se habían escondido allí. Ellos contestaron:

—Somos tres soldados que hemos desertado porque nuestra soldada era muy escasa, y ahora tendremos que morirnos de hambre si seguimos aquí, o columpiarnos en el cadalso si salimos.

—Si me servís durante siete años —dijo el dragón—, os llevaré por medio del ejército sin que nadie os vea.

—No tenemos otra salida, así que aceptamos —contestaron.

El dragón los cogió entonces con sus garras, los llevó a través del ejército y los dejó en el suelo lejos de allí; el dragón no era otro que el diablo. Les dio un pequeño látigo y dijo:

—Cuando fustiguéis y deis golpes con él, saltará a vuestro alrededor la cantidad de dinero que queráis. Podréis vivir como grandes señores, tener caballos e ir en carruaje, pero dentro de siete años seréis de mi propiedad.

Luego sacó un libro para que firmaran.

—Sin embargo —dijo—, os plantearé antes una adivinanza; si lográis descifrarla, seréis libres y no tendré poder alguno sobre vosotros.

Luego el dragón se alejó volando y ellos viajaron con su látigo; tenían dinero en abundancia, se hicieron vestiduras regias y recorrieron el ancho mundo. Donde se encontraban, vivían alegre y cómodamente, iban con caballos y carruajes, bebían y comían, pero no hacían nada malo.

El tiempo se les pasó muy rápidamente y, una vez transcurridos los siete años, a dos de ellos les entró un miedo y un pánico espantoso; el tercero se lo tomó más alegremente y dijo:

—Camaradas, no temáis, yo no soy tonto y adivinaré el acertijo.

Se dirigieron a las afueras, al campo, y los dos tenían el rostro compungido. Entonces se les acercó una vieja que les preguntó por qué estaban tan tristes:

—¡Ay! ¡Qué os importa, si vos no podéis ayudarnos!

—¡Quién sabe! —contestó ella—. Contadme vuestras preocupaciones.

Entonces le contaron que habían servido al diablo durante casi siete años, que les había dado dinero a puñados, que se habían entregado a él, y que estarían en su poder si después de los siete años no eran capaces de adivinar un acertijo. La vieja dijo:

—Os ayudaré. Que uno de vosotros vaya al bosque y, cuando llegue a la pared desplomada de una roca que tiene la apariencia de una casita, que entre en ella y allí encontrará ayuda.

Los dos compungidos pensaron: «Esto no nos va a sacar de apuros», y permanecieron allí sentados. Pero el tercero, el alegre, se puso en camino y penetró en el bosque hasta que encontró la cabaña de rocas. En la casita estaba sentada una mujer más vieja que Matusalén; era la abuela del diablo, y le preguntó de dónde venía y qué hacía allí. El le contó todo lo sucedido y, como a ella le gustó él, tuvo compasión y dijo que le ayudaría. Levantó una gran piedra que tapaba la boca de un sótano y le dijo:

—Escóndete y desde ahí podrás oír todo lo que aquí se hable; estáte sentado tranquilo y no te muevas, que cuando llegue el dragón le preguntaré el acertijo; a mí me lo dice todo, así que atiende a lo que él conteste.

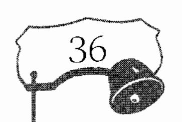
A las doce llegó volando el dragón y pidió su comida. La abuela le puso la mesa y le sirvió la comida y la bebida, de forma que él se sintió contento y comieron y bebieron juntos. Entonces ella le preguntó en la conversación qué tal le había ido el día y cuántas almas había conseguido.

—No he tenido mucha suerte —contestó él—, pero he cogido a tres soldados que serán míos con toda seguridad.

—¿Tres soldados? —dijo ella—. Esos son tipos especiales y todavía pueden librarse de ti.

El diablo contestó burlón:

—Son míos, pues les voy a proponer un acertijo que no adivinarán en toda su vida.



—¿Qué clase de acertijo? —preguntó ella.

—Te lo diré: en el gran Mar del Norte hay una orca* muerta, que será su asado, y una costilla de ballena, que será su cuchara de plata, y una pata vieja de caballo, que será su vaso de vino.

Cuando el diablo se hubo ido a la cama, la vieja abuela levantó la piedra y dejó salir al soldado:

—¿Has tomado bien nota de todo?

—Sí —dijo él—, ya sé lo suficiente y sabré salir con bien de ésta.

Luego salió por otro camino secretamente saltando por una ventana y a toda prisa regresó junto a sus camaradas.

Les contó cómo al diablo le había engañado su abuela y cómo había oído de sus labios la solución del acertijo. Entonces se pusieron contentos y de buen humor, sacaron el látigo y consiguieron tanto dinero que éste saltaba por los suelos.

Pasaron los siete años y se presentó el diablo con el libro, les enseñó las firmas y dijo:

—Os llevaré conmigo al infierno y allí os daré una comida: si me acertáis qué clase de asado os voy a poner seréis libres y podréis conservar también el látigo.

Entonces comenzó el primer soldado:

—En el gran Mar del Norte hay una orca muerta: ése será el asado.

El diablo se enfadó, hizo: «¡Hum, hum, hum!» y preguntó al segundo:

—¿Cuál será vuestra cuchara?

—La costilla de una ballena: ésa será nuestra cuchara de plata.

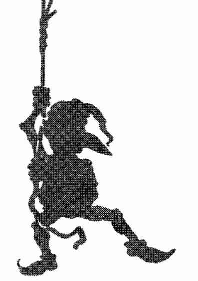
El diablo puso cara larga, volvió a refunfuñar tres veces: «¡Hum, hum, hum!», y le dijo al tercero:

—¿Sabéis también lo que será vuestro vaso de vino?

—Una pata vieja de caballo será nuestro vaso de vino.

Entonces el diablo salió volando, mientras emitía un fuerte grito, y ya no tuvo ningún poder sobre ellos.

Los tres conservaron el pequeño látigo y sacaron tanto dinero como les vino en gana y vivieron felices hasta el final de su vida.



Fernando fiel y Fernando infiel

Había una vez un hombre y una mujer que, mientras fueron ricos, no tuvieron hijos, pero, en cuanto se hicieron pobres, tuvieron uno. No pudiendo encontrar padrino para él, el hombre dijo que iría a otro pueblo a buscarle uno. Yendo de camino, se topó con un pobre que le preguntó a dónde iba, y él contestó que iba a buscar padrino, pues, como era pobre, nadie quería serlo.

—Bueno —dijo el pobre—, tú eres pobre y yo también, así que yo seré el padrino; pero soy tan pobre que no puedo darle nada. Ve y di a la comadrona que lleve el niño a la iglesia.

Cuando llegaron a la iglesia, el mendigo ya estaba dentro y le puso al niño el nombre de «Fernando fiel».

Al salir de la iglesia dijo el mendigo:

—Bueno, ahora marchaos a casa, que yo no puedo daros nada y vosotros tampoco a mí.

Pero la comadrona le dio una llave y le dijo que, al llegar a casa, se la diera al padre para que la guardara hasta que el niño cumpliese catorce años; en ese momento debería ir al prado y allí encontraría un castillo: aquélla era su llave, y todo lo que hubiese dentro sería suyo. Cuando el niño tenía siete años y era ya un muchacho fuerte fue a jugar con los demás niños. Todos habían recibido a cuál más de su padrino; sólo él no podía decir nada y se fue a casa llorando y le dijo a su padre:

—Padre, ¿no he recibido yo nada de mi padrino?

—Pues sí —dijo el padre—, has recibido una llave y, si en el prado hay un castillo, podrás abrirlo con ella.

El muchacho, pues, se dirigió allí, pero no había ningún castillo a la vista. Transcurrieron otros siete años, y volvió cuando tenía catorce: entonces sí que había un castillo. Lo abrió y dentro no había más que un caballo, un caballo blanco. El muchacho se alegró tanto de tener un caballo que se montó en él y fue galopando a casa de su padre.

—Ahora, que tengo un caballo blanco, quiero correr mundo —dijo.

Y se puso en camino. Llevaba algún tiempo caminando, cuando se encontró una pluma; primero quiso recogerla, pero luego pensó: «¡Bah! Mejor la dejas donde está. Una pluma se encuentra en cualquier parte si la necesitas.»

Iba ya a alejarse cuando oyó una voz detrás de él:

—¡Fernando fiel, llévame!

Miró hacia atrás y, al no ver a nadie, volvió y recogió la pluma. Siguió cabalgando y llegó a una corriente de agua en cuya orilla había un pez que necesitaba aire. Entonces dijo:

—Ven, pececillo, te ayudaré para que vuelvas al agua.

Y, sacándole del cieno, lo echó al agua. El pez, asomando la cabeza fuera del agua, dijo:

—Como me has ayudado a salir del cieno, te daré una flauta. Cuando estés en apuros, tócala y yo te ayudaré, y si alguna vez te caes al agua, tócala y yo te sacaré.

El muchacho prosiguió su camino y se encontró con un hombre que le preguntó a dónde iba.

—Al pueblo más cercano.

Le preguntó cómo se llamaba.

—«Fernando fiel».

—¡Vaya! Tenemos casi el mismo nombre: yo me llamo «Fernando infiel».

Ambos se fueron al pueblo más cercano y entraron en la posada. Sin embargo, era una situación extraña, porque «Fernando infiel» sabía todo lo que el otro pensaba y lo que quería hacer, y encima conocía toda clase de mañas. En la posada había una muchacha muy apuesta y bonita, que se enamoró de «Fernando fiel», pues era un hombre agradable, y le preguntó a dónde iba.

—Bueno, sólo quiero correr mundo.

Ella le dijo que se quedara allí, que en aquel país había un rey que daba ocupación a los criados y que podría colocase como tal.

El contestó que no podía ir así por las buenas y ofrecerse de criado. La muchacha dijo entonces:

—Yo lo haré por ti.

Y fue directamente al rey y le dijo que conocía a alguien que sería un buen criado. Al rey le pareció bien y le llamó para que fuera su criado. Pero él quería ser montero, pues quería estar donde estuviera su caballo. Cuando «Fernando infiel» se enteró de ello, le dijo a la chica:

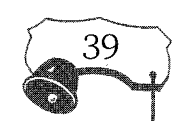
—¿Oye, no me vas a ayudar a mí también?

—Bueno —dijo la chica—, te ayudaré.

Y pensó: «Más vale que lo tengas por amigo, pues no es persona de fiar.» Así que se fue a ver al rey, le pidió que lo empleara de criado, y el rey aceptó. Cuando por la mañana vestía a su señor, éste se lamentaba siempre:

—¡Ojalá tuviese a mi amada conmigo!

Y como «Fernando infiel» no era muy amigo de «Fernando fiel» le dijo al rey cuando éste volvió a lamentarse:



—Tenéis un montero. Enviadle a buscarla y, si no la trae, habrá que cortarle la cabeza.

Entonces el rey mandó venir a «Fernando fiel» y le dijo que le trajera a su amada si no quería morir. «Fernando fiel» fue a la cuadra junto a su caballo blanco y se puso a llorar y lamentarse:

—¡Ay, Dios mío, qué desgraciado soy!

Entonces oyó una voz tras de sí:

—«Fernando fiel», ¿qué te pasa?

Miró hacia atrás, pero no vio a nadie y siguió lamentándose:

—¡Ay, mi querido caballo blanco! Ahora tengo que abandonarte, porque voy a morir.

De nuevo oyó otra vez la voz:

—«Fernando fiel», ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Y entonces se dio cuenta de que el que hablaba era su caballo blanco.

—¿Eso haces, caballito blanco? ¿Puedes hablar? —y siguió diciendo—: Tengo que ir a buscar a la novia. ¿Sabes cómo puedo emprender esta tarea?

El caballo blanco contestó:

—Ve a ver al rey y dile que, si te da lo que le pidas, le traerás a la novia. Si te da un barco lleno de carne y otro lleno de pan, lo conseguirás. En el agua hay unos cuantos gigantes, y si no llevas carne te destrozarán; también hay unas aves enormes que te sacarán los ojos si no les das pan.

El rey ordenó a todos los campesinos del país hacer matanza y a todos los panaderos amasar pan para llenar los barcos. Cuando estaban llenos, el caballo blanco dijo a «Fernando fiel»:

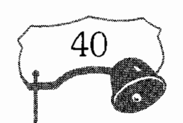
—Ahora móntame y cabalga conmigo hasta el barco y, cuando vengan los gigantes, diles:

«Quietos, quietos, gigantillos,
que en vosotros he pensado
y un regalo os voy a dar.»

»Y cuando lleguen las aves, debes decir:

«Quietos, quietos, pajarillos,
que en vosotros he pensado
y un regalo os voy a dar.»

»Así no te harán nada y, cuando llegues al castillo, los gigantes te ayudarán; sube al castillo y lleva dos gigantes contigo; allí estará la princesa dormida, pero no la despiertes: manda a los gigantes que la cojan con cama y todo y la lleven al barco.



Todo sucedió como lo había dicho el caballo blanco. «Fernando fiel» dio a los gigantes y a las aves lo que había llevado para ellos; de modo que los gigantes se sintieron muy bien dispuestos y llevaron a la princesa, en la cama, junto al rey. Cuando llegaron ante él, ella dijo que no podría amarle, si no tenía sus escritos, y que éstos se habían quedado en el palacio. Entonces el rey, hostigado por «Fernando infiel», llamó a «Fernando fiel» y le mandó que fuera a buscar los escritos al palacio, porque si no moriría.

De nuevo se dirigió al establo y se lamentó ante el caballo:

—¡Ay, mi caballito blanco! Otra vez tengo que partir. ¿Cómo lo haré?

El caballo blanco le dijo que cargara otra vez el barco, y todo sucedió como la vez anterior: los gigantes y las aves se alimentaron y se tranquilizaron con la carne y el pan. Cuando llegaron al castillo, el caballo le dijo que entrara en el dormitorio de la princesa y que en la mesilla estarían los escritos. «Fernando fiel» entró y efectivamente allí estaban. Mientras navegaban de vuelta, se le cayó la pluma al agua, y entonces el caballo dijo:

—Esta vez sí que no puedo ayudarte.

Entonces se acordó de su flauta y empezó a tocarla, vino el pez y le trajo la pluma en la boca. Tras esto, llevó los escritos al castillo y se celebró la boda. Mas la reina no quería al rey porque no tenía nariz; la reina quería a «Fernando fiel». Un día, estando reunidos todos los caballeros de la corte, la reina dijo que ella tenía poderes mágicos y que podía cortarle a cualquiera la cabeza y luego ponérsela de nuevo en su sitio, si alguien quería probarlo. Pero ninguno quería ser el primero; así que otra vez le tocó a «Fernando fiel», instigado como siempre por «Fernando infiel». Ella le cortó la cabeza y volvió a colocársela y en seguida se la curó con un cordón rojo alrededor del cuello. El rey le dijo:

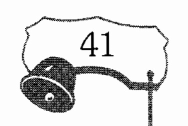
—Hija mía, ¿dónde has aprendido esto?

—Bueno —dijo ella—, este arte se me da bien. ¿Quieres que lo intente contigo?

—¡Ay, sí! —dijo él.

Entonces ella le cortó la cabeza, pero hizo como si no supiera y la cabeza no encajara en su sitio, y no volvió a colocársela. Así que hubo que enterrar al rey y ella se casó con «Fernando fiel».

Este montaba muy a menudo en su caballo blanco y, un día que iba montado en él, éste le dijo que fueran a otro prado, a uno que él conocía, y que diera con él tres vueltas alrededor del prado. Y en cuanto lo hubo hecho, el caballo blanco se levantó sobre sus patas traseras y se transformó en un príncipe.



La estufa de hierro

En aquellos tiempos, en los que el desear todavía servía para algo [1], una vieja bruja encantó a un príncipe, el cual se vio obligado a vivir en el bosque dentro de una gran estufa de acero. Allí pasó muchos años y nadie podía liberarlo. Una vez llegó al bosque una princesa que se había extraviado y no sabía volver al reino de su padre; durante nueve días estuvo dando vueltas y al fin llegó ante la caja de hierro.

En aquel momento salió de ella una voz que le preguntó:

—¿De dónde vienes, a dónde vas?

Ella contestó:

—He perdido el reino de mi padre y no sé volver a casa.

Entonces salió la voz de la estufa de acero:

—Te ayudaré a llegar a casa en poco tiempo, si me prometes hacer lo que te diga. Soy el hijo de un rey más poderoso que tu padre y quiero casarme contigo.

Ella se asustó y pensó: «¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer yo con esa estufa de hierro?»

Pero, como quería regresar al lado de su padre, le prometió hacer lo que él quería. A continuación, él dijo:

—Vuelve con un cuchillo y haz un agujero en la chapa.

Luego le dio a alguien para que la acompañara; el guía iba a su lado, sin hablar palabra, pero en dos horas la condujo a casa. Al llegar la princesa se produjo un gran alborozo en el palacio, y el viejo rey la abrazó y la besó.

Ella, sin embargo, estaba muy compungida y dijo:

—Amado padre, ¡cómo me ha ido! No hubiera salido nunca del bosque salvaje y regresado a casa de no haber sido por una estufa de hierro, y he tenido que prometerle que volvería a liberarla y me casaría con ella.

El anciano padre se asustó tanto que estuvo a punto de desmayarse, pues sólo tenía aquella hija. Decidieron que mandarían en su lugar a la hija del molinero, que era muy hermosa; la condujeron a las afueras, le dieron un cuchillo y le dijeron que hiciera un agujero en la estufa de hierro.

Ella estuvo rascando durante veinticuatro horas, pero no pudo conseguir nada.

---

[1] Nótese la similitud de esta fórmula inicial con la empleada en *El rey sapo o Enrique el Férreo* (tomo I, pág. 41).

Cuando se hizo de día, se oyó dentro de la estufa de hierro:

—Creo que ahí fuera ya es de día.

A lo que ella contestó:

—Eso creo yo también; me parece estar oyendo el ruido del molino de mi padre.

—Entonces tú eres la hija de un molinero. Sal del bosque y di que venga la hija del rey.

Ella se fue y le dijo al viejo rey que el de la estufa no la quería a ella, sino a su hija. El rey se asustó y la hija lloraba. Todavía tenían a la hija de un porquerizo, que era aún más hermosa que la hija del molinero: le darían una pieza de oro para que fuera en lugar de la princesa al sitio donde se encontraba la estufa de hierro. Así pues, la llevaron a las afueras y estuvo raspando también durante veinticuatro horas, pero tampoco logró nada. Cuando se hizo de día, la estufa dijo:

—Creo que ahí fuera ya es de día.

A lo que ella contestó:

—Eso creo yo también; me parece estar oyendo el sonido del cuerno de mi padre.

—Entonces tú eres la hija de un porquerizo; vete y di que venga la hija del rey, y dile que todo ocurrirá como le he prometido y, si no viene, su reino se desmoronará, todo será destruido y no quedará piedra sobre piedra.

La princesa empezó a sollozar, pero no tenía más remedio que cumplir lo prometido. Se despidió de su padre y, cogiendo un cuchillo, se fue al lugar donde estaba la estufa de hierro en el bosque.

Comenzó a rascar, y dos horas después había hecho ya un pequeño agujero. Entonces miró adentro y vio a un apuesto mancebo que brillaba, ¡ay!, envuelto en oro y piedras preciosas, de modo que le gustó profundamente. Siguió rascando otro poquito e hizo un agujero lo suficientemente grande para que pudiera salir. Entonces dijo él:

—Tú eres mía y yo soy tuyo; eres mi prometida y me has librado del encantamiento.

Quiso llevársela con él a su reino, pero ella pidió permiso para ir a ver a su padre una vez más y el príncipe se lo permitió; pero le dijo que no hablara con su padre más de tres palabras y que luego regresara.

Así pues, ella volvió a su casa, pero habló más de tres palabras con su padre y la estufa desapareció inmediatamente; fue trasladada muy lejos, por encima de montañas de cristal y espa-

das cortantes, aunque el príncipe, desencantado ya, no estaba encerrado en ella.

La princesa se despidió de su padre, cogió algo de dinero, pero no demasiado, se dirigió al gran bosque y buscó la estufa de hierro sin poder encontrarla. Buscó durante nueve días, al cabo de los cuales tenía tanta hambre que no sabía qué hacer, pues no le quedaba nada de comer. Al caer la tarde se sentó en un pequeño árbol y pensó pasar la noche allí, pues tenía miedo de los animales salvajes. A medianoche vio a lo lejos una pequeña lucecita y pensó: «¡Ay, quizá allí estaría segura!» Se bajó del árbol y siguió la dirección de la lucecita, mientras rezaba por el camino. Llegó entonces a una casita vieja, a cuyo alrededor había mucha hierba y delante un montoncillo de leña. Pensó: «¡Ay, a dónde has venido a parar!» Miró por la ventana y dentro no vio más que ranas grandes y pequeñas, pero una mesa bien puesta, con vino, carne asada y platos y vasos de plata. Entonces, haciendo de tripas corazón, llamó a la puerta. Rápidamente exclamó la rana más grande:

—Ranita portera,
ranita guardiana,
rana mensajera
mira a ver quién llama [2].

Entonces apareció una rana pequeña y abrió. Cuando entró, todas le dieron la bienvenida y ella se sentó. Ellas preguntaron:

—¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?

Ella les contó todo lo que le había pasado, cómo había desobedecido el mandato de hablar más de tres palabras y cómo había desaparecido la estufa con el príncipe; ahora tendría que buscarlo por montañas y valles hasta que lo encontrara. Entonces dijo la vieja rana gorda:

—Ranita portera,
ranita guardiana,
rana mensajera,
tráeme la caja.

La rana pequeña le trajo la caja. Luego le dieron de comer y de beber y la llevaron a una camita bien hecha, donde durmió en la paz de Dios. Cuando se hizo de día, se levantó y la vieja rana buscó tres agujas en la caja para que las llevase consigo, pues las

---

[2] Obsérvese que los versos son idénticos a los que vimos en *Las tres plumas* (tomo II, pág. 83).

necesitaría para atravesar la gran montaña de cristal, las tres espadas cortantes y una gran corriente; una vez pasado todo esto, recobraría a su amor; luego le dio tres cosas que tendría que cuidar especialmente, es decir, las tres grandes agujas, una rueda de arado y tres nueces.

Con todo esto emprendió el viaje. Llegó ante el monte de cristal, que era muy liso, clavó las tres agujas detrás de los pies y luego delante y así consiguió pasar; cuando estuvo al otro lado, pinchó en otro sitio con mucha atención. Luego llegó ante las tres espadas cortantes: se colocó sobre la rueda del arado y pasó rodando al otro lado. Finalmente llegó ante una gran corriente y, una vez atravesada, llegó a un gran palacio.

Entró en él y pidió trabajo, diciendo que era una pobre muchacha que quería colocarse, aunque sabía que el príncipe desencantado estaba dentro. La emplearon como pinche de cocina por un escaso salario. El príncipe, pensando que estaba muerta hacía mucho tiempo, estaba a punto de casarse con otra.

Aquella tarde, después de haberse lavado y preparado, se metió la mano en el bolsillo y encontró las tres nueces que le había dado la vieja rana. Mordió una e iba a comerse el fruto, cuando vio que dentro había un majestuoso traje real. Al saberlo la novia, quiso comprárselo, diciendo que no era traje para una muchacha de servicio. Ella dijo que no lo vendería, a no ser que le permitiera pasar una noche en la habitación de su prometido. La novia se lo permitió, porque el traje era muy hermoso y ella no tenía otro igual. Al llegar la noche le dijo a su prometido:

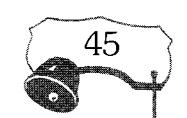
—La loca muchacha quiere dormir en tu habitación.

—Si a ti te parece bien, a mí también —dijo él.

Pero ella le dio un vaso de vino en el que había echado un bebedizo. Luego los dos se fueron a dormir a la misma habitación, pero él se puso a dormir tan profundamente que ella no pudo despertarlo. Y se pasó toda la noche llorando y diciendo:

—Yo te he liberado del bosque salvaje y de una estufa de hierro, te he buscado y he atravesado una montaña de cristal, tres espadas cortantes y una gran corriente antes de encontrarte, y a pesar de todo no quieres escucharme.

Los sirvientes que estaban ante la puerta del aposento la oyeron llorar toda la noche y a la mañana siguiente se lo dijeron a su señor. Al caer la tarde, después de haberse lavado, la princesa mordió la segunda nuez, y encontró en ella un traje todavía más hermoso; cuando la novia lo vio, quiso comprárselo. Pero la muchacha no quería oro y pidió que la dejara pasar otra noche en la



habitación del novio. La prometida volvió a darle un bebedizo y él se durmió tan profundamente que no pudo oír nada. La pinche de cocina se pasó toda la noche llorando y diciendo:

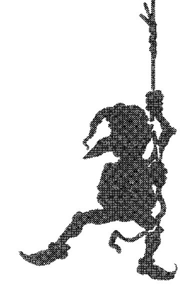
—Yo te he liberado del bosque y de una estufa de hierro, te he buscado y he atravesado una montaña de cristal, tres espadas cortantes y una gran corriente antes de encontrarte, y a pesar de todo no quieres escucharme.

Los sirvientes que estaban ante la puerta de la habitación la oyeron llorar toda la noche y a la mañana siguiente se lo dijeron a su señor.

Y cuando al caer la tercera tarde ella se hubo lavado, mordió la tercera nuez y dentro encontró otro traje, mucho más hermoso aún, que relucía de puro oro. Al verlo la novia, quiso tenerlo también, pero la muchacha sólo se lo dio a cambio del permiso para dormir por tercera vez en la habitación del novio. Pero el príncipe esta vez tuvo cuidado y dejó de beber el bebedizo. Cuando ella empezó a llorar y a exclamar: «Tesoro mío, te he liberado del tremendo bosque salvaje y de la estufa de hierro», y el príncipe lo oyó, reaccionó y dijo:

—Tú eres la verdadera novia, tú eres mía y yo soy tuyo.

Aquella misma noche se subieron a un carruaje y a la falsa novia le quitaron los trajes para que no pudiera levantarse. Cuando llegaron a la gran corriente, la atravesaron en un barco, pasaron por las tres espadas cortantes, sentados en la rueda del arado, y ante el monte de cristal pincharon las tres agujas. Por último, llegaron ante la casita, pero en cuanto entraron en ella, se convirtió en un gran palacio; las ranas, ya libres del maleficio, resultaron ser todas princesas y estaban llenas de gozo. A continuación tuvieron lugar los esponsales, y se quedaron en el palacio, que era mucho más grande que el de su padre. Pero como el anciano se lamentaba de estar solo, partieron y se lo llevaron consigo y tuvieron así dos reinos y vivieron felices en su matrimonio. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.



La hilandera perezosa

Vivían en una aldea un hombre y una mujer, y la mujer era tan perezosa que nunca quería trabajar, nunca terminaba de hilar lo que el marido le daba, y en vez de devanarlo, lo dejaba todo en la madeja. Una vez que el marido la riñó, ella fue la primera en hablar, diciendo:

—¡Cómo quieres que devane, si no tengo devanadera! Ve al bosque y búscame una.

—Si todo depende de eso —dijo el hombre—, iré al bosque y buscaré madera para hacerte una devanadera.

La mujer temió que en cuanto él encontrara la madera para hacer la devanadera, ella tendría que devanar y volver a hilar; así que, después de meditar un momento, se le ocurrió una buena idea: corrió sigilosamente detrás de su marido hasta el bosque y, cuando él se subió a un árbol para elegir la madera y talarla, ella se deslizó tras un matorral, donde él no podía verla, y gritó:

—Aquel que tala madera
para devanar se muere,
y el que devana perece.

Al oírlo, el hombre dejó el hacha a un lado durante un momento y reflexionó lo que querría decir aquello:

—¡Qué! —dijo finalmente—. ¿Qué ha sido eso? Me ha parecido oír algo. ¡Bah! No hay que tener miedo de nada.

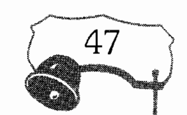
Así que cogió el hacha nuevamente y se dispuso a talar; pero entonces oyó desde abajo:

—Aquel que tala madera
para devanar se muere,
y el que devana perece.

Se paró y le entró un miedo de muerte pensando qué podría ser aquello. Pero al poco rato se le pasó el miedo y, tomando de nuevo el hacha, iba a cortar el árbol, cuando oyó por tercera vez que alguien gritaba y decía en alta voz:

—Aquel que tala madera
para devanar se muere,
y el que devana perece.

No necesitó más. Se le quitaron del todo las ganas de talar, se bajó a toda velocidad del árbol y se puso en camino de casa. La



mujer corrió todo lo que le fue posible por atajos para llegar antes. Cuando él entró en la casa, ella puso cara de inocencia como si no hubiera pasado nada, y le dijo:

—¡Qué! ¿Traes buena madera para la devanadera?

—No —dijo él—. Creo que eso de devanar no da buen resultado.

Le contó lo que le había pasado en el bosque y desde aquel momento la dejó en paz.

Pero poco después el hombre comenzó otra vez a irritarse por el desorden de la casa.

—Mujer —dijo—, es una lástima que el hilo hilado se quede en la madeja.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella—. Ya que no conseguimos hacernos con una devanadera, súbete al desván, te echaré madeja desde el suelo y tú tiras hacia abajo, y así conseguiremos tener hilo.

—Está bien —dijo el hombre.

Lo hicieron así y, en cuanto terminaron, dijo él:

—El hilo ya está estirado, pero ahora habría que cocerlo.

A la mujer le entró miedo, pero dijo:

—Bien, mañana lo coceremos.

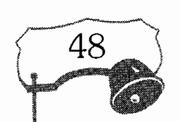
Pero estaba pensando en una nueva argucia. Se levantó por la mañana temprano, prendió fuego y puso el puchero al fuego, pero en vez de meter el hilo metió una bola de estopa. Luego fue a ver a su marido, que estaba todavía en la cama, y le dijo:

—Tengo que salir, levántate y atiende al hilo, que está todavía en el puchero al fuego, pero estáte allí y ten cuidado, porque cuando canta el gallo, si no prestas atención, el hilo se convierte en estopa.

El hombre se dispuso a ayudar y, no queriendo desatender nada, se levantó todo lo rápido que pudo y se fue a la cocina. Cuando llegó al puchero y miró dentro, vio con horror que no había más que un montón de estopa. El hombre se calló como un muerto y, pensando que se había descuidado y que tenía la culpa de todo, no volvió a hablar de hilo ni de hilar.

Pero naturalmente cualquiera puede ver que aquélla era una mujer abominable.





Los cuatro hermanos habilidosos

Erase una vez un pobre hombre que tenía cuatro hijos, y cuando éstos crecieron les dijo:

—Queridos hijos, tenéis que salir al mundo; no tengo nada que daros, así que marchaos al extranjero. Aprended un oficio y ved cómo os va.

Los cuatro hermanos cogieron el cayado de peregrino, se despidieron de su padre y salieron por el portón de la ciudad. Cuando llevaban andando algún tiempo, llegaron a un cruce de caminos que conducía a cuatro lugares diferentes. Entonces el mayor dijo así:

—Vamos a separarnos aquí. De hoy en cuatro años nos encontraremos en este mismo lugar y mientras tanto probaremos fortuna.

Cada uno siguió su camino. El mayor se encontró con un hombre que le preguntó dónde quería ir y qué planes tenía.

—Quiero aprender un oficio —contestó.

—Entonces —dijo el hombre— vente conmigo y hazte ladrón.

—No —contestó—, ese oficio no está bien visto, y uno suele acabar esa canción haciendo de badajo de campana en medio del campo.

—¡Oh! —dijo el hombre—, no tengas miedo de la horca. Yo te aleccionaré para que seas capaz de conseguir lo que ningún hombre obtiene, sin que nadie pueda seguir tus huellas.

Se dejó convencer, y con aquel hombre llegó a ser un ladrón de oficio tan hábil, que ante él no había nada seguro si quería quedarse con ello.

El segundo hermano se tropezó con un hombre que también preguntó qué quería ser en el mundo.

—Todavía no lo sé —contestó.

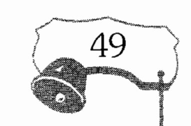
—Entonces vente conmigo y hazte astrónomo: de ese modo no se le queda a uno nada oculto.

Esto le gustó y llegó a ser un astrónomo tan hábil que, una vez que hubo aprendido y quiso partir, su maestro le dio un catalejo, diciéndole:

—Con esto puedes ver lo que pasa en el cielo y en la tierra, y nada permanecerá oculto a tus ojos.

Al tercer hermano lo tomó de aprendiz un cazador y le facilitó todo lo que era del oficio; sus enseñanzas fueron tan buenas que





aprendió a la perfección el oficio de cazador. En el momento de la despedida el maestro le regaló una escopeta, diciendo:

—Esta no falla nunca: siempre da en el blanco al que apuntes.

También el cuarto hermano se encontró con un hombre que le habló y le preguntó qué planes tenía:

—¿No te gustaría ser sastre?

—Pues no lo sé —dijo el joven—. El estar sentado todo el día inclinado de la mañana a la noche, el ir y venir de la aguja y el planchar no me seduce mucho.

—¿Pero qué dices? —dijo el hombre—. Tú hablas de oídas, pero conmigo aprenderás otro oficio de sastre que es honrado y, a su manera, bastante digno.

Se dejó, pues, convencer, lo acompañó y aprendió el oficio del hombre desde sus comienzos. Cuando se despidió, éste le dio una aguja, diciéndole:

—Con esto podrás coser todo lo que se te presente, aunque sea tan blando como un huevo o tan duro como el acero y, una vez que esté unido en una sola pieza, será imposible verle la más mínima costura.

Pasaron los cuatro años convenidos y los cuatro hermanos se encontraron en el cruce, se abrazaron, se besaron y regresaron a casa de su padre.

—Bueno —dijo éste muy alegre—, de nuevo os ha traído el viento a mi lado.

Le contaron cómo les había ido y que cada uno había aprendido lo suyo. Precisamente estaban sentados ante la casa, debajo de un gran árbol, y en ese momento dijo el padre:

—Ahora vamos a ver lo que sabéis.

Luego miró hacia arriba y le dijo al hijo segundo:

—Ahí, en la cima de este árbol hay un nido de pinzón entre dos ramas: dime cuántos huevos tiene.

El astrónomo tomó el catalejo, miró hacia arriba y dijo:

—Cinco.

El padre le dijo al mayor:

—Baja los huevos sin espantar al pájaro que está encima empollándolos.

El hábil ladrón trepó y, sin que el pajarillo se diera cuenta, le sacó los cinco huevos de debajo y se los llevó a su padre, mientras el pájaro seguía empollando tan tranquilo. El padre los tomó, colocó a cada uno en la esquina de una mesa y al quinto en el centro, y le dijo al cazador:

—Ahora, de un tiro, pártelos a todos por la mitad.

El cazador cargó la escopeta con la pólvora esa que te despacha sin sentir, disparó, y de un tiro partió los huevos como le había dicho su padre.

—Ahora te toca el turno a ti —dijo el padre al cuarto hijo—. Cose los huevos y también a los pajarillos que hay dentro, de tal manera que el tiro no se note para nada.

El sastre trajo su aguja y los cosió como su padre le había pedido. Cuando hubo terminado, el ladrón llevó de nuevo los huevos al nido y se los colocó al pájaro debajo sin que notara nada. El pájaro los empolló del todo y, unos cuantos días después salieron los polluelos, y todos tenían una pequeña señal roja alrededor del cuello, que era donde los había cosido el sastre.

—Desde luego —dijo el anciano—, bien puedo alabaros y poneros por las estrellas; habéis aprovechado bien el tiempo y habéis aprendido algo útil. No puedo decir a quién prefiero: cuando llegue la ocasión, ya se verá.

Poco después se produjo un gran jaleo en la ciudad, pues un dragón había raptado a la hija del rey. El rey estaba preocupado por ello día y noche e hizo saber que se la daría por esposa a quien la liberase.

Los cuatro hermanos hablaron entre ellos:

—¡Esta sería la ocasión para dejarnos ver!

Así pues, decidieron ir juntos a liberar a la princesa.

—Donde esté, lo sabré yo en seguida —dijo el astrónomo mirando por su catalejo—. Ya la veo —añadió—: está lejos de aquí en una roca en el mar y junto a ella el dragón que la vigila.

La princesa estaba allí, pero el dragón se hallaba recostado en su regazo, y dormía.

El cazador dijo:

—No puedo disparar, porque podría dar a la hermosa doncella.

—Bueno, probaré yo —dijo el ladrón.

Se deslizó y la sacó de debajo del dragón, de forma tan suave y hábil que el monstruo no se dio cuenta de nada y siguió roncando.

Se apresuraron a llevarla al barco alegremente y se dirigieron a mar abierto, pero al despertarse el dragón y no ver a la hija del rey, salió detrás de ellos resoplando furiosamente por el aire. Estaba ya encima del barco y empezaba a descender, cuando el cazador cargó su escopeta y le disparó un tiro que le dio justo en medio del corazón. El monstruo cayó muerto, pero era tan enor-

me que en su caída destrozó el barco. Afortunadamente pudieron rescatar unas tablas y siguieron navegando por el ancho mar; pronto volvieron a estar en grave peligro, pero el sastre, sin pérdida de tiempo, cogió su aguja maravillosa, cosió a toda prisa las tablas con unas cuantas puntadas enormes, se sentó en ellas y recogió todas las piezas del barco. Luego las cosió tan hábilmente que en poco tiempo estaba el barco listo para navegar y ellos regresaron felizmente a la patria.

Cuando el rey vio de nuevo a su hija, se alegró enormemente, y dijo a los cuatro hermanos:

—Uno puede tomarla por esposa, pero cuál deba ser, eso habéis de decidirlo entre vosotros.

Entonces se originó una gran pelea entre ellos, pues todos la reivindicaban para sí.

El astrónomo dijo:

—Si no la hubiera visto yo, vuestras habilidades no hubieran servido de nada, así que me pertenece a mí.

El ladrón dijo:

—¿Y de qué hubiera servido el haberla visto, si yo no la hubiera sacado de debajo del dragón? Me pertenece a mí.

El cazador dijo:

—El monstruo os habría destrozado a todos, junto con la princesa, si mi bala no le hubiera acertado. Me pertenece a mí.

El sastre dijo:

—Y si yo con mi arte no os hubiera remendado el barco, os habríais ahogado miserablemente. Me pertenece a mí.

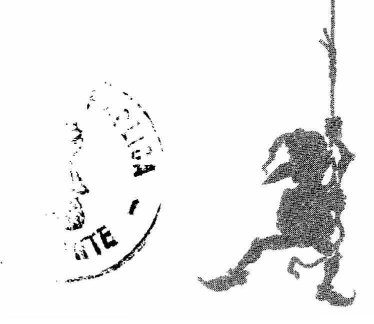
Entonces el rey emitió la sentencia:

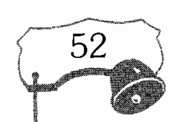
—Todos tenéis el mismo derecho, pero como todos no podéis tener a la muchacha, no se la daré a ninguno. A cambio os daré en recompensa la mitad de mi reino.

A los hermanos les gustó la solución, y dijeron:

—Es mejor así, para que no nos enemistemos unos con otros.

Cada uno obtuvo la parte de reino correspondiente y vivieron felizmente hasta que Dios lo quiso.





Unojito, Dosojitos y Tresojitos

Había una mujer que tenía tres hijas: la primera se llamaba Unojito, porque tenía sólo un ojo en mitad de la frente; la segunda, Dosojitos, porque tenía dos ojos como el resto de los hombres, y la tercera, Tresojitos, porque tenía tres ojos, dos como todo el mundo y el tercero en mitad de la frente. Y como Dosojitos tenía la misma apariencia que el resto de los mortales, ni la madre ni las hermanas la podían soportar. Le decían:

—Tú, con tus dos ojos, no eres mejor que el resto de la gente vulgar; tú no tienes nada que ver con nosotras.

La empujaban y le daban los peores trajes, sólo le daban de comer lo que ellas dejaban de sobra y le hacían todo el daño que podían.

Aconteció que Dosojitos tuvo que salir al campo a cuidar las cabras, pero estaba muerta de hambre porque sus hermanas le habían dado muy poco de comer. Entonces se sentó en una linde y comenzó a llorar de tal manera que corrieron de sus ojos dos riachuelos. Y cuando en su desesperación alzó la vista, vio a su lado una mujer que le preguntó:

—¿Por qué lloras, Dosojitos?

—¿Cómo no voy a llorar? —contestó Dosojitos—. Por tener dos ojos, como el resto de los hombres, mis hermanas y mi madre no me quieren, me zarandean de un lado a otro, me dejan los trajes viejos, y no me dan de comer más que lo que dejan ellas. Hoy me han dado tan poco de comer que sigo teniendo hambre.

El hada habló de esta manera:

—Dosojitos, sécate la cara, que te voy a decir algo para que no pases más hambre. Basta con que le digas a tu cabra:

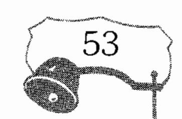
«Cabrita, bala,
mesita, ponte»,

para que tengas ante ti una mesa bien puesta y con la mejor comida; podrás comer tanto como quieras, y cuando te hayas saciado y no necesites la mesa, bastará con que digas:

«Cabrita, bala,
mesita, fuera»,

para que todo desaparezca de tu vista.

Luego el hada desapareció. Dosojitos pensó: «Voy a ver si es cierto lo que ha dicho, pues tengo un hambre feroz», y dijo:



—Cabrita, bala,
mesita, ponte.

Y apenas había pronunciado estas palabras, apareció una mesita con un mantelito blanco, encima de ella un plato con cuchillo, tenedor y una cuchara de plata, y los platos más exquisitos, todavía calientes y humeando como si vinieran directamente de la cocina. Entonces dijo Dosojitos la oración más corta que conocía:

—Señor, sé en todo momento nuestro huésped, amén.

Extendió la mano para servirse y probó la comida. En cuanto se hubo saciado, dijo, como le había enseñado el hada:

—Cabrita, bala,
mesita, fuera.

E inmediatamente desapareció la mesa y lo que en ella había.

«Esto es una buena solución», pensó Dosojitos, feliz y de buen humor. Por la tarde, cuando regresó a casa con su cabra, encontró una fuentecilla de barro con la comida que le habían echado sus hermanas, pero ni la tocó. A la mañana siguiente volvió a salir con su cabra y dejó sin tocar las migajas que le habían dado. Ni la primera vez ni la segunda se dieron cuenta las hermanas, pero como siguió sucediendo, lo notaron y dijeron:

—Hay algo que no marcha con Dosojitos: ahora deja siempre la comida, y antes siempre se comía lo que le dábamos; tiene que haber encontrado otra solución.

Para saber qué es lo que había detrás de todo aquello, Unojito fue con ella cuando llevaba a pastar a la cabra, para enterarse de cuáles eran sus planes y ver si alguien le daba de comer y beber. Cuando Dosojitos estaba preparada para salir, se le acercó Unojito y le dijo:

—Iré contigo al campo a ver si cuidas la cabra y pasta bien.

Pero Dosojitos se dio cuenta de las intenciones de la otra y llevó a la cabra a buen pasto. Luego dijo:

—Ven, Unojito, vamos a sentarnos, que te voy a cantar algo.

Unojito se sentó, cansada del paseo no habitual y del calor, y Dosojitos cantaba continuamente:

—Unojito, ¿estás despierta?
Unojito, ¿estás dormida?

Entonces Unojito cerró su único ojo y se durmió. Y cuando Dosojitos vio que Unojito dormía profundamente y no podía contar nada, dijo:

—Cabrita, bala,
mesita, ponte.

Y se sentó en su mesita y comió y bebió hasta que estuvo saciada; luego gritó de nuevo:

—Cabrita, bala,
mesita, fuera.

Y todo desapareció en un momento. Entonces Dosojitos despertó a Unojito, y dijo:

—Quieres vigilar y te duermes, mientras la cabra podía haberse ido por todo el mundo; anda, vámonos a casa.

Volvieron a casa, y Dosojitos dejó sin tocar su fuentecilla y Unojito no pudo decirle nada a su madre de por qué no quería comer; para disculparse, dijo:

—Me he dormido en el campo.

Al día siguiente le dijo la madre a Tresojitos:

—Ve tú esta vez y presta atención, a ver si Dosojitos come algo fuera y si alguien le da comida y bebida, pues tiene que comer y beber en secreto.

Entonces Tresojitos se presentó ante Dosojitos y dijo:

—Voy a ir contigo a ver si cuidas la cabra y pasta bien.

Pero Dosojitos conoció las intenciones de Tresojitos, llevó a la cabra a buen pasto y dijo:

—Vamos a sentarnos, Tresojitos, que te voy a cantar algo.

Tresojitos se sentó, cansada del camino y el calor, y Dosojitos, empezando a entonar la cancioncilla, cantó así:

—Tresojitos, ¿estás despierta?

Pero en vez de cantar:

«Tresojitos, ¿estás dormida?»,

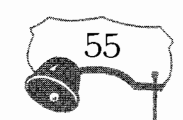
cantó por descuido:

«Dosojitos, ¿estás dormida?»,

y siguió cantando:

—Tresojitos, ¿estás despierta?
Dosojitos, ¿estás dormida?

Entonces a Tresojitos se le cerraron los dos ojos y se durmió, pero el tercero, como no había sido mencionado en la cancioncilla, no se durmió.



Tresojitos astutamente lo cerró, como si durmiera también con él, pero parpadeaba y podía ver todo perfectamente. Y cuando Dosojitos pensó que Tresojitos dormía profundamente, dijo su refranillo:

—Cabrita, bala,
mesita, ponte.

Comió y bebió a placer y luego hizo desaparecer la mesita:

—Cabrita, bala,
mesita, fuera.

Y Tresojitos lo vio todo. Entonces llegó Dosojitos junto a ella, la despertó y dijo:

—¡Ay, Tresojitos, te has dormido! ¡Pues sí que vigilas bien! Anda, vamos a casa.

Y cuando llegaron a casa, Dosojitos tampoco comió y Tresojitos le dijo a la madre:

—Ya sé por qué esa cosa orgullosa no come. Cuando en el campo le dice a la cabra:

«Cabrita, bala,
mesita, ponte»,

aparece ante ella una mesita cubierta de la mejor comida, mucho mejor que la que tenemos nosotros en casa; y cuando se harta, dice:

«Cabrita, bala,
mesita, fuera»,

y todo desaparece de nuevo; lo he visto todo perfectamente. Me ha dormido dos ojos con su refranillo; pero, afortunadamente, el que tengo en la frente se quedó despierto.

Entonces exclamó la madre envidiosa:

—¿Quieres tener mejores cosas que nosotras? ¡Pues perderás ese placer!

Y cogiendo un cuchillo se lo hundió en el corazón a la cabra, que al punto cayó muerta.

Cuando Dosojitos lo vio, salió llena de tristeza, se sentó en la linde del camino y lloró amargamente. Por segunda vez apareció el hada junto a ella y dijo:

—¿Por qué lloras, Dosojitos?

—¿Cómo no voy a llorar? —contestó ella—. Mi madre ha

matado la cabra. que cada día me colocaba tan bien la mesa cuando decía vuestro refranillo; ahora tendré que padecer hambre y necesidades.

El hada dijo:

—Dosojitos, te voy a dar un buen consejo: pídeles a tus hermanas las tripas de la cabra sacrificada, entiérralas delante de la puerta de casa y eso será tu suerte.

Y desapareció. Dosojitos fue a casa y dijo a las hermanas:

—Queridas hermanas, dadme algo de mi cabra; no pido nada bueno, me basta con las tripas.

Entonces ellas se rieron y dijeron:

—Si no quieres más que eso, ahí las tienes.

Dosojitos cogió las tripas de la cabra y, siguiendo el consejo del hada, las enterró al atardecer, tranquilamente, ante la puerta de la casa. A la mañana siguiente, cuando despertaron todas y salieron a la puerta de la calle, vieron un magnífico árbol maravilloso: tenía las hojas de plata, y los frutos de oro colgaban entre las hojas, de tal forma que no había nada más hermoso y exquisito en el mundo. Ellas no sabían cómo había llegado allí el árbol durante la noche, y sólo Dosojitos advirtió que había salido de las tripas de la cabra, pues estaba precisamente donde ella las había enterrado en la tierra. Entonces la madre le dijo a Unojito:

—Sube, hija mía, y coge fruta del árbol.

Unojito subió; pero al ir a coger las manzanas doradas, la rama se le escapaba siempre de las manos, de modo que no pudo cortar ni una manzana, se pusiera como se pusiera. Entonces dijo la madre:

—Tresojitos, sube tú; tú puedes mejor con tres ojos que Unojito.

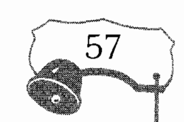
Unojito se bajó del árbol y subió Tresojitos. Pero Tresojitos no fue más hábil y, mirara como mirara, las manzanas doradas se le escapaban siempre. Finalmente, la madre se impacientó y subió ella misma, pero tampoco pudo coger la fruta: lo mismo que Unojito y Tresojitos, siempre echaba la mano al aire. Entonces dijo Dosojitos:

—Bueno, subiré yo a ver si se me da mejor.

Las hermanas, sin embargo, dijeron:

—¡Qué vas a hacer tú con tus dos ojos!

Pero subió Dosojitos y las manzanas de oro no se apartaban ante su presencia, sino que ellas mismas caían en su mano, de tal manera que en un momento pudo bajar un delantal lleno. La madre se lo cogió, pero Unojito y Tresojitos, en vez de tratarla



mejor, se pusieron envidiosas de que fuera ella la única que podía coger la fruta, y la trataron todavía peor.

Sucedió que un día en que estaban juntas al lado del árbol, apareció cabalgando un joven caballero.

—Rápido, Dosojitos —gritaron las dos hermanas—, arrástrate debajo para que no tengamos que avergonzarnos de ti.

Y, a toda velocidad, colocaron encima de la pobre Dosojitos un tonel vacío que había cerca del árbol, y echaron también bajo el tonel las manzanas de oro que ella había cortado. El caballero, que era un guapo señor, se acercó, se paró, contempló admirado el magnífico árbol de oro y plata, y dijo a las dos hermanas:

—¿De quién es este árbol tan hermoso? Quien me dé una rama suya podrá pedirme lo que quiera.

A esto contestaron Unojito y Tresojitos que el árbol era suyo y que le cortarían una rama con gusto. Ambas hicieron todo lo posible, pero no fueron capaces, pues las ramas y la fruta se les escapaban siempre de las manos. A esto dijo el caballero:

—Es asombroso que el árbol sea vuestro y no podáis cortar algo de él.

Ellas insistieron en que el árbol era suyo. Mientras así hablaban, Dosojitos hizo rodar de debajo del tonel unas cuantas manzanas, que corrieron hasta los pies del caballero, pues Dosojitos estaba furiosa de que Tresojitos y Unojito no dijeran la verdad. Al ver el caballero las manzanas, se mostró sorprendido y preguntó de dónde procedían.

Unojito y Tresojitos contestaron que tenían otra hermana que no se dejaba ver porque sólo tenía dos ojos como el resto de los hombres. El caballero, sin embargo, exigió verla y dijo:

—Sal, Dosojitos.

Entonces Dosojitos salió muy consolada de debajo del tonel. El caballero se quedó muy sorprendido al ver su belleza y dijo:

—Dosojitos, seguro que tú puedes cortarme una rama del árbol.

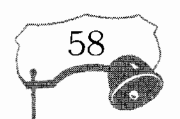
—Sí —dijo Dosojitos—, naturalmente que podré, porque el árbol es mío.

Trepó por él y fácilmente partió una rama con finas hojas de plata y frutos de oro y se las dio al caballero.

Entonces dijo el caballero:

—Dosojitos, ¿qué quieres a cambio?

—Ay —contestó Dosojitos—, paso hambre y sed, necesidad y tristeza desde la mañana hasta la tarde. Si quisierais llevarme con vos y liberarme, yo sería feliz.



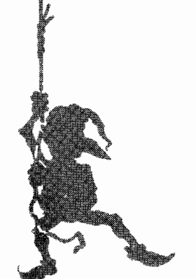
Entonces el caballero montó a Dosojitos en su caballo y la llevó a su patria, al palacio de su padre; allí le dio vestiduras, de beber y comer a placer; y, como la quería mucho, se casó con ella, y la boda se celebró con gran alegría.

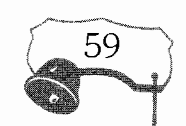
Al ver que el hermoso caballero se llevaba a Dosojitos, las dos hermanas envidiaron profundamente su felicidad.

«Bueno, al menos el árbol maravilloso se queda con nosotras —pensaron—, y aunque no podamos coger su fruta maravillosa, todos se pararán ante él, vendrán a vernos y lo alabarán. ¡Quién sabe dónde está nuestra suerte!»

Pero a la mañana siguiente el árbol había desaparecido y con ello sus esperanzas. Cuando Dosojitos miró fuera de su habitación, vio que la había seguido y estaba ante ella para su gran alegría.

Dosojitos vivió durante largo tiempo feliz. Una vez llegaron dos pobres a su palacio a pedir limosna. Dosojitos les miró a la cara y reconoció a sus hermanas, Unojito y Tresojitos, que se habían empobrecido y tuvieron que ir a pedir de comer de puerta en puerta. Dosojitos les dio la bienvenida, se portó bien con ellas y las cuidó de tal manera, que lamentaron de todo corazón todo el mal que habían hecho a su hermana en la juventud.





La hermosa Cati y Pif Paf Poltrie *

—Buenos días, padre Cata-infusiones.
—Buenos días, Pif Paf Poltrie.
—¿Podríais concederme la mano de vuestra hija?
—¡Oh, sí! Si la madre Ordeña-vacas, el hermano Orgulloso, la hermana Quesera y la hermosa Cati quieren, por mí puede celebrarse la boda.
—¿Dónde está la madre Ordeña-vacas?
—Está en el establo ordeñando la vaca.
—Buenos días, madre Ordeña-vacas.
—Buenos días, Pif Paf Poltrie.
—¿Podríais concederme la mano de vuestra hija?
—¡Oh, sí! Si el padre Cata-infusiones, el hermano Orgulloso, la hermana Quesera y la hermosa Cati quieren, por mí puede celebrarse la boda.
—¿Dónde está el hermano Orgulloso?
—Está en el trastero partiendo leña.
—Buenos días, hermano Orgulloso.
—Buenos días, Pif Paf Poltrie.
—¿Podríais concederme la mano de vuestra hermana?
—¡Oh, sí! Si el padre Cata-infusiones, la madre Ordeña-vacas, la hermana Quesera y la hermosa Cati quieren, por mí puede celebrarse la boda.
—¿Dónde está la hermana Quesera?
—Está en el jardín cortando la hierba.
—Buenos días, hermana Quesera.
—Buenos días, Pif Paf Poltrie.
—¿Podríais concederme la mano de vuestra hermana?
—¡Oh, sí! Si el padre Cata-infusiones, la madre Ordeña-vacas, el hermano Orgulloso y la hermosa Cati quieren, por mí puede celebrarse la boda.
—¿Dónde está la hermosa Cati?
—Está en su cuarto contando sus pfennigs*.
—Buenos días, hermosa Cati.
—Buenos días, Pif Paf Poltrie.
—¿Querrías tú ser mi tesoro?
—¡Oh, sí! Si el padre Cata-infusiones, la madre Ordeña-vacas, el hermano Orgulloso y la hermana Quesera quieren, por mí puede celebrarse la boda.
—Bien, Cati, ¿cuánto tienes de dote?

—Catorce pfennigs en metálico, tres pfennigs y medio de deuda, media libra de frutos desecados, un cacillo de grasa y un puñado de raíces. ¿No es acaso buena dote? Pif Paf Poltrie, ¿qué oficio sabes tú? ¿Eres sastre?

—No, mucho mejor todavía.

—¿Zapatero?

—No, mucho mejor todavía.

—¿Carpintero?

—No, mucho mejor todavía.

—¿Herrero?

—No, mucho mejor todavía.

—¿Molinero?

—No, mucho mejor todavía.

—¿Tal vez escobero?

—Sí, eso soy. ¿No es un bonito oficio?

El zorro y el caballo

Un campesino tenía un fiel caballo ya viejo que no podía prestar ningún servicio, por lo que decidió no darle más de comer.

—La verdad es que ya no me sirves para nada —le dijo—; pero, en fin, te tengo cariño: si todavía eres capaz de traerme un león, te quedarás conmigo; mientras tanto, márchate del establo.

Y lo echó a campo abierto. El caballo se puso triste y se dirigió al bosque para buscar un poco de protección contra el tiempo. Allí se encontró con el zorro, que le dijo:

—¿Por qué estás tan abatido y andas tan solo por aquí?

—¡Ay! —contestó el caballo—. La avaricia y la fidelidad no pueden vivir en la misma casa; mi amo ha olvidado los servicios que le he prestado en estos años, y como ya no puedo hacer bien las labores del campo no quiere darme de comer y me ha echado.

—¿Sin el más mínimo consuelo? —preguntó el zorro.

—Mal consuelo, pues ha dicho que si soy capaz de llevarle un león, se quedaría conmigo, pero él sabe bien que no puedo.

—Te voy a ayudar —dijo el zorro—. Túmbate, estírate y no te muevas, como si estuvieras muerto.

El caballo hizo lo que el zorro quería. El zorro fue a ver al león, que tenía su cueva no lejos de allí, y dijo:

—Ahí, a las afueras hay un caballo muerto; ven conmigo, que puedes tener un estupendo banquete.

El león lo acompañó hasta que estuvieron al lado del caballo.

—Aquí no podrás comértelo a gusto —dijo el zorro—. ¿Sabes una cosa? Te lo ataré a la cola, y así podrás arrastrarlo a tu cueva y comértelo con toda tranquilidad.

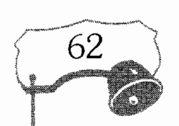
Al león le gustó la idea. Se colocó para que el zorro lo pudiera atar al caballo y estuvo quieto. Pero el zorro ató con la cola del caballo las piernas del león tan bien y con tal fuerza, que no era posible romperlo ni haciendo mucha fuerza. Cuando terminó su trabajo, dio unas palmadas al caballo en el lomo diciendo:

—¡Tira, caballo blanco, tira!

Entonces el caballo se incorporó de pronto y se llevó consigo al león. El león comenzó a rugir de tal manera que los pájaros de todo el bosque se echaron a volar del susto, pero el caballo lo dejó rugir, tiró y lo arrastró a través del campo hasta la casa de su amo. Cuando el amo vio esto, lo pensó mejor y dijo al caballo:

—Te quedarás conmigo y tendrás buena vida.

Y le dio de comer en abundancia hasta que murió.



Los zapatos gastados de bailar

Erase una vez un rey que tenía doce hijas, a cuál más hermosa. Dormían todas juntas en una habitación, en doce camas, una al lado de otra, y por la noche, cuando estaban acostadas, el rey cerraba la puerta y echaba el cerrojo. Pero una mañana, al abrir la puerta, vio que sus zapatos estaban gastados de bailar, y nadie pudo saber a qué se debía aquello. Entonces el rey hizo saber que el que consiguiera averiguar dónde bailaban por la noche podría escoger a la que quisiera por esposa y a su muerte convertirse en rey; pero el que se presentase, y después de tres días y tres noches no lo consiguiera, perdería la vida.

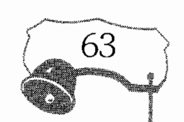
No mucho más tarde se presentó un príncipe y se ofreció a arriesgarse. Fue aceptado amablemente y conducido por la noche a una habitación que estaba al lado del dormitorio. Le pusieron allí la cama para que vigilase a dónde iban y bailaban y, con el fin de que no se fueran secretamente por otro sitio, dejaron abierta la puerta del dormitorio. Pero al príncipe se le cerraron los ojos como si tuviera plomo en ellos y, a la mañana siguiente, las doce habían ido a bailar, pues sus zapatos tenían agujeros en las suelas. La segunda y la tercera noche sucedió lo mismo, y entonces le cortaron la cabeza sin compasión. Vinieron detrás otros que se apuntaron a la arriesgada obra, pero todos perdieron su vida.

Sucedió que un pobre soldado, que tenía una herida y no podía prestar servicio, yendo de camino a la ciudad donde vivía el rey, se tropezó con una vieja, que le preguntó a dónde iba.

—Ni yo mismo lo sé —dijo, y añadió en broma—: Me gustaría encontrar dónde gastan las hijas del rey sus zapatos bailando, y luego convertirme en rey.

—Eso no es tan difícil —dijo la anciana—. No bebas el vino que te lleven por la noche y haz como que duermes profundamente —luego le dio un abriguito y añadió—: Si te lo pones, serás invisible y podrás seguir sigilosamente a las doce.

El soldado tomó en serio el buen consejo, de manera que se envalentonó, fue ante el rey y se anunció como pretendiente. Fue aceptado amablemente como los otros y le pusieron vestiduras reales. Por la noche, a la hora de irse a dormir, le llevaron a la antesala y, al irse a la cama, llegó la mayor y le trajo un vaso de vino; pero él se había atado una esponja debajo de la barbilla, dejó correr el vino y no bebió ni una gota. Luego se tumbó y, cuando llevaba un ratito echado, comenzó a roncar como si dur-



miera profundamente. Lo oyeron las doce hijas del rey, se echaron a reír y la mayor dijo:

—Este podría haberse ahorrado también su vida.

Luego se levantaron, abrieron armarios, cajones y cajas y sacaron majestuosos trajes, se arreglaron ante los espejos, saltaron por allí y se alegraban de poder ir a bailar. Sólo la más joven dijo:

—No sé, vosotras estáis alegres, pero yo tengo un presentimiento extraño; seguro que nos pasa una desgracia.

Pero la mayor replicó:

—Tú eres como un ganso blanco, que siempre tienes miedo. ¿Has olvidado ya los príncipes que han estado aquí en vano? A ese soldado no hubiera tenido ni que darle un bebedizo: el zafio no se hubiera despertado.

Una vez que estuvieron preparadas fueron a ver al soldado, pero éste había cerrado los ojos y no se movió, y ellas creyeron estar completamente seguras. Entonces la mayor se fue a su cama y dio un golpe en ella; rápidamente se hundió la cama en la tierra y ellas descendieron por la abertura, una tras otra, con la mayor a la cabeza. El soldado, que lo había visto todo, no vaciló un instante, se puso su abriguillo y descendió tras la más joven. En mitad de la escalera le pisó un poco el traje, y ella se asustó:

—¿Qué significa esto? ¿Quién me ha tirado del traje?

—No seas tan simple —dijo la mayor—. Se habrá enganchado en algún sitio.

Entonces descendieron del todo y, en cuanto estuvieron abajo, se encontraron en una maravillosa avenida: allí todas las hojas eran de plata y lucían y brillaban. El soldado se dijo: «Voy a llevarme una prueba.» Y cortó una rama, pero entonces se produjo un ruido enorme en el árbol. La más joven gritó de nuevo:

—Aquí hay algo que no funciona. ¿No habéis oído el ruido?

La mayor dijo:

—Son cañonazos de alegría, porque pronto habremos liberado a nuestros príncipes.

Llegaron a una alameda donde todas las hojas eran de oro y, finalmente, a una tercera donde eran diamantes puros; en cada una de ellas cortó el soldado una rama, haciendo cada vez ruido, de manera que la más joven se encogía de miedo, pero la mayor insistía en que eran cañonazos de alegría. Siguieron andando y llegaron a una gran corriente: allí había doce barquitos y en cada barquito un hermoso príncipe esperándolas, y cada uno se llevó una con él; el soldado se sentó con la más joven y entonces dijo el príncipe:

—No sé qué pasa hoy. El barco pesa más que de costumbre y tengo que remar con todas mis fuerzas para que avance.

—¡Qué va a ser! —dijo la más joven—. Es el tiempo tan caluroso; yo también tengo hoy mucho calor.

Al otro lado de la corriente había un hermoso palacio bien iluminado, del que salía alegre música con trompas y trompetas. Navegaron hacia allí, entraron en él y cada príncipe bailó con su amada; el soldado bailó también de forma invisible y, cuando una tenía en la mano un vaso de vino, él se lo bebía de un trago antes de que ella se lo llevara a la boca; la más joven tenía también miedo de esto, pero la mayor la hacía callar siempre. Estuvieron bailando hasta las tres de la madrugada, cuando todos los zapatos estaban ya gastados del baile y ellas terminaron de bailar. Los príncipes volvieron a llevarlas por el agua de vuelta, y el soldado se sentó esta vez delante con la mayor. En la orilla se despidieron de sus príncipes y prometieron regresar a la noche siguiente. En cuanto estuvieron en la escalera, el soldado corrió delante y se tumbó en la cama, de forma que cuando las doce subieron, despacio y cansadas, él estaba roncando con tanta fuerza que ellas pudieron oírlo y dijeron:

—De éste no tenemos nada que temer.

Se quitaron sus hermosos trajes, los llevaron fuera, colocaron los zapatos gastados bajo la cama y se echaron a dormir. A la mañana siguiente, el soldado no quiso decir nada, pues quería ver de nuevo los hechos maravillosos, y volvió con ellas la segunda y la tercera noche. Todo sucedió como la vez primera, y ellas bailaron hasta que sus zapatos estaban rotos. Pero la tercera vez cogió como prueba un vaso. Cuando llegó la hora de responder, guardó consigo las tres ramas y el vaso y se dirigió a ver al rey. Las doce estaban detrás de la puerta, acechando lo que él iba a decir.

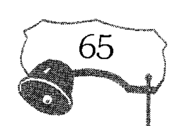
—¿Dónde han gastado mis hijas sus zapatos bailando por la noche? —preguntó el rey.

—Con doce príncipes en un palacio subterráneo —contestó él.

Informó cómo había pasado todo y sacó las pruebas. Entonces el rey hizo venir a sus hijas y les preguntó si el soldado decía la verdad. Al verse descubiertas y que el negarlo no serviría para nada, tuvieron que contestar a todo. Luego le preguntó el rey a él que cuál quería por esposa. El contestó:

—Ya no soy joven, así que dadme la mayor.

Ese mismo día tuvo lugar la boda y se le prometió el reino después de la muerte del rey. Los príncipes fueron encantados de nuevo tantos días como noches habían bailado con las doce.



Los seis sirvientes

Hace mucho tiempo vivía una reina, que era maga, y tenía una hija, que era la doncella más hermosa que había bajo la capa del cielo. Pero la vieja no pensaba más que en ver cómo podía hacer daño a los hombres, así que cuando llegaba un pretendiente le decía que el que quisiera a su hija tenía que acertar antes un acertijo o si no moriría. Muchos, cegados por la belleza de la doncella, se aventuraban, pero no podían acertar lo que la vieja les planteaba, y entonces tenían que arrodillarse y les cortaban la cabeza sin compasión. Un príncipe, que había oído hablar también de la gran belleza de la doncella, dijo a su padre:

—Dejadme partir, que la voy a cortejar.

—¡Nunca! —contestó el rey—. Eso es ir a tu perdición.

Entonces el hijo se tumbó y se puso enfermo de muerte, y así estuvo durante siete años sin que ningún médico pudiera curarlo. Viendo el padre que no había esperanza, le dijo lleno de tristeza:

—Parte y prueba tu suerte; yo no sé ayudarte de otro modo.

Al oír esto, el hijo se levantó de su lecho, se curó y alegremente se puso en camino. Llegaba cabalgando a una pradera, cuando vio de lejos en el suelo algo así como un gran montón de heno; al acercarse pudo distinguir que era un hombre que se había tumbado allí y cuya barriga parecía un pequeño monte. Cuando el gordo divisó al viajero, se enderezó y dijo:

—Si necesitáis a alguien, tomadme a vuestro servicio.

El príncipe contestó:

—¿Qué puedo hacer yo con un hombre tan grosero?

—¡Oh! —dijo el gordo—. Esto no es nada: si me estiro del todo, soy tres mil veces más gordo.

—Si es así, te puedo necesitar. Acompáñame.

El gordo fue detrás del príncipe y poco después se encontraron con uno que estaba tumbado en el suelo con la oreja pegada a la hierba. El príncipe preguntó:

—¿Qué haces ahí?

—Escucho —contestó el hombre.

—¿Qué escuchas con tanta atención?

—Escucho todo lo que pasa en el mundo, pues a mis oídos no se les escapa nada; incluso oigo crecer la hierba.

—Dime lo que oyes tú en la corte de esa vieja reina que tiene una hija tan hermosa —le dijo el príncipe.

A esto contestó:

—Oigo blandir la espada que corta la cabeza a un pretendiente.

El príncipe le dijo:

—Puedes hacerme falta; vente conmigo.

Siguieron caminando, y de pronto vieron unos pies echados y también algo de unas piernas, pero no podían ver el final. Después de haber andado un buen trecho llegaron al cuerpo y finalmente a la cabeza.

—¡Oh! —dijo el príncipe—. ¡Pero qué largo eres!

—¡Oh! —contestó el largo—. Esto no es nada: si me estiro del todo, soy tres mil veces más largo y soy más alto que el mayor monte de la tierra. Os serviré con gusto si me aceptáis.

—Vente —dijo el príncipe—. Puedo necesitarte.

Siguieron y encontraron sentado en el camino a uno que tenía los ojos tapados. El príncipe le dijo:

—¿Tienes los ojos tan mal que no puedes mirar la luz?

—No —contestó—, no puedo quitarme la venda, pues es tan fuerte el poder de mi mirada, que lo que miro con mis ojos salta en pedazos. Si os puedo servir de algo, entraré gustoso a vuestro servicio.

—¡Acompáñame! —contestó el príncipe—. Puedes serme de utilidad.

Siguieron andando y se encontraron con un hombre que yacía bajo los rayos del sol: estaba tiritando de frío, y el cuerpo le temblaba de tal modo que no tenía miembro alguno quieto.

—¿Cómo es posible que pases frío —dijo el príncipe— si el sol calienta con fuerza?

—¡Ay! —contestó el hombre—. Mi naturaleza es de otra clase: cuanto más calor hace, más frío tengo, y me penetra hasta los huesos, y cuanto más frío hace, más calor tengo: en medio del hielo no puedo aguantar el calor, y en medio del fuego el frío.

—Eres un tipo singular —dijo el príncipe—, pero si quieres servirme, vente conmigo.

Siguieron su camino y vieron parado a un hombre que tenía un cuello muy largo, miraba a su alrededor y podía ver por encima de los montes.

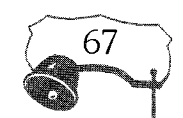
El príncipe le dijo:

—¿Qué miras con tanto interés?

El hombre contestó:

—Tengo unos ojos tan claros que puedo ver a través de todo el mundo, por encima de los bosques y los campos, los valles y las montañas.

El príncipe le dijo:



—Si quieres, acompáñame, pues todavía me falta uno.

Entonces el príncipe prosiguió su marcha con sus seis sirvientes hasta la ciudad donde vivía la vieja reina. No dijo quién era, pero habló así:

—Si queréis entregarme a vuestra hija, haré lo que me ordenéis.

La maga se alegró de que un joven tan apuesto cayera en sus redes y dijo:

—Te pondré tres pruebas: si las realizas, serás el dueño y señor de mi hija.

—¿Cuál es la primera? —preguntó él.

—Que me traigas un anillo que se me ha caído en el mar Rojo.

El príncipe se fue a ver a sus sirvientes y dijo:

—La primera prueba no es fácil: hay que sacar un anillo del mar Rojo, así que encontrad una solución.

Entonces habló el de los ojos claros:

—Voy a ver dónde está.

Miró hacia el mar y dijo:

—Está enganchado en una piedra puntiaguda.

El largo se acercó y dijo:

—Yo lo cogería si lograra verlo.

—Si no es más que eso... —dijo el gordo.

Se arrodilló, puso su boca en el agua y las olas iban cayendo dentro como en un abismo; pronto se había bebido todo el mar, que se quedó seco como una pradera. El largo se agachó un poco y cogió el anillo con la mano. El príncipe se alegró mucho cuando tuvo el anillo y se lo llevó a la vieja. Ella se llenó de asombro y dijo:

—En verdad este es el verdadero anillo. La primera prueba la has realizado felizmente, pero ahora viene la segunda. Mira: allí, ante la pradera de mi palacio, hay trescientos bueyes pastando bien alimentados; pues bien, tienes que comértelos con piel y pelo, huesos y cuernos; abajo en la bodega hay trescientos toneles de vino, que has de bebértelos al mismo tiempo: si queda un pelo de los bueyes o una gotita de vino, lo pagarás con tu vida.

El príncipe dijo:

—¿No puedo invitar a algún huésped? Sin compañía no sabe bien ninguna comida.

La vieja se rió malévolamente y contestó:

—Puedes invitar a uno para que te haga compañía, pero a nadie más.

Entonces el príncipe fue junto a sus sirvientes y dijo al gordo:

—Tú vas a ser mi huésped y tendrás que comer hasta saciarte.

Entonces el gordo se ensanchó y se comió los trescientos bueyes sin dejar ni un pelo, y aún preguntó si no había más que el desayuno; el vino de los toneles se lo bebió sin necesidad de vaso hasta la última gota de la espita. Terminada la comida, el príncipe fue a ver a la vieja y le dijo que la segunda prueba estaba realizada. Ella se asombró y dijo:

—Nadie ha llegado tan lejos, pero todavía queda la tercera.

Y pensó: «De ésta sí que no te escapas y veré rodar tu cabeza.»

—Esta noche —dijo ella— llevaré a mi hija contigo a tu habitación y tú la tendrás entre tus brazos, mientras estéis sentados juntos; y mucho ojo con dormirte, porque iré a las doce en punto, y si ella no está en tus brazos, has perdido.

El príncipe pensó: «Esta prueba es fácil: mantendré los ojos bien abiertos.» Sin embargo, llamó a sus servidores, les contó lo que había dicho la vieja y dijo:

—Quién sabe qué clase de argucia hay detrás de todo esto. Toda precaución es poca, así que velad y cuidad que la doncella no salga de mi habitación.

Cuando llegó la noche, llevó la vieja a su hija hasta los brazos del príncipe; luego el largo se enroscó alrededor de los dos en círculo, y el gordo se colocó ante la puerta de manera que ni un alma pudiera salir de allí. La doncella no pronunció palabra alguna, pero la luna entraba por la ventana y le daba en la cara, de modo que él podía ver su admirable belleza. El no hacía más que mirarla, lleno de alegría y amor, y no sentía ningún cansancio en sus ojos. Esto duró hasta las once, pero entonces la vieja lanzó un hechizo sobre todos, de forma que se durmieron, y en ese momento, la doncella se alejó.

Todos estuvieron durmiendo profundamente hasta las doce menos cuarto; en ese momento, el embrujo quedó sin efecto y todos se despertaron.

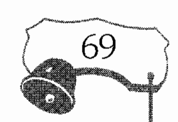
—¡Ay qué tristeza y qué desgracia! —gritó el príncipe—. ¡Estoy perdido!

Los fieles servidores comenzaron también a lamentarse, pero el que se dedicaba a escuchar dijo:

—Callaos, que quiero escuchar.

Prestó atención un momento y dijo:

—Está sentada en una roca a trescientas horas de aquí, lamentándose de su suerte. Largo, tú eres el único que puedes ayudarnos: si te estiras, estarás allí en dos zancadas.



—Sí —dijo el largo—, pero tiene que venir conmigo el de la mirada aguda para quitar las rocas.

Entonces el largo cargó con el de los ojos vendados y, en un abrir y cerrar de ojos estaban los dos ante la roca encantada. Rápidamente, el largo le quitó al otro la venda de los ojos y la roca saltó en miles de pedazos. Entonces el largo cogió a la doncella en brazos, la llevó en un momento, trajo también con rapidez a sus camaradas y, antes de que dieran las doce, estaban sentados como antes, alegres y contentos. Al dar las doce llegó la vieja, deslizándose con cara burlona como diciendo: «Ahora ya es mío», pues pensaba que su hija estaba en la roca, a trescientas horas de distancia. Pero al ver a su hija en brazos del príncipe se asustó y dijo:

—Aquí hay alguien que puede más que yo.

Pero ya no pudo objetar nada y tuvo que concederle la doncella. Entonces le susurró al oído:

—Lástima que tengas que pertenecer al vulgo y no puedas elegir un marido a tu gusto.

Entonces el orgulloso corazón de la doncella se llenó de ira y pensó en vengarse. A la mañana siguiente mandó que le trajeran trescientas fanegas de leña y le dijo al príncipe que, aunque había superado las tres pruebas, no se convertiría en su esposa mientras no hubiera uno dispuesto a sentarse en medio de la leña y aguantar el fuego. Ella pensaba que ninguno de sus sirvientes se dejaría quemar por él y que, a causa de su amor por ella, se sentaría él mismo y ella se vería libre. Los sirvientes dijeron sin embargo:

—Nosotros hemos hecho ya todos algo; el único que falta es el friolero: ahora le toca a él.

Entonces comenzó a arder la leña y estuvo ardiendo durante tres días; cuando se hubo consumido toda la leña y se apagaron las llamas, estaba el friolero sentado en medio de las cenizas, temblando como un carámbano, y dijo:

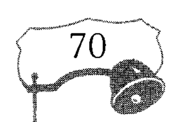
—En mi vida he pasado tanto frío. De haber durado más tiempo me habría congelado.

Después de esto ya no se encontró ningún pretexto, y la hermosa doncella tuvo que tomar como esposo al joven desconocido. Pero cuando se dirigían a la iglesia dijo la vieja:

—¡No puedo soportar esta vergüenza!

Y mandó a sus guerreros para que hicieran lo que se les ocurriera con tal de traerle a su hija.

Pero el que escuchaba había agudizado sus oídos y oyó las conversaciones secretas de la vieja.



—¿Qué hacemos? —le dijo al gordo.

Pero él sabía lo que tenía que hacer: escupió una o dos veces detrás del carruaje una parte del agua del mar que había bebido y se formó un gran mar en el que se quedó apresado todo el ejército y se ahogaron. Cuando la bruja supo esto, mandó a sus guerreros armados, pero el que se dedicaba a escuchar oyó el crujir de sus armaduras: entonces le quitó las vendas al de la mirada aguda y éste miró al enemigo débilmente y todos saltaron en pedazos como si fueran de vidrio. Siguieron su camino sin ser molestados y, una vez que hubieron recibido las bendiciones en la iglesia, los seis sirvientes se despidieron diciendo:

—Vuestros deseos están cumplidos; ya no nos necesitáis, así que queremos seguir nuestro camino y probar fortuna.

A una media hora de distancia del castillo había un pueblo, ante el que cuidaba un porquerizo su rebaño. Al llegar allí, el príncipe le dijo a su mujer:

—¿Sabes quién soy en verdad? No soy un príncipe, sino un porquerizo, y aquel que está allí con la piara es mi padre; nosotros tendremos que ayudarle a cuidar el rebaño.

Luego bajó con ella a la posada y dijo en secreto a los posaderos que por la noche le quitaran las vestiduras reales. Cuando se despertó a la mañana siguiente, no tenía nada que ponerse; la posadera le dio una falda vieja y un par de medias de lana viejas, al tiempo que le decía como si fuera un gran regalo:

—Da gracias a que él es tu marido, que si no, no te hubiera dado nada.

Entonces ella creyó que él era realmente un porquerizo y cuidaba con él el rebaño pensando: «Me lo tengo bien merecido por mi soberbia y orgullo.»

Al cabo de ocho días no pudo soportarlo más, pues tenía los pies llenos de heridas. Entonces llegaron unos cuantos y le preguntaron por su marido. Ella dijo:

—Sí, es el porquerizo; precisamente acaba de irse a hacer un pequeño negocio con cuerdas y cordones.

Ellos le dijeron:

—Ven con nosotros, te llevaremos junto a él.

La llevaron hasta el palacio y, cuando llegó a la sala, se vio ante su marido con vestiduras reales. Ella, sin embargo, no lo reconoció hasta que él se le echó al cuello, la besó y le dijo:

—Yo he sufrido tanto por ti que merecías sufrir esto por mí.

Entonces se celebró verdaderamente la boda, y al que lo ha contado le hubiera gustado estar allí.

La novia blanca y la novia negra

Iba una mujer con su hija y su hijastra por el campo a coger hierba.

Entonces se les acercó Dios, disfrazado de pobre, y dijo:

—¿Por dónde se va al pueblo?

—Si quieres saberlo —dijo la madre—, búscalo tú mismo.

Y la hija añadió:

—Si no sabes ir, búscate un guía.

Pero la hijastra dijo:

—Yo te conduciré, buen hombre, ven conmigo.

Entonces Dios se enfadó con la madre y la hija, les dio la espalda y las maldijo para que se volvieran negras como la noche y feas como el pecado. En cambio, con la pobre hijastra fue compasivo, se marchó con ella y, cuando estaban cerca del pueblo, la bendijo diciendo:

—Pídeme tres cosas y te las concederé.

Al momento contestó la muchacha:

—Quiero ser tan blanca y pura como el sol.

En el acto era blanca y hermosa como el día.

—Luego quiero tener una bolsa de oro que nunca se vacíe.

Esto también se lo concedió Dios, pero le dijo:

—No olvides lo mejor.

Ella dijo:

—Y en tercer lugar deseo el cielo eterno después de mi muerte.

Esto también le fue concedido, y Dios se despidió de ella.

Cuando la madre regresó a casa con su hija y vio que ambas eran negras como la pez y feas mientras su hijastra era blanca y hermosa, la maldad creció más aún en su corazón y no pensaba más que en ver cómo podía hacerle daño. La hermanastra tenía un hermano llamado Regino, al que ella quería mucho, y le contó todo lo que le había pasado. Entonces Regino le dijo:

—Querida hermana, voy a pintarte para tenerte siempre presente ante mis ojos, pues te quiero tanto que quisiera contemplarte siempre.

Ella contestó:

—Pero te ruego que no dejes ver a nadie el cuadro.

Pintó, pues, a su hermana y colgó el cuadro en su habitación. Vivía en el palacio del rey, porque era su cochero, y todos los días se ponía ante el cuadro y daba gracias a Dios por la suerte de tener a su hermana querida.

Casualmente, al rey se le había muerto su esposa, la cual había sido tan hermosa que no podía encontrar a nadie que se le pareciese, y el rey estaba tremendamente apenado. Los cortesanos notaron que el cochero se ponía cada día ante el hermoso cuadro y, desconfiando de él, se lo contaron al rey. Entonces hizo traer el cuadro ante sí y, cuando vio que se parecía a su esposa muerta, se enamoró perdidamente. Llamó al cochero y le preguntó que a quién representaba el cuadro. El cochero dijo que era su hermana, y el rey decidió no tomar a ninguna otra por esposa; le dio coche, caballos y maravillosos trajes de oro y le envió para recoger a la novia elegida.

Cuando Regino llegó con el mensaje, su hermana se alegró; pero la negra, que estaba celosa de la suerte de ella, se enfureció sobremanera y dijo a su madre:

—¿De qué sirven todas vuestras artes si no podéis conseguirme tal fortuna?

—¡Estáte tranquila! —dijo la vieja—. Ya te la procuraré.

Y, mediante sus artes de bruja, le oscureció los ojos al cochero, que así quedó medio ciego, y a la blanca le tapó los oídos para que se quedara medio sorda. Luego subieron al coche, primero la novia, con sus magníficas vestiduras reales, y luego la madrastra con su hija. Regino iba en el pescante para conducir.

Cuando llevaban un poco de camino, gritó el cochero:

—Tápate, hermanita mía,
que la lluvia no te cale
y que el viento no te ensucie
para que así al rey agrades.

La novia preguntó:

—¿Qué dice mi querido hermano?

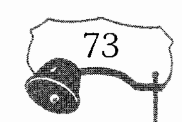
—¡Ay! —dijo la vieja—. Dice que te quites tu hermoso traje dorado y se lo des a tu hermana.

Ella se lo quitó y se lo dio a la negra, que a cambio le dio su mandil malo y gris. Siguieron así y un poquito después gritó el hermano otra vez:

—Tápate, hermanita mía,
que la lluvia no te cale
y que el viento no te ensucie
para que así al rey agrades.

La novia preguntó:

—¿Qué dice mi querido hermano?



—¡Ay! —dijo la vieja—. Dice que te quites la cofia de oro y se la des a tu hermana.

Ella se quitó la cofia y se la dio a la negra, y siguió con el cabello descubierto. Así continuaron su camino y, poco después, el hermano volvió a decir:

—Tápate, hermanita mía,
que la lluvia no te cale
y que el viento no te ensucie
para que así al rey agrades.

La novia preguntó:

—¿Qué dice mi querido hermano?

—¡Ay! —dijo la vieja—. Dice que mires fuera del coche.

En aquel momento pasaban por un puente sobre una corriente muy caudalosa. La novia estaba de pie, asomándose fuera del coche, la empujaron y cayó en mitad de la corriente. Pero en el mismo momento de hundirse, un pato blanco como la nieve salió de la superficie del agua y se alejó nadando río abajo.

El hermano no había notado nada y siguió con el coche hasta que llegaron a la corte. Entonces le llevó al rey la negra como si fuera su hermana, pensando que era ella en realidad, pues no podía ver bien, pero percibía el brillo de los trajes de oro. Cuando el rey vio la profunda fealdad de su pretendida novia, se irritó sobremanera y mandó lanzar al cochero a una fosa llena de víboras y serpientes.

La vieja bruja supo cautivar al rey y, mediante sus mañas, cegar de tal manera sus ojos, que terminó cortejando a su hija y, pareciéndole soportable, al final se casó con ella.

Una noche, mientras la novia negra estaba en el regazo del rey, llegó un pato blanco hasta el canalón de la cocina y le dijo al pinche:

—Joven, enciende la lumbre,
por favor,
para calentarme un poco
las plumas en el fogón.

Así lo hizo el pinche y encendió fuego en el fogón. Llegó entonces el pato, se sacudió y se ordenó las plumas con el pico. Mientras estaba calentándose preguntó:

—¿Qué hace mi hermano Regino?

El pinche respondió:

—Lo han arrojado a la fosa,
y en un nido de serpientes
el pobrecito reposa.

El pato siguió preguntando:

—¿Y qué hace la negra en casa?

El pinche respondió:

—Está en los brazos del rey
plácidamente sentada.

El pato dijo:

—Dios tenga piedad, amén.

Y se fue nadando por el canalón.

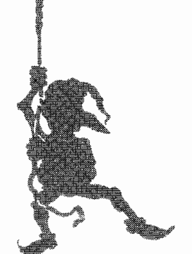
A la noche siguiente volvió e hizo las mismas preguntas y repitió su visita la tercera noche. Entonces el pinche ya no pudo soportarlo más y fue a contárselo al rey. El rey quiso verlo todo por sí mismo y, a la noche siguiente, se dirigió allí. Pero cuando el pato asomaba la cabeza por el canalón, cogió su espada y le cortó el cuello. Entonces se convirtió en una hermosa muchacha, que se parecía al retrato que el hermano había hecho de ella. El rey se llenó de alegría y, como ella estaba totalmente mojada, mandó traer lujosos trajes y que la vistieran con ellos. Luego ella le contó cómo la habían engañado con argucias y falsedades y la arrojaron al río. Su primer ruego fue que sacaran a su hermano de la fosa de serpientes. Una vez cumplido su ruego, el rey fue a la habitación donde estaba la vieja bruja y preguntó:

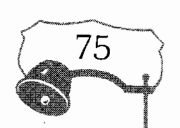
—¿Qué merece quien haya hecho esto y esto? —y le contó lo que había pasado.

Ella estaba tan ciega que no se dio cuenta de nada y dijo:

—Merece que la metan desnuda en un tonel con clavos, que enganchen un caballo al tonel y lo arrastre por el ancho mundo.

Y eso fue lo que hicieron con ella y su negra hija. El rey se casó con la novia blanca y premió al fiel hermano, haciéndole un hombre rico y notable.





Juan de Hierro

Erase una vez un rey que tenía un bosque cerca de su palacio, donde había toda clase de animales salvajes. Una vez mandó a un cazador para que le matara un venado, pero no regresó.

—Quizá le haya pasado una desgracia —dijo el rey.

Y al día siguiente mandó a dos cazadores a buscarlo, pero éstos tampoco regresaron. Entonces al tercer día llamó a todos sus cazadores:

—Registrad todo el bosque y no paréis hasta que los hayáis encontrado.

Pero tampoco regresó ninguno, e igualmente desaparecieron los perros de la jauría que habían llevado consigo. Desde ese momento nadie se atrevió a adentrarse en el bosque, que quedó totalmente tranquilo y solitario: sólo de cuando en cuando se veía volar por encima de él un águila o un azor.

Esto duró muchos años. Un día llegó un cazador extranjero, que pidió empleo y se ofreció a ir al peligroso bosque. El rey no quería dar su consentimiento y dijo:

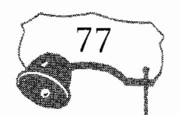
—Nadie está seguro dentro; temo que no te irá mejor que a los otros y que no salgas nunca de él.

—Señor —contestó el cazador—, lo hago bajo mi propia responsabilidad. No sé lo que es el miedo.

Así pues, el cazador se dirigió al bosque. No había transcurrido mucho tiempo cuando el perro olfateó las huellas de un animal salvaje y se puso a perseguirlo. Apenas había dado unos cuantos pasos, se encontró ante un profundo pantano y no pudo seguir: un brazo desnudo salió del agua, lo cogió y lo arrastró hacia el fondo. Al ver esto, el cazador regresó y se llevó tres hombres con tres cubos para vaciar el agua. Miraron al fondo y vieron un hombre salvaje que tenía el cuerpo marrón, como hierro oxidado, y cuyos cabellos le llegaban desde la cara hasta las rodillas. Lo ataron con cuerdas y lo llevaron a palacio. Se produjo un enorme asombro ante el hombre salvaje. El rey mandó meterlo en una jaula de hierro en el patio y prohibió, bajo pena de muerte, que nadie abriese la puerta de la jaula. Y la propia reina guardó la llave, y desde aquel momento todos pudieron ir al bosque seguros y tranquilos.

El rey tenía un hijo de ocho años, que, estando una vez jugando, se le cayó la pelota de oro dentro de la jaula. El muchacho corrió hasta ella y dijo:

—Dame mi pelota.
—Abreme la puerta y te la doy —contestó el hombre.
—No —dijo el muchacho—, no haré eso. El rey lo ha prohibido.
Y se marchó. Al día siguiente volvió y le pidió la pelota. El hombre salvaje dijo:
—Pues ábreme la puerta.
Pero el muchacho no quiso. Al tercer día, el rey se fue de caza; llegó de nuevo el muchacho y dijo:
—Aunque quisiera, no puedo abrir la puerta, no tengo la llave.
El hombre salvaje le dijo:
—Está debajo de la almohada de tu madre; ve y cógela.
El muchacho, que quería tener su pelota, olvidó cualquier reparo y llevó la llave. La puerta se abrió con dificultad, y el niño se pilló con ella el dedo. Una vez abierta, salió el hombre salvaje, le dio la pelota de oro y se apresuró a alejarse. Al muchacho le entró miedo y se fue tras él gritando.
—¡Ay, hombre salvaje, no te vayas, que si no me pegarán!
El hombre salvaje dio la vuelta, lo levantó, se lo echó al cuello y se adentró con rápidos pasos en el bosque.
El rey regresó al hogar y, al ver la jaula vacía, preguntó a la reina cómo había sucedido. El rey envió gente al campo a buscarlo, pero no lo encontraron. Entonces adivinó lo que había pasado, y la corte se sumió en una gran tristeza. La reina no sabía nada, buscó la llave, pero ésta había desaparecido. Llamó al muchacho, pero nadie contestó.
Cuando el hombre salvaje llegó al oscuro bosque, bajó al muchacho de sus hombros y le dijo:
—A tu padre y a tu madre no los verás nunca más, pero yo te mantendré conmigo, pues tú me has liberado y me das lástima. Si haces lo que yo te diga, te irá bien. Tengo más oro y más tesoros que ningún hombre en el mundo.
Le hizo al muchacho un lecho de musgo, donde durmió, y a la mañana siguiente lo llevó a una fuente y dijo:
—¿Ves esta fuente de oro? Está limpia y clara como el cristal. Siéntate aquí y presta atención para que no caiga nada en ella, de lo contrario quedará mancillada. Vendré todas las tardes a ver si has cumplido mis órdenes.
El muchacho se sentó al borde del pozo; unas veces veía aparecer una serpiente de oro, otras veces un pez de oro, y prestaba atención para que no cayera nada dentro. Estando allí sentado, le



empezó a doler tanto el dedo, que involuntariamente lo metió en el agua. Lo sacó en seguida, pero vio que se le había puesto totalmente dorado y, aunque se esforzó por limpiar el oro, todo fue en vano. Por la tarde regresó Juan de Hierro, miró al muchacho y dijo:

—¿Que ha pasado en el pozo?

—Nada, nada —contestó.

Y escondió el dedo detrás de la espalda para que no pudiera verlo. Pero el hombre dijo:

—Has metido el dedo en el agua. Por esta vez, pase, pero mucho ojo con que vuelva a caer algo en ella.

A la mañana siguiente, muy temprano, estaba otra vez sentado en el pozo, vigilando. Volvió a dolerle el dedo y se lo llevó a la cabeza, pero con tan mala suerte que cayó un pelo al pozo. Lo sacó rápidamente, pero ya era todo de oro. Cuando llegó Juan de Hierro, ya sabía lo que había sucedido:

—Has dejado caer un pelo en el agua —dijo—. Volveré a hacer la vista gorda, pero si ocurre otra vez, el pozo quedará mancillado, y no podrás seguir conmigo.

Al tercer día estaba sentado el muchacho en el pozo sin atreverse a mover el dedo, aunque le dolía mucho. Pero se aburrió y se puso a observar su rostro, que se reflejaba en la superficie del agua. Y al inclinarse cada vez más para verse directamente los ojos, sus largos cabellos se deslizaron de la espalda y cayeron al agua. Se enderezó rápidamente, pero todo el cabello era ya de oro y brillaba como el sol. Podéis haceros una idea de lo que se asustó el muchacho. Cogió su pañuelo y se lo ató alrededor de la cabeza para que el hombre no pudiera verlo. Pero cuando llegó, ya lo sabía todo y dijo:

—Desátate el pañuelo.

Entonces aparecieron los cabellos de oro y no le sirvió de nada disculparse.

—No has superado la prueba y no puedes seguir aquí. Sal del bosque y entonces sabrás lo que es la pobreza. Pero, ya que no tienes mal corazón y yo tengo buenos sentimientos hacia ti, voy a concederte algo: cuando te veas en una necesidad, ven al bosque y llama: «Juan de Hierro», y entonces iré y te ayudaré. Mi poder es grande, más grande de lo que crees, y tengo oro y plata en abundancia.

El príncipe abandonó el bosque y fue por caminos buenos y malos hasta que llegó a una gran ciudad. Allí buscó trabajo, pero no pudo encontrar ninguno, y además no había aprendido nada

con que poder ayudarse en el futuro. Finalmente se dirigió a palacio y preguntó si querían tenerlo allí. Los cortesanos no sabían para qué podían necesitarlo, pero les gustó y le dijeron que se quedara. Primeramente lo tomó el cocinero a su servicio para que le trajera agua y leña y barriera las cenizas. Una vez que no había otro disponible, el cocinero le mandó llevar la comida a la mesa real, y como no quería enseñar sus cabellos de oro se quedó con el sombrero puesto. Al rey no le había pasado esto nunca y dijo:

—Cuando vengas a la mesa real, tienes que quitarte el sombrero.

—¡Ay, señor! —contestó él—. No puedo, porque tengo tiña en la cabeza.

El rey llamó al cocinero, le riñó y le preguntó que por qué había tomado a su servicio a un muchacho así y que lo echara. El cocinero se compadeció de él y lo cambió por el joven del jardinero. Así pues, el joven tuvo que plantar, regar, escardar y cavar el jardín y soportar el viento y el mal tiempo. Una vez, en verano, estaba trabajando solo en el jardín, y hacía tanto calor que se quitó el sombrero para que el viento le refrescara. Pero al darle el sol en la cabeza, el pelo brillaba y relucía de tal manera que los rayos entraron en la habitación de la princesa y ella se levantó para ver lo que era. En ese momento divisó al joven y lo llamó:

—¡Joven! Tráeme un ramo de flores.

Se puso el sombrero a toda prisa, cortó flores silvestres e hizo un ramillete con ellas. Cuando subía la escalera con el ramo, se tropezó con el jardinero, que le dijo:

—¿Pero cómo puedes llevarle a la princesa un ramo de flores tan malas? Rápido, vete a coger otras y busca las más hermosas y raras.

—¡Ay, no! —respondió el joven—. Las silvestres huelen mejor y le gustarán más.

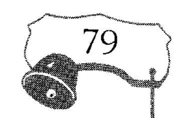
Cuando llegó a su habitación, la princesa dijo:

—¡Descúbrete! No está bien que tengas puesto el sombrero en mi presencia.

El contestó:

—No puedo, tengo tiña en la cabeza.

Pero ella echó mano al sombrero, se lo quitó, y entonces sus cabellos de oro le cayeron por la espalda, que daba gloria verlo. Quiso huir, pero ella le cogió del brazo y le dio un puñado de ducados. El no prestó atención al oro y, entregándoselos al jardinero, dijo:



—Toma, dáselos a tus hijos para que jueguen con ellos.

A la mañana siguiente, la princesa volvió a pedirle que le llevara un ramo de flores del campo y, cuando entraba con ellas, le agarró rápidamente el sombrerito para quitárselo, pero él se lo sujetó con ambas manos. De nuevo le entregó un puñado de ducados, pero él no quiso quedarse con ellos y se los dio a los hijos del jardinero para que jugaran. Al día siguiente sucedió lo mismo, pero ella no pudo quitarle el sombrero, y él no quiso su oro.

Poco tiempo después, el país fue amenazado de guerra. El rey reunió a su pueblo, no sabiendo si podría resistir al enemigo, que era poderosísimo y tenía un gran ejército. Entonces dijo el aprendiz de jardinero:

—He crecido y yo también quiero ir a la guerra. No pido más que un caballo.

Los otros se rieron y dijeron:

—Cuando nos hayamos ido, búscate uno; te dejaremos uno en la cuadra.

En cuanto se fueron, se dirigió a la cuadra y buscó el caballo; estaba cojo de una pata y renqueaba. A pesar de todo se montó en él y cabalgó hacia el espeso bosque. Llegó al lindero y llamó tres veces: «¡Juan de Hierro!», tan fuerte que retumbó a través de los árboles. En seguida apareció el hombre salvaje y dijo:

—¿Qué quieres?

—Quiero un caballo fuerte para ir a la guerra.

—¡Lo tendrás y aún más de lo que pides!

El hombre salvaje regresó al bosque y, poco después, salió un palafrenero del bosque con un caballo que resoplaba por los ollares* y era casi imposible de domar. Detrás seguía una gran multitud de guerreros totalmente armados y con las espadas brillando a la luz del sol. El joven le dio al palafrenero su caballo de tres patas, se subió al otro y cabalgó ante el ejército. Cuando llegó al campo de batalla, había caído ya una gran parte de los guerreros del rey, y pronto los demás tuvieron que retroceder. Entonces se precipitó a la carrera con su ejército, todo cubierto de hierro, cayó como un rayo encima de los enemigos y derribó a todos los que le ofrecían resistencia. Quisieron huir, pero el joven los persiguió hasta que no quedó ninguno. En vez de regresar junto al rey, dio un rodeo para llevar a su ejército al bosque y llamó a Juan de Hierro.

—¿Que quieres? —dijo el salvaje.

—Toma tu caballo y tu ejército y devuélveme mi caballo de tres patas.

Se hizo lo que él pedía y regresó a casa con el caballo de tres patas.

Cuando el rey volvió a palacio, le salió al encuentro su hija, que le felicitó por la victoria.

—No he sido yo quien ha logrado la victoria —dijo—, sino un caballero extranjero que me ha prestado ayuda con su ejército.

La hija quería saber quién era el caballero extranjero, pero el rey no lo sabía y dijo:

—Ha perseguido al enemigo y no lo he vuelto a ver.

Ella preguntó al jardinero por su aprendiz, que se echó a reír, diciendo:

—Acaba de llegar a casa en su caballo de tres patas, y los otros se han burlado de él gritando: «¡Ahí viene nuestro cojitranco!» Le han preguntado: «¿Detrás de qué seto te has echado a dormir?» Y él ha respondido: «He hecho lo mejor, y sin mí no hubiera ido tan bien la cosa.» Entonces se han reído de él más aún.

El rey le dijo a su hija:

—Voy a anunciar una gran fiesta que dure tres días, y tú lanzarás una manzana de oro: a lo mejor viene el desconocido.

Se anunció la fiesta, y el joven volvió al bosque y llamó a Juan de Hierro.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Conseguir la manzana de oro de la princesa.

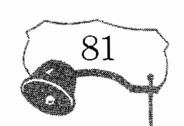
—¡Dalo por hecho! —dijo Juan de Hierro—. Tendrás, además, una armadura roja y cabalgarás en un orgulloso zorro.

Cuando llegó el día, el joven llegó corriendo, se colocó entre los caballeros y nadie le conoció. La princesa apareció y arrojó a los caballeros una manzana de oro, pero sólo él pudo cogerla, y en cuanto la obtuvo se alejó corriendo. Al segundo día, Juan de Hierro lo armó de caballero blanco. De nuevo cogió la manzana, pero partió corriendo sin detenerse un momento. El rey se enfadó y dijo:

—Eso no está bien; tiene que presentarse ante mí y decir su nombre.

Y ordenó que en cuanto el caballero cogiera la manzana e intentara alejarse de allí, lo persiguieran y se lo trajeran por las buenas o por las malas.

Al tercer día, Juan de Hierro le proporcionó una armadura negra y un caballo negro y volvió a conseguir la manzana. Pero cuando huía con ella, salió detrás de él toda la gente del rey, y uno se le acercó tanto que le hirió en la pierna con la punta de la espada. Logró escaparse de él, pero su caballo saltó tan fuerte-



mente que el yelmo se le cayó de la cabeza y todos pudieron ver que tenía los cabellos de oro. Regresaron y le contaron todo al rey.

A la mañana siguiente, la hija del rey preguntó al jardinero por su aprendiz:

—Está trabajando en el jardín. Es un tipo muy extraño; ha estado también en la fiesta y no ha vuelto hasta ayer por la tarde; les ha traído a mis hijos tres manzanas de oro que ha ganado.

El rey mandó traerlo a su presencia, y él apareció otra vez con el sombrero puesto. Pero la princesa se acercó a él y se lo quitó; entonces sus cabellos de oro se desparramaron por su espalda, y era un espectáculo tan hermoso que causó la admiración de todos.

—¿Eres el caballero que ha venido todos los días a la fiesta, vestido cada vez de un color, y que ha cogido las tres manzanas de oro? —preguntó el rey.

—¡Sí! —contestó él—. Y aquí están las manzanas.

Las sacó de su bolsillo y se las entregó al rey.

—Si todavía necesitáis más pruebas, aquí está la herida que me ha infligido vuestra gente cuando me perseguía. También soy yo el caballero que os ayudó en la victoria sobre el enemigo.

—Si tú has llevado a cabo tales acciones, no eres ningún aprendiz de jardinero. Dime quién es tu padre.

—Mi padre es un rey poderoso y tengo oro en abundancia: tanto como quiero.

—Ya lo veo —dijo el rey—, y te doy las gracias. ¿Puedo hacer algo que te guste?

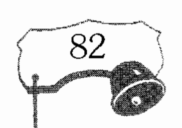
—Sí —contestó—, claro que podéis: dadme a vuestra hija por esposa.

A esto, la doncella se echó a reír y dijo:

—No se para en barras, pero yo ya había visto por sus cabellos de oro que no era ningún aprendiz de jardinero.

Se dirigió a él y lo besó. A la boda asistieron su padre y su madre, y reinó gran alegría, pues ya habían perdido toda esperanza de volver a ver a su amado hijo. Y estando sentados a la mesa de esponsales, de pronto se calló la música, las puertas se abrieron y un magnífico monarca entró con gran séquito. Se dirigió al joven, lo abrazó y le dijo:

—Yo soy Juan de Hierro. Me habían encantado transformándome en un hombre salvaje, pero tú me has liberado. Todos los tesoros que poseo pasarán a ser tuyos ahora mismo.



Las tres princesas negras

Las Indias Orientales estaban sitiadas por el enemigo, que no quería dejar la ciudad hasta haber recibido seiscientos táleros*. Entonces dieron un pregón, en el que se decía que al que consiguiera esta suma lo nombrarían alcalde.

Había por allí un pobre pescador que estaba pescando en el mar con su hijo y vino el enemigo, hizo prisionero a su hijo y le dio seiscientos táleros por él. Entonces el padre dio el dinero a los señores de la ciudad, el enemigo se marchó y el pescador se convirtió en alcalde. Y se pregonó que quien no le llamara «señor alcalde» sería ahorcado.

El hijo pudo escaparse del enemigo y llegó a un gran bosque, situado en una alta montaña. Esta se abrió, y él llegó a un castillo encantado en el cual todas las sillas, las mesas y los bancos estaban cubiertos con colgaduras negras. Llegaron tres princesas vestidas de negro y que tenían parte de la cara de color blanco. Le dijeron que no se asustase, que no le harían nada y que él podría desencantarlas.

Entonces él dijo que lo haría si supiera cómo. Ellas le dijeron que en todo un año no podría decir nada ni mirarlas; que dijera qué quería y, si ellas podían contestarle, le complacerían.

Pasó algún tiempo, y él dijo que quería irse con su padre; ellas dijeron que bueno, pero que a los ocho días estuviera de vuelta. Le dieron una bolsa con dinero para llevárselo y unos trajes para ponerse. Luego lo subieron y rápidamente estuvo en las Indias Orientales. No pudo encontrar a su padre en la cabaña del pescador y preguntó a la gente dónde estaba el pobre pescador; le dijeron que no lo llamara así, porque le ahorcarían.

Llegó adonde estaba su padre y dijo:

—Pescador, ¿a dónde has llegado?

Y éste dijo:

—No digas eso, que si te oyen los señores de la ciudad te ahorcarán.

Pero él no dejó de decirlo y lo llevaron a la horca.

Estando allí dijo:

—Señores míos, les pido permiso para ir a la cabaña del pescador.

Se puso una blusa vieja y, volviendo junto a los señores, dijo:

—Sea lo que sea, yo soy hijo de un pobre pescador. Con esta ropa he ganado el pan para mi padre y mi madre.

Entonces le reconocieron y le pidieron perdón. Lo llevaron a casa, y él contó todo lo que le había pasado: cómo había llegado a un bosque que había en una montaña alta y cómo ésta se había abierto y él había llegado a un castillo encantado, donde todo era de color negro, y cómo habían aparecido tres princesas también negras, pero con un poco de color blanco en la cara. Y que éstas le habían dicho que no se asustase, y que podía desencantarlas.

La madre dijo entonces que aquello no era nada bueno y le dio una vela de cera bendita para que dejara caer algunas gotas de cera caliente en sus caras.

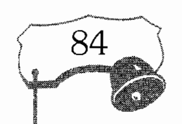
El fue, muerto de miedo, y dejó caer algunas gotas de cera en sus caras cuando ellas estaban dormidas, y se pusieron medio blancas.

Entonces las princesas se sobresaltaron y dijeron:

—¡Maldito perro! ¡Nuestra sangre pedirá a gritos venganza! Ahora ya no hay nadie en el mundo que pueda desencantarnos. Tenemos tres hermanos atados con cadenas que tú deberías haber roto.

Se produjo un gran ruido en el castillo, y él saltó por la ventana rompiéndose una pierna; el castillo se hundió de nuevo en el suelo, y la montaña se cerró de manera que nadie supo jamás dónde había estado.

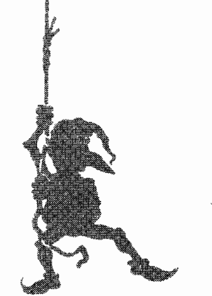


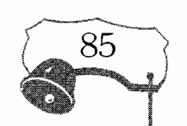


Knoist y sus tres hijos

Entre el Werra* y el Soist* vivía un hombre llamado Knoist, que tenía tres hijos: uno era ciego, otro cojo y el tercero estaba totalmente desnudo. Un día fueron por el campo y vieron una liebre. El ciego le disparó, el cojo la atrapó y el desnudo se la metió en el bolsillo. Llegaron a un gran mar en el que había tres barcos: uno navegaba, otro se hundió y el tercero no tenía fondo: en este barco sin fondo se metieron los tres. Llegaron a un gran bosque en el que había un enorme árbol, y en el árbol una enorme capilla, y en la capilla una sacristán jorobado y un pastor patizambo que repartían el agua bendita a palos:

> Bendito sea el hombre
> que puede escaparse del agua bendita.





La doncella de Brakel

Una doncella de Brakel hizo una peregrinación a la capilla de Santa Ana, en el monte Hinner, porque quería tener marido y creía que podría conseguirlo en la capilla. Llegó y se puso a cantar:

—Oh, santa Ana bendita,
consígueme un marido.
Vive en la puerta Suttmer
y te es bien conocido.
El tiene el pelo rubio,
y te es bien conocido.

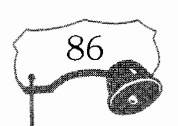
El sacristán, que estaba detrás del altar, lo oyó y empezó a decir con voz truculenta:

—No lo tendrás, no lo tendrás.

Pero la doncella, pensando que había sido el niño Jesús, que estaba al lado de santa Ana, se enfadó y gritó:

—¡Pamplinas, crío tonto! ¡Cierra el pico y deja hablar a tu madre!





La compañía

—¿A dónde vas?

—A Walpe.

—Yo a Walpe, tú también: juntas, juntas, vamos bien.

—¿Tienes marido?

—Tengo marido.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Florido.

—Mi marido Florido, tu marido Florido; yo a Walpe, tú también: juntas, juntas, vamos bien.

—¿Tienes un hijo?

—Sí, tengo un hijo.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Botijo.

—Mi hijo Botijo, tu hijo Botijo; mi marido Florido, tu marido Florido; yo a Walpe, tú también: juntas, juntas, vamos bien.

—¿Tienes cuna?

—Tengo cuna.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Aceituna.

—Mi cuna Aceituna, tu cuna Aceituna; mi hijo Botijo, tu hijo Botijo; mi marido Florido, tu marido Florido; yo a Walpe, tú también: juntas, juntas, vamos bien.

—¿Tienes criado?

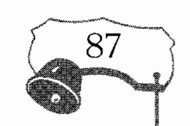
—Tengo criado.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Amansado.

—Mi criado Amansado, tu criado Amansado; mi cuna Aceituna, tu cuna Aceituna; mi hijo Botijo, tu hijo Botijo; mi marido Florido, tu marido Florido; yo a Walpe, tú también: juntas, juntas vamos bien [1].

[1] En la versión alemana este cuento consiste en un juego de palabras en las que unas riman con otras, repitiéndose; la traducción literal al castellano no tendría ningún sentido, por lo que se ha pretendido imitar los juegos de palabras con una rima apropiada.



El corderito y el pececillo

Erase una vez un hermanito y una hermanita que se querían mucho. Su verdadera madre había muerto, y tenían una madrastra que no los quería y a escondidas les hacía todo el daño posible.

Sucedió que una vez estaban jugando los dos con otros niños en un prado ante la casa; en el prado había un estanque que llegaba hasta un lado de la casa. Los niños daban vueltas alrededor mientras cantaban:

—Eneke *, Beneke, déjame vivir,
te daré mi pajarito,
el pajarito me buscará paja,
la paja se la daré a la vaca,
la vaca me dará leche,
la leche se la daré al panadero,
el panadero me hará un pastel,
el pastel se lo daré al gato,
el gato cogerá ratones,
los ratones los pondré
a ahumarse y los cortaré.

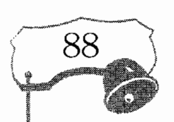
Al mismo tiempo se ponían en corro y al que le tocaba la palabra «cortar» echaba a correr y los otros lo perseguían hasta cogerlo. Según estaban saltando tan contentos, los vio la madrastra desde la ventana y se enfadó. Como ella entendía de artes de magia, los encantó a los dos, al hermanito en un pez y a la hermanita en un cordero.

El pececillo nadaba por el estanque de un lado a otro y se sentía triste; el corderito iba de aquí para allá en la pradera y no tocaba ni una rama. Así pasó algún tiempo. Un día llegaron unos huéspedes extranjeros al palacio. La mala madrastra pensó: «Ahora es la ocasión.» Llamó al cocinero y dijo:

—Ve y tráete al cordero de la pradera y mátalo; si no, no sé qué vamos a dar a los huéspedes.

El cocinero trajo al corderito y lo llevó a la cocina, le ató las patitas y éste lo sufrió todo resignadamente.

Había sacado el cuchillo y estaba afilándolo en el dintel de la puerta para matarlo, cuando vio a un pececillo, en el agua ante el canalón, que iba de un lado a otro y que le miraba. Era el hermanito, pues el pececillo había visto cómo el cocinero se llevaba al corderito, y fue nadando hasta la casa. Entonces gritó el corderito:



—¡Ay, hermanito del hondo lago,
cómo me duele mi corazón!
El cocinero afila el cuchillo
para matarme sin compasión.

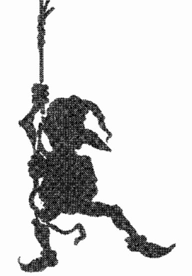
El pececillo contestó:

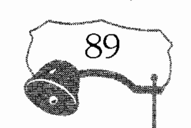
—¡Ay, hermanita de las alturas,
cómo me duele mi corazón,
viendo desde este lago profundo
cómo te matan sin compasión!

Cuando el cocinero oyó que el corderito podía hablar y le gritaba al pececillo palabras tan tristes, se asustó y pensó que no podía ser un corderillo corriente. Entonces dijo:

—Tranquilízate, que no te voy a degollar.

Cogió otro cordero y lo preparó para los huéspedes, y llevó el corderito a casa de una buena campesina a la que contó todo lo que había visto y oído. La campesina era precisamente el aya de la hermanita y supuso rápidamente quién era, y fue con él a ver a un hada. Entonces la mujer echó una bendición sobre el corderillo y el pececillo, mediante la cual recobraron su figura humana, y luego los llevó a los dos a una casita en medio de un espeso bosque, donde vivieron solos, pero felices y contentos.





El monte Simeli

Eranse dos hermanos, uno rico y el otro pobre. El rico no le daba nada al pobre y él tenía que alimentarse pobremente con el negocio de granos; por ello, a veces le iba tan mal que no tenía nada que dar de comer a su mujer y a su hijo. Una vez iba por el campo con su carro, cuando de pronto divisó a un lado un gran monte sin árboles y, como no lo había visto nunca, se detuvo y lo observó admirado. Mientras estaba allí parado vio llegar a doce hombres salvajes; creyendo que eran ladrones, empujó el carro hasta los matorrales, se subió a un árbol y esperó a ver lo que pasaba.

Los doce hombres se acercaron al monte y gritaron:

—Monte Semsi, monte Semsi, ábrete.

En ese momento el monte pelado se abrió en dos partes, los doce penetraron en él y, una vez dentro, se cerró de nuevo. Poco después volvió a abrirse, los hombres salieron llevando pesados sacos a la espalda y, cuando estaban ya todos fuera, dijeron:

—Monte Semsi, monte Semsi, ciérrate.

Entonces el monte se cerró sin que pudiera verse ninguna entrada en él, y los doce se alejaron. En cuanto los hubo perdido de vista, el pobre bajó del árbol y sintió curiosidad por ver lo que había en el monte, así que se colocó ante él y dijo:

—Monte Semsi, monte Semsi, ábrete.

Y el monte se abrió ante él. Penetró y vio que todo el monte era una cueva llena de plata y oro, y detrás había grandes montones de perlas y piedras preciosas brillantes esparcidas como semillas. El pobre no sabía qué hacer y dudaba si llevarse algo o no; finalmente se llenó los bolsillos de oro, pero dejó sin tocar las perlas y las piedras preciosas. Cuando salió, dijo igualmente:

—Monte Semsi, monte Semsi, ciérrate.

Entonces el monte se cerró y él se dirigió con su carro a casa. Desde entonces no tuvo que preocuparse de nada, y con el oro pudo comprar pan y vino a su mujer y sus hijos, vivió feliz y honradamente, era compasivo con los pobres y se portaba bien con todo el mundo.

Cuando se le terminó el oro fue a casa de su hermano, le pidió prestada una fanega* y volvió a buscar oro, aunque no tocó para nada los grandes tesoros. Por tercera vez necesitó coger algo, y otra vez le pidió prestada la fanega a su hermano.

Hacía mucho tiempo que el rico estaba envidioso de su fortu-

na y de la buena situación que había logrado, y no podía entender de dónde procedía tal riqueza y lo que su hermano hacía con la fanega. Entonces pensó una argucia, untó el fondo con pez y, cuando su hermano le devolvió la medida, vio que se había quedado pegada una pieza de oro.

Rápidamente fue a casa de su hermano y le preguntó:

—¿Qué has medido con la fanega?

—Trigo y cebada —dijo el otro.

Pero entonces le entregó la pieza de oro y le amenazó con acusarle ante un tribunal si no le decía la verdad.

Entonces le contó todo tal como había sucedido. El rico hizo enganchar un carro rápidamente, y se dirigió allí, pues quería aprovechar mejor la oportunidad y traerse otro tipo de tesoros.

Cuando llegó ante el monte, gritó:

—Monte Semsi, monte Semsi, ábrete.

El monte se abrió y él entró. Allí estaban todas las riquezas ante su vista; cargó con todas las piedras preciosas que pudo y fue a sacar la carga, pero, como tenía el corazón y la cabeza ocupados con las riquezas, se le olvidó el nombre del monte y gritó:

—Monte Simeli, monte Simeli, ábrete.

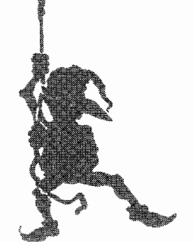
Pero ése no era el verdadero nombre, y el monte no se movió y siguió cerrado. Entonces le entró miedo, pero cuanto más intentaba recordarlo, más se le embarullaban los pensamientos, sin que los tesoros le sirvieran de nada. Por la tarde se abrió el monte, entraron los doce ladrones, y al verle se rieron y gritaron:

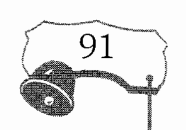
—¡Bueno, pájaro, por fin te hemos atrapado! ¿O es que te crees que no habíamos notado que habías entrado ya dos veces? No hemos podido apresarte, pero a la tercera va la vencida.

Entonces él gritó:

—¡No he sido yo, ha sido mi hermano!

Pero por más que rogó que le perdonaran la vida, ellos le cortaron la cabeza.





El viaje

Había una vez una pobre mujer que tenía un hijo al que le encantaba viajar. La madre dijo:

—¿A dónde quieres ir? No hay dinero para que puedas llevarte.

—Ya me las apañaré —dijo el hijo—. Iré diciendo siempre: «No mucho, no mucho, no mucho.»

Así fue un buen trecho diciendo: «No mucho, no mucho, no mucho.» Pasó ante un grupo de pescadores y dijo:

—¡Que Dios os ayude! No mucho, no mucho, no mucho.

—¿Qué dices, muchacho? ¿Que no mucho?

Sacaron la red, y vieron que no había muchos peces en ella. Entonces le dieron una paliza diciendo:

—¿Has visto lo bien que se nos da moler?

—¿Pues qué queréis que diga? —dijo el muchacho.

—Di: «Buena pesca, buena pesca.»

El siguió andando un buen rato y diciendo: «Buena pesca, buena pesca», hasta que llegó a una horca donde estaban a punto de colgar a un pobre pecador.

—Buenos días —dijo entonces—. Buena pesca, buena pesca.

—¿Qué dices, muchacho? ¿Buena pesca? ¿Piensas que debe haber más pecadores en el mundo? ¿Es que no hay ya bastantes?

Y de nuevo le dieron una buena paliza.

—¿Pues qué queréis que diga?

—Di: «Que Dios consuele a esta pobre alma.»

El muchacho siguió su camino un buen rato diciendo: «Que Dios consuele a esta pobre alma.» Llegó a una zanja donde había un hombre desollando un caballo, y el muchacho dijo:

—Que Dios consuele a esta pobre alma.

—¿Qué dices, muchacho?

Y le dio con un gancho detrás de las orejas, de modo que no podía ver con los ojos.

—¿Pues qué queréis que diga?

—Di: «Aquí está la carroña en la cuneta.»

Entonces se fue diciendo todo el rato: «Aquí está la carroña en la cuneta, aquí está la carroña en la cuneta.» Pasó por allí una carroza llena de gente y él dijo:

—Aquí está la carroña en la cuneta.

Entonces la carroza volcó y se cayó a la cuneta, y el cochero cogió el látigo y le dio tal paliza al muchacho, que se volvió corriendo junto a su madre, y jamás quiso volver a hacer un viaje.

El borriquillo

Había una vez un rey y una reina muy ricos, que tenían todo lo que deseaban menos hijos. Por esto ella se lamentaba día y noche diciendo:

—Soy un campo en el que no crece nada.

Finalmente, Dios satisfizo sus deseos, pero cuando el niño nació no tenía la apariencia de un niño, sino de un borriquillo. Cuando la madre lo vio, empezaron en verdad sus gritos y lamentos: hubiera preferido no tener un hijo a tener un asno, y dijo que lo echaran al agua para que se lo comieran los peces.

Sin embargo, el rey dijo:

—No, si Dios me lo ha dado, será mi hijo y mi heredero, se sentará a mi muerte en el trono y llevará la corona real.

Así que el borriquillo fue bien criado, engordó y las orejas le crecieron altas, finas y derechas; por lo demás era de naturaleza alegre, jugaba y le gustaba especialmente la música, de modo que fue a ver a un conocido músico y le dijo:

—Enséñame tu arte, porque quiero aprender a tocar tan bien como tú.

—Ay, mi querido señor —contestó el músico—, eso os será difícil; vuestros dedos no están hechos para ello y además son muy grandes; me temo que las cuerdas no lo aguantarán.

Pero no valieron excusas ni pretextos. El borriquillo quería aprender a tocar y, como era perseverante y aplicado, al final lo aprendió tan bien como el maestro mismo.

Una vez iba el joven señor paseando meditabundo y llegó a un pozo; miró dentro y vio en la superficie clara del agua su figura de asno. Se puso tan triste al verse, que partió por el ancho mundo y sólo se llevó consigo a un fiel compañero. Fueron de un lado a otro, y llegaron finalmente a un reino donde reinaba un viejo rey que sólo tenía una hija maravillosa. El asnillo dijo:

—Nos detendremos aquí.

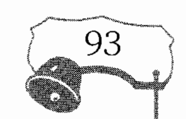
Llamó a la puerta y gritó:

—Hay un huésped a la puerta, abrid para que pueda entrar.

Pero como la puerta no se abría, se sentó, cogió su laúd y empezó a tocarlo con sus patas delanteras de la forma más dulce.

Entonces el vigilante abrió los ojos con gran asombro, fue corriendo a ver al rey y dijo:

—Ahí fuera, ante el portón, hay un borriquillo que está tocando el laúd como un consumado maestro.



—Bien, déjame entrar al músico —dijo el rey.

Pero cuando entró el borriquillo, todos comenzaron a reírse del tañedor de laúd. El borriquillo se sentó entre los sirvientes y allí le echaron de comer, pero él no se encontraba a gusto y dijo:

—Yo no soy un asno vulgar de cuadra, yo soy un noble.

Entonces le dijeron:

—Si lo eres, siéntate entre los guerreros.

—No —dijo—, quiero sentarme con el rey.

El rey se rió y dijo de buen humor:

—Sea como tú quieres, borriquillo, ven a mi lado.

Luego preguntó:

—Borriquillo, ¿te gusta mi hija?

El borriquillo volvió la cabeza, la miró, asintió y dijo:

—Sí, mucho; es tan hermosa como no he visto otra igual.

—Bien, entonces siéntate también junto a ella —dijo el rey.

—Eso me gusta —dijo.

Y se sentó a su lado, comió y bebió, y supo comportarse con limpieza y educación.

Cuando el noble animalillo llevaba ya cierto tiempo en la corte del rey, pensó: «¿De qué sirve todo esto? Tienes que volver a casa.» Dejó caer tristemente su cabeza, se presentó ante el rey y se despidió. El rey, sin embargo, le quería y dijo:

—¿Qué te pasa, borriquillo? Pareces amargado. Quédate conmigo y te daré lo que quieras. ¿Quieres oro?

—No —dijo el asnillo, meneando la cabeza.

—¿Quieres tesoros y piedras preciosas?

—No.

—¿Quieres la mitad de mi reino?

—De ninguna manera.

Entonces dijo el rey:

—¡Si supiera lo que te haría feliz! ¿Quieres a mi hermosa hija por mujer?

—¡Oh, sí! —dijo el asnillo—. A ella sí que me gustaría tenerla.

De pronto se puso alegre, pues eso era precisamente lo que quería. Así pues, se celebró una hermosa y lujosa boda.

Por la noche, cuando el novio y la novia se fueron a su habitación a dormir, quiso saber el rey si el borriquillo se comportaba bien y con educación y ordenó a un sirviente que se escondiera allí. Una vez que estuvieron dentro, el novio corrió el cerrojo de la puerta, miró a su alrededor y, creyendo que estaban completamente solos, se quitó la piel de asno y apareció como un apuesto príncipe real.

—Bien, ya ves —dijo— quién soy, y que no era indigno de ti.

La novia estaba feliz, lo besó y lo amó de todo corazón.

A la mañana siguiente se levantó, se puso otra vez su piel de asno y ningún hombre hubiera imaginado lo que se escondía detrás de ella.

Pronto apareció el viejo rey:

—¡Ay! —gritó—. El borriquillo ya está despierto. Debes de estar muy triste —le dijo a su hija— por no haber recibido un marido como Dios manda.

—Ay no, querido padre, lo quiero tanto como si fuera el más hermoso de todos y quiero conservarlo durante todos los días de mi vida.

El rey se asombró, pero el sirviente que se había escondido se lo contó todo. El rey dijo:

—Eso no puede ser de ninguna manera.

—Bien, velad vos la próxima noche, y vedlo con vuestros propios ojos. Os diré más, señor: llevaos la piel y arrojadla al fuego, y así tendrá que mostrarse con su verdadera apariencia.

—Tu consejo es bueno —dijo el rey.

Y por la noche, mientras dormían, se deslizó en su habitación, se aproximó a la cama, y a la luz de la luna, vio reposar en ella a un apuesto joven y la piel extendida en el suelo. La cogió y mandó encender un enorme fuego y echar la piel en él. Él mismo permaneció allí hasta que se hubo convertido totalmente en cenizas. Pero quería ver cómo iba a presentarse el que había sido despojado de ella, y así permaneció toda la noche en vela al acecho.

Cuando el joven se despertó con las primeras luces de la mañana, se levantó y fue a ponerse su piel, pero no pudo encontrarla. Entonces se asustó y dijo lleno de pena y tristeza:

—Ahora tengo que huir.

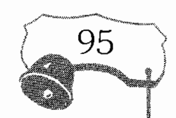
Al salir se topó con el rey, que le dijo:

—Hijo mío, tú eres un hombre apuesto y no puedes irte de mi lado. Te daré ahora la mitad de mi reino y a mi muerte lo recibirás todo entero.

—Bueno, deseo que lo que ha empezado bien, termine bien también —dijo el joven—. Me quedo con vosotros.

Entonces el viejo le dio la mitad del reino y, a su muerte, que fue al año siguiente, lo tuvo todo entero, y a la muerte de su padre recibió otro más y vivió magníficamente.





El hijo desagradecido

Una vez estaba un hombre sentado con su mujer a la puerta de su casa y ante ellos había un pollo asado que iban a comerse juntos. Entonces el hombre vio que se acercaba su anciano padre; con toda rapidez cogió el pollo y lo escondió, pues no quería darle nada. Llegó el viejo, se echó un trago y se marchó. A continuación, el hijo fue a poner otra vez el pollo en la mesa, pero al ir a cogerlo se había convertido en un gran sapo, que le saltó a la cara y allí se quedó para siempre. Cuando alguien quería apartarlo de allí, lo miraba de forma venenosa como si quisiera saltarle a la cara, así que nadie se atrevía a tocarlo. Y el hijo desagradecido tenía que dar de comer todos los días al sapo, porque si no le comía la cara; y así, sin sosiego, anduvo por el mundo de un lado a otro.

El nabo

Había una vez dos hermanos que servían como soldados y uno era rico y el otro pobre. El pobre, queriendo ayudarse en su necesidad, se quitó la casaca y se hizo campesino. Así que cavó y escardó un campo y sembró semillas de nabo. La semilla creció, y salió un nabo grande y recio que no dejaba de crecer a ojos vista, de tal manera que se le podía considerar el príncipe de los nabos, pues nunca se había visto uno igual, ni volverá a verse otro parecido. Al final era tan grande que llenaba él solo un carro tirado por dos bueyes, y el campesino no sabía qué hacer con él, ni si era su suerte o su desgracia. Por último pensó: «Si lo vendes, no te van a dar nada por él, y si te lo comes te hará el mismo servicio que los nabos pequeños; así pues, lo mejor será que se lo lleves al rey y le haces un honor.» Así que lo cargó en el carro, unció dos bueyes, lo llevó a la corte y se lo regaló al rey.

—¿Qué clase de cosa extraña es esto? —dijo el rey—. He visto muchas cosas maravillosas, pero nunca había visto un monstruo así. ¿De qué clase de semilla puede haber salido? A no ser que seas un tipo con suerte y te haya salido solo.

—¡Oh, no! —dijo el campesino—. No soy un tipo con suerte; sólo soy un pobre soldado que, como ya no podía alimentarse, colgó la guerrera y se dedicó a arar el campo. Señor, yo tengo un hermano que es rico y bien conocido de vos, señor rey; pero a mí, como no tengo nada, me tiene olvidado todo el mundo.

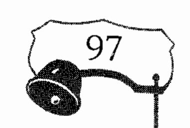
Entonces el rey sintió compasión de él y le dijo:

—Te verás libre de tu pobreza y te haré regalos para que llegues a ser igual de rico que tu hermano.

Así pues, le regaló una gran cantidad de oro, tierras, praderas y rebaños, y le hizo tan rico que la riqueza de su hermano no podía compararse con la suya.

Cuando éste oyó lo que su hermano había logrado con un solo nabo, le entró envidia y estuvo cavilando mucho tiempo cómo podía conseguir una fortuna igual. Sin embargo, quiso hacerlo de forma más inteligente, cogió oro y caballos y se los llevó al rey, pensando que éste, en contrapartida, le haría un regalo más grande, pues si su hermano por un nabo había recibido tanto, qué no recibiría él por cosas tan preciosas.

El rey aceptó el regalo y dijo que no se le ocurría darle ninguna cosa que fuera más cara y mejor que el gran nabo. Así que el rico tuvo que colocar el nabo de su hermano en su carro y llevár-



selo a casa. Ya en casa no sabía en quién descargar su ira y su rabia, hasta que le asaltaron malos pensamientos y decidió matar a su hermano.

Contrató asesinos para que estuvieran al acecho y a continuación fue a casa de su hermano y le dijo:

—Querido hermano, sé donde hay un tesoro secreto; vamos a descubrirlo juntos y nos lo repartiremos.

Al otro le gustó la idea y fue con él sin sospechar nada. Pero, al salir, los asesinos se precipitaron sobre él, lo ataron y lo llevaron a un árbol para colgarlo.

Cuando precisamente habían puesto manos a la obra, sonaron en la lejanía cánticos y ruido de cascos, de tal manera que les entró un miedo de muerte y, metiendo precipitadamente a su prisionero en el saco, lo ataron a la rama y huyeron.

Estuvo haciendo esfuerzos allí colgado hasta que consiguió hacer un agujero en el saco por el que poder sacar la cabeza. Pero quien llegaba por el camino no era nada más que un estudiante viajero, un joven aprendiz que, a través del bosque, se dirigía a la carretera tan alegre, cantando su canción.

Cuando el de arriba vio que alguien pasaba por debajo de él, le gritó:

—Yo te saludo en buena hora.

El estudiante miró a su alrededor, sin saber de dónde salía la voz, hasta que dijo:

—¿Quién me llama?

A esto le contestaron desde la copa del árbol:

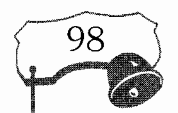
—Levanta los ojos, que estoy sentado aquí en el saco de la sabiduría; en poco tiempo he aprendido tantas cosas, que a su lado todas las escuelas son una miseria; un poco más y lo habré aprendido todo; bajaré y seré más sabio que el resto de los mortales. Entiendo de estrellas y de las señales celestes, del soplo de todos los vientos, de la arena del mar, de la curación de las enfermedades, de la fuerza de las hierbas, de pájaros y piedras. Si estuvieras dentro verías la de cosas maravillosas que emanan del saco de la sabiduría.

El estudiante, al oír esto, se asombró y dijo:

—Bendito sea el momento en que te he encontrado. ¿No podría meterme yo un poco de tiempo en el saco?

El de arriba contestó como si le costara un gran esfuerzo:

—Ya que has sido tan amable, te dejaré un rato si me lo pagas bien; pero tienes que esperar una hora, porque aún me quedan cosas que aprender.



Después de haber estado esperando un rato, al estudiante se le hizo el tiempo demasiado largo y pidió que le dejara entrar en el saco; su sed de conocimientos era muy grande.

Entonces el de arriba hizo como si cediera y dijo:

—Para que pueda yo salir de la casa de la sabiduría, baja el saco que cuelga de la cuerda y así podrás entrar tú en él.

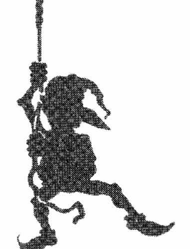
El estudiante lo bajó, desató el saco y quiso entrar de pie en el saco:

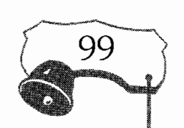
—¡Alto! —dijo el otro—. Así no es.

Y cogiéndolo por la cabeza, lo colocó al revés en el saco, lo ató y, tirando de las cuerdas, subió al joven que quería ser sabio árbol arriba; luego lo balanceó en el aire y dijo:

—¿Cómo estamos, mi querido camarada? ¿No notas ya cómo te llega la sabiduría? Toma buena nota, y estáte tranquilo hasta que te hagas más sabio.

Con esto se subió al caballo del estudiante y partió, pero una hora después envió a alguien para que lo bajara.





El hombrecillo recién forjado

Cuando Nuestro Señor andaba todavía por la tierra, llegó una noche con San Pedro a casa de un herrero, que les dio posada de buenas maneras. Sucedió entonces que un pobre lleno de achaques llegó a casa y pidió al herrero limosna. San Pedro se compadeció y dijo:

—Señor y Maestro, cúralo de sus males, para que él mismo se pueda ganar su pan.

El Señor dijo suavemente:

—Herrero, préstame tu fragua y echa carbón, que quiero rejuvenecer ahora mismo a este hombre viejo y enfermo.

Así lo hizo el herrero. San Pedro le dio al fuelle y, cuando el fuego chisporroteó alto y espléndido, cogió Nuestro Señor al viejo hombrecillo, lo metió en la forja, en medio del fuego al rojo vivo, de manera que ardía como las propias rosas y daba la bendición verlo. Luego el Señor se acercó a la artesa de apagar, metió al hombrecillo en el agua y después de haberlo enfriado como es debido, le echó la bendición: ¡Y ved ahí al hombrecillo saltando en un minuto ligero, derecho y sano como si tuviera veinte años!

El herrero, que había observado todo con atención, los invitó a todos a cenar. El tenía una suegra vieja, encorvada y casi ciega, que se dirigió al joven y le preguntó en serio si el fuego no le había quemado mucho. Contestó que nunca lo había pasado mejor y que había estado sentado en el fuego como en el rocío fresco.

Toda la noche estuvo retumbando en los oídos de la anciana lo que el joven le había dicho y, cuando el Señor reemprendió su camino después de dar las gracias al herrero, pensó éste que también él podría rejuvenecer a su vieja suegra, ya que había observado todo con atención y además era su oficio. La llamó, pues, y le preguntó si quería volver a andar, dando saltos como una jovencita de dieciocho años. Ella, recordando lo dulcemente que había rejuvenecido el otro, dijo:

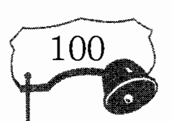
—¡De todo corazón!

El herrero prendió un gran fuego y metió a la vieja, que se retorcía de un lado a otro, gritando desaforadamente.

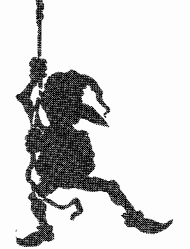
—¿Por qué gritas y saltas? ¡Tranquila! Ahora tengo que soplar como es debido.

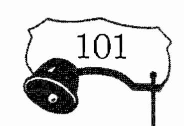
Le dio al fuelle, y pronto le ardían todos los trapos a la vieja, que no dejaba de gritar.

El herrero pensó: «Aquí hay algo que no funciona bien.»



La sacó y la echó en la artesa de apagar el fuego, pero entonces se puso a gritar todavía más, de modo que sus gritos llegaron a la casa. A sus voces, bajaron la escalera la mujer del herrero y su criada y vieron a la vieja gimoteando y aullando en la artesa, totalmente encogida, con la cara arrugada y sin forma. Las dos mujeres, que estaban encinta, se asustaron tanto que aquella misma noche dieron a luz dos jóvenes que no eran como hombres, sino como monos, los cuales se adentraron en el bosque, y de ellos procede la raza de los monos.





Los animales de Dios y del diablo

Cuando el Señor Dios creó a todos los animales, escogió a los lobos para que fueran sus perros; sólo que se olvidó de la cabra. Entonces se sublevó el diablo: quiso también crear e hizo a la cabra con una cola larga y fina. Pero cuando iba a la pradera, la cola se quedaba prendida en los setos y el diablo tenía que ir a desatársela con gran dificultad. Esto le llegó a molestar, y de un mordisco le cortó a la cabra el rabo, como hoy se puede ver en el muñón que le queda.

El dejaba pastar a las cabras a solas, pero sucedió que el Señor Dios observó que unas veces roían un árbol fértil, otras dañaban los nobles viñedos y otras estropeaban tiernas plantas. Esto le dolió de tal manera que por bondad incitó a sus lobos, que pronto destrozaron a las cabras que iban por allí. Cuando el diablo se enteró de ello, se presentó ante el Señor y dijo:

—Tus criaturas han destrozado a las mías.

El Señor contestó:

—¡Qué habrás creado tú para que cause tanto daño!

El diablo dijo:

—Tenía que hacerlo: lo mismo que mi ser se orienta al mal, lo que yo he creado no podía tener otra naturaleza y tendréis que pagármelo.

—Te pagaré cuando hayan caído todas las hojas; ven entonces, que tu dinero ya estará contado.

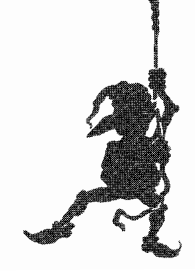
Cuando hubieron caído las hojas llegó el diablo y exigió su deuda. Pero el Señor dijo:

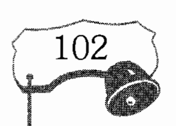
—En la iglesia de Constantinopla hay un gran roble que todavía tiene hojas.

Echando maldiciones y vociferando desapareció el diablo para buscar el roble.

Anduvo dando vueltas durante seis meses por los desiertos antes de encontrarlo, y cuando regresó habían vuelto a florecer los otros robles. Entonces tuvo que dejar pasar su deuda y, de rabia, les sacó a todas las cabras los ojos y les puso los suyos.

Por esto todas las cabras tienen ojos de diablo y rabos mutilados y a él le gusta tomar su aspecto.





La viga del gallo

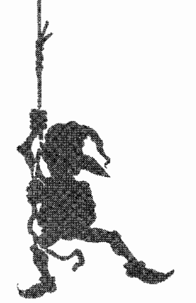
Había una vez un brujo que llevaba a cabo sus hechos maravillosos en medio de una gran multitud de gente. Entonces hizo venir a un gallo, que levantó una pesada viga como si fuera una pluma. Había allí una muchacha que había encontrado un trébol de cuatro hojas y gracias a él se había vuelto inteligente, de tal manera que ante ella no se podía llevar a cabo ningún engaño, y vio que lo que el gallo llevaba a cuestas no era una viga, sino una brizna de paja. Rápidamente desapareció la magia, la gente vio lo que era y echaron al brujo con insultos y gritos. Lleno de ira dijo:

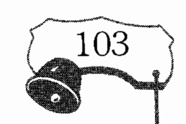
—¡Ya me vengaré!

Poco tiempo después tuvo lugar la boda de la muchacha. Se había arreglado, e iba con una gran comitiva por el campo al lugar donde estaba la iglesia. De pronto llegaron a un arroyo fuertemente crecido, y no había puente ni vado para atravesarlo. Rápidamente, la novia se levantó las faldas para vadearlo. Pero cuando estaba en medio del agua, un hombre —que no era otro que el mago— exclamó junto a ella de forma irónica:

—¿Pero dónde tienes tú los ojos para creer que eso es agua?

Entonces abrió ella los ojos y vio que se había levantado los vestidos en una pradera de lino floreciente de color azul. Toda la gente lo vio y la echaron fuera con risas e insultos.





La vieja pordiosera

¿No has visto alguna vez a esas viejas que van pidiendo? Érase una vez una vieja que pedía también limosna y, cuando recibía algo, decía:

—¡Que Dios te lo pague!

La pobre mujer llegó a una puerta, donde había un joven pícaro cordial que estaba calentándose al fuego. El joven, al ver a la pobre vieja a la puerta y temblando de frío, le dijo amablemente:

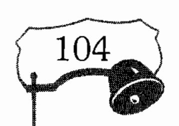
—Entra, madrecita, y caliéntate.

Ella se acercó, pero se puso demasiado cerca del fuego y sus harapos comenzaron a arder sin que ella se diera cuenta. El joven estaba allí y lo vio.

¿Hubiera podido apagarlos? ¿No es verdad que habría debido apagarlos?

Y si no tenía agua, hubiera podido llorar toda el agua de su cuerpo, y así se habrían formado desde sus ojos dos pequeños arroyuelos, que habrían servido para apagar el fuego.





Los tres vagos

Un rey tenía tres hijos, y como los quería a todos por igual, no sabía a quién designar rey después de su muerte. Cuando llegó el momento, los llamó a los tres a su lecho y dijo:

—Queridos hijos, voy a deciros lo que he pensado: el que de vosotros sea más vago, ése será rey después de mi muerte.

Entonces dijo el mayor:

—Padre, entonces el reino me pertenece a mí, pues soy tan vago que si al ir a dormir me cae una gota en los ojos, no duermo por no cerrarlos.

El segundo dijo:

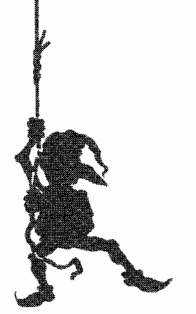
—Padre, el reino me pertenece a mí, pues soy tan vago que cuando estoy sentado junto al fuego para calentarme, prefiero que se me quemen los talones antes de mover las piernas.

El tercero dijo:

—Padre, el reino me pertenece a mí, pues soy tan vago, que si fueran a ahorcarme y tuviera ya la cuerda alrededor del cuello y alguien me diera un cuchillo afilado en la mano para cortar la cuerda, me dejaría colgar antes de mover la mano para cortarla.

Cuando el padre oyó esto, dijo:

—Tú eres el que ha ido más lejos y tú serás el rey.



Los doce criados perezosos

Doce criados, que no habían hecho nada en todo el día, tampoco quisieron molestarse por la noche: se tumbaron en la hierba y empezaron a jactarse de su vagancia.

El primero dijo:

—¿Qué me importa a mí vuestra vagancia? Yo tengo bastante con la mía. Mi trabajo principal es la preocupación por mi cuerpo. Como bastante y bebo mucho más. Después de haber hecho cuatro comidas, ayuno un poco de tiempo hasta que vuelvo a tener hambre y así me siento mejor. Levantarme temprano no me va; cuando es casi mediodía, me busco un buen sitio para descansar. Si llama el amo, hago como si no le hubiera oído, y si llama por segunda vez, espero un rato antes de levantarme y luego voy con mucha calma. Sólo así se puede soportar la vida.

El segundo dijo:

—Yo tengo que cuidar un caballo, pero le dejo el freno puesto, y si no tengo ganas no le echo pienso y digo que ya ha comido. Luego me tumbo en el cajón de la cebada y duermo cuatro horas. Después saco un pie desde allí y se lo paso al caballo unas cuantas veces por el cuerpo para que esté limpio y cepillado. ¿Para qué molestarse más en esto? Pero el trabajo me resulta demasiado pesado.

El tercero dijo:

—¿Para qué atormentarse con el trabajo? Yo me tumbé al sol y me dormí. Empezaron a caer gotas, pero ¿para qué levantarme? Dejé que me lloviera en nombre de Dios. Primero cayó un chaparrón tan fuerte que me arrancó los cabellos de la cabeza y se los llevó, hasta que se me hizo un agujero en la cabeza. Daños así ya me han pasado varios.

El cuarto dijo:

—Pues yo, si tengo que hacer un trabajo, duermo primero una hora más para coger fuerzas. Luego empiezo cómodamente y pregunto si no hay nadie que pueda ayudarme. Entonces les dejo a ellos el trabajo principal y yo no hago más que mirar, pero hasta eso me parece mucho.

El quinto dijo:

—¡Qué voy a decir yo! Imaginaos que tengo que sacar la basura de la cuadra y cargarla en el carro. Lo hago muy despacio y cuando he cogido algo con el gario *, lo alzo sólo hasta la mitad y descanso un cuarto de hora, antes de levantarlo del todo. No es

poco si saco una carretada en todo el día. No tengo ganas de matarme a trabajar.

El sexto dijo:

—Debería daros vergüenza. A mí no me asusta el trabajo, pero luego me tumbo tres semanas sin quitarme siquiera la ropa. ¿Para qué tener hebillas en los zapatos? Ellos solos se me caen de los pies y eso no hace daño. Si tengo que subir una escalera, con mucha calma pongo un pie delante de otro en el primer escalón y luego cuento el resto para saber dónde tengo que descansar.

El séptimo dijo:

—Yo no puedo hacer eso, porque mi amo está pendiente de mi trabajo, aunque no está en todo el día en casa. Pero yo no desatiendo nada y corro lo necesario cuando se acercan a hurtadillas. Para salir, tienen que empujarme cuatro hombres fuertes con todas sus fuerzas. Una vez llegué a un sitio donde había tumbados seis, durmiendo en un catre uno junto a otro y yo me tumbé con ellos y me dormí también. No pudieron despertarme, y para ir a casa tuvieron que llevarme a cuestas.

El octavo dijo:

—Ya veo que aquí soy el único mozo espabilado: si hay una piedra delante de mí, no me tomo el trabajo de levantar las piernas y pasar por encima de ella; me tumbo en el suelo, y si estoy mojado y lleno de mierda, me quedo donde esté, hasta que el sol me seque; lo más que hago es darme la vuelta para que se me caliente la otra parte.

El noveno dijo:

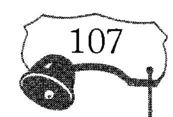
—Eso está bien. Yo tenía hoy el pan delante de mí, pero me daba tal pereza echar la mano para cogerlo que estuve a punto de morirme de hambre. También había allí una jarra, pero tan grande y pesada, que no quise levantarla y preferí pasar sed. Darme la vuelta ya era demasiado, así que estuve todo el día estirado como un bastón.

El décimo dijo:

—A mí la pereza me ha causado daños, una pierna rota y una pantorrilla hinchada. Estaba tumbado en un camino con las piernas estiradas, cuando llegó alguien con un carro y las ruedas me pasaron por encima. Hubiera podido encoger las piernas, claro, pero no oí llegar el carro, pues las moscas me zumbaban en los oídos, me entraban por la nariz y me salían por la boca, pero a ver quién se toma la molestia de espantarlas.

El undécimo dijo:

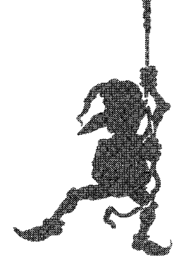
—Ayer me despedí de mi trabajo. No tengo ganas de acercar-

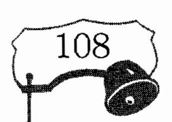


le más a mi amo los pesados libros y volvérselos a llevar. No acababa en todo el día. Pero, a decir verdad, fue él quien me despidió: no quiso tenerme más tiempo, pues dejé sus trajes al polvo y se los comieron las polillas; no estuvo mal.

El duodécimo dijo:

—Hoy tuve que llevar el carro al campo, me hice una cama de paja encima y me dormí. Las riendas se me escaparon de las manos y, cuando desperté, el caballo estaba a punto de desengancharse, los arreos habían desaparecido, con bridas, collera, bocado y freno. Debió de pasar alguien por allí y se lo llevó todo. Además, el carro había ido a parar a una charca y estaba atascado. Yo lo dejé allí y volví a tumbarme en la paja. Al fin llegó el amo y sacó el carro; si no hubiera llegado, no estaría yo aquí tumbado y seguiría durmiendo tranquilamente.







El pastorcillo

Erase una vez un pastorcillo que, gracias a las sabias respuestas que daba a todas las preguntas, era conocido en toda la comarca. El rey del país oyó también hablar de él, pero no lo creyó e hizo venir al zagalillo. Entonces le dijo:

—Si me contestas a tres preguntas que voy a hacerte, te consideraré como mi propio hijo y vivirás conmigo en el palacio real.

El zagalillo dijo:

—¿Qué preguntas son ésas?

El rey dijo:

—¿Cuántas gotas de agua hay en el mar?

El pastorcillo dijo:

—Señor rey, mandad taponar todos los ríos de la tierra, para que no caiga ninguna gota más en las que yo lleve contadas, y entonces os diré cuántas gotas de agua hay en el mar.

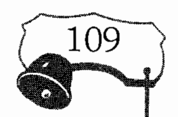
El rey dijo:

—La otra pregunta es: ¿Cuántas estrellas hay en el cielo?

El pastorcillo dijo:

—Dadme una gran hoja de papel blanco.

Cogió una pluma e hizo tantos puntos finos con ella en el papel, que era imposible verlos y contarlos y a uno se le perdían los ojos cuando los miraba. Después dijo:



—En el cielo hay tantas estrellas como puntos en este papel: contadlos.

Pero nadie fue capaz. El rey dijo:

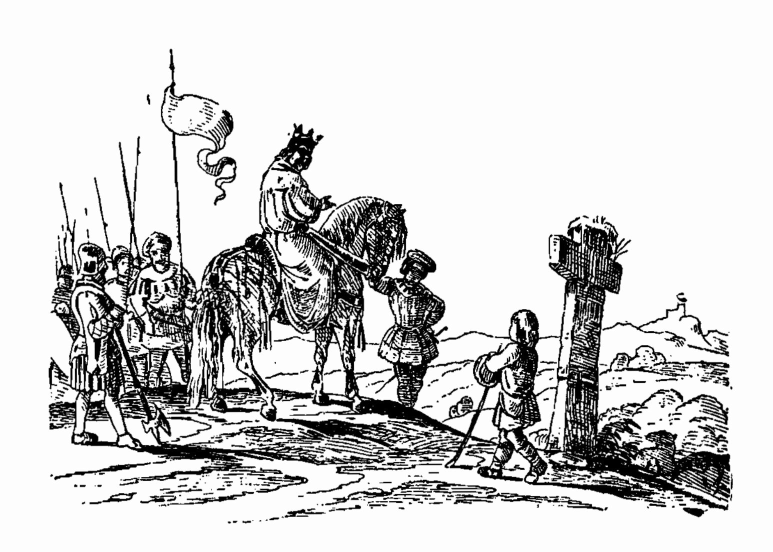
—La tercera pregunta es: ¿Cuántos segundos tiene la eternidad?

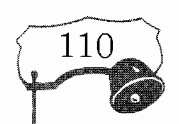
Entonces dijo el pastorcillo:

—En la Pomerania está el monte Demant, que tiene una hora de alto, una hora de ancho y una hora de profundo; hasta allí llega cada cien años un pajarillo y afila su pico en él; cuando todo el monte esté gastado, entonces habrá pasado el primer segundo de la eternidad.

Entonces el rey habló así:

—Has respondido las tres preguntas como un sabio, y desde ahora permanecerás conmigo en mi palacio real y te consideraré como mi propio hijo.





Los táleros de las estrellas

Erase una vez una muchachita que se había quedado sin padres, y era tan pobre que no tenía siquiera una habitacioncita donde vivir, ni una camita donde dormir, ni más ropa que la puesta, ni más pan que un trozo que le había dado un corazón compasivo. Sin embargo, era buena y piadosa, y aunque había sido abandonada de todo el mundo, se puso en camino confiando en Dios.

Entonces se encontró con un pobre hombre que le dijo:

—¡Ay! Dame algo de comer, que tengo mucha hambre.

Ella le dio el trocito de pan y le dijo:

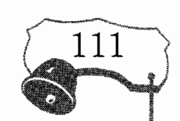
—¡Que Dios te bendiga!

Y siguió su camino. Luego se acercó un niño que le dijo:

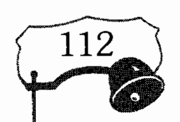
—Tengo mucho frío en la cabeza; dame algo con que poder cubrirme.

Ella se quitó la boina y se la dio. Había andado un rato cuando llegó otro niño que no llevaba chaqueta y tenía frío; entonces ella le dio la suya; luego llegó otro que le pidió su faldita y ella también se la dio. Finalmente llegó a un bosque; se había hecho ya totalmente de noche, pero llegó otro más y le pidió su camisita. La piadosa muchacha pensó: «Es de noche y no puede verte nadie; bien puedes darle la camisa.» Se quitó la camisa y se la dio. Y estando allí de esta suerte y sin nada encima, de pronto empezaron a caer estrellas del cielo, que no eran sino táleros relucientes y, aunque había dado hasta su camisa, se encontró con una nueva del lino más fino. Entonces recogió los táleros y fue rica durante toda su vida.





Los táleros de las estrellas



El ochavo robado

Una vez estaba sentado a la mesa un padre con su mujer y sus hijos a mediodía; comía con ellos un buen amigo que había ido de visita. Estando allí sentados, al dar las doce, el forastero vio cómo se abría la puerta y entraba un niño totalmente vestido de blanco como la nieve y muy pálido. Sin mirar a su alrededor ni decir una palabra, se fue derecho al aposento de al lado. Poco después salió del aposento y se fue tan silencioso como había venido. Al segundo y tercer día ocurrió lo mismo. Entonces el forastero preguntó al padre que de quién era aquel hermoso niño que todos los días a mediodía se dirigía al aposento.

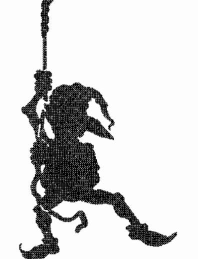
—No lo he visto —contestó— y tampoco sé de quién puede ser.

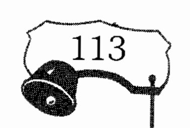
Al día siguiente, cuando volvió a aparecer, el forastero se lo mostró al padre, que, sin embargo, no lo vio, ni la madre ni los niños tampoco. Entonces el forastero se dirigió a la puerta del aposento, la abrió un poco y miró hacia dentro. Vio entonces al niño sentado en el suelo y que hurgaba y revolvía afanosamente en las rendijas del piso. Pero al darse cuenta de la presencia del forastero, desapareció. A continuación contó lo que había visto y describió al niño con la mayor precisión; entonces la madre lo reconoció y dijo:

—¡Ay, ese es mi hijo querido que murió hace cuatro semanas!

Levantaron la tarima del piso y encontraron dos ochavos que una vez le había entregado la madre al niño para que se los diera a un pobre; pero, en vez de dárselos, pensó: «Con esto puedes comprarte un panecillo.» Se quedó, pues, con los ochavos y los escondió en las rendijas del suelo. Por eso no tenía reposo en la sepultura, y venía todos los días a mediodía a buscar los ochavos.

Los padres dieron los ochavos a un pobre y no volvieron a ver al niño nunca más.





El desfile de las novias

Erase una vez un joven pastor que tenía ganas de casarse y conocía a tres hermanas, a cuál más bella, de modo que la elección se le hacía difícil y no sentía preferencia por ninguna. Entonces le pidió consejo a su madre y ella dijo:

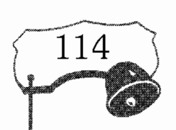
—Invita a las tres, siéntalas ante un queso y presta atención a cómo lo cortan.

Así lo hizo el joven. La primera se comió el queso con la corteza y todo; la segunda cortó la corteza del queso, pero en su apresuramiento dejó muchos restos en ella y luego la tiró; la tercera cortó cuidadosamente la corteza, justamente lo que era preciso. El pastor se lo contó a su madre, que le contestó:

—Toma a la tercera como esposa.

El siguió su consejo y vivió feliz y contento con ella.





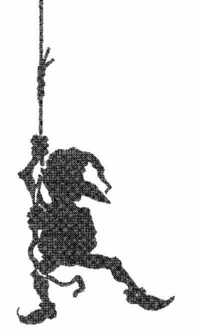
La doncella descuidada

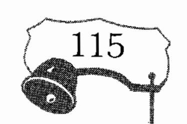
Erase una vez una muchacha muy hermosa, pero perezosa y descuidada. Cuando tenía que hilar, era tan derrochadora que, si se le hacía un pequeño nudo en el lino, rápidamente arrancaba un gran trozo y lo tiraba al suelo. Tenía una muchacha de servicio muy hacendosa, que recogía el lino desaprovechado, lo limpiaba, lo hilaba finamente y así se tejió un bonito vestido.

Cortejó un joven a la muchacha perezosa e iba a celebrarse la boda. En la despedida de soltero, bailaba la muchacha hacendosa alegremente con su hermoso traje, y entonces dijo la novia:

¿Cómo puede brincar esa frescales
con un vestido hecho de mis retales?

Lo oyó el muchacho y le preguntó a la novia que qué quería decir eso. Entonces ella le contó que la muchacha llevaba un traje hecho con el lino que ella había desechado. Cuando el novio oyó esto y se dio cuenta de su pereza y de la aplicación de la pobre muchacha, la dejó plantada, se dirigió a la otra y la eligió por esposa.





El gorrión y sus cuatro crías

Un gorrión tenía cuatro crías en un nido de golondrina. Cuando ya sabían volar, unos niños malos tiraron el nido, aunque ellos se salvaron felizmente de los estragos del viento. El viejo gorrión sintió que sus hijos salieran al mundo antes de que él los hubiera precavido de todos los peligros y les hubiera dado unos buenos consejos para librarse de ellos.

En el otoño se juntaron en un campo de trigo muchos gorriones, y allí encontró el viejo a sus cuatro crías, y las llevó a casa lleno de alegría.

—¡Ay, queridos hijos, lo preocupado que me habéis tenido todo el verano! El viento os llevó sin oír mis consejos: oíd, pues, ahora mis palabras, seguid a vuestro padre y tened precaución, porque los pajaritos pequeños como vosotros están expuestos a muchos peligros.

A continuación le preguntó al mayor dónde había estado durante el verano y cómo se había alimentado.

—Me quedé en el jardín y me alimenté con orugas y gusanillos hasta que maduraron las cerezas.

—¡Ay, hijo mío! —dijo el padre—. Ahí la comida no es mala, pero hay graves peligros. Por esto ten cuidado de ahora en adelante y especialmente cuando veas gente por el jardín que lleve barras largas huecas por dentro y con un agujerito arriba.

El hijo replicó:

—Sí, padre mío, ¿y si el agujerito estuviera tapado con una hojita verde con cera?

—¿Dónde has visto eso?

—En el jardín de un comerciante —dijo el joven gorrión.

—¡Oh, hijo mío! —dijo el padre—. Los comerciantes son gente muy rápida. Si has estado con los hijos del mundo, habrás aprendido a tener habilidad suficiente: observa, utilízala con sabiduría y no te confíes demasiado.

A continuación interrogó al otro:

—¿Dónde has ido a dar con tus huesos?

—A la corte —respondió el hijo.

—Los gorriones y otros pájaros tontos no sirven en ese lugar, donde hay mucho oro, terciopelo, seda, ejército, corazas, gavilanes, halcones y lechuzas: manténte en el establo, donde se limpia la avena o donde se trilla; allí podrás encontrar felizmente y con tranquilidad tu granito cotidiano.

—Sí, padre —dijo—, pero cuando los mozos del establo ponen sus palos de serbal * y atan sus mallas y sus lazos en la paja, alguno que otro se queda allí colgado.

—¿Dónde has visto eso? —preguntó el viejo.

—En la corte, entre los mozos de establo.

—Oh, hijo mío, malos muchachos esos de la corte. Si has estado en la corte, alrededor de los señores, y no has perdido ninguna pluma, habrás aprendido lo suficiente y sabrás defenderte bien en el mundo; pero ten mucho cuidado, que los lobos se comen a veces al perrillo más inteligente.

El padre preguntó al tercero:

—¿Dónde has intentado tu suerte?

—En los caminos y carreteras lancé el cubo y la soga y he pescado a ratos un granito o una oruga.

—Esa es, desde luego —dijo el padre—, una buena comida, pero ten cuidado con los trabajos de zapa y observa cuidadosamente si alguno se agacha a coger una piedra, pues si no, no te arriendo la ganancia.

—Es verdad —dijo el hijo—. ¿Y si uno llevara una piedra grande o pequeña en el pecho o en los bolsillos?

—¿Dónde has visto eso?

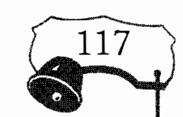
—Los mineros, cuando sacan los minerales, llevan piedras consigo.

—Mineros, artesanos, gente vil. Si has estado entre mineros, ya has visto algo y adquirido alguna que otra experiencia. Viaja, pero presta atención a tus cosas. Mineros han matado a algunos gorriones con cobalto.

Finalmente, el padre se dirigió al hijo más pequeño:

—Tú, mi querido chirrioncete, siempre fuiste el más tonto y el más débil; anda, quédate conmigo, que el mundo está lleno de pájaros groseros y malos, picos torcidos y largas garras, que no hacen más que acechar a los pobres pajarillos para devorarlos; quédate con tus semejantes a seleccionar las arañas o las orugas de los árboles y de las casas, y así estarás feliz y contento mucho tiempo.

—Querido padre, quien se alimenta sin hacer ningún daño, dura mucho tiempo, y no hay halcón, ni águila, ni azor, ni milano que pueda hacerle daño, si mañana y tarde se encomienda a Dios pidiéndole el sustento cotidiano, pues él es el Creador de todos los pajarillos de los bosques y los pueblos, y él los mantiene. Y oye también el grito y la oración del joven cuervo, ya que sin su voluntad no cae en la tierra ni un gorrión ni un reyezuelo.



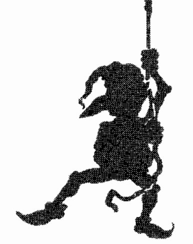
—¿Dónde has aprendido eso?

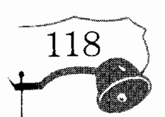
El hijo contestó:

—Cuando el fuerte viento me apartó de ti, llegué a una iglesia; en el verano seleccioné las moscas y las arañas de las ventanas y oí predicar lo que te he dicho. El padre de todos los gorriones me ha alimentado durante todo el verano y me ha protegido de todo mal y de los pájaros malos.

—Bien, mi querido hijo; si te refugias en las iglesias, ayudándolas a librarse de las arañas y de las moscas zumbadoras, y trepas hacia Dios como el joven cuervo y te encomiendas al eterno Creador, entonces permanecerás sano y salvo, aunque el mundo estuviera lleno de montones de pájaros salvajes y pícaros.

Pues quien se encomienda a Dios,
calla, sufre, espera y reza,
es moderado y tranquilo
y guarda su fe y conciencia,
para ése su Dios será
protección, ayuda y fuerza.





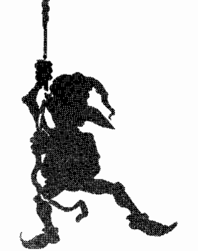
El cuento del país de Jauja

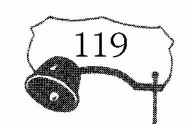
En los tiempos de Jauja iba yo andando y vi que en un pequeño hilo de seda estaban colgadas Roma y Letrán, y un hombre cojo, con un caballo rápido y una espada afilada, atravesaba un puente. Vi también a un joven asno con una nariz de plata, que iba persiguiendo a dos liebres veloces, y un tilo muy ancho en el que crecían tortas calientes. Luego vi una cabra vieja y flaca que llevaba encima cien carretadas de manteca y sesenta de sal. ¿No son ya suficientes mentiras?

Luego vi arar a un arado sin caballo ni bueyes, y un niño de un año que lanzaba cuatro piedras de molino desde Ratisbona hasta Tréveris y desde Tréveris hasta Estrasburgo, y un azor nadando en el Rin con mucha desenvoltura. Luego oí que los peces empezaban a hacer tal ruido, que llegó hasta el cielo, mientras una miel dulce fluía desde un valle profundo hasta un elevado monte: son extrañas historias.

Luego había dos cornejas segando una pradera y vi dos moscas construyendo un puente, dos palomas despedazando a un lobo y dos niños lanzando dos cabritas, mientras dos ranas trillaban trigo una contra otra. Luego vi a dos ratones entronizar a un obispo y dos gatos rascándole la lengua a un oso. Luego vi venir corriendo un caracol mientras se engullía dos leones salvajes. Había allí un barbero que afeitaba a una mujer la barba y dos niños de pecho intentando callar a sus madres. Luego vi dos galgos, que traían un molino del agua, y una vieja desolladora decía que estaba bien hecho. Y en la corte había cuatro caballeros, que trillaban grano con todas sus fuerzas, y dos cabras que calentaban la estufa y una vaca roja que metía el pan en el horno. Entonces gritó un gallo:

—Quiquiriquí, el cuento se ha acabado aquiiiií.

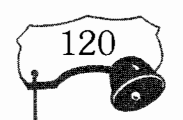




La sarta de mentiras

Quiero contaros algo. Una vez vi volar a dos gallinas asadas; volaban con rapidez y tenían la barriga en dirección al cielo y la espalda hacia el infierno; un yunque y una piedra de molino navegaban por el Rin, despacio y en silencio, y un sapo estaba allí sentado, comiéndose por Pentecostés una reja de arado en el hielo. Había allí tres muchachos que querían apresar a una liebre: iban con muletas y zancos, y el uno era sordo, el segundo ciego, el tercero mudo y el cuarto no podía mover ni un pie. El ciego fue el primero que vio a la liebre trotar por la pradera, el mudo llamó al paralítico y el paralítico la cogió por el cuello. Algunos querían navegar por tierra, y extendieron las velas al viento y navegaron por los campos. Entonces navegaron por un alto monte y se ahogaron de forma miserable. Un cangrejo perseguía a una liebre, y arriba, en el tejado, había una vaca que había trepado hasta allí. En el campo son tan grandes las moscas como aquí las cabras. Abre la ventana para que salgan todas las mentiras.





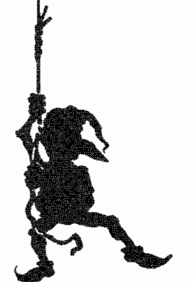
Adivinanza

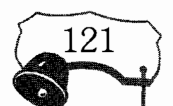
Tres mujeres fueron transformadas en flores y estaban en el campo, pero una de ellas podía pasar la noche en casa. Al acercarse el día, ella dijo a su marido que tenía que volver con sus compañeras al campo y convertirse otra vez en flor:

—Pero si tú vas antes de mediodía y me cortas, me veré libre del encantamiento y estaré contigo siempre en casa.

Y así sucedió. Pero ahora viene la pregunta: ¿Cómo la reconoció su marido si las tres flores eran iguales y no había diferencia entre ellas?

Respuesta: Como ella pasaba la noche en su casa y no se quedaba en el campo, el rocío no caía sobre ella como sobre las otras dos, y así la reconoció su marido.





Blancanieves y Rosarroja

Erase una vez una pobre viuda que vivía sola en una cabañita; delante de ella había un jardín con dos rosales, uno de los cuales daba rosas rojas y el otro blancas. Tenía dos hijas que se parecían a los rosales, y una se llamaba Blancanieves y la otra Rosarroja; eran tan buenas y piadosas, tan trabajadoras e incansables como nunca lo han sido dos niñas en el mundo. Blancanieves era más tranquila y dulce que Rosarroja. A Rosarroja le gustaba saltar por las praderas y los campos buscando flores y cogiendo pájaros en verano. Blancanieves se quedaba sentada en casa con su madre, la ayudaba en las faenas de la casa o le leía en voz alta cuando no había nada que hacer. Las dos niñas se querían mucho: de tal manera que siempre que salían se cogían de la mano y, cuando Blancanieves decía: «No nos abandonaremos nunca», Rosarroja respondía: «Nunca en la vida.» Y la madre añadía:

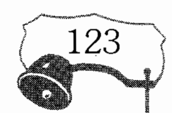
—Lo que tiene la una debe compartirlo con la otra.

A menudo corrían por el bosque, recogiendo bayas rojas, y ningún animal les hacía daño e incluso se acercaban confiadamente: la liebre comía una hoja de col de sus manos, el ciervo



pastaba a su vera, el venado saltaba feliz y los pajarillos estaban en las ramas y cantaban lo que sabían. Ninguna desgracia les acaecía. Cuando se retrasaban en el bosque y las pescaba la noche, se tumbaban una al lado de la otra en el musgo y dormían hasta que llegaba el día; la madre lo sabía y no se preocupaba por ellas. Una vez, habiendo pasado la noche en el bosque, al despertarlas la aurora matinal, vieron a un hermoso niño vestido con un traje brillante al lado de su lecho. Estaba de pie y las miraba con ojos amistosos, pero no dijo nada y se adentró en el bosque. Al mirar a su alrededor se dieron cuenta de que habían dormido al borde de un abismo, y seguramente se hubieran caído a él si en la oscuridad hubieran dado unos cuantos pasos más. La madre les dijo que seguramente había sido el ángel que cuida de los niños.







Blancanieves y Rosarroja tenían la casa de la madre tan limpia que daba gloria verla. En el verano, Rosarroja cuidaba la casa, y antes de que su madre despertara, le colocaba un ramo de flores ante la cama con una rosa de cada rosal. En invierno, Blancanieves encendía el fuego y ponía la perola en el gancho del hogar y, aunque la perola era de latón, brillaba como el oro, de lo limpia y bruñida que estaba. Por la tarde, cuando caía la nieve, decía la madre:

—Anda, Blancanieves, ve a echar el cerrojo.

Y luego se sentaban al amor de la lumbre; la madre se ponía las gafas, leía en voz alta un gran libro y las dos muchachas escuchaban atentamente e hilaban. Junto a ellas yacía un corderito, y detrás, en una barra, se posaba una palomita con la cabeza escondida bajo el ala.

Una tarde en que estaban sentadas tan confiadamente llamó alguien a la puerta como si quisiera entrar.

La madre dijo:

—Deprisa, Rosarroja, ve a abrir; será algún caminante que busca cobijo.

Rosarroja descorrió el cerrojo, pensando que sería un pobre hombre, pero no: era un oso que estiraba su negra cabezota hacía la puerta. Rosarroja dio un fuerte grito y saltó hacia atrás, la ovejita se puso a balar, la palomita movió las alas y Blancanieves se escondió detrás de la cama de su madre. Pero el oso comenzó a hablar y dijo:

—No temáis, que no os haré ningún daño; estoy helado y sólo quiero calentarme un poco.

—Pobre oso —dijo la madre—. Anda, échate junto al fuego y ten cuidado, no vayas a quemarte la piel.

Luego gritó:

—Blancanieves, Rosarroja, salid. El oso no os hará nada, lo dice de verdad.

Volvieron las niñas, y poco a poco se acercaron también la ovejita y la palomita, que ya no sentían ningún miedo ante él. El oso dijo:

—Eh, niñas, sacudidme un poco la nieve de la piel.

Cogieron la escoba y le limpiaron la piel. El se estiró ante el fuego, gruñendo lleno de contento y agrado. Poco después, las niñas cogieron confianza y le hacían travesuras a aquel huésped un tanto torpe. Le tiraban de la piel con las manos, le ponían los piececitos en el lomo y lo hacían rodar de un lado a otro, o cogían una vara de avellano y lo golpeaban, riéndose cuando gruñía. El oso se lo dejaba hacer todo con gusto, y sólo cuando se ponían muy pesadas les gritaba:

—¡Niñas, no me matéis!

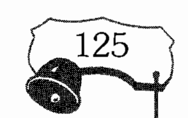
Rosarroja y Blancanieves,
no matéis al pretendiente.



Cuando llegó la hora de dormir y las niñas se fueron a la cama, dijo la madre al oso:

—Tú puedes echarte ahí ante el hogar, y así estarás calentito y no pasarás frío.

Tan pronto como empezó a amanecer, las niñas lo dejaron salir y él se adentró, trotando por la nieve, en el bosque. Desde aquel día el oso llegaba todas las tardes a una hora determinada, se tumbaba ante el hogar y dejaba a las niñas que se entretuvieran con él todo lo que quisieran. Y ellas se acostumbraron tanto a él, que nunca cerraban la puerta hasta que el camarada gris había entrado.



Cuando llegó la primavera y afuera todo estaba verde, una mañana le dijo el oso a Blancanieves:

—Bueno, ahora tengo que irme y ya no podré volver en todo el verano.

—¿A dónde vas, querido oso? —preguntó Blancanieves.

—Tengo que ir al bosque a cuidar mis tesoros de los malos enanos; en invierno, cuando el suelo está totalmente helado, tienen que permanecer bajo tierra y no pueden trabajar, pero ahora que el sol ha derretido el suelo y lo ha calentado, salen, suben, buscan y roban; lo que cae una vez en sus manos y va a parar a sus cuevas, difícilmente vuelve a salir a la luz del día.

Blancanieves se sintió muy triste por tener que despedirse. Le abrió la puerta, pero, al salir, se enganchó en el pestillo de la puerta y se hizo un rasguño en la piel. A Blancanieves le pareció que había visto brillar oro a través de ella, pero no estaba segura. El oso corrió apresuradamente y pronto desapareció entre los árboles.

Poco tiempo después la madre envió a las niñas al bosque a coger ramas secas. En las afueras encontraron un gran árbol tirado en el suelo y, en el tronco, algo saltaba entre la hierba de un lado para otro, aunque no pudieron distinguir lo que era. Al acercarse, vieron un enano con el rostro envejecido y ajado, y una barba tan blanca como la nieve que le llegaba hasta el brazo. El extremo de la barba se le había quedado cogido en una ranura del tronco y el enano saltaba de un lado a otro como un perro

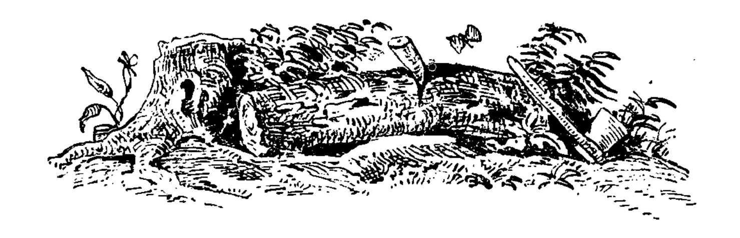


atado a una cuerda sin saber qué hacer para liberarse. Miró fijamente a las niñas con sus rojos ojos de fuego y gritó:

—¿Qué hacéis ahí paradas? ¿No podéis acercaros y ayudarme?

—¿Qué has hecho, pequeño hombrecito? —preguntó Rosarroja.

—¡Niña curiosa y tonta! —contestó el enano—. Quise partir el árbol en trozos pequeños para tener leña para la cocina, porque con los grandes se nos quema la poca comida que necesitamos, pues no comemos tanto como vosotros, gente grosera y tragona. Ya tenía bien clavada la cuña, y todo me hubiera salido a pedir de boca, pero la maldita madera era demasiado lisa y saltó de improviso hacia fuera, el árbol se desplomó con tal rapidez que no pude sacar mi hermosa barba blanca, y ahora está ahí apresada y no puedo marcharme. ¡Mira cómo se ríen esas estúpidas y lisas caras de leche! ¡Puaf, qué asquerosas sois!



Las niñas hicieron lo que pudieron, pero por más que se esforzaron no consiguieron sacar la barba, de tan sujeta como estaba.

—Iré a buscar gente —dijo Rosarroja.

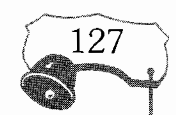
—¡Tontas de remate! —ronqueó el enano—. ¡A quién se le ocurre! ¡Llamar más gente! ¡Como si no tuviera ya bastante con dos! ¿No tenéis una idea mejor?

—No seas tan impaciente —dijo Blancanieves—, ya se me ocurrirá algo.

Entonces sacó las tijeritas del bolsillo y le cortó la punta de la barba. Tan pronto como el enano se sintió liberado agarró un saco lleno de oro que estaba escondido entre las raíces del árbol, lo levantó y gruñó para sí:

—¡Qué gente más basta! ¡Cortarme un trozo de mi soberbia barba! ¡Que os lo agradezca el cuco!

Se echó el saco a la espalda y se marchó sin dignarse mirar ni una sola vez a las niñas.





Poco después fueron las niñas a pescar para hacer la comida. Al acercarse al arroyo, vieron que una especie de saltamontes se dirigía al agua, como si fuera a meterse en ella. Se acercaron y reconocieron al enano.

—¿A dónde vas? —preguntó Rosarroja—. ¡No irás a meterte en el agua!

—No estoy tan loco —gritó el enano—. ¿No veis que ese maldito pez quiere arrastrarme hacia dentro?

El enano estaba sentado a la orilla pescando y, desgraciadamente, el viento le había enredado la barba en el sedal justo en el momento en que picaba un pez enorme. La débil criatura no tuvo fuerzas para sacarlo; el pez era más fuerte y arrastraba al enano hacia él. Aunque se agarraba a todos los tallos y juncos, no le servía de mucho: se veía obligado a seguir los movimientos del pez y en constante peligro de ser arrastrado al agua. Las muchachas llegaron en el momento oportuno. Lo sujetaron e intentaron desatar la barba del sedal, pero todo fue en vano. La barba y el sedal estaban totalmente enredados la una en el otro, así que no pudieron hacer otra cosa que volver a sacar las tijeritas y cortarle un buen trozo de barba. Al verlo el enano, les gritó a la cara:

—¿Pero es ésta forma, pedazos de alcornoque, de estropearle a uno la cara? ¿No os bastó con cortarme la punta de la barba, que ahora me cortáis la mejor parte de ella? ¡Cómo voy a presen-

tarme ahora entre los míos! ¡Ojalá tuvierais que correr hasta que os quedarais sin suelas en los zapatos!

Luego cogió un saco de perlas que tenía en el cañaveral y, sin decir una palabra más, se lo llevó y desapareció tras una piedra.



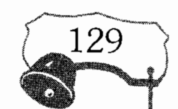
Poco después la madre envió a las muchachas a la ciudad para comprar hilo, agujas, lazos y cintas. El camino pasaba por una pradera, en donde a uno y otro lado había grandes rocas. De pronto vieron un gran pájaro que se balanceaba en el aire, girando lentamente sobre ellas, descendía cada vez más y finalmente chocaba con una roca. Al instante oyeron un grito estridente de queja. Se aproximaron y contemplaron con horror que un águila había apresado a su antiguo conocido, el enano, y quería llevárselo. Las compasivas muchachas sujetaron al hombrecillo y lucharon con el águila hasta que ésta dejó caer a su presa. Una vez repuesto del primer susto, el hombrecillo gritó con su voz chillona:



—¿Es que no podéis tratarme mejor? ¡Mirad cómo me habéis destrozado mi chaqueta fina! ¡Está hecha jirones y llena de agujeros por todas partes! ¡Imbéciles y torpes, eso es lo que sois!

Luego cogió un saco con piedras preciosas y se deslizó bajo las rocas hasta su cueva.

Las niñas estaban ya acostumbradas a su falta de agradecimiento, así que siguieron su camino e hicieron sus compras en la ciudad. De vuelta a casa, al pasar otra vez por la pradera, sor-





prendieron al enano, que había vaciado en un sitio limpio su saco de piedras preciosas, sin pensar que nadie pudiera pasar por allí a aquellas horas. El sol del atardecer caía sobre las brillantes piedras, que lucían y despedían reflejos de todos los colores; las muchachas se pararon a contemplarlas.

—¿Qué hacéis ahí papando moscas, estúpidas? —gritó el enano.

Y su cara cenicienta estaba roja de ira.

Iba a seguir con sus insultos cuando se oyó un fuerte gruñido, y un oso negro salió trotando del bosque. El enano dio un salto asustado, pero no pudo alcanzar su refugio, pues el oso le interceptó el paso. Entonces le gritó lleno de miedo:



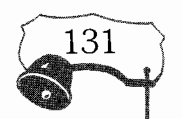


—Querido oso, perdonadme, os daré todos mis tesoros. Mirad las piedras preciosas que hay ahí. Por favor, perdonadme la vida. ¿Qué vais a sacar de un viejo tan enjuto como yo? Ni siquiera lo notaréis cuando esté entre vuestros dientes. Coged a esas dos muchachas impías, que están gorditas como codornices. ¡Será un bocado delicioso! ¡Comedlas, por Dios!

El oso no hizo el menor caso a aquella maligna criatura y de un solo zarpazo la dejó en el sitio. Las muchachas salieron corriendo, pero el oso fue tras ellas gritando:

—¡Blancanieves, Rosarroja, no temáis, esperadme, quiero ir con vosotras!



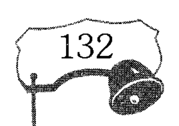


Ellas reconocieron su voz y se detuvieron, y cuando el oso llegaba a su altura se le desprendió su piel de oso y apareció como un bello doncel todo vestido de oro.

—Soy un príncipe —dijo—, y ese malvado enano me había robado todos mis tesoros y me había embrujado para que corriera por el bosque en forma de oso salvaje. Sólo cuando él muriera me vería desencantado: ya ha recibido el castigo que merecía.

Blancanieves se casó con él y Rosarroja con su hermano, y se repartieron los tesoros que el enano había reunido en su cueva. La anciana madre vivió durante mucho tiempo tranquila y feliz con sus hijos. Se llevó consigo los dos rosales, los plantó ante su ventana y cada año daban las más hermosas rosas rojas y blancas.





El criado listo

¡Cuán feliz es el señor y qué bien marcha su casa cuando tiene un criado listo, que oye lo que le dicen, pero en vez de hacer caso, sigue su propio consejo, mucho más acertado!

A un tal Juan, así de listo, le mandó una vez su señor a buscar una vaca perdida.

Estuvo tanto tiempo fuera que su señor pensó que no escatimaba el menor esfuerzo en su servicio; pero, como no regresaba, temió el señor que le hubiera pasado algo, y se fue él mismo a buscarlo. Estuvo buscándolo durante mucho tiempo, y al final divisó al criado, corriendo a campo traviesa de un lado a otro.

—Bien, querido Juan —dijo el señor, cuando lo hubo alcanzado—. ¿Has encontrado la vaca que te mandé buscar?

—No, mi amo —contestó—, no he encontrado la vaca; pero es que no la he buscado.

—¿Qué has buscado, pues, Juan?

—Algo mejor, y afortunadamente lo he encontrado.

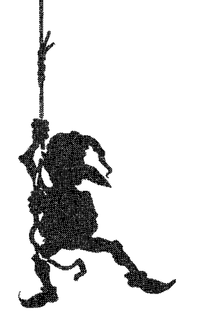
—¿Qué es, Juan?

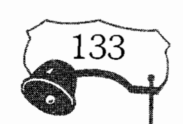
—Tres mirlos —contestó el criado.

—¿Y dónde están? —dijo el señor.

—A uno lo veo, al otro lo oigo y al otro lo persigo —contestó el inteligente criado.

Tomad ejemplo de él y no os preocupéis de vuestro amo ni de lo que mande. Haced lo que se os ocurra y lo que os venga en gana, y obraréis con la misma sabiduría que el listo de Juan.





El ataúd de cristal

Que no diga nadie que un pobre sastre no puede salir adelante y conseguir grandes honores; lo único que le hace falta es llegar a la forja adecuada y sobre todo que le salga bien.

Cierto aprendiz de sastre, hábil y bien dispuesto, se adentró una vez en un bosque espeso y, como no conocía el camino, se perdió. Cayó la noche y no le quedó otro remedio que buscarse un lecho en aquella lúgubre soledad. Hubiera podido hacerse una buena cama sobre el blando musgo, pero el miedo a los animales salvajes no lo dejaba en paz y decidió pasar la noche en lo alto de un árbol. Buscó una gran encina, subió hasta la cima y dio gracias a Dios por llevar su plancha con él, porque, si no, el viento que soplaba en la copa se lo hubiera llevado.

Después de haber pasado unas cuantas horas en la oscuridad, no sin miedo y temblores, vio a corta distancia el brillo de una luz. Pensando que podría ser una vivienda, donde estaría mejor que entre las ramas de un árbol, bajó cuidadosamente y fue en dirección a la luz. La luz le condujo a una casita hecha de cañas y juncos. Llamó animosamente, se abrió la puerta y, al reflejo de la luz que caía, vio a un anciano hombrecillo gris-hielo que llevaba un traje hecho de trapos de muchos colores.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó con voz chillona.

—Soy un pobre sastre —respondió—. Me ha cogido la noche en mitad de la maleza salvaje y os pido que me dejéis pasar la noche en vuestra cabaña.

—Sigue tu camino —respondió el viejo con tono desabrido—. No quiero tener nada que ver con vagabundos, así que busca tu cobijo en otro lugar.

Dicho esto, intentó deslizarse de nuevo en su casa, pero el sastre le sujetó fuertemente por la punta de su chaqueta y se lo pidió con tan conmovedor acento que el viejo, que no era tan malo como parecía, se ablandó al fin y lo aceptó en su cabaña, donde le dio de comer y luego le mostró en un rincón una buena cama.

El sastre, cansado como estaba, no necesitó arrullo alguno, sino que se durmió dulcemente hasta la mañana, y no se hubiera levantado aún de no haberle asustado un ruido espantoso. Unos potentes gritos y mugidos penetraban por las débiles paredes de la casa. El sastre, que de pronto se vio lleno de una valentía inesperada, saltó a toda prisa, cogió sus ropas y se precipitó afuera. Entonces divisó cerca de la casita a un toro negro y a un hermoso

ciervo que estaban luchando ferozmente. Se lanzaban con tal ímpetu el uno contra el otro que, a consecuencia de su pataleo, temblaba el suelo y el cielo retumbaba con sus gritos. Durante algún tiempo pareció indeciso el resultado de la batalla, pero al fin el ciervo clavó la cornamenta en el cuerpo de su enemigo, y el toro se derrumbó en el suelo dando un espantoso mugido; luego el ciervo le dio unos cuantos golpes más, y el toro quedó totalmente muerto. El sastre, que había estado observando la lucha con asombro, permaneció allí sin moverse incluso cuando el ciervo, a grandes saltos, se dirigió a él, y antes de que tuviera tiempo de emprender la huida, lo pescó con su cornamenta. No pudo meditar mucho tiempo, pues iba a toda carrera a campo traviesa, por montes y valles, praderas y bosques. Se sostuvo fuertemente agarrado con ambas manos al extremo de la cornamenta y se abandonó a su suerte. No le pareció sino que volaba. Finalmente, el ciervo se detuvo ante la pared de una roca y dejó caer al sastre con cuidado. El sastre, más muerto que vivo, necesitó algún tiempo para volver a recobrar el sentido. Cuando se recobró un poco, el ciervo, que seguía a su lado, chocó con tal fuerza contra una puerta que había en la roca, que se abrió de golpe. Empezaron a salir llamas y mucho humo, por lo que perdió de vista al ciervo. El sastre no sabía qué hacer ni a dónde ir para salir de aquel desierto y llegar a algún lugar habitado. Mientras estaba allí indeciso, salió una voz de las rocas, que le gritó:

—¡Entra sin miedo! No te pasará nada.

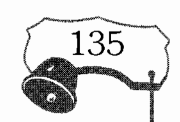
Dudó un poco, pero al fin, movido por una oculta fuerza, obedeció a la voz, cruzó la puerta y llegó a una sala grande y espaciosa, cuyo techo, paredes y suelo estaban hechos de piedras cuadradas brillantemente pulidas, en cada una de las cuales había labrado un signo desconocido.

Lo observó todo con admiración y estaba ya a punto de salir, cuando oyó de nuevo la voz que le decía:

—Pisa la piedra que hay en medio de la sala y tendrás una gran suerte.

Había cobrado tanto ánimo, que siguió el mandato sin dudar.

La piedra empezó a ceder bajo sus pies y se hundió lentamente hacia abajo. Cuando volvió a hallarse en terreno firme y miró a su alrededor, se encontró en otra sala igual que la anterior. Pero había más cosas que observar y que admirar. En las paredes había nichos excavados, en los que se hallaban recipientes de cristales transparentes, llenos de espíritus de colores o de una especie de humo azulado. En el suelo de la sala, una frente a otra, había



dos cajas grandes de cristal, que rápidamente llamaron su atención. Mientras se acercaba a una, vio dentro un hermoso palacio, rodeado de mesones, establos y graneros y una gran cantidad de cosas similares. Todo era pequeño, pero cuidadosa y primorosamente trabajado, y parecía haber sido tallado por una mano de artista con gran precisión.

Aún no había acabado de contemplar todas aquellas rarezas, cuando la voz se dejó oír de nuevo. Le exigió darse la vuelta y contemplar las urnas de cristal que había enfrente. ¡Cuál no sería su sorpresa al descubrir en una de ellas a una doncella de extremada belleza! Parecía dormir, arropada por unos largos cabellos rubios y un costoso abrigo. Tenía los ojos cerrados, pero el color de su tez y una cinta que el aliento movía no dejaban dudar de que vivía. El sastre contemplaba a la bella doncella con el corazón palpitante de emoción, cuando de pronto ella abrió los ojos y, al verlo, se sorprendió agradablemente.

—¡Dios Justiciero! —gritó—. Mi liberación está cerca. Rápido, ayúdame a salir de esta prisión: si descorres el cerrojo de este ataúd de cristal seré libre.

El sastre obedeció sin titubear y levantó la tapa de cristal; ella salió y se apresuró a ir a un rincón para cubrirse con un amplio abrigo. Luego se sentó en una piedra, hizo acercarse al hombre y, después de darle un beso en los labios, dijo:

—Mi liberador tan largamente deseado, el cielo bondadoso te ha conducido hasta mí para que pusieras fin a mis sufrimientos. El mismo día en que éstos terminan, comienza tu felicidad. Tú eres el esposo destinado por el cielo y pasarás tu vida en felicidad continua, amado por mí y rodeado de todos los bienes terrestres. Siéntate, que voy a contarte mi destino:

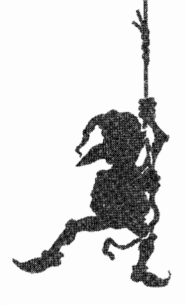
»Yo soy hija de un rico duque. Mis padres murieron cuando yo era muy joven y en su última voluntad me encomendaron a mi hermano mayor, en cuya casa crecí. Nos queríamos tanto y nos entendíamos tan bien en nuestra forma de pensar y en nuestros gustos, que tomamos la determinación de no casarnos nunca y pasar la vida juntos hasta el final de nuestros días. En nuestra casa no nos faltaba compañía: vecinos y amigos nos visitaban a menudo y nosotros los recibíamos con la mayor hospitalidad del mundo. Una vez llegó un forastero a nuestro palacio y, con el pretexto de no poder llegar al próximo pueblo, pidió alojamiento. Nosotros accedimos a su petición con la mayor cortesía y él nos entretuvo durante la cena con su animada charla, salpicándola con historietas de lo más simpático. Mi hermano se encontraba

tan a gusto con él, que le pidió que pasara unos días con nosotros, a lo que él accedió no sin resistirse un poco. Nos levantamos ya tarde de la mesa, le señalamos una habitación y yo, cansada como estaba, me apresuré a acostarme bajo mi blando edredón de plumas. Cuando apenas me había adormecido un poco, me despertaron los tonos de una delicada y agradable música. Como no podía comprender de dónde venía, quise llamar a mi camarera que dormía en el cuarto de al lado, pero, para mi asombro, sentí como si me pesara una angustia en el pecho; me quedé sin habla a causa de un poder desconocido y fui incapaz de emitir el menor sonido. Entretanto, a la luz de la lamparilla de noche, vi al forastero entrar en mi cuarto, que estaba cerrado por dos puertas. Se acercó a mí y me dijo que, gracias a fuerzas mágicas que le obedecían, me había despertado con la agradable música que yo había oído y penetraba ahora por todas las cerraduras para ofrecerme su corazón y su mano. Mi repugnancia ante sus artes mágicas fue tan grande que ni me digné darle respuesta. Duante unos momentos se quedó inmóvil, convencido acaso de obtener una respuesta favorable, pero viendo que yo me obstinaba en mi silencio, dijo iracundo que se vengaría y que encontraría algún medio para castigar mi soberbia; tras esto, abandonó la habitación. Pasé la noche muy intranquila y no me dormí hasta el amanecer. Cuando desperté, me apresuré a ir a la habitación de mi hermano, para contarle lo sucedido, pero no lo encontré, y el sirviente me dijo que, al romper el día, se había ido de caza con el forastero. Me temí lo peor. Me vestí rápidamente, mandé ensillar mi montura y, acompañada sólo de un sirviente, cabalgué a toda carrera hacia el bosque. El sirviente se cayó con el caballo y no pudo seguirme, ya que el caballo se había roto una pata. Yo proseguí mi camino sin parar y en pocos minutos vi venir hacia mí al forastero, que traía un hermoso ciervo, atado con una cuerda. Le pregunté dónde estaba mi hermano y cómo había conseguido aquel ciervo de cuyos ojos veía yo caer grandes lágrimas. En vez de contestarme comenzó a reírse. Entonces me puse tremendamente furiosa, saqué una pistola y disparé contra el monstruo, pero la bala rebotó en su pecho y fue a dar a la cabeza de mi caballo. Caí a tierra, y el forastero murmuró algunas palabras que me robaron el sentido. Cuando volví en mí, me encontré en esta caverna subterránea en un ataúd de cristal. Volvió el brujo y me dijo que había convertido a mi hermano en ciervo; que mi palacio, con todos sus accesorios, lo había reducido y metido en las otras urnas de cristal, y que mi gente, transformada en humo por encantamiento, la había metido

en las botellas de cristal. Añadió que si quería acceder a sus deseos, para él era muy fácil volver las cosas a su primitivo estado; no necesitaba más que abrir los recipientes para que todo recobrara su apariencia natural. Pero le contesté igual que la primera vez. Desapareció y me dejó encerrada en mi prisión, donde me vi sumida en un profundo sueño. Entre las imágenes que pasaban por mi cabeza, la más consoladora era que llegaba un joven y me liberaba y, cuando hoy abrí los ojos y te vi, comprendí que mi sueño se había cumplido.

»Ayúdame ahora a realizar lo que sucedía en aquellas visiones. Lo primero que hay que hacer es abrir la urna de cristal en que se encuentra mi palacio bajo esa gran piedra.

La piedra, con los jóvenes, se elevó y pasó por la abertura del techo hasta la sala superior, por donde pudieron salir al aire libre. Aquí abrió la joven la tapa y era maravilloso ver cómo el palacio, casas y granjas se extendían y rápidamente adquirían su tamaño natural. Luego volvieron a la cueva subterránea y trajeron las botellas llenas de humo. Apenas había abierto la doncella las botellas, salió el humo azul y se transformó en seres vivientes, en los cuales ella reconoció a sus sirvientes y a su gente. Su alegría se acrecentó cuando su hermano, que había matado al brujo en forma de toro, salió con apariencia humana del bosque; y ese mismo día, según su promesa, la joven dio al sastre su mano en el altar.



Enrique el perezoso

Enrique era perezoso y aunque no tenía que hacer más que llevar su cabra a pastar, todas las noches, cuando volvía a casa después de la jornada, suspiraba:

—Verdaderamente —decía— es una carga y un trabajo penoso esto de llevar una cabra todo el año a la pradera. Y si por lo menos pudiera uno tumbarse a dormir... Pero no, hay que tener los ojos bien abiertos para que no estropee los árboles jóvenes, no se meta por el seto en un jardín o se escape. ¿Cómo puede uno estar tranquilo y sentirse contento de la vida?

Se sentó y se puso a pensar y reflexionar en cómo liberarse de tan pesada carga. Durante mucho tiempo sus reflexiones fueron inútiles, hasta que de pronto se le cayó la venda de los ojos.

—¡Ya sé lo que tengo que hacer! —exclamó—. Me casaré con la gorda Trina, que tiene también una cabra, y así podrá llevar a pastar la mía, y no tendré que martirizarme más.

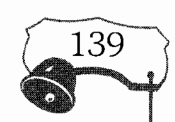
Enrique se incorporó, puso en movimiento sus cansadas extremidades, atravesó la calle, pues el camino no era largo hasta donde vivían los padres de la gorda Trina, y cortejó a su trabajadora y virtuosa hija. Los padres no se lo pensaron mucho tiempo: «Cada oveja con su pareja», pensaron y aceptaron. Desde aquel momento la gorda Trina, convertida ya en mujer de Enrique, llevaba a pastar las dos cabras. Enrique pasaba buenos días y lo único que tenía que hacer era reponerse de su propia pereza. De vez en cuando salía y decía:

—Viene bien esto para disfrutar mejor de la tranquilidad después; si no, se pierde todo el gusto por ello.

Pero la gorda Trina era tan perezosa como él, y un día le dijo:

—Querido Enrique, ¿por qué amargarnos la vida sin necesidad y desperdiciar así nuestra juventud? ¿No sería mejor dar a nuestro vecino las dos cabras, que nos despiertan todas las mañanas con sus balidos, y que él nos dé una colmena a cambio? Pondremos la colmena en un lugar soleado en el patio y no necesitamos ocuparnos más de ella. Las abejas no necesitan cuidados ni llevarlas al campo; vuelan, encuentran solas el camino a casa, y reúnen la miel sin dar el menor trabajo.

—Has hablado como una mujer sensata —contestó Enrique—. Seguiremos tu consejo sin dudar; además la miel sabe mejor, alimenta más que la leche de cabra y se la puede guardar durante más tiempo.



El vecino les dio una colmena gustosamente por las dos cabras. Las abejas volaban incansables de la mañana a la noche y llenaban la colmena de la mejor miel, de modo que, en otoño, Enrique pudo recolectar un jarro entero.

Colocaron el jarro en una tabla que estaba sujeta en la parte de arriba de la pared de su dormitorio, por temor a que se lo robaran o se lo comieran los ratones; la gorda Trina preparó una gran vara de avellano y la puso al lado de la cama, para tenerla a mano y no tener que levantarse innecesariamente cuando hubiera que espantar, desde la cama, a los huéspedes no invitados.

El perezoso de Enrique no se levantaba antes del mediodía:

—El que madruga —decía— se come su hacienda.

Una mañana en que seguía estando en la cama en pleno día descansando del largo sueño, le dijo a su mujer:

—A las mujeres les gusta lo dulce y tú golosineas la miel; será mejor que antes de que te la comas tú sola compremos con ella un ganso con una cría.

—Pero no antes de que tengamos un hijo que lo cuide —respondió Trina—. No voy a martirizarme yo con los jóvenes gansos y dedicarles a ellos mis esfuerzos.

—¿Crees que el chico cuidaría de los gansos? —dijo Enrique—. Hoy ya no obedecen los niños; hacen lo que les da la gana, porque creen que son más listos que sus padres, como aquel mozo que tenía que ir a buscar la vaca y se dedicó a cazar mirlos.

—¡Oh! —dijo Trina—. Ya le daré yo *pa'l* pelo si no hace lo que le mando. Cojo una vara y le pego más palos que a una estera. ¿Ves, Enrique? —gritó—. Así.

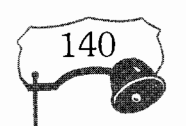
Y en su celo cogió la vara de espantar ratones y levantó la mano para golpear, con tal mala suerte, que dio al cántaro de miel que estaba encima de la cama. El cántaro se estrelló contra la pared, se hizo añicos y la rica miel se derramó por el suelo.

—Ahí está el ganso con su cría —dijo Enrique—, ya no necesita cuidados. Menos mal que no me ha caído en la cabeza. No podemos quejarnos: verdaderamente la suerte nos acompaña.

Y, viendo que en uno de los trozos quedaba un poco de miel, lo cogió y dijo todo gozoso:

—Vamos a comernos el resto y luego a descansar del susto. Qué importa levantarse más tarde que de costumbre: el día es largo.

—Sí —dijo Trina—, hay tiempo para todo. ¿Sabes? A un caracol lo invitaron una vez a una boda, se puso en camino y llegó al bautizo. Ante la casa se apoyó en la verja y dijo: «La prisa no es buena para nada.»



El Pájaro Grifo *

Había una vez un rey que no recuerdo dónde reinaba ni cómo se llamaba. No tenía más que una hija que siempre estaba enferma y ningún médico podía curarla.

Un día le vaticinaron que su hija se curaría comiendo una manzana. Entonces hizo proclamar por todo el país que el que trajera a su hija la manzana que la curase se casaría con ella y sería rey. Esto lo oyó también un labrador que tenía tres hijos y le dijo al mayor:

—Ve en seguida, coge un cesto de esas hermosas manzanas de piel roja y llévalo a palacio; quizá se cure la princesa y así podrás casarte con ella y serás rey.

El muchacho lo hizo así y se puso en marcha. Había andado un buen trecho cuando se topó con un hombrecillo vestido de hierro que le preguntó qué llevaba en el cesto. Uele (pues así se llamaba) dijo:

—Ancas de ranas.

Y contestó el hombrecillo:

—Así es y así será.

Y siguió su camino. Llegó Uele al castillo y se hizo anunciar, diciendo que traía unas manzanas que sanarían a la princesa si las comía. Esto puso muy contento al rey y dejó llegar a Uele ante él; pero, ¡cielos!, al destapar el cesto vio que contenía, en vez de manzanas, ancas de ranas, y todavía moviéndose. El rey se encolerizó y le mandó marcharse a casa.

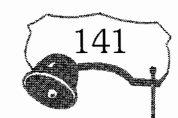
Cuando llegó allí, se lo contó todo al viejo. Entonces envió a su segundo hijo, que se llamaba Saeme, pero le sucedió lo mismo que al primero. También a él se le apareció el hombrecillo vestido de hierro y le preguntó que qué llevaba en el cesto. Saeme contestó:

—Cerdas para cepillos.

Y el hombrecillo dijo:

—Así es y así será.

Cuando llegó al castillo y dijo que traía manzanas para curar a la princesa, no querían dejarle entrar, diciendo que ya había ido otro queriendo tomarles el pelo. Mas Saeme insistió en que llevaba manzanas y que le dejasen entrar. Entonces le creyeron y le llevaron ante el rey, pero al destapar el cesto, no había más que cerdas. El rey se irritó de tal modo que mandó echarlo del castillo a latigazos.



Llegó a casa y contó cómo le había ido. Entonces el más pequeño, al que siempre habían llamado Juan el tonto, preguntó al padre si podía él también ir con manzanas a palacio.

—¡Ya! —dijo el padre—. ¡Pues sí que eres tú el más indicado para ello! Donde los listos fracasaron, ¿qué vas a hacer tú?

Pero el muchacho no cedió:

—Padre, yo también quiero ir.

—¡Lárgate, estúpido! ¡Tendrás que esperar a que espabiles un poco! —le contestó el padre, dándole la espalda.

Pero Juan le tiró de la blusa:

—Padre, yo también quiero ir.

—Bueno, por mí, vete; ya volverás a casa —le contestó el padre con tono despectivo.

Pero el muchacho se puso contentísimo y saltó de alegría.

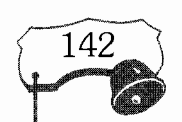
—¡Hala, hala, sigue haciendo el payaso! ¡Hay que ver, cada día eres más tonto! —dijo el padre otra vez.

Pero a Juan no le importó nada y no se desanimó. Como era casi de noche, pensó: «Esperaré a que se haga de día, e iré al palacio mañana.»

Aquella noche apenas pudo dormir y, cuando al fin se durmió, soñó con bellas doncellas, castillos, oro y plata y con toda clase de cosas por el estilo. A la mañana siguiente se puso en marcha temprano, y muy pronto se topó con el hombrecillo del vestidito de hierro, que le preguntó qué llevaba en el cesto. Juan le contestó que llevaba manzanas para curar a la princesa.

—Bien —dijo el hombrecillo—, así es y así será para siempre.

Pero en el castillo no querían dejar entrar a Juan de ningún modo, puesto que ya habían venido dos diciendo que traían manzanas y luego resultaron ser ancas de rana y cerdas. Pero Juan insistió en que él no llevaba ancas de rana ni cerdas, sino manzanas de las más hermosas que crecían en el reino. Como habló tan gentilmente, pensó el portero que no podía estar mintiendo y le dejó entrar. E hizo bien, pues, cuando Juan destapó el cesto ante el rey, encontró unas magníficas manzanas de oro. El rey se alegró, llamó en seguida a su hija y esperó con ansia y expectación las nuevas sobre su efecto. No pasó mucho tiempo sin tener noticias, ¿pero quién creéis que se las trajo? Pues la princesa misma. En cuanto hubo comido de las manzanas saltó sana de la cama. ¡La alegría del rey fue indescriptible! Pero ahora no quería dar su hija por esposa a Juan; primero le pidió que le hiciera una nave que fuese más aprisa sobre la tierra seca que sobre el agua. Juan aceptó la condición, se marchó a casa y contó cómo le había ido.



Entonces el padre mandó al mayor al bosque para que hiciera la nave.

Este estuvo trabajando diligentemente, silbando a la vez. A mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto, se presentó el hombrecillo vestido de hierro y le preguntó qué estaba haciendo. Uele contestó:

—Cacharros de madera.

El hombrecillo dijo:

—Así es y así será.

Por la noche, pensó Uele que tenía hecha la nave, pero cuando quiso subirse a ella vio que sólo eran cacharros de madera.

Al día siguiente fue Saeme al bosque, pero le sucedió lo mismo que a Uele. Al tercer día fue Juan el tonto. Trabajó diligentemente: sus hachazos sonaron por todo el bosque, mientras cantaba y silbaba alegremente. A mediodía se presentó el hombrecillo vestido de hierro y le preguntó qué hacía:

—Una nave que navegue sobre la tierra seca más aprisa que sobre el agua.

Y añadió que, cuando la hubiera terminado, obtendría a la hija del rey como esposa.

—Bien —dijo el hombrecillo—. Así es y así será para siempre.

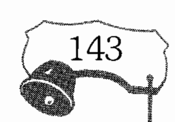
Por la tarde, cuando el sol se convirtió en oro, Juan había terminado su nave con todos los aparejos. Se subió a ella y remó hasta el palacio real. La nave iba tan rápida como el viento. El rey la vio desde lejos, mas no quiso darle su hija y le dijo que antes tendría que llevar a pastar cien conejos de la mañana a la noche, y si le faltaba uno solo, no tendría a su hija por esposa. Juan aceptó y al día siguiente llevó su rebaño de conejos a pastar y procuró que no se le escapase ninguno.

No había pasado media hora cuando la criada del castillo fue a decirle que le diera rápidamente un conejo, que había llegado visita. Mas Juan se dio cuenta del truco y dijo que no le daba ninguno, y que el rey podría aguardar al día siguiente para ofrecerle a su visita un buen conejo a la pimienta. Mas la criada no cejó, y al final insistió tanto, que Juan se resignó, y dijo que si venía la princesa en persona le daría el conejo a ella.

La criada lo contó en el castillo y la princesa fue. Pero entre tanto se presentó el hombrecillo y le preguntó a Juan qué hacía:

—Bueno, tengo que cuidar cien conejos, sin que se me escape ninguno; así podré casarme con la princesa y ser rey.

—Bien —dijo el hombrecillo—. Aquí tienes un silbato y, si se va uno, tócalo y el conejo volverá.



Cuando llegó la princesa, Juan le dio el conejo envuelto en un paño. Pero no había andado ella cien pasos cuando Juan tocó el silbato, y el conejo, saltando del paño, volvió al rebaño como una flecha.

Al llegar la noche, Juan volvió a tocar, miró si estaban todos y los condujo al castillo. El rey se admiró de cómo Juan había podido guardar cien conejos sin que se escapara ni uno sólo; pero aún no quiso darle a su hija y le dijo que todavía tenía que traerle una pluma de la cola del Pájaro Grifo.

Juan se puso en marcha y siguió su camino alegremente. Por la noche llegó a un castillo, donde pidió hospedaje para la noche, pues en aquellos tiempos no había posadas. El señor del castillo accedió con mucho gusto y le preguntó a dónde iba. Juan contestó que iba en busca del Pájaro Grifo.

—¡Ah, el Grifo! Me parece que él lo sabe todo y, como yo he perdido la llave de la caja de hierro donde guardo el dinero, ¿podrías hacerme el favor de preguntarle dónde está?

—Por supuesto —dijo Juan—. Lo haré.

A la mañana siguiente siguió su camino y fue a parar a otro castillo, en el que también pasó la noche. Cuando la gente de allí se enteró de que iba a ver al Grifo, le dijeron que tenían a una hija enferma, que ya habían probado todos los remedios sin que ninguno le hiciera efecto: que hiciera el favor de preguntarle al Grifo con qué haría sanar a su hija. Juan dijo que lo haría con mucho gusto y siguió su camino. Entonces llegó a un gran río en el que, en lugar de peces, había un hombre enorme que pasaba a la gente al otro lado. El hombre preguntó a Juan a dónde iba de viaje:

—A ver al Pájaro Grifo —dijo Juan.

—Bueno, cuando lo encuentres —dijo el hombre—, pregúntale que por qué tengo yo que pasar a toda la gente a la otra orilla.

Y Juan dijo:

—Sí, señor, así lo haré.

Entonces el hombre lo cargó sobre sus hombros y lo llevó a la otra orilla. Finalmente, llegó Juan a la casa del Pájaro Grifo, pero no estaba el Pájaro, sólo había allí una mujer. Y la mujer le preguntó qué quería. Juan le contó todo: que tenía que llevarse una pluma de la cola del pájaro; que en un castillo se había perdido la llave de la caja de caudales y él tenía que preguntarle al Grifo dónde estaba; que en otro castillo había una hija enferma y él tenía que preguntarle cómo sanaría, y, finalmente, que no lejos

de allí había un río con un hombre que pasaba a toda la gente al otro lado y que quería saber por qué tenía él que estar pasando a la gente a la otra orilla.

Entonces dijo la mujer:

—Mira, amigo mío, no hay cristiano que pueda hablar con el Pájaro Grifo, porque se los come a todos; lo que puedes hacer, si quieres, es acostarte debajo de la cama y, por la noche, cuando esté profundamente dormido, alargar la mano y arrancarle una pluma de la cola; las otras cosas que quieres saber, ya se las preguntaré yo.

Juan estaba contento con todo aquello y se tumbó debajo de la cama. Cuando por la noche llegó el Pájaro y entró en el cuarto, dijo:

—Mujer, aquí huele a cristiano.

—Sí —dijo la mujer—. Hoy ha estado uno aquí, pero se ha marchado.

Con esto el pájaro quedó satisfecho. A media noche, cuando el pájaro estaba roncando a pierna suelta, Juan extendió una mano y le arrancó una pluma de la cola. El pájaro se despertó de repente, diciendo:

—Mujer, no sólo huele a cristiano: además me han tirado de la cola.

Entonces dijo la mujer:

—Seguro que estabas soñando. Ya te dije que ha venido un cristiano, pero se ha marchado. Me contó toda una serie de cosas. Que han perdido la llave de una caja de caudales y no pueden encontrarla.

—Vaya tontos —dijo el Pájaro Grifo—. La llave está en la casa de madera, detrás de la puerta, debajo del banco de madera.

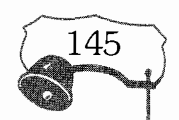
—También ha dicho que en un castillo hay una hija enferma y que no saben ningún remedio para sanarla.

—Vaya tontos —dijo el Pájaro—. Debajo de las escaleras del sótano ha hecho una rata un nido con sus cabellos: cuando ella vuelva a tenerlos, sanará.

—Y también ha dicho que hay por ahí un río, donde un hombre tiene que pasar a toda la gente a la otra orilla.

—Vaya tonto —dijo el Grifo—. Con que dejara a uno en medio del agua, no tendría que volver a pasar a nadie más.

A la mañana siguiente se levantó el Pájaro y se marchó. Juan salió de debajo de la cama con la preciosa pluma, después de haber oído lo que había dicho sobre la llave, la hija y el hombre. La mujer volvió a contárselo para que no lo olvidara y él se puso en

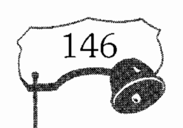


marcha otra vez hacia casa. Primero llegó donde estaba el hombre del río, el cual le preguntó en seguida lo que había dicho el Pájaro y Juan le dijo que le pasase primero a la otra orilla, que luego se lo diría. Así que el hombre le pasó. Cuando estuvo al otro lado, Juan le dijo que bastaba con que dejara en medio del agua al primero que pasase, y no tendría que volver a llevar a nadie nunca más. El hombre se alegró sobremanera y dijo a Juan que le pasaría otra vez para mostrarle su gratitud, pero Juan rehusó, diciéndole que se ahorrase la molestia y que ya estaba satisfecho. Luego siguió su camino.

Llegó al castillo donde estaba la hija enferma, y nada más llegar se la cargó sobre sus hombres, puesto que ella no podía andar, la llevó escaleras abajo y sacó el nido del ratón que estaba debajo del último escalón; apenas lo puso en las manos de la hija, ésta se curó y saltó de sus hombros escaleras arriba sana del todo. El padre y la madre se alegraron enormemente e hicieron a Juan regalos de oro y plata y, aunque él no quería cogerlos, se los dieron. Llegó al otro castillo, fue en seguida a la casa de madera y, detrás de la puerta, debajo del banco de madera, encontró la llave y se la llevó a su dueño. También éste se alegró no poco y dio a Juan como recompensa gran cantidad del oro que tenía en la caja, además de toda clase de cosas como vacas, ovejas y gansos.

Cuando llegó Juan ante el rey con todo aquello, el dinero, el oro y la plata, las vacas, las ovejas y los gansos, el rey le preguntó que de dónde lo había sacado. Y Juan le dijo que el Pájaro Grifo le había dado todo lo que él había querido. Entonces pensó el rey que a él también le vendría bien aquello y se puso en marcha, pero, al llegar al río, le tocó ser el primero en aparecer desde que Juan se había marchado, y el hombre lo llevó hasta el medio, lo dejó allí y se marchó. El rey se ahogó y Juan se casó con la princesa y fue rey.





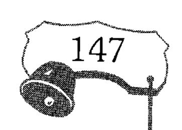
Juan el fuerte

Erase una vez un hombre y una mujer que tenían un único hijo y vivían totalmente solos en un aislado valle. Sucedió que la madre fue una vez a coger leña de pino, y se llevó consigo al pequeño Juan, que sólo tenía dos años. Era precisamente la época de primavera, y el niño estaba tan entretenido con las florecillas de colores, que ella se adentraba cada vez más en el bosque. De pronto saltaron de detrás de los matorrales dos bandidos, agarraron a la madre y al niño y se los llevaron a lo más espeso del bosque, donde no llegaba ni de donde salía nadie en años. La madre pidió insistentemente a los bandidos que la dejaran libre con su hijo, pero los bandidos tenían el corazón de piedra; no hicieron caso de ruegos ni súplicas y los obligaron por la fuerza a seguir andando. Después de abrirse camino durante un par de horas a través de espinos y arbustos, llegaron a una roca en la que había una puerta; llamaron los bandidos, y la puerta se abrió con prontitud. Pasaron por un largo pasillo oscuro y finalmente llegaron a una cueva iluminada por un fuego que ardía en el hogar. En la pared había colgadas espadas, sables y otras armas asesinas que brillaban a la luz, y en medio había una mesa negra a la que estaban sentados jugando otros cuatro bandidos con el capitán a la cabeza. Cuando éste vio a la mujer, se acercó y le habló, y le dijo que estuviese tranquila y no temiera, que no iban a hacerle daño; sólo tendría que ocuparse de la casa y de tenerlo todo en orden, y así no les pasaría nada malo. Luego le dieron algo de comer y le enseñaron la cama donde podía dormir con su hijo.

La mujer estuvo cuatro años en casa de los bandidos y Juan se hizo grande y fuerte. La madre le contaba historias y le enseñaba a leer en un viejo libro de caballería que había encontrado en la cueva. Cuando Juan tenía nueve años, se hizo un fuerte garrote con una rama de pino y lo escondió detrás de la cama; luego fue al lado de su madre y le dijo:

—Querida madre, dime de una vez quién es mi padre, porque quiero saberlo y ya va siendo hora de que lo sepa.

La madre permaneció callada y no quiso decírselo para que no tuviera nostalgia. Sabía perfectamente que los impíos bandidos no iban a dejarle irse en modo alguno, pero se le partía el corazón de dolor al pensar que Juan no podría ir junto a su padre. Por la noche, cuando los ladrones regresaron de sus correrías, sacó Juan su garrote y le dijo al capitán:



—Ahora quiero saber quién es mi padre y, si no me lo dices con toda rapidez, te mataré a palos.

Entonces el capitán se rió y le dio a Juan tal bofetada, que le hizo caer rodando bajo la mesa.

Juan se levantó y pensó: «Voy a esperar un año más, y lo intentaré de nuevo. A lo mejor tengo más suerte.»

Pasó un año y Juan volvió a sacar su garrote, le limpió el polvo, lo contempló y pensó: «Este garrote es fuerte y resistente.» Por la noche llegaron los bandidos, bebieron vino, jarra tras jarra, y pronto empezaron a doblar las cabezas.

Juan sacó su garrote, se colocó de nuevo ante el capitán y le preguntó que quién era su padre. El capitán le dio otra bofetada tan fuerte que Juan cayó rodando bajo la mesa, pero no tardó mucho en levantarse, y entonces empezó a golpear al capitán y a los ladrones de tal manera, que pronto no pudieron mover pie ni mano. La madre estaba en una esquina llena de asombro por su valentía y fortaleza. Cuando Juan terminó su tarea, fue junto a su madre y dijo:

—Ahora lo digo totalmente en serio: quiero saber quién es mi padre.

—Querido Juan —contestó la madre—, ven, vamos a buscarlo hasta que lo encontremos.

Le cogió al capitán la llave de la puerta de entrada y Juan tomó un gran saco de harina, oro, plata y todas las cosas hermosas que encontró y, cuando estuvo bien lleno, se lo echó a la espalda.

Abandonaron la cueva, ¡y cómo abrió Juan los ojos cuando salió de las tinieblas a la luz del día y contempló el bosque verde, las flores, los pájaros y el sol de la mañana en el cielo! Se detuvo a contemplarlo todo con admiración, como si no estuviera en su sano juicio. La madre buscó el camino de casa y, tras haber andado varias horas, llegaron felizmente a su solitario valle y a su casita. El padre estaba sentado en el dintel de la puerta y lloró de alegría al reconocer a su mujer y oír que Juan era su hijo, a los que él había dado por muertos hacía tanto tiempo.

Juan, aunque sólo tenía doce años, era una cabeza más alto que su padre. Entraron en el cuartito, pero apenas había colocado Juan el saco en el banco de la estufa, la casa empezó a crujir, el banco se rompió, el suelo se hundió y el pesado saco cayó al sótano.

—¡Que Dios nos proteja! —gritó el padre—. ¿Qué es esto? Has destrozado nuestra casita.

—Que no te salgan canas por eso, querido padre —contestó Juan—. En el saco hay mucho más de lo necesario para hacer una casa nueva.

Juan y su padre comenzaron rápidamente a construir una casa nueva, compraron ganado y terreno y ahorraron dinero. Juan araba los campos y, cuando él iba detrás del arado y lo hundía en la tierra, los bueyes casi no tenían necesidad de tirar de él. A la primavera siguiente dijo Juan:

—Padre, quédate con todo el dinero, y hazme un bastón de un quintal * para que pueda irme a correr mundo.

Cuando estuvo listo el bastón pedido, abandonó la casa paterna, se puso en marcha y llegó a un gran bosque oscuro. Entonces oyó crujir y rechinar algo. Se dio la vuelta y vio un pino atado con una soga de arriba abajo. Alzó los ojos y vio a un mocetón que había cogido el árbol y le daba vueltas como si fuera una varita de mimbre.

—¡Eh! —gritó Juan—. ¿Qué haces ahí arriba?

El mocetón respondió:

—Cogí ayer un haz de leña, y quiero hacer una soga para atarlo.

«Me gusta —pensó Juan—. Tiene fuerza.»

Y le gritó:

—¡Deja eso y vente conmigo!

El mozo bajó del árbol, y sacaba una cabeza a Juan y eso que éste no era precisamente bajo.

—Desde ahora te llamarás Trenzapinos —le dijo Juan.

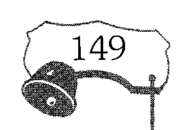
Prosiguieron su camino y oyeron dar golpes y martillar tan fuerte, que a cada golpe temblaba el suelo. Poco después llegaron a una gran roca ante la que estaba un gigante, que estaba sacando grandes trozos de ella a puñetazos. Juan le preguntó qué planes tenía, y él contestó:

—Cuando quiero dormir por la noche, vienen osos, lobos y otros animales parecidos que empiezan a olfatear y husmear a mi alrededor y no me dejan dormir. Quiero hacerme una casa para meterme en ella y tener tranquilidad.

«¡Ah! —pensó Juan—. Este me puede hacer falta.»

—Deja de hacer casas y vente conmigo. Tú te llamarás, desde ahora, Cascarrocas.

Aceptó y los tres se marcharon por el bosque; los animales se espantaban en cuanto los veían y huían de ellos. Por la noche, llegaron a un palacio viejo y abandonado, subieron y se echaron a dormir en la sala. Por la mañana, Juan bajó al jardín, que estaba



totalmente salvaje y lleno de espinos y matorrales, y mientras andaba por allí se le echó encima un jabalí. Pero Juan le dio tal bastonazo que cayó abatido instantáneamente. Se lo echó a la espalda y lo subió; lo colocaron en un espetón*, se prepararon un asado y se sentían felices. Luego se pusieron de acuerdo para que todos los días, por turno, fueran dos de caza y el otro se quedara en casa preparando la comida: nueve libras de carne para cada uno. El primer día se quedó Trenzapinos, y Juan y Cascarrocas se fueron de caza. Cuando Trenzapinos estaba ocupado con la comida, llegó al palacio un anciano pequeño y encogido y pidió carne.

—¡Quítate de ahí, mosquita muerta, tú no necesitas carne alguna!

Pero cuál no fue el asombro de Trenzapinos, cuando aquel hombrecillo insignificante saltó sobre él y le dio tales puñetazos que no pudo defenderse y cayó a tierra sin resuello. El hombrecillo no se fue hasta haber descargado en él todo el peso de su cólera. Cuando los otros dos regresaron a casa, Trenzapinos no les dijo nada del hombrecillo y de los palos que había recibido, y pensó: «Cuando se queden en casa podrán enfrentarse también con el viejo cascarrabias», y sólo el pensamiento le producía placer.

Al día siguiente se quedó Cascarrocas en casa y le pasó exactamente igual que a Trenzapinos; el hombrecillo le atizó de lo lindo por no darle carne. Cuando los otros dos regresaron a casa, Trenzapinos se dio cuenta de lo que había pasado, pero ambos se callaron, pensando: «También Juan tiene que probar ese plato.»

Al día siguiente se quedó Juan en la casa a hacer su trabajo en la cocina como era su deber, y, cuando estaba cerca de la cocina y quitando la espuma al caldero, llegó el hombrecillo y, sin más ni más, le exigió un trozo de carne. Entonces, pensó Juan: «Este es un pobre diablo, le daré de mi parte, para que a los otros no les falte», y le dio un trozo de carne. Después de habérselo comido, el hombrecillo pidió más carne y el bueno de Juan le dio más, diciéndole que era un trozo muy hermoso y que con eso ya tenía bastante. Pero el enano pidió por tercera vez.

—¡Eres un sinvergüenza! —dijo Juan.

Y no le dio más. En ese momento, el malvado enano quiso saltar sobre él y tratarle como había hecho con Trenzapinos y Cascarrocas, pero se equivocó de persona. Sin el menor esfuerzo Juan le dio unos cuantos golpes, que le hicieron bajar rodando por las escaleras del palacio. Juan quiso seguirlo, pero se cayó todo lo largo que era encima de él. Cuando se puso de pie, el enano se le había adelantado. Juan corrió detrás de él hasta el

bosque y vio cómo el enano se deslizaba en una cueva bajo una roca. Juan regresó a casa, pero había prestado atención al lugar donde estaba la roca.

Cuando los otros dos llegaron a la casa, se asombraron de que Juan se encontrara tan animado. Les contó lo que había pasado y entonces ya no callaron más lo que les había pasado a ellos. Juan se rió y dijo:

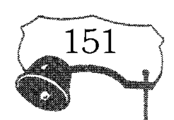
—Os está bien empleado, por haber sido tan avariciosos con vuestra carne, pero verdaderamente es una vergüenza que siendo tan grandes os hayáis dejado pegar por un enano.

A continuación cogieron un cesto y una soga y se dirigieron a la roca de la cueva, donde se había deslizado el enano, e hicieron bajar a Juan con su bastón. Al llegar al fondo, encontró una puerta, la abrió y vio una bellísima doncella, tan hermosa como es imposible de decir; a su lado estaba sentado el enano, haciendo gestos a Juan como un macaco *. Ella estaba atada con cadenas y miraba tan tristemente que a Juan le entró una enorme compasión y pensó: «Tienes que librarla del poder del malvado enano.» Así que le pegó tal bastonazo que el enano se desplomó muerto. Rápidamente cayeron las cadenas de la doncella, y Juan estaba como hipnotizado por su belleza. Ella le contó que era una princesa y que la había robado de su país un duque salvaje y la había encerrado en aquellas rocas, por no haber querido tener nada que ver con él. El duque había puesto de guardián al enano, el cual la había hecho pasar muchos sufrimientos y vejaciones.

Luego sentó Juan a la doncella en el cesto y la hizo subir. El cesto volvió de nuevo, pero Juan no se fiaba de sus compañeros y pensó: «Han sido falsos y no te han dicho nada del enano; quién sabe lo que traman contra ti.»

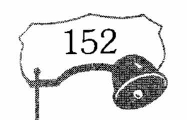
Puso entonces su bastón en la cesta y eso le salvó, pues, cuando el cesto estaba a medio camino, lo dejaron caer y, si Juan hubiera estado dentro, se habría matado.

Pero ahora no sabía cómo salir de aquella profundidad y por más que pensaba no encontraba solución. «Es verdaderamente triste —pensó—, que tengas que languidecer aquí abajo.» Yendo de un lado a otro, volvió a la pequeña habitación donde estuvo la doncella y vio que el enano tenía en el dedo un anillo que brillaba y destellaba. Se lo sacó y se lo puso y, al darle la vuelta en el dedo, oyó de pronto sonar algo por encima de su cabeza. Miró hacia arriba y vio flotar muchos espíritus de la tierra, que le dijeron que él era su amo y que cuál era su deseo. Juan se quedó mudo al principio, pero luego les dijo que le sacaran de allí.



Llegó arriba, pero no vio a nadie, y tampoco en el palacio encontró a nadie. Trenzapinos y Cascarrocas se habían marchado, llevándose a la hermosa doncella. Pero Juan dio la vuelta al anillo, y aparecieron los espíritus de los aires, que le dijeron que los dos estaban en el mar. Juan corrió hasta llegar a la orilla del mar y, a lo lejos, en el agua, vio el barquito en el que iban sus traidores compañeros; dominado por una tremenda furia saltó sin pensarlo más y comenzó a nadar, pero el bastón, que pesaba un quintal, lo arrastró hasta el fondo. Estaba ya a punto de ahogarse, cuando dio a tiempo la vuelta al anillo y rápidamente llegaron los espíritus de los aires y como un rayo lo llevaron al barquito. Entonces blandió su bastón y, tras dar a sus malvados compañeros el castigo merecido, los arrojó al agua. Luego remó con la hermosa doncella, que había pasado mucho miedo y a la que él había liberado por segunda vez, y llegaron a casa de sus padres, se casó con ella, y todos fueron muy felices.





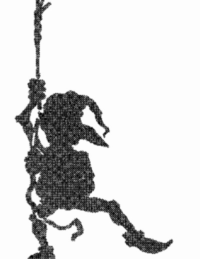
El campesinillo en el cielo

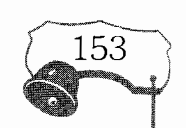
Una vez murió un pobre campesinillo y llegó a la puerta del cielo. Al mismo tiempo llegó un señor muy rico y quería pasar. Entonces, llegó San Pedro con la llave, abrió y dejó entrar al señor, mas al campesinillo parece ser que no le vio y volvió a cerrar la puerta.

El campesinillo, desde fuera, oyó cómo recibían al señor llenos de alegría con música y cánticos. Finalmente se hizo el silencio, volvió San Pedro, abrió la puerta y dejó entrar al campesinillo.

El campesinillo pensó que, cuando él entrase, también lo recibirían con música y cánticos, pero todo estaba en silencio; aunque le acogieron con cariño y los ángeles fueron a su encuentro, cantar, no cantaba nadie. Entonces, el campesinillo preguntó a San Pedro que por qué no cantaban para él como lo habían hecho con el rico, que parecía que también en el cielo había diferencia de trato lo mismo que en la tierra. Entonces dijo San Pedro:

—Bueno, a ti te queremos tanto como a todos los demás y disfrutarás de la alegría del cielo tanto como el rico, pero, mira, campesinillos pobres como tú vienen todos los días al cielo, mientras que ricos como ése sólo llega uno cada cien años.





*Liese * la flaca*

Completamente distinta que Enrique el perezoso y la gorda Trina, que nada los hacía salir de su pachorra, era Liese la flaca. Se mortificaba de la mañana a la tarde, y a su marido, el largo Lorenzo, le hacía cargar con más trabajo que a un burro con tres sacos. Pero todo era inútil: ni tenían nada, ni conseguían tener nada.

Una noche, estando en la cama sin poder moverse de cansancio, no la dejaban dormir sus pensamientos. Le dio a su marido un codazo y dijo:

—Oye, Lorenzo, mira lo que he pensado. Si me encontrara un florín * y me regalaran otro y me prestaran otro y tú me dieras otro más, tendría cuatro florines y podría comprar una ternera.

Al hombre le pareció bien la idea:

—Yo no sé —dijo— dónde conseguir el florín que quieres que te regale; pero si a pesar de todo reúnes el dinero y puedes comprar una ternera, harás bien en llevar a cabo tus proyectos. ¡Qué alegría —añadió el largo Lorenzo— cuando la vaca tenga un ternerito! Así podré refrescarme de vez en cuando con un traguito de leche.

—La leche no es para ti —dijo la mujer—. Dejaremos que mame el ternero, para que crezca y engorde pronto y así podamos venderlo bien.

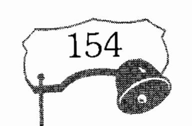
—Desde luego —dijo el hombre—, pero un poco de leche bien podremos ordeñar: eso no va a hacerle daño.

—¿Pero quién te ha enseñado a ti a tratar a las vacas? —dijo la mujer—. Le haga daño o no, he dicho que no quiero, y te pongas como te pongas no tendrás ni una gota de leche. Tú, largo Lorenzo, como no estás nunca harto, crees que puedes derrochar lo que a mí me cuesta tanto trabajo ganar.

—Bueno, mujer —dijo el hombre—, cállate ya o te arreo una bofetada.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¿Amenazarme tú, muerto de hambre, inútil, que vales para menos que Enrique el perezoso?

Y fue a cogerle de los pelos, pero el largo Lorenzo se levantó, agarró con una mano los dos brazos de Liese la flaca, con la otra le apretó la cabeza contra la almohada, y la tuvo así refunfuñando hasta que se durmió de puro cansada. Lo que no sé es si a la mañana siguiente siguió con la pelea, o si salió a buscar el florín que quería encontrar.



La casa en el bosque

Un pobre leñador vivía con su mujer y sus tres hijas en una pequeña cabaña en las lindes de un bosque solitario. Una mañana, cuando iba a salir a trabajar, le dijo a su mujer:

—A mediodía, manda a la chica mayor que me lleve la comida al bosque, pues no sé si terminaré a tiempo. Para que no se pierda —añadió— llevaré una bolsa con mijo * y esparciré los granos por el camino.

Cuando el sol estaba ya en medio del bosque, se puso la chica en camino con una olla llena de sopa. Pero los gorriones de los campos y de los bosques, las alondras, los pinzones, los mirlos y los verderoncillos se habían comido hacía ya mucho tiempo el mijo, y la joven no pudo encontrar el camino. Siguió andando a la buena de Dios hasta que el sol se puso y se echó encima la noche. Los árboles susurraban, las lechuzas roncaban y ella comenzó a tener miedo. De pronto vislumbró en la lejanía una luz que titilaba entre los árboles.

«Allí debe de vivir gente —pensó— y podrán darme cobijo por esta noche.»

Y se dirigió hacia donde brillaba la luz. No mucho después llegó a una casa, cuyas ventanas estaban iluminadas. Llamó y una voz ronca dijo desde dentro de la casa:

—¡Pase!

La muchacha entró en el vestíbulo oscuro y llamó a la puerta de la habitación.

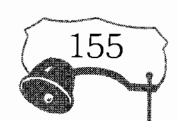
—¡Pase ya de una vez! —gritó la voz.

Abrió y se encontró con un hombrecillo de color gris-acero en la mesa, el cual tenía la cabeza entre las manos y su barba le caía sobre la mesa casi hasta el suelo. Al lado de la estufa había tres animales, una gallinita, un gallito y una vaca con la piel a manchas. La muchacha le contó al anciano lo que le había pasado y le pidió cobijo para pasar la noche. El hombrecito dijo:

—Gallinita hermosa,
tú, gallito hermoso,
vaca de colores,
¿qué opináis vosotros?

—¡Duks! —contestaron los animales, lo cual quería decir, sin duda: «Nos parece bien».

Luego el anciano prosiguió:



—Aquí tienes de todo en abundancia. Ve afuera a la lumbre y prepáranos la cena.

La muchacha encontró de todo en la cocina e hizo una buena cena, pero no pensó para nada en los animales. Llevó la fuente llena a la mesa, se sentó al lado del hombre gris, comió y sació su hambre. Cuando ya estaba llena, dijo:

—Estoy cansada. ¿Dónde hay una cama para poder tumbarme a dormir?

Los animales contestaron:

—Puesto que para los dos
solamente has hecho cena
y en nosotros no has pensado,
tú verás dónde te acuestas.

Entonces dijo el anciano:

—No tienes más que subir la escalera, y allí encontrarás una habitación con dos camas; múllelas y pon sábanas blancas, que luego iré a dormir.

La muchacha subió y, nada más mullir y hacer las camas, se echó sin esperar al anciano. Poco después llegó éste, alumbró a la muchacha con la luz y meneó la cabeza. Y al ver que estaba profundamente dormida, abrió una trampilla y la dejó caer al sótano.

El leñador llegó bien entrada la tarde a su casa y le reprochó a su mujer que lo hubiera tenido sin comer todo el día.

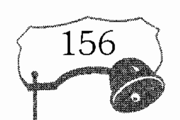
—¿Y qué culpa tengo yo? —contestó ella—. La muchacha ha salido con la comida; tiene que haberse perdido; ya volverá mañana.

Antes de que se hiciera de día, se levantó el campesino para ir al bosque y pidió que la segunda hija le llevara la comida.

—Cogeré una bolsa con lentejas —dijo—: los granos son más grandes que los de mijo y la muchacha podrá verlos mejor y así no se equivocará de camino.

A mediodía salió la muchacha con la comida, pero las lentejas habían desaparecido; los pájaros del bosque se las habían comido como el día anterior sin dejar ni una. La muchacha dio vueltas por el bosque hasta que se hizo de noche y llegó igualmente a casa del anciano. La dejaron pasar y pidió comida y cobijo. El hombre de la barba blanca preguntó de nuevo a los animales:

—Gallinita hermosa,
tú, gallito hermoso,
vaca de colores,
¿qué opináis vosotros?



Los animales volvieron a contestar:

—Duks.

Pasó lo mismo que el día anterior. La muchacha preparó una buena comida. Comió y bebió con el anciano y no se preocupó para nada de los animales. Cuando preguntó por la cama, le contestaron:

—Puesto que para los dos
solamente has hecho cena
y en nosotros no has pensado,
tú verás dónde te acuestas.

Cuando llegó el anciano, ya se había dormido. El viejo la observó meneando la cabeza y la hizo caer al sótano.

A la tercera mañana le dijo el leñador a su mujer:

—Mándame a la pequeña con la comida; siempre ha sido buena y obediente, y no se quedará dando vueltas por ahí como las pindongas de sus hermanas.

La madre no quería y dijo:

—¿Es que también voy a quedarme sin mi hija más querida?

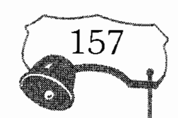
—No te preocupes —dijo él—, la muchacha no se perderá; es lista y juiciosa. Esta vez cogeré guisantes y los esparciré: son más grandes que las lentejas y le mostrarán el camino.

Pero, cuando la muchacha salió con el cesto, las palomas del bosque tenía ya los guisantes en el buche y no supo a dónde dirigirse. Se angustió muchísimo pensando constantemente en el hambre que pasaría su padre y en lo que lloraría su madre, si se perdía. Finalmente, cuando ya era de noche, divisó la lucecita, llegó a la casa del bosque y pidió amablemente si la dejaban pasar la noche allí; el hombre de la barba blanca preguntó de nuevo a sus animales:

—Gallinita hermosa,
tú, gallito hermoso,
vaca de colores,
¿qué opináis vosotros?

—Duks —dijeron ellos.

La muchacha se acercó a la estufa, donde estaban echados los animales, y acarició a la gallinita y al gallito, pasando su mano por las lisas plumas de colores, y rascó suavemente a la vaca entre los cuernos. El anciano la mandó a hacer la cena y ella, después de haber preparado una buena sopa, puso la fuente en la mesa y dijo:



—No puedo ponerme a cenar y dejar a estos animalitos sin nada. Afuera hay cosas en abundancia, así que primero me ocuparé de ellos.

Salió y trajo cebada para el gallito y la gallinita, y una buena brazada de heno bien oliente para la vaca.

—Que os aproveche, queridos animales —dijo—, y si tenéis sed, también os daré un trago de agua fresca.

Trajo, pues, un cubo lleno de agua, y el gallito y la gallinita, desde el borde, metían el pico y luego mantenían la cabeza en alto, tal como beben las aves, y la vaca de colores se echó también un buen trago.

Cuando hubo dado de comer a los animales, la muchacha se sentó a la mesa con el anciano y comió lo que él había dejado. Poco después comenzaron la gallinita y el gallito a meter la cabeza bajo el ala, y a la vaca de colores se le cerraban los ojos. Entonces dijo la muchacha:

—¿No deberíamos irnos a descansar?

—Gallinita hermosa,
tú, gallito hermoso,
vaca de colores,
¿qué opináis vosotros?

Los animales contestaron:

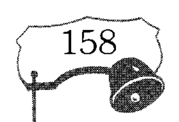
—Duks.

Puesto que para nosotros
has hecho también la cena,
y en nosotros has pensado,
que descanses, niña bella.

La muchacha subió las escaleras, mullió los cojines de plumas e hizo la cama con sábanas de lino limpias; cuando terminó, llegó el anciano, se echó en una cama, y su blanca barba le llegaba hasta los pies.

La muchacha se echó en la otra y se durmió.

Durmió tranquila hasta media noche. De pronto se produjo un gran ruido en la casa que despertó a la muchacha. Comenzó a crujir y chirriar por doquier, la puerta se abrió de golpe y dio contra la pared. Las vigas resonaron como si estuvieran arrancándolas de sus junturas y parecía como si se derrumbara la escalera y se desplomara todo el tejado. Pero de pronto reinó de nuevo el silencio y a la muchacha no le pasó nada malo, por lo que ella siguió acostada tranquilamente y se durmió otra vez.



Mas cuando a la mañana siguiente se despertó, a plena luz del día, ¿qué fue lo que vieron sus ojos? Estaba en una gran sala y a su alrededor todo era muy lujoso; en las paredes crecían, sobre un fondo de seda verde, flores doradas, la cama era de marfil, el techo de terciopelo rojo y a su lado, en una silla, había un par de sandalias tejidas con perlas. La muchacha creyó que todo era un sueño, pero entraron tres sirvientes ataviados primorosamente y le preguntaron si deseaba algo.

—Marchaos —contestó la muchacha—. Me levantaré rápidamente, haré una sopa al anciano y echaré de comer a la hermosa gallinita, al hermoso gallito y a la bonita vaca de colores.

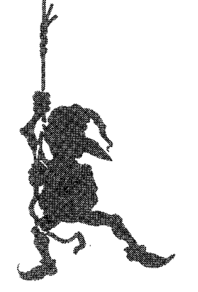
Pensando que el anciano ya se había levantado, miró hacia su cama, pero allí no estaba él, sino un desconocido. Mientras ella lo contemplaba, observando lo bello y apuesto que era, se despertó él y dijo:

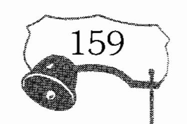
—Soy un príncipe encantado; una bruja malvada me había condenado a vivir como un hombre color gris-acero en el bosque; sólo mis tres sirvientes podían estar a mi alrededor y ellos tenían la apariencia de una gallinita, un gallito y una vaca de colores; el embrujo no podía terminar hasta que llegara a nuestra casa una joven tan bondadosa que no sólo se mostrara amable con el hombre, sino también con los animales, y ésa has sido tú. Esta noche tú nos has liberado y la casa del bosque se ha transformado otra vez en un palacio real.

En cuanto se levantaron, el príncipe dijo a los tres sirvientes que fueran a buscar al padre y a la madre de la doncella para la boda.

—¿Pero dónde están mis hermanas? —preguntó la muchacha.

—Las he encerrado en el sótano. Mañana serán conducidas al bosque y servirán en casa de un carbonero hasta que se hayan enmendado y no dejen pasar hambre a los pobres animales.





En lo bueno y en lo malo

Erase una vez un sastre peleón, y su mujer, aunque era buena, trabajadora y piadosa, no acertaba nunca a darle gusto. Hiciera lo que hiciera, a él no le gustaba, y la gruñía, la insultaba, la reñía y la pegaba. Cuando la autoridad tuvo conocimiento de ello, le mandó llamar y le metió en la cárcel para que se corrigiera. Estuvo algún tiempo a pan y agua, y al fin fue puesto en libertad, bajo promesa de no pegar más a su mujer, vivir con ella pacíficamente y compartir lo bueno y lo malo como es lo propio.

Durante cierto tiempo la cosa fue bien, pero poco después volvió a las andadas, se ponía de muy mal humor y peleón y, como no podía pegarla, intentó cogerla de los cabellos y arrastrarla. La mujer se le escapó y saltó al patio, pero él salió con la vara y las tijeras, la persiguió y le tiró la vara y las tijeras y todo lo que tenía a mano; cuando la acertaba se reía, y cuando fallaba vociferaba y echaba pestes contra ella.

Y así siguió hasta que vinieron los vecinos en ayuda de la mujer.

El sastre fue llamado ante la autoridad y le recordaron su promesa.

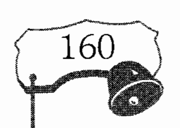
—Queridos señores —dijo—, he mantenido lo prometido: no la he pegado, sino que he compartido lo bueno y lo malo.

—¿Cómo puede ser entonces —dijo el juez— que ella se queje otra vez tanto de usted?

—Yo no la he pegado; lo único que he hecho ha sido intentar peinarla con la mano porque tenía un aspecto extraño, y ella se me ha escapado y me ha abandonado malvadamente. Entonces he salido tras ella y, como advertencia para que volviera a su deber, le he tirado lo que tenía a mano. He compartido con ella lo bueno y lo malo, pues cada vez que la daba, era para mí lo bueno y para ella lo malo; cuando no la daba, era para ello lo bueno y para mí lo malo.

A los jueces no les gustó esta contestación y le hicieron pagar su merecido.





El rey de los pájaros

En los tiempos antiguos, cada sonido tenía sentido y significado. Cuando el martillo del herrero resonaba, decía: «¡Erro, erro!». Cuando el cepillo del carpintero rechinaba, decía: «¡Tero, tero!» Cuando la rueda del molino empezaba a tabletear, decía: «¡Tablet, tablet!» Y si el molinero era un estafador, el molino empezaba a hablar y preguntaba lentamente: «¿Quién es, quién es?»

Entonces él mismo contestaba rápidamente: «¡El molinero, el molinero!» Y finalmente decía: «Roba bien, roba bien, de ocho se queda con tres.»

Por esa época también los pájaros tenían su propia lengua, que todos entendían, aunque ahora suene solamente como un gorjear, un chirriar o un silbar y, en algunos, como música sin palabras.

Pero de pronto a los pájaros se les ocurrió la idea de tener también ellos un rey y decidieron nombrar a uno de ellos para ese cargo. Solamente uno de ellos se manifestó en contra, el avefría: él había vivido libre y libre quería morir. Lleno de miedo, gritaba de un lado a otro:

—¿Dónde voy, dónde voy? ¡Ay, qué frío; ay, qué frío!

Se retiró a pantanos solitarios y poco frecuentados y no se le volvió a ver entre sus semejantes.

Para hablar entre sí del asunto, una hermosa mañana de primavera se reunieron los pájaros de todos los valles y campos: águilas, pinzones, lechuzas y cornejas, alondra y gorrión..., para qué voy a nombrar a todos. Vinieron incluso el cuco y la abubilla, su sacristán —llamado así porque siempre se deja oír unos días antes—, y también un pequeño pájaro diminuto que se mezcló entre la bandada. La gallina, que casualmente no había oído nada de la cosa, se asombró de la gran asamblea y cacareaba:

—¿Qué, qué, qué hacen aquí?

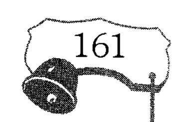
Pero el gallo tranquilizó a su querida gallina y dijo:

—Gente rica que no tiene qué hacer.

Y le contó lo que tenían proyectado. Al fin decidieron que sería rey el que pudiera volar más alto.

La rana del zarzal, que estaba sentada en los matorrales, al oírlo gritó a modo de aviso: «¡Crac, crac, crac!», pensando que aquella decisión acarrearía muchas lágrimas. La corneja, sin embargo, dijo:

—De acuerdo, de acuerdo, todo sucederá tranquilamente.



Se decidió, pues, que todos se echarían a volar al mismo tiempo en aquella hermosa mañana, para que nadie pudiera decir después: «Yo hubiera volado mucho más alto, pero se hizo tarde y ya no pude más.»

A una señal convenida se alzó la gran bandada hacia los aires. Se levantó polvo de los campos, se produjeron enormes zumbidos, chillidos y aleteos y parecía como si pasara una nube negra. Los pájaros pequeños se quedaron pronto atrás, no pudieron seguir y cayeron al suelo. Los más grandes aguantaron un poco más, pero naturalmente no podían competir con el águila, que se elevó tan alto que parecía que iba a sacar los ojos al sol. Y cuando vio que nadie podía llegar hasta donde estaba ella, pensó: «¿Para qué subir más alto? Tú eres el rey.»

Y comenzó de nuevo a descender. Los pájaros que estaban debajo la aclamaron rápidamente, diciendo:

—Tú serás nuestro rey, pues nadie ha volado más alto que tú.

—Excepto yo —gritó el pajarillo sin nombre.

Se había escondido en las plumas del pecho del águila y, como no estaba cansado, se elevó y se elevó tanto, tanto, que podía ver a Dios sentado en su trono. Cuando estaba tan arriba, plegó sus alas, se dejó caer y gritó con una voz fina y penetrante:

—¡El rey, yo; el rey, yo!

—¿Tú nuestro rey? —gritaron los pájaros enfadados—. ¡Has llegado hasta ahí con trampas y engaños!

Y pusieron otra condición. Sería rey el que se hundiera más profundamente en el suelo. ¡Cómo golpeó el ganso con su gran pecho en el suelo! ¡Qué rápidamente se cavó el gallo un hoyo! El pato fue el primero que desapareció, saltó a un foso, pero se dislocó las patas y se fue rápidamente al próximo estanque gritando: «¡Cuac, cuac!»

El pajarillo sin nombre se buscó el agujero de un ratón, se deslizó por él y gritó con su fina voz:

—¡El rey, yo; el rey, yo!

—¿Tú nuestro rey? —gritaron los pájaros aún más enfadados—. ¿Crees que te van a servir tus mañas?

Decidieron dejarlo encerrado en su agujero y que se muriera de hambre. Pusieron a la lechuza de vigilante para que impidiera salir al pícaro so pena de muerte. Pero en cuanto se hizo de noche, los pájaros estaban que se caían de cansancio de tanto volar, y se fueron con sus mujeres y sus hijos a descansar. La lechuza se quedó sola ante el agujero del ratón y miraba con sus grandes ojos. Pero también ella se sentía cansada y pensó: «Un ojo bien

puedes cerrarlo; puedes vigilar con el otro, y el pequeño malvado no podrá salir del agujero.» Así que cerró un ojo, mientras con el otro vigilaba fijamente el agujero del ratón. El pajarillo sacó la cabeza y quiso salir deslizándose, pero la lechuza se puso delante y volvió a meter la cabeza. Luego la lechuza abrió el ojo cerrado y cerró el abierto para alternar durante toda la noche. Pero cuando volvió a cerrar un ojo, se le olvidó abrir el otro y, en cuanto los dos estuvieron cerrados, se durmió. El pajarillo se dio cuenta rápidamente y se escapó.

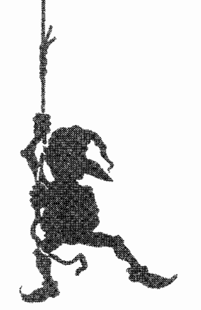
Desde entonces la lechuza no puede dejarse ver de día, pues si no, irían las otras aves detrás de ella y le destrozarían la piel. Vuela de noche, y odia y persigue a los ratones por tener tan horrendos agujeros. Pero el pajarillo tampoco se deja ver con gusto, pues teme que los otros se le echen al cuello si lo pescan. Anda por los vallados, y cuando está muy seguro, grita a ratos:

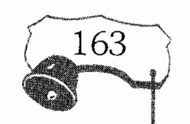
—¡El rey, yo...!

Y por eso los otros pájaros le llaman burlonamente reyezuelo *.

Pero nadie se sentía más feliz que la alondra por no tener que obedecer al reyezuelo. Cuando el sol se deja ver, asciende por el aire y exclama:

—¡Ay, qué hermoso es esto! ¡Qué hermoso, hermoso, hermoso! ¡Ay, qué hermoso es esto!





La platija *

Los peces llevaban ya mucho tiempo descontentos de que no hubiera orden en su reino. Nadie prestaba atención a los demás, cada cual nadaba a derecha e izquierda según le venía bien, no faltaba quien pasaba por medio de los que querían estar juntos, o se cerraban el paso y el más fuerte le daba un coletazo al más débil para que se apartara o se lo tragaba sin más ni más.

—¡Qué hermoso sería que tuviéramos un rey que ejerciera el derecho y la justicia entre nosotros! —decían.

Y se unieron para nombrar como su señor al que pasara más rápidamente entre las olas y ayudara al débil.

Se colocaron en la orilla en fila; el lucio * dio la señal con la cola y todos partieron.

El lucio se lanzó como una flecha, y con él, el arenque, el gobio *, la perca *, la carpa y todos los otros. También la platija nadaba y esperaba alcanzar la meta.

De pronto sonó un grito:

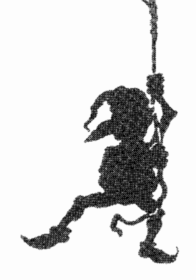
—¡El arenque es el primero, el arenque es el primero!

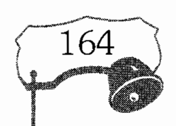
—¿Quién va delante? —dijo amargamente la platija, lisa y envidiosa, que se había quedado bastante rezagada—. ¿Quién va delante?

—El arenque, el arenque —fue la contestación.

—¿El arenque desnudo? —dijo la envidiosa—. ¿El arenque desnudo?

Desde aquel momento, en castigo, la platija tiene el hocico torcido.





*El alcaraván * y la abubilla*

—¿Dónde pastan vuestros rebaños con más gusto? —le preguntó uno a un viejo pastor.

—Aquí, señor, donde la hierba no es demasiado gruesa ni demasiada fina; si no, no sirve para nada.

—¿Por qué? —preguntó el señor.

—¿No oís ese sonido sordo que viene de la pradera? —contestó el pastor—. Ese es el alcaraván, que fue pastor, y la abubilla también. Os contaré la historia:

»El alcaraván cuidaba sus rebaños en praderas verdes y jugosas, donde había flores en abundancia, y por eso sus vacas se pusieron bravas y salvajes. La abubilla, en cambio, llevaba su ganado a montes secos y altos, donde el viento juega con la arena, y sus vacas adelgazaron y se quedaron sin fuerza. Al llegar la tarde, cuando los pastores las conducían a casa, el alcaraván no podía reunir a sus vacas, pues eran soberbias y se le escapaban. El gritaba:

»—¡Vacas de color, aquí alrededor!

»Pero en vano, no hacían ningún caso de su llamada.

»La abubilla, en cambio, no podía poner a su ganado en pie de lo débil y sin fuerzas que estaba.

»—¡Arriba, arriba! —gritaba.

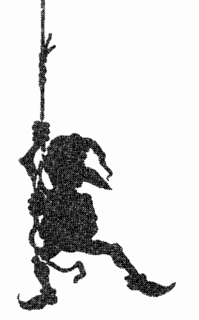
»Pero no servía de nada, y ellas seguían tumbadas en la arena.

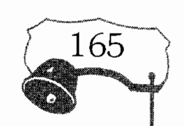
»Así pasa cuando no se tiene medida. Todavía hoy, que ya no cuidan ningún rebaño, grita el alcaraván:

»—¡Vacas de color, aquí alrededor!

»Y la abubilla:

»—¡Arriba, arriba!





La lechuza

Hace unos cuantos cientos de años, cuando la gente no era tan lista y tan ladina como hoy, sucedió en una pequeña ciudad una extraña historia. Una noche, por casualidad, llegó hasta allí, desde el bosque cercano, una de esas grandes lechuzas que llaman búhos y fue a parar al granero de un ciudadano, pero cuando se hizo de día, y por miedo a los otros pájaros, que en cuanto se deja ver arman un gran alboroto, no se atrevió a salir de su rincón. Por la mañana fue el criado al granero a coger paja y, al ver a la lechuza sentada en una esquina, tan poderosa ella, se asustó, salió corriendo y fue a decir a su señor que había en el granero un monstruo como no había visto en toda su vida: le daban vueltas los ojos y en un momento podía engullirse a uno con toda tranquilidad.

—Ya te conozco —dijo el señor—. Para perseguir a un mirlo en un campo [1] tienes ánimo suficiente, pero en viendo un gallo muerto, coges un bastón antes de acercarte. Voy a comprobar por mí mismo qué clase de monstruo es ése —añadió el señor.

Se dirigió valientemente al granero y miró a su alrededor. Pero, al ver al extraño y terrible animal con aquellos ojos, le entró tanto miedo como al criado. Dando unos cuantos saltos, salió y fue a buscar a su vecino, pidiéndole encarecidamente que le ayudara contra un animal desconocido y peligroso; sin duda podría poner a la ciudad en peligro si salía del granero donde estaba. En todas las calles se originó gran ruido y alboroto; los ciudadanos llegaron con pinchos, horcas, guadañas y hachas como si fueran a luchar con el enemigo; finalmente aparecieron también los señores del concejo con el alcalde a la cabeza. Cuando se hubieron ordenado en el mercado, se dirigieron al granero y lo rodearon por todas partes. Luego se adelantó uno de los más valientes con una pica en alto y entró; pero salió rápidamente dando un grito, pálido como la muerte, y sin poder pronunciar una palabra. Todavía se atrevieron a entrar otros dos, pero no les fue mejor. Finalmente se destacó un hombre alto y fuerte, conocido por sus hazañas guerreras y dijo:

—Con mirar al monstruo no vais a lograr que huya; aquí hay que obrar con seriedad, pero veo que todos os habéis vuelto mujeres y nadie quiere hincar el diente a la presa.

[1] Alusión al cuento *El criado listo*, pág. 132.

Pidió una armadura, espada y pica y se armó. Todos alabaron su valentía, aunque muchos temían por su vida. Abrieron las dos puertas del granero y vieron a la lechuza, que entre tanto se había colocado en una de las vigas transversales. Trajeron una escalera, la colocó y se dispuso a subir, mientras todos le gritaban que se portara como un hombre, y le encomendaron a San Jorge, que había matado al dragón. Cuando llegó arriba, vio que se acercaba a él la lechuza, la cual, aturdida también por el gentío y los gritos de la gente, y no sabiendo dónde ir, empezó a volver los ojos, erizó las plumas, abrió las alas, movió el pico y dejó oír con voz bronca su «¡Uhu, uhu!».

—¡Ataca, ataca! —le gritaba la multitud al héroe valiente.

—¡El que estuviera donde estoy yo no gritaría ataca! —respondió él.

Con todo, puso el pie un escalón más alto, pero comenzó a temblar de tal modo, que se dio la vuelta casi desmayado.

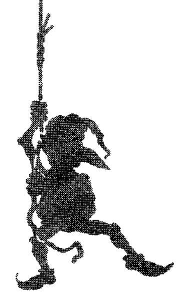
Ya no quedaba nadie que quisiera aventurarse.

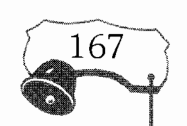
—El monstruo —decían— ha envenenado con su aliento al hombre más fuerte que había entre nosotros y lo ha herido de muerte. ¿Debemos los demás arriesgar nuestras vidas?

Deliberaron lo que había que hacer para que no fuera destruida toda la ciudad. Durante mucho tiempo todo pareció inútil, hasta que el alcalde encontró una salida.

—Mi opinión es que, de una bolsa común, le paguemos al propietario este granero con todo lo que hay dentro: trigo, paja y heno, para no causarle perjuicio, y luego quemar todo el edificio con ese tremendo animal dentro. Así nadie pondrá en peligro su vida. No debemos escatimar esfuerzos, y la tacañería sería un mal remedio.

Todos le dieron la razón; así que prendieron el granero por los cuatro costados y con él se quemó la lechuza de forma lastimosa. Y el que no se lo crea, que vaya y pregunte.





La luna

Hace tiempo había un país donde la noche se extendía oscura y el cielo era como un paño negro, pues la luna no salía nunca y ninguna estrella brillaba en las tinieblas. En la creación del mundo bastó la luz nocturna.

De aquel país partieron una vez cuatro mozos en peregrinación y llegaron a otro reino, donde por la noche, cuando el sol se escondía tras los montes, se veía sobre una encina una bola luminosa que expandía una luz suave. Se podía ver y diferenciar todo aunque no era tan brillante como la del sol. Los peregrinos se quedaron quietos y preguntaron a un campesino que pasaba por allí con su carruaje qué clase de luz era aquélla.

—Es la luna —contestó éste—. Nuestro alcalde la ha comprado por tres táleros y la ha sujetado a la encina. Hay que echarle aceite diariamente y mantenerla limpia para que brille con claridad. A cambio le damos cada uno un tálero por semana.

Cuando el campesino se hubo marchado, dijo uno de ellos:

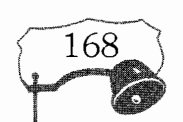
—Esta lámpara podría sernos de utilidad en casa. Tenemos también una encina, que es igual de grande, y podríamos colgarla en ella. ¡Qué alegría! Así de noche no tendríamos que andar a tientas.

—¿Sabéis una cosa? —dijo el segundo—. Traeremos un carro y un caballo y nos llevaremos la luna. Ellos pueden comprarse otra.

—Yo sé trepar muy bien —dijo el tercero—, y la bajaré.

El cuarto trajo un carro y caballos, y el tercero se subió al árbol, hizo un agujero en la luna, pasó una cuerda por él y la bajó. Cuando la bola brillante estuvo en el carro, pusieron un trapo por encima, para que nadie se diera cuenta del robo. La llevaron felizmente a su país y la colocaron en la encina. Los viejos y los jóvenes se regocijaron, al ver cómo la nueva lámpara extendía su luz por todos los campos y llenaba las cámaras y las habitaciones. Los enanos salieron de las cuevas abiertas en las rocas y los pequeños gnomos * bailaban en corro con sus chaquetas rojas en las praderas.

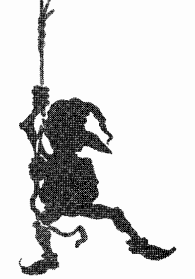
Los cuatro cuidaban la luna con aceite, le limpiaban el pabilo y recibían semanalmente su tálero. Pero los cuatro se hicieron ancianos; uno de ellos enfermó y, viendo que la muerte se acercaba, ordenó que un cuarto de la luna, como era de su propiedad, fuera depositada en la tumba con él. Cuando murió, el alcalde subió al



árbol y cortó con las tijeras un cuarto, que fue depositado en el ataúd. La luz de la luna menguó pero no de forma notable. Murió el segundo, y le dieron el segundo cuarto, con lo que la luz aminoró. Aún se debilitó más con la muerte del tercero, que se llevó también su parte y, cuando el cuarto fue conducido a la tumba, volvieron a aparecer las tinieblas. Si la gente iba sin linterna por la noche, chocaban unos con otros.

Pero, al unirse las partes de la luna en el mundo subterráneo, sucedió que, allí donde había dominado siempre la oscuridad, los muertos se pusieron intranquilos y se despertaron de su sueño. Se asombraron de volver a ver; la luz de la luna les era suficiente, pues sus ojos se habían debilitado de tal manera que no podían soportar la luz del sol. Se levantaron, se alegraron y retornaron a su antigua forma de vida. Una parte fue a jugar y bailar, otros se fueron a las posadas, donde pidieron vino, se emborracharon, se enfadaron y se pelearon. Finalmente sacaron sus porras y se golpearon. El ruido era cada vez mayor y llegó finalmente hasta el cielo.

San Pedro, que cuidaba la puerta del cielo, creyó que el mundo subterráneo se había sublevado y llamó a los ejércitos celestiales, advirtiéndoles que, si el feroz enemigo y su banda intentaban atacar a la comunidad de los santos, repelieran el ataque. Pero, como no llegaron, se montó en su caballo y pasó por la puerta del cielo con dirección al mundo subterráneo. Entonces calmó a los muertos, los hizo meterse en sus tumbas, se llevó a la luna y la colgó en el cielo.



La edad

Cuando Dios creó el mundo y quiso determinar a todas las criaturas su tiempo de vida, llegó el asno y preguntó:

—Señor, ¿cuánto tiempo voy a vivir?

—Treinta años —contestó Dios—. ¿Estás de acuerdo?

—¡Ay, Señor! —contestó el asno—. Eso es mucho tiempo. Piensa en mi trabajosa existencia: cargar pesos de la mañana a la noche y llevar sacos de grano al molino, para que otros coman pan, animado solamente con palos y patadas. ¡Perdonadme una parte de ese tiempo tan largo!

Entonces Dios se apiadó y le regaló dieciocho años. El asno se fue consolado y apareció el perro.

—¿Cuánto tiempo quieres vivir? —le dijo Dios—. Al asno le parecen muchos treinta años pero tú estarás contento con ellos.

—¡Señor! —contestó el perro—. ¿Es ésta tu voluntad? Piensa lo que tengo que correr, y que eso no lo aguantan mis pies; y ya sin voz para ladrar ni dientes para morder, ¿qué me quedaría, sino ir de una esquina a otra y gruñir?

Dios vio que tenía razón y le concedió doce años. A continuación vino el mono.

—¿Tú querrás vivir treinta años, no? —le dijo el Señor—. Tú no necesitas trabajar como el asno y el perro y estás siempre de buen humor.

—¡Ay, Señor! —contestó—. Eso es lo que parece, pero la realidad es otra. Cuando hay puré de mijo, no tengo cuchara; tengo que hacer siempre travesuras y muecas para que la gente se ría y, si me dan una manzana y la muerdo, está ácida. ¡Cuántas veces tras la travesura se esconde la tristeza! Yo no soporto treinta años.

Dios fue compasivo y le regaló diez años.

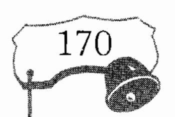
Finalmente apareció el hombre; estaba alegre, sano y animado y le pidió a Dios que le determinara sus años.

—Vivirás treinta años —dijo el Señor—. ¿Te bastan?

—¡Qué tiempo más corto! —gritó el hombre—. Cuando haya construido mi casa y el fuego arda en mi hogar, cuando haya plantado los árboles y éstos florezcan y tengan frutos y cuando piense en pasar mi vida alegremente, entonces tendré que morir. ¡Oh, Señor, alargad mi tiempo!

—Te daré los dieciocho años del burro —dijo Dios.

—Eso no es suficiente —respondió el hombre.



—Tendrás también los doce años del perro.

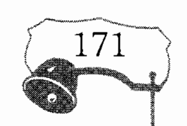
—De todas maneras es poco.

—Bien —dijo Dios—. Te daré los diez años del mono, pero no más.

El hombre se fue, pero descontento.

Así pues, el hombre vive setenta años. Los primeros treinta son sus años humanos, que pasan rápidamente; está sano, alegre, trabaja con gusto y se alegra de su existencia. A éstos le siguen los dieciocho del asno, durante los cuales soporta carga tras carga, tiene que llevar el trigo que alimenta a otros, y palos y patadas son el pago de su fiel servicio. Luego vienen los doce años del perro: está echado en las esquinas, gruñe y no tiene dientes para morder. Y cuando este tiempo ha pasado, cierran el ciclo los últimos diez años, los del mono. Entonces el hombre anda mal de la cabeza, un poco ido, hace cosas chistosas y se convierte en la burla de los niños.





Los mensajeros de la muerte

Hace ya mucho tiempo peregrinaba un gigante por la carretera, cuando de pronto le salió al paso un hombre desconocido y le gritó:

—¡Alto, ni un paso más!

—¿Cómo? —dijo el gigante—. ¿Quién eres tú para hablarme con tanto descaro, so enano? Como te agarre, te voy a triturar entre los dedos.

—Soy la muerte —contestó el otro—. A mí no me contradice nadie y tú seguirás también mis órdenes.

El gigante se negó y empezó a luchar con la muerte.

Fue una lucha tremenda, y finalmente el gigante ganó la partida: le dio a la muerte tal puñetazo que se desplomó junto a una piedra.

El gigante siguió su camino y la muerte permaneció allí vencida y estaba tan maltrecha y derrengada, que no podía enderezarse de nuevo.

—¿Qué saldrá de todo esto si me quedo tumbada en la esquina? —dijo—. No moriría nadie en el mundo y se llenaría de tantos hombres, que no cabrían uno al lado del otro.

Mientras tanto, llegó un joven por el camino, cantando una canción y mirando de un lado a otro.

Cuando vio al hombre medio desmayado, se aproximó compasivamente, lo levantó, le dio de su botella una bebida reconfortante y esperó hasta que hubiera recuperado de nuevo sus fuerzas.

—¿Sabes quién soy yo y a quién has puesto en pie? —dijo el extranjero mientras se levantaba.

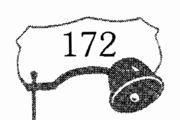
—No —dijo el joven—, no te conozco.

—Yo soy la muerte: no perdono a nadie y no puedo hacer contigo excepción. Pero, para que veas que soy agradecida, te prometo que no caeré sobre ti de improviso, sino que te mandaré a mis mensajeros antes de venir a buscarte.

—Bien —dijo el joven—, siempre es algo positivo saber cuándo llegas; mientras tanto estaré seguro de ti.

Luego siguió su camino, alegre y de buen humor, y vivió al día.

Pero la juventud y la alegría no duraron mucho tiempo: pronto llegaron las enfermedades y los dolores que lo atormentaban durante el día y no lo dejaban en paz durante la noche.



«No moriré —se dijo a sí mismo—, pues la muerte mandará en primer lugar a sus mensajeros, pero me gustaría que pasaran los malos días de la enfermedad.»

En cuanto se sintió sano, empezó a vivir gozosamente.

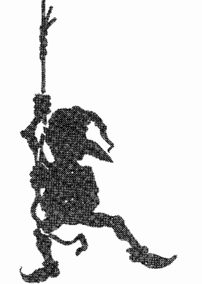
Un día alguien lo tocó en el hombro y, al darse la vuelta, vio que la muerte estaba tras él, diciéndole:

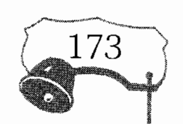
—Sígueme: te ha llegado la hora de despedirte del mundo.

—¿Cómo? —contestó el hombre—. ¿Quieres faltar a tu palabra? ¿No me has prometido que antes de que vinieras enviarías a tus mensajeros? Yo no he visto a ninguno.

—Calla —dijo la muerte—. ¿No te he mandado un emisario tras otro? ¿No vino la fiebre, se apoderó de ti, te sacudió y te derrumbó? ¿No se apoderó el mareo de tu cabeza? ¿No están tus miembros presos de la gota? ¿No sientes ruidos en los oídos? ¿No te roe el dolor de muelas en las mejillas? ¿No ves oscuridad ante tus ojos? Y, sobre todo, mi hermano en carne mortal, el sueño, ¿no te ha recordado a mí? ¿No has estado de noche como muerto?

El hombre no supo qué contestar, se entregó a su suerte y se fue con la muerte.





El maestro Punzón

El maestro Punzón era un hombre delgado y vital, que nunca estaba tranquilo. Su cara, de la que sobresalía una nariz prominente, estaba llena de cicatrices de viruela y pálida como la muerte; su cabello era gris y erizado, y sus ojos, pequeños, pero brillaban ininterrumpidamente bailando de un lado a otro. El lo observaba todo, lo criticaba todo, lo sabía todo mejor que nadie y tenía en todo razón. Cuando iba por la calle, remaba con los brazos de tal modo, que una vez dio con ellos a una joven que llevaba agua en un cubo tan alto, que él mismo se lo echó por encima.

—Borrica —le dijo—, ¿no veías que iba detrás de ti?

Era zapatero y, cuando trabajaba, manejaba el hilo con tal fuerza, que al que se acercaba demasiado le daba con el puño en el cuerpo. Ningún aprendiz le duraba más de un mes, pues siempre andaba poniendo pegas al mejor trabajo. Unas veces las puntadas eran demasiado largas; otras, el zapato demasiado grande, tan pronto un tacón era más alto que otro, como el cuero no estaba bien curtido. Entonces decía al aprendiz:

—Espera, que te voy a enseñar cómo se ablanda la piel.

Sacaba la correa y le propinaba dos correazos en la espalda. A todos los llamaba vagos. Pero tampoco él hacía mucho más, pues no paraba sentado más de un cuarto de hora. Si su mujer se levantaba por la mañana y calentaba fuego, saltaba de la cama e iba con los pies descalzos a la cocina:

—¡Vais a prenderme la casa! —gritaba—. ¿Piensas asar un buey o es que crees que la leña no cuesta dinero?

Si las muchachas estaban en el lavadero, riendo y contándose las cosas que sabían, entonces las reprendía:

—Ya están ahí los gansos venga a graznar, olvidando su tarea con tanta charla. ¿Y para qué el jabón fresco? Gasto sin tino y además pereza: sólo piensan en cuidar las manos en vez de frotar como es debido.

Saltaba y tiraba el cubo lleno de lejía, de modo que la cocina se veía inundada. Si alguien se ponía a hacer una nueva casa, corría a la ventana a mirar y decía:

—Ya están otra vez haciendo los tabiques con adobes. Así no se secan nunca. En la casa no habrá nadie sano. Y además mirad cómo colocan de mal las piedras los aprendices. El mortero tampoco sirve para nada: hay que echar grava, no arena. No, si todavía veré cómo se les hunde la casa encima de la cabeza.

Se sentaba y daba dos puntadas; luego saltaba de nuevo, se desabrochaba su mandil de piel y decía:

—¡Voy a salir a concienciar a la gente!

Iba a donde estaban los carpinteros:

—¡Qué es eso! —gritaba—. ¿Es que no sabéis sujetar el cordel? ¿Pensáis que las vigas van a estar derechas? Todo se saldrá de las junturas.

Le quitó a un carpintero un hacha de la mano para enseñarle cómo debía golpear, pero al ver llegar a un carro cargado de arcilla, tiró el hacha y saltó hacia el campesino que iba junto a él:

—¡No tenéis juicio! —gritó—. ¿A quién se le ocurre uncir caballos jóvenes en un carro tan cargado? Los pobres animales se os van a quedar en el sitio.

El campesino no le contestó y el maestro Punzón volvió lleno de ira a su taller. Cuando iba a ponerse otra vez a trabajar, le dio el aprendiz un zapato.

—¿Pero otra vez? ¿Qué significa esto? —le gritó—. ¿No os he dicho que no cortéis tan grandes los zapatos? ¿Quién va a comprar un zapato en el que no hay más que suela? ¡No tolero que nadie se salte mis órdenes a la torera!

—Maestro —contestó el aprendiz—, quizá tengáis razón de que el zapato no sirve para nada, pero es el mismo que habéis cortado antes y en el que estabais trabajando vos. Cuando antes habéis saltado, lo habéis tirado de la mesa y yo no he hecho más que levantarlo. A vos no os da gusto ni un ángel del cielo.

El maestro Punzón soñó una noche que había muerto y que se encontraba de camino para el cielo. Cuando llegó, llamó a la puerta fuertemente:

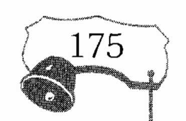
—Me asombra que no haya un aldabón en la puerta: aquí puede romperse uno los nudillos.

El apóstol Pedro fue a ver quién quería entrar de forma tan ruidosa.

—¡Ay; sois vos, maestro Punzón! —dijo—. Os dejaré entrar, pero os advierto que perdáis vuestra costumbre y no critiquéis lo que veais en el cielo, porque podría pesaros.

—Podríais haberos ahorrado vuestra advertencia —dijo el maestro Punzón—. Yo sé lo que hay que hacer y aquí, gracias a Dios, es todo perfecto, y no hay que criticar como en la tierra.

Entró y fue por las amplias estancias del cielo de un lado a otro. Miró a su alrededor, a derecha e izquierda, y a veces meneaba la cabeza o gruñía algo para sí. Mientras tanto vio dos ángeles que llevaban una viga. Era la viga en el ojo propio, mientras se



busca la paja en el ojo ajeno. Sin embargo, no llevaban la viga a la larga sino transversalmente.

«¡Habráse visto tamaño disparate!», pensó el maestro Punzón. Sin embargo, se calló y se dio por contento: «En el fondo da lo mismo que la viga se lleve en línea recta o atravesada, si se logra llegar con ella; verdaderamente no veo que le dé a nadie.»

Poco después divisó a dos ángeles que sacaban agua de una fuente en un tonel; pero rápidamente advirtió que el tonel estaba agujereado y que el agua se salía por todas partes. Estaban regando la tierra con lluvia.

—¡Por todos los diablos! —estalló.

Pero por suerte recapacitó y pensó:

«Quizá es sólo un pasatiempo; si a uno le divierte, puede llevar a cabo tales cosas inútiles, sobre todo aquí en el cielo, donde, como ya he observado, lo único que se hace es holgazanear.»

Siguió su camino y vio un carro atollado en un gran hoyo.

—¿Qué extraño es que le haya pasado eso —le dijo al hombre que estaba al lado— si lo ha cargado tan mal? ¿Qué lleváis ahí?

—Pensamientos piadosos —contestó el hombre—. No he podido ir por el buen camino, pero afortunadamente he empujado bien el carro y no me van a dejar que me quede aquí atollado.

En realidad vino un ángel y unció dos caballos.

—Muy bien —dijo el maestro Punzón—, pero dos caballos no bastarán para sacar el carro; se necesitan por lo menos cuatro.

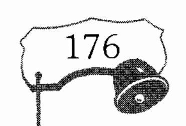
Llegó otro ángel con otros dos caballos, pero no los unció delante sino detrás. Esto ya fue demasiado para el maestro Punzón:

—¡Torpe! —dijo—. ¿Qué haces? ¿Se ha visto alguna vez, desde que el mundo es mundo, sacar un carro así? Son tan soberbios y presuntuosos que se creen que se lo saben todo.

Quiso seguir hablando, pero uno de los habitantes del cielo lo cogió por el cuello y lo empujó con enorme violencia hacia fuera. En la puerta volvió otra vez el maestro la cabeza hacia el carro y vio cómo era levantado a las alturas por cuatro caballos alados.

En ese momento se despertó el maestro Punzón.

«En el cielo pasan cosas de forma algo distinta que en la tierra —se dijo—. Y puede disculparse. ¿Pero, quien puede ver con paciencia que se unzan los caballos delante y detrás? Naturalmente, tenían alas, pero ¿quién podría saberlo? En resumen, es una tontería enorme poner dos alas a caballos que ya tienen cuatro patas para correr, pero tengo que levantarme, si no, me hacen todo al revés en la casa. Por suerte, no me he muerto de verdad.»



La pastora de gansos del manantial

Erase una vez una ancianita que vivía con su rebaño en un desierto entre montañas y tenía una casita allí.

El páramo estaba rodeado de un gran bosque y cada mañana cogía la anciana su bastón y se iba renqueando al bosque. La anciana estaba siempre muy ocupada, más de lo imaginable para edad tan avanzada, recogía hierba para sus gansos, cortaba toda la fruta silvestre que alcanzaba con las manos y se lo llevaba todo a casa a la espalda. Cualquiera hubiera podido pensar que el gran peso la haría doblarse hasta el suelo, pero ella llegaba bien a casa. Cuando alguien se tropezaba con ella, lo saludaba amablemente:

—Buenos días, paisano, hoy tenemos buen tiempo. No te asombres de que cargue con la hierba, que todos tenemos que llevar nuestra carga a la espalda.

Sin embargo, la gente no se encontraba por gusto con ella y preferían dar un rodeo; cuando pasaba un padre con su hijo por su lado, le decían en voz baja:

—Ten cuidado con la vieja, que no es tan inocente como parece: es una bruja.

Una mañana iba un hombre apuesto por el bosque. El sol brillaba, los pájaros cantaban, un airecillo fresco rozaba el follaje y él se sentía feliz y contento Todavía no se había encontrado con nadie, cuando de pronto vio a la vieja bruja, arrodillada en el suelo, segando hierba con una hoz. Había recogido ya un buen montón y al lado había dos cestos llenos de peras y manzanas silvestres.

—Pero, abuelita..¿cómo puedes cargar con todo eso?

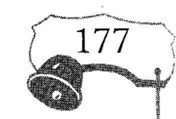
—Tengo que hacerlo, querido señor —contestó—. Los hijos de los ricos no lo necesitan, pero entre los campesinos se dice:

«No te vuelvas todavía
que tu chepa está torcida.»

—¿Queréis ayudarme? —prosiguió ella, cuando él se paró a su lado—. Aún tenéis la espalda recta y piernas jóvenes. Mi casa tampoco está demasiado lejos: ahí, detrás de las montañas en una pradera. Veréis qué pronto llegamos.

El joven sintió compasión de la anciana.

—Mi padre no es desde luego un campesino —contestó el—, sino un rico conde, pero para que veáis que no son los campesinos los únicos que llevan cargas, os llevaré vuestro fardo.



—Os lo agradezco —dijo ella—. Tendréis que andar por lo menos una hora, ¿pero qué es eso para vos? También tendréis que llevar las manzanas y las peras.

Al joven conde le pareció un poco alarmante, cuando oyó hablar de una hora de camino, pero la anciana ya no lo soltó, le puso el fardo a la espalda y le cargó los dos cestos en el brazo.

—Como veis, no pesa mucho —dijo ella.

—¿Que no pesa? ¡Ya lo creo que pesa! —contestó el conde con cara de aflicción—. Este fardo pesa como si tuviera piedras, y las manzanas y las peras parecen de acero; casi no puedo respirar.

Y sintió deseos de dejarlo todo, pero la anciana no se lo permitió.

—Fíjense —dijo burlona—, el señor no es capaz de llevar lo que ha llevado la anciana. Con bonitas palabras es fácil ayudar, pero cuando la cosa se pone seria, ya quiere poner pies en polvorosa. ¿Pero qué hacéis ahí parado? —siguió diciendo—. Vamos, moved esas piernas, que nadie va a quitaros el fardo.

Mientras fue por terreno liso, todavía pudo aguantar la carga, pero en cuanto llegaron a los montes y tuvo que subir y las piedras rodaban bajo sus pies, como si estuvieran vivas, ya fue demasiado para sus fuerzas. Las gotas de sudor le corrían por la frente y le caían, ya calientes, ya frías, por la espalda.

—Abuelita, no puedo más; quiero descansar un poco.

—Pero no aquí —contestó la vieja—. Cuando lleguemos, ya tendréis tiempo de descansar, pero ahora tenéis que seguir adelante. Quién sabe para qué puede servir todo esto.

—¡Eres una vieja sinvergüenza! —dijo el conde.

E intentó tirar el fardo, pero se esforzó en vano, pues estaba tan firmemente sujeto a sus espaldas como si le hubiera crecido en ellas.

Se dio la vuelta y se revolvió, pero no pudo librarse de él. La vieja se rió y saltaba gozosamente con su bastón:

—No os enfadéis, querido señor —dijo—. Os estáis poniendo colorado como un pimiento. Llevad vuestra carga con paciencia, que cuando lleguemos a casa os daré una buena propina.

¿Qué podía hacer? Tuvo que consolarse con su suerte y seguir pacientemente tras la anciana.

Ella parecía volverse más ligera cada vez y a él le pesaba cada vez más la carga. De pronto dio un salto y se sentó encima del fardo y, aunque era delgadísima, pesaba más que las mozas campesinas más robustas. Al joven le temblaron las rodillas, pero

cuando se paraba, la anciana le daba con una vara y con ortigas en las piernas. Lamentándose continuamente subió el monte y al fin llegó a la casa a punto de desplomarse. Cuando los gansos vieron a la anciana, levantaron las alas, y con los cuellos en alto le salieron al paso, gritando:

—¡Cuac, cuac!

Detrás del rebaño, con una vara en la mano, iba una mujer ya entrada en años, grande y fuerte, pero fea como la muerte.

—Madre —le dijo a la anciana—, ¿os ha pasado algo? Habéis estado mucho tiempo fuera.

—Dios me guarde, hija mía —contestó—. No me ha pasado nada malo; al contrario, el amable señor me ha traído la carga, fíjate, y cuando yo estaba cansada, me ha cargado a la espalda. El camino no es largo y nos hemos divertido gastándonos bromas uno a otro.

Finalmente se bajó, le cogió al hombre el fardo de la espalda y los cestos del brazo, lo miró cordialmente y dijo:

—Bien, ahora sentaos en el banco ante la puerta y descansad. Os habéis ganado con creces vuestra recompensa, que no faltará.

Luego dijo a la pastora de gansos:

—Ve a casa, hija mía, que no está bien que te quedes a solas con un joven; él podría enamorarse de ti, y no hay que echar leña al fuego.

El conde no sabía si reír o llorar.

«Vaya un tesoro —pensó—. Aunque fuera treinta años más joven, no lograría ablandar mi corazón.»

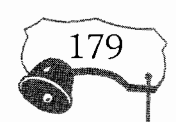
Mientras tanto, la anciana acariciaba y mimaba a sus gansos como niños y luego entró con su hija en casa.

El joven se estiró en el banco, bajo un manzano silvestre. El aire era tibio y suave, alrededor se extendía una verde pradera llena de prímulas *, tomillos silvestres y miles de flores diversas; por el medio discurría un arroyo claro en el que brillaba el sol, y los blancos gansos iban y venían o se lavaban en el agua.

—Verdaderamente se está bien aquí —dijo—, pero estoy tan cansado, que no puedo tener los ojos abiertos; voy a dormir un poco. Si es que no viene ningún golpe de aire que se me lleve las piernas, pues las tengo más secas que yesca.

Cuando había dormido un rato, llegó la vieja y lo despertó.

—Levántate, aquí no puedes quedarte. Reconozco que te lo he puesto un poco difícil, pero no te ha costado la vida. Ahora quiero darte tu recompensa. Dinero y felicidad no necesitas: aquí tienes otra cosa.



Y diciendo esto le puso en la mano una cajita tallada en una esmeralda.

—Cuídala bien —añadió—, y te dará suerte.

El conde saltó y, al ver que estaba de nuevo fresco y lleno de fuerzas, dio las gracias a la anciana por el regalo y se puso en camino, sin mirar una vez siquiera a la hermosa hija. Cuando ya había recorrido un trecho, oyó a lo lejos el graznido de los gansos.

El conde anduvo dando vueltas tres días por la espesura salvaje, antes de poder salir de ella. Por fin llegó a una gran ciudad y, como nadie le conocía, fue llevado al palacio real, donde estaban sentados en el trono el rey y la reina. El conde se arrodilló, sacó la cajita de esmeralda y se la puso a los pies de la reina. Ella le dijo que se levantara y que le alcanzara la cajita, pero apenas la había abierto y mirado dentro de ella, cuando cayó como muerta al suelo. El conde fue hecho prisionero por los sirvientes del rey e iba a ser conducido a la prisión, cuando la reina abrió los ojos y dijo que lo soltaran y que salieran todos, que quería hablar a solas con él.

Cuando la reina se quedó sola, empezó a llorar amargamente:

—¿De qué me sirve todo el lujo y los honores que me rodean, si cada mañana me despierto llena de pena y preocupaciones? Tuve tres hijas. La menor era tan bella, que todo el mundo la consideraba un milagro. Era blanca como la nieve, sonrosada como las flores de las manzanas y su cabello tan brillante como rayos de sol. Cuando lloraba le caían de los ojos no lágrimas, sino perlas y piedras preciosas. Al cumplir quince años, las hizo venir el rey a las tres ante el trono. ¡Tendríais que haber visto la cara que puso la gente cuando vio entrar a la más joven! Era como si saliera el sol. El rey dijo: «Hijas mías, no sé cuándo llegará mi última hora, y hoy quiero determinar lo que voy a dejaros después de mi muerte. Todas me queréis, pero la que más me quiera recibirá lo mejor.» Todas dijeron que le querían muchísimo. «¿No podéis expresarme de algún modo —contestó el rey— lo que me queréis? Así veré yo lo que pensáis.» La mayor dijo: «Yo quiero a mi padre como al azúcar más dulce.» La segunda dijo: «Quiero a mi padre como al traje más hermoso.» La más joven, sin embargo, calló. Entonces preguntó el padre: «Y tú, hija querida, ¿cuánto me quieres?» «No lo sé —contestó ella— y no puedo comparar mi amor con nada.» Pero el padre siguió insistiendo para que ella dijera algo. Finalmente dijo: «La mejor comida no me gusta sin sal, así que yo quiero a mi padre como a la sal.» Cuando el padre oyó esto, montó en cólera y dijo: «Si me quieres como a la sal, de-

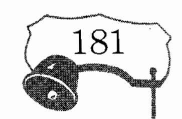
berá ser pagado tu amor también con sal.» Así que dividió el reino entre las dos mayores, y a la más pequeña le ató a la espalda un saco de sal y mandó a dos sirvientes que la llevaran al bosque. Todos intercedimos y pedimos por ella —prosiguió la reina—, pero la cólera del rey era inamovible. ¡Lo que lloró cuando tuvo que abandonarnos! Todo el camino fue sembrado de perlas que fluían de sus ojos. El rey lamentó poco después su dureza, y mandó buscar a la pobre niña por todo el bosque, pero nadie ha podido encontrarla. Cuando pienso que pueden habérsela comido los animales salvajes, no puedo aguantar mi tristeza; a veces me consuelo con la esperanza de que esté todavía viva y de que se haya escondido en una cueva o haya encontrado protección con personas compasivas. ¡Imaginaos, pues, mi sorpresa cuando, al abrir vuestra caja de esmeraldas, vi dentro una perla como las que le caían a mi hija de los ojos! Ya podéis suponer cómo su vista me ha conmovido el corazón. Decidme cómo habéis conseguido la perla.

El conde le contó que la había obtenido de una anciana en el bosque, que a él no le había parecido de confianza y que debía de ser una bruja, pero a su hija no la había visto ni oído. Sin embargo, el rey y la reina tomaron la decisión de buscar a la anciana; pensaban que donde estaba la perla tendrían noticias de su hija.

La anciana estaba en el páramo, sentada ante su rueda de hilar e hilando. Ya se había hecho de noche, y un cabo que ardía en el fogón daba una escasa luz. De pronto se oyó un ruido fuera: los gansos venían a casa de la pradera, dejando oír su ronco graznido. Poco después entró la hija. Pero la vieja no le dio las gracias y meneó un poco la cabeza. La hija se sentó a su lado, cogió su rueda de hilar y retorcía el hilo tan hábilmente como una joven. Así estuvieron sentadas durante dos horas, sin hablar palabra una con la otra. Finalmente, algo crujió en la ventana, y dos ojos de fuego miraron hacia dentro fijamente. Era una vieja lechuza que gritó tres veces:

—Hijita, ya es la hora de que vayas a hacer tu trabajo.

Ella se levantó y salió. ¿A dónde se dirigió? Avanzando por la pradera en dirección al valle. Finalmente, llegó a una fuente, en la que había tres viejas encinas. La luna entre tanto se había puesto redonda y grande sobre el monte y había tanta claridad que podía encontrarse un alfiler. Ella se quitó una piel que llevaba en la cara, se inclinó ante la fuente y comenzó a lavarse. Cuando estuvo lista, metió la piel en el agua y la colocó en la pradera, para que se blanqueara y se secara a la luz de la luna. ¡Pero



cómo se había transformado la doncella! ¡Nunca habéis visto una cosa así! Cuando cayó la trenza gris, se mostraron los cabellos dorados como rayos del sol y se extendieron como si fueran un abrigo sobre su figura. Sus ojos brillaban como las estrellas en el cielo y sus mejillas relucían con un dulce sonrosado como los frutos de los manzanos.

Pero la hermosa doncella estaba triste. Se sentó y lloró amargamente. De sus ojos rodaba una lágrima tras otra y, deslizándose entre sus largos cabellos, cayeron al suelo. Allí estuvo sentada y lo hubiera estado más tiempo de no haber sido por un ruido que crujió en las ramas de los árboles cercanos. Saltó como un cervatillo que ha oído el tiro del cazador. La luna se había cubierto en aquel instante con una negra nube, y en un momento la doncella se deslizó dentro de la vieja piel y desapareció como una luz que apaga el viento.

Temblando como una hoja de álamo, regresó a casa corriendo. La anciana estaba ante la puerta y la joven quiso contar todo lo que había sucedido, pero la vieja rió cariñosamente y dijo:

—Ya lo sé todo.

La llevó a la habitación y encendió de nuevo una vela, pero no se sentó junto a la rueda de hilar, sino que cogió una escoba y, empezando a barrer y a fregar, dijo a la muchacha:

—Tiene que estar todo limpio y reluciente.

—Pero, madre —dijo la joven—. ¿Por qué empezáis tan tarde a trabajar? ¿Qué os pasa?

—¿Sabes qué hora es? —dijo la anciana.

—Todavía no es medianoche —contestó la joven.

—Sí, pero son más de las once. Olvidas —prosiguió la anciana— que hace tres años que llegaste a mi lado. Tu tiempo se ha acabado, y ya no podremos seguir estando juntas.

La muchacha se asustó:

—¡Ay, querida madre! ¿Queréis echarme? ¿A dónde voy a ir yo? No tengo amigos ni patria a donde dirigirme. He hecho todo lo que habéis querido y siempre habéis estado contenta conmigo; no me echéis de vuestro lado.

La anciana no quería decirle a la joven lo que iba a pasar.

—Yo no estaré aquí ya mucho tiempo y, cuando me marche, quiero que estén la casa y la habitación limpias —dijo—, así que no me molestes en mi trabajo. Y tú no te preocupes, que ya encontrarás un techo donde vivir, y con la recompensa que voy a darte estarás también contenta.

—Pero dime sólo qué va pasar —preguntó la joven.

—Te repito que no me molestes en mi trabajo. No sigas hablando. Ve a tu habitación, quítate la piel de la cara y ponte el traje de seda que llevabas cuando llegaste a mi lado. Y luego quédate en tu habitación hasta que te llame.

Pero volvamos con el rey y la reina, que habían partido con el conde para buscar a la anciana en el páramo. Por la noche, el conde los perdió de vista en el bosque y tuvo que seguir solo su camino. Al día siguiente le pareció que se encontraba en el camino justo. Siguió andando hasta que se hizo de noche, y entonces se subió a un árbol para pasar allí la noche, pues le preocupaba la posibilidad de perderse.

Cuando la luna iluminó la zona, vio de pronto una figura que bajaba por el monte. No llevaba ninguna vara en la mano, pero pudo ver que era la pastora de los gansos, que antes habéis visto en la casa de la anciana.

—¡Oh —dijo—, allí viene! Si la otra vez me topé con una bruja, ahora no se me escapará la otra.

Pero cuál no sería su asombro cuando, al llegar ella a la fuente, se quitó la piel, se lavó y los cabellos dorados cayeron sobre su rostro. Era tan hermosa como no se pudiera encontrar otra igual en el mundo. Casi no se atrevía a respirar, pero sacó la cabeza entre el follaje todo lo que pudo y la miró sin pestañear. No sé si se inclinó demasiado o Dios sabe qué, el caso es que de pronto se rompió la rama y en el mismo momento la muchacha se metió en la piel, saltó con un cervatillo y, como la luna se oscureció al mismo tiempo, ella desapareció de su vista.

Apenas había desaparecido, cuando el conde descendió del árbol y la siguió con pasos apresurados. No había andado mucho cuando vio en la oscuridad dos figuras que iban por la pradera. Eran el rey y la reina, que habían visto en la lejanía la luz de la casa de la anciana, y se dirigían allí. El conde les contó las cosas maravillosas que había visto en la fuente y ellos no dudaron de que aquélla era su hija perdida. Llenos de gozo, continuaron su camino y llegaron pronto a la casita; los gansos estaban a su alrededor, habían metido la cabeza bajo el ala y dormían inmóviles. Miraron por la ventana, y allí estaba la anciana silenciosa, hilando y moviendo la cabeza sin mirar a su alrededor. La habitación estaba muy limpia, como si vivieran en ella los hombrecillos de la niebla, que no llevan polvo en los pies. Pero no vieron a su hija. Miraron durante un rato, hasta que al fin se armaron de valor y llamaron suavemente a la ventana. La anciana parecía estar esperándolos, pues se levantó y dijo:

—Entrad, entrad, que ya sé quiénes sois.

Cuando entraron en la habitación, la anciana dijo:

—Podríais haberos ahorrado este largo camino, si a vuestra hija, que es tan buena y encantadora, no la hubierais arrojado de vuestro lado de forma tan injusta. A ella no le ha perjudicado: durante tres años ha cuidado los gansos; con ellos no ha aprendido nada malo y ha conservado su pureza. Pero vosotros habéis sido suficientemente castigados por la angustia en que habéis vivido.

Luego se dirigió a la habitación y gritó:

—Sal, hijita mía.

Entonces se abrió la puerta, salió la princesa en su atuendo de seda y, con sus cabellos de oro y sus brillantes ojos, parecía un ángel del cielo.

Se dirigió a su madre y a su padre, se les echó al cuello y los besó. Todos lloraron de alegría, como no podía ser menos. El joven conde estaba a su lado, y cuando ella lo vio, se puso colorada como una rosa de los musgos; ella, sin embargo, no supo por qué.

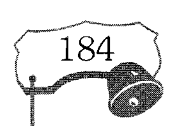
—Querida niña —dijo el rey—, mi reino ya lo he dado. ¿Qué puedo darte a ti?

—Ella no necesita nada —dijo la anciana—. Yo le regalo las lágrimas que ha llorado por vosotros: son perlas finas más hermosas que las que se encuentran en el mar, y más valiosas que todo vuestro reino. Y en recompensa por sus servicios le regalo mi casita.

Y, en diciendo esto, la anciana desapareció de su vista.

Crujieron un poco las paredes y, al darse la vuelta, vieron que la casita se había transformado en un soberbio palacio, y estaba servida una mesa real y los sirvientes iban de un lado a otro.

La historia continúa, pero a mi abuela, que es quien me la ha contado, le flaqueaba la memoria y olvidó el resto. Creo que la hermosa princesa sigue casada con el conde y que se han quedado en el palacio y que han vivido felizmente todo el tiempo que Dios ha querido. Si los gansos blancos como la nieve que había en la casita eran simples jóvenes (no hay que tomárselo a mal a nadie) que la anciana había raptado, y ahora han vuelto a su apariencia humana y se han quedado como sirvientes con la joven reina, eso ya no lo sé con exactitud, pero creo que sí. Sin embargo, una cosa es cierta: que la anciana no era una bruja, como creía la gente, sino un hada con buenos pensamientos. Muy probablemente es la misma que, cuando nació la princesa, le concedió el don de llorar perlas en vez de lágrimas. Hoy esto ya no pasa; si no, los pobres podrían llegar a ser ricos.



Los desiguales hijos de Eva

Cuando Adán y Eva fueron expulsados del paraíso, tuvieron que construirse una casa en terreno no fértil y comer su pan con el sudor de su frente. Adán cavaba la tierra y Eva hilaba lana. Eva traía cada año un hijo a la tierra, pero los niños eran desiguales: unos eran hermosos y otros feos.

Después de haber pasado un tiempo prudencial, envió Dios un ángel a ambos para decirles que vendría a ver su casa. Eva, alegre de que el Señor fuera tan bondadoso, limpió la casa, la adornó con flores y esparció juncos en el pavimento. Luego trajo a sus hijos, pero sólo a los hermosos. Los lavó y bañó, los peinó, les puso camisas limpias y les advirtió que fueran buenos y se portaran bien en presencia del Señor. Que se inclinaran ante El cortésmente, le dieran la mano y contestaran a sus preguntas con humildad y juicio. Los hijos feos no deberían dejarse ver. Uno se escondió bajo el heno, el otro bajo el tejado, el tercero en la paja, el cuarto en la estufa, el quinto en el sótano, el sexto bajo una cuba, el séptimo bajo un tonel de vino, el octavo bajo la vieja piel de Eva, el noveno y el décimo bajo el paño con que acostumbraba a hacer su ropa y el undécimo y duodécimo bajo la piel de donde cortaba sus zapatos. Nada más acabar, llamaron a la puerta. Adán miró por una rendija y vio al Señor. Abrió respetuosamente y el Padre Celestial entró. Allí estaban los hijos hermosos en fila, se inclinaron, le dieron la mano y se arrodillaron. El Señor comenzó a bendecirlos, puso su mano sobre el primero y le dijo:

—Tú serás un poderoso rey.

Lo mismo al segundo:

—Tú, un príncipe.

Al tercero:

—Tú, un conde.

Al cuarto:

—Tú, un caballero.

Al quinto:

—Tú, un noble.

Al sexto:

—Tú, un ciudadano.

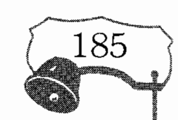
Al séptimo:

—Tú, un comerciante.

Al octavo:

—Tú, un hombre sabio.





Y les dio su bendición. Al ver Eva que el Señor era tan compasivo y misericordioso, pensó: «Voy a sacar a mis hijos deformes, quizá también los bendiga a ellos.» Así que corrió y sacó a sus hijos del heno, de la paja, de la estufa y de todos los lugares en donde se habían escondido. Entonces apareció la banda entera, grosera, sucia, tiñosa y tiznada. El Señor sonrió, los observó y dijo:

—También quiero bendecir a éstos —y, poniendo su mano sobre el primero, le dijo—: Tú serás un campesino.

Al segundo:

—Tú, un pescador.

Al tercero:

—Tú, un herrero.

Al cuarto:

—Tú, un curtidor.

Al quinto:

—Tú, un tejedor.

Al sexto:

—Tú, un zapatero.

Al séptimo:

—Tú, un sastre.

Al octavo:

—Tú, un alfarero.

Al noveno:

—Tú, un carretero.

Al décimo:

—Tú, un remero.

Al undécimo:

—Tú, un mensajero.

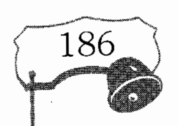
Al duodécimo:

—Tú, un criado toda tu vida.

—Señor —dijo Eva al oír esto—, ¿cómo repartes tu bendición de manera tan desigual? Todos son hijos míos y a todos los he traído al mundo yo. Tu gracia debería ser para todos igual.

—¡Eva, no entiendes nada! —respondió Dios—. Es necesario que llene con tus hijos el mundo y a mí me corresponde hacerlo. Pero si todos fueran príncipes y señores, ¿quién sembraría, trillaría, molería y cocinaría? ¿Quién sería el herrero, tejería, clavaría, construiría una casa, cavaría, cortaría y cosería? Cada uno debe representar a su gremio, así que cada uno ayude al otro y todos serán alimentados en el cuerpo como los miembros.

—¡Ay, Señor, perdona! —dijo Eva—. Me he apresurado en intentar convencerte. Hágase tu voluntad también en mis hijos.



*La ondina * del estanque*

Erase una vez un molinero que vivía feliz con su mujer. Tenían dinero y hacienda y su bienestar aumentaba de año en año. Pero la desgracia puede llegar en cualquier momento, y del mismo modo que había crecido su hacienda, así fue desapareciendo de año en año, hasta que al final no podía decir que era suyo ni el molino donde estaba. Lleno de preocupaciones, cuando se sentaba después del trabajo del día, no encontraba descanso alguno, y se pasaba la noche dando vueltas inquieto en su cama. Una mañana se levantó antes de amanecer y salió al campo pensando que aún pasaría algo que le ayudara a salir de tal situación. Cuando llegó al dique del molino, salía precisamente el primer rayo de sol y oyó un ruido en el estanque. Se dio la vuelta y vio una hermosa mujer que lentamente se elevaba entre las aguas. Sus largos cabellos, graciosamente atados a la espalda, le flotaban a ambos lados y cubrían su blanco cuerpo. El se dio perfectamente cuenta de que era la ondina del estanque y no sabía, por el miedo, si marcharse o quedarse quieto. Pero la ondina dejó oír su dulce voz, le llamó por su nombre y le preguntó por qué estaba tan triste. El molinero al principio permaneció callado, pero cuando la oyó hablar tan amistosamente cobró ánimos y le contó que él antes había vivido felizmente y en la abundancia, pero que ahora era tan pobre que no sabía qué hacer.

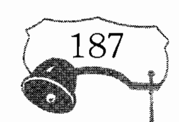
—Pierde cuidado —contestó la ondina—. Yo te haré más rico y más feliz de lo que has sido nunca antes; sólo tienes que prometerme que me darás lo que acaba de nacer en tu casa.

«¿Qué puede ser —pensó el molinero—, sino un perrito o un gatito?» Y aceptó lo que ella pedía. La ondina volvió a sumergirse en las aguas y él, consolado y de buen ánimo, se apresuró a dirigirse hacia su molino. Cuando todavía no había llegado a él, salió una sirvienta por la puerta de la casa a decirle que se alegrase, porque su mujer acababa de darle un joven niñito. El molinero se quedó inmóvil, como tocado por un rayo, y se dio cuenta de que la astuta ondina lo sabía y que lo había engañado. Con la cabeza gacha se acercó a la cama de su mujer, que le preguntó:

—¿Por qué no te alegras de tener un hermoso niño?

Entonces le contó lo que le había sucedido y la promesa que había hecho a la ondina.

—¿De qué me sirve la felicidad y la riqueza —añadió él—, si tengo que perder a mi hijo? ¿Pero qué puedo hacer?



Tampoco los parientes, que habían llegado para felicitarlo, sabían qué decir.

Entretanto la felicidad volvió a sonreír al molinero. Todo lo que emprendía le salía bien: era como si cajones y cajas se llenaran por sí solos y el dinero crecía cada noche en el armario.

Poco después su riqueza era mucho mayor que antes. Pero él no podía alegrarse así como así. La promesa que había hecho a la ondina atormentaba su corazón. Cada vez que pasaba por el estanque temía que ella surgiera de nuevo de las aguas y le recordara su deuda. Al niño ni siquiera le dejaba acercarse al agua:

—Ten cuidado —le decía—, que si tocas el agua, saldrá una mano que te apresará y te arrastrará hasta abajo.

Pero pasó un año tras otro y la ondina no volvió a aparecer; el molinero comenzó a tranquilizarse.

El niño se convirtió en joven y fue a aprender el oficio con un cazador. Cuando ya había aprendido y se había convertido en un buen cazador, le tomó a su servicio el señor de la aldea. En la aldea había una muchacha hermosa y fiel que le gustó al cazador, y cuando su señor lo supo le regaló una pequeña casa; ambos se casaron y vivieron tranquilos y felices, amándose tiernamente.

Una vez el cazador perseguía un cervatillo. El animal salió del bosque al campo libre y el cazador siguió tras él, hasta que finalmente lo alcanzó de un tiro. El no se dio cuenta de que había llegado a las proximidades del peligroso estanque y después de haber limpiado el animal fue al agua para lavarse las manos manchadas de sangre. Apenas las había sumergido, cuando emergió la ondina riéndose, lo abrazó con sus brazos y lo arrastró hasta abajo, de modo que las olas se cerraron sobre él.

Al llegar la noche, como el cazador no volvía a casa, su mujer se asustó. Salió a buscarlo, y como él le había contado a menudo que debía tener cuidado con las asechanzas de la ondina y no podía acercarse al agua, presintió lo que había pasado. Se apresuró hacia la orilla, y al encontrar allí la cartera del cazador no dudó ya más de su desgracia.

Lamentándose y retorciendo las manos llamó a su amado por su nombre, pero todo fue inútil. Corrió al otro lado del estanque y lo volvió a llamar de nuevo; insultó a la ondina con duras palabras, pero no recibió respuesta. La superficie del agua seguía quieta: sólo la mitad de la cara de la luna la contemplaba inmóvil. La pobre mujer no abandonó el estanque. Con pasos rápidos, sin descanso, no dejaba de dar vueltas, unas veces en silencio, otras emitiendo un fuerte chillido, y otras con débiles gemidos. Final-

mente sus fuerzas llegaron al límite y cayó al suelo quedándose profundamente dormida.

Pronto tuvo un sueño. Subía por dos grandes bloques de rocas llena de miedo; había espinas y púas que se clavaban en sus pies, la lluvia le azotaba la cara y el viento despeinaba su largo cabello. Al llegar a la altura se le ofreció otra visión. El cielo estaba azul, el viento suave, el suelo descendía suavemente, y en una verde pradera, llena de flores de colores, había una cabaña limpia. Se dirigió a ella, abrió la puerta y vio una vieja con cabellos blancos, que desde su asiento le hacía señas amistosamente.

En ese momento se despertó la pobre mujer. El día había despuntado y se decidió rápidamente a seguir el sueño. Subió con esfuerzo el monte, y todo era tal como lo había visto en la noche. La anciana la recibió amablemente y le mostró una silla para sentarse.

—A ti te ha pasado alguna desgracia —dijo— para que busques mi cabaña.

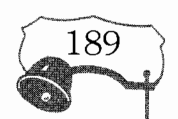
La mujer, llorando a lágrima viva, le contó lo que le había sucedido.

—Consuélate —dijo la anciana—, te ayudaré; aquí tienes un peine de oro. Espera que salga la luna llena y luego ve al estanque. Siéntate en el borde y peina tu largo cabello negro con este peine. Cuando hayas terminado, déjalo a la orilla y ya verás lo que pasa.

La mujer regresó, pero la espera hasta la luna llena se le hizo larga. Finalmente apareció en el cielo el brillante disco y entonces ella fue al estanque, se sentó y peinó sus largos cabellos negros con el peine de oro. Nada más terminar lo colocó a la orilla. Poco después, se oyó un ruido que procedía del fondo, una ola se levantó, fue rodando hasta la orilla y se llevó consigo el peine. El peine se sumergió en el abismo; de pronto se dividió la superficie del agua y emergió la cabeza del cazador. No dijo nada, pero miró a su mujer con una mirada triste. En ese mismo momento llegó una segunda ola que cubrió la cabeza del hombre. Pero todo desapareció y el estanque quedó tan tranquilo como antes; sólo lucía en él la cara de la luna llena.

La mujer regresó sin consuelo, pero el sueño volvió a mostrarle la cabaña de la vieja. Al día siguiente se puso en camino y le contó al hada su pena. La anciana le dio una flauta de oro, diciéndole:

—Espera hasta que aparezca otra vez la luna llena; luego coge esta flauta, siéntate en la orilla y toca una hermosa canción;



cuando hayas terminado, ponla en la arena y ya verás lo que sucede.

La mujer hizo lo que la anciana le había dicho. Apenas estuvo la flauta en la arena se oyó un rumor desde las profundidades; una ola se levantó, se acercó y se llevó la flauta consigo. Poco después se dividió el agua y no sólo apareció la cabeza, sino que salió el hombre hasta la cintura. Extendió anhelante sus brazos hacia ella, pero una segunda ola se acercó rumoreando, lo cubrió y lo arrastró consigo.

—¡Ay! —dijo la desdichada—. ¿De qué me sirve ver a mi amor si lo pierdo de nuevo?

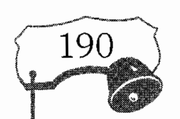
La pena volvió a invadir su corazón, pero el sueño la llevó otra vez a la casa de la anciana. Se puso en camino y el hada le dio su rueca* de oro y la consoló, diciéndole:

—Todavía no ha terminado todo; espera que llegue la luna llena, y luego coge la rueca, siéntate en la orilla y llena la canilla; cuando esté lista, coloca la rueca al lado del agua y ya verás lo que sucede.

La mujer siguió sus instrucciones al pie de la letra. Tan pronto como apareció la luna llena, llevó la rueca a la orilla e hiló laboriosamente hasta que el lino llegó al final y la canilla se llenó de hilo. Apenas estuvo la rueca en la orilla, se oyó un rumor todavía más fuerte en la profundidad de los mares, se acercó una ola poderosa y se llevó consigo la rueca. Al punto salió del agua como un rayo la cabeza y todo el cuerpo del hombre. Saltó a la orilla rápidamente, cogió a su mujer por la mano y huyó. Pero apenas se habían alejado un trecho, se levantó con un tremendo rumor todo el estanque e inundó con gran fuerza todo el campo. Los fugitivos se vieron irremisiblemente perdidos, pero la mujer llamó entonces en su pánico a la anciana, y en un momento quedaron transformados ella en rana y él en sapo. La riada, que los había alcanzado, no los podía matar, pero los separó y los alejó uno de otro.

Cuando el agua se tranquilizó y ambos volvieron a pisar suelo seco, recobraron su figura humana. Pero ninguno sabía dónde estaba el otro; se encontraban entre hombres desconocidos que no conocían su patria. Elevados montes y profundos valles había entre ellos. Para poder mantenerse tuvieron que cuidar ovejas. Durante muchos años llevaron sus rebaños a través de campos y bosques, llenos de pena y nostalgia.

Cuando la primavera volvió a irrumpir en la tierra, iban ambos un día con sus rebaños y quiso la casualidad que se encontra-

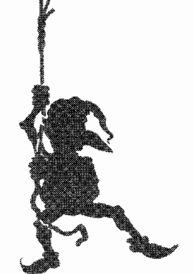


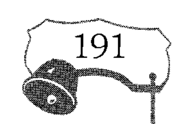
ran. El vio en la ladera de un monte lejano un rebaño y llevó a sus ovejas en aquella dirección. Llegaron a un valle, pero no se reconocieron, aunque se alegraron de no estar ya tan solos. Desde ese momento llevaban juntos sus rebaños y, pese a que no hablaban demasiado, se sentían consolados. Una tarde en que la luna llena reapareció en el cielo, mientras las ovejas dormían, sacó el pastor la flauta de su bolsillo y entonó una hermosa, pero triste canción. Nada más acabar se dio cuenta de que la pastora lloraba amargamente.

—¿Por qué lloras? —preguntó él.

—¡Ay! —contestó ella—. También lucía la luna llena cuando yo entoné esa canción en la flauta y la cabeza de mi amado apareció en las aguas.

El la miró, y le pareció como si se le cayera la venda de los ojos; reconoció a su amada mujer y, cuando ella lo miró, la luna le daba en la cara y lo reconoció también. Se abrazaron, se besaron y, si fueron felices, eso no hace falta ni preguntarlo.



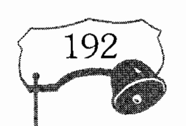


Los regalos del pueblecito

Un sastre y un orfebre que iban juntos peregrinando una tarde, cuando el sol ya se había puesto tras los montes, oyeron el sonido de una música lejana, que cada vez se oía con más claridad; sonaba de forma extraña, pero tan graciosa, que olvidaron todo su cansancio y siguieron andando alegremente. Ya había salido la luna, cuando llegaron a una colina en la que vieron una gran cantidad de hombres y mujeres pequeñitos que, cogidos de la mano, daban vueltas en corro con gran gozo y alegría; cantaban de la manera más agradable, y era la música que los caminantes habían oído. En medio estaba sentado un anciano, algo mayor que los otros, que llevaba una chaqueta de colores y cuya barba gris le colgaba sobre el pecho. Ambos se pararon llenos de admiración a contemplar la danza. El más viejo les hizo señas para que entraran en el corro y el pueblecito abrió el corro gustosamente. El orfebre, que tenía una joroba y que como todos los jorobados era atrevido, se unió a ellos. Al sastre, al principio, le dio un poco de vergüenza y se quedó atrás, pero cuando vio lo que se divertían, se animó también.

Rápidamente volvió a cerrarse el círculo, y los pequeños cantaron y danzaron dando los mayores saltos; sin embargo, el viejo cogió un amplio cuchillo que llevaba colgado en su cinturón, lo afiló y, cuando lo había afilado lo suficiente, miró hacia los dos extranjeros. A ellos les entró miedo, pero no les dio tiempo a reflexionar: el anciano cogió al orfebre y le rasuró a gran velocidad el pelo y la barba. Lo mismo hizo con el sastre. Sin embargo, su miedo desapareció cuando el anciano, nada más acabar, les golpeó amistosamente en la espalda, como si quisiera decir que habían hecho bien al dejar que pasara todo sin resistencia. Señaló con el dedo un montón de carbón e indicó con gestos que llenaran sus bolsillos con ello. Ambos obedecieron y prosiguieron su camino para buscar un albergue donde pasar la noche. Cuando llegaron al valle, la campana del monasterio vecino daba las doce; en un momento reinó el silencio y de pronto todo desapareció y allí no quedaba más que la colina desierta iluminada por la luna.

Los dos caminantes encontraron un albergue y se taparon en su lecho de paja con sus chaquetas, pero estaban tan cansados que olvidaron sacar antes los carbones. Una gran presión sobre sus miembros los despertó antes de lo acostumbrado. Metieron las manos en los bolsillos y no podían dar crédito a sus ojos, al



ver que no estaban llenos de carbones, sino de oro puro; también les había crecido abundantemente el pelo de la cabeza y la barba. Los dos se habían hecho ricos, aunque el orfebre, siguiendo su ambicioso natural, se había llenado los bolsillos más que el sastre y tenía más que él. Pero un codicioso, cuando tiene mucho, quiere todavía más, y el orfebre le propuso al sastre permanecer allí un día más, volver por la noche y sacarle al anciano más riquezas. El sastre no quiso y dijo:

—Yo tengo bastante y estoy contento; ahora seré maestro sastre, me casaré con mi prenda adorada —así llamaba él a su amada—, y seré un hombre feliz.

Sin embargo, dijo que se quedaría para darle gusto. Por la tarde el orfebre se colgó unas bolsas más a la espalda para poder llenarlas bien y se puso en camino de la colina. Como la noche anterior, encontró al diminuto pueblo cantando y bailando; el anciano lo rapó de nuevo y le dio a entender que cogiera carbones. No dudó en meter todo lo que cabía en sus bolsillos, regresó muy feliz a casa y se tapó con la chaqueta.

«Aunque el oro presione —pensó—, lo aguantaré.»

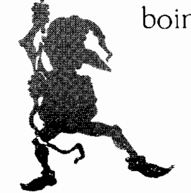
Y se durmió finalmente con el dulce presentimiento de despertarse siendo un hombre riquísimo. Cuando abrió los ojos, se levantó rápidamente para mirar sus bolsillos, pero cuál no sería su asombro cuando, por más que metió la mano, no sacó más que negros carbones.

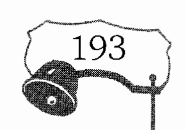
«Todavía me queda el oro que gané ayer por la noche», pensó.

Lo trajo, pero su susto fue aún mayor al observar que también aquello se había convertido en carbón otra vez. Se dio un golpe con la mano negra, y entonces notó que tenía la cabeza completamente pelada y lisa como la barba. Pero su infortunio no terminó ahí, sino que también notó que además de la joroba de la espalda le había crecido otra mucho más grande en el pecho. Entonces reconoció el castigo de su gran codicia y empezó a llorar en voz alta. El buen sastre, que se había despertado a causa del llanto, consoló al desdichado lo mejor que supo, mientras le decía:

—Hemos sido compañeros en nuestra peregrinación, así que seguiremos juntos y te daré parte de mis riquezas.

Mantuvo su palabra, pero el pobre orfebre tuvo que llevar durante toda su vida las jorobas y cubrir su pelada cabeza con una boina.





El gigante y el sastre

A un sastre, que era gran fanfarrón, pero mal pagador, se le ocurrió la idea de salir un poco y dar una vuelta por el bosque. Tan pronto como pudo abandonó su taller,

caminando poco a poco
por puentes y por senderos,
un día aquí y otro allá,
pero cada vez más lejos.

Estando ya a campo abierto, vio en la lejanía azul un monte escarpado y detrás de él una torre altísima que destacaba saliendo de un bosque salvaje y oscuro.

—¡Por todos los diablos! —dijo—. ¿Qué es eso?

Y como le picaba enormemente la curiosidad, se dirigió animosamente hacia allí. Pero cuál no sería su asombro cuando, al acercarse, vio que la torre tenía piernas y, subiendo de un golpe al escarpado monte, se colocó delante del sastre como un poderoso gigante.

—¿Qué haces tú aquí, menudencia? —gritó con una voz como si retumbaran truenos por todas partes.

El sastre susurró:

—Quería ver si podía ganar mi pan en el bosque.

—Estamos a tiempo —dijo el gigante—: puedes entrar a mi servicio.

—Si tiene que ser así, ¿por qué no? ¿Cuál será mi salario?

—Trescientos sesenta y cinco días al año y, si es bisiesto, uno más. ¿Te parece bien?

—Por mí... —contestó el sastre.

Y pensó: «Habrá que seguirle la corriente. Ya intentaré librarme pronto de él.»

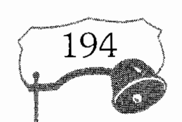
Luego dijo el gigante:

—Anda, granujilla, ve y tráeme una jarra de agua.

—¿Por qué no mejor el pozo con el manantial? —preguntó el fanfarrón.

Y se fue con el cántaro al agua.

«¿Cómo? ¿La fuente junto con el manantial? —gruñó para sí el gigante, que era un poco tonto y torpe, y empezó a tener miedo—. El mozalbete sabe más que asar manzanas: éste tiene que tener un brujo en el cuerpo. Ten cuidado, viejo Juan, que éste no es criado para ti.»



Cuando el sastre trajo el agua, el gigante le mandó que cortara en el bosque unos leños y los trajera a casa. El sastrecillo dijo:

—¿Y por qué no mejor el bosque de un golpe,

todo el bosque enterito
con lo viejo y lo nuevo
y todo lo que tiene
de nudoso y de recto?

Y se fue a talar la leña.

—¿Qué?

¿Todo el bosque enterito
con lo viejo y lo nuevo
y todo lo que tiene
de nudoso y de recto?

«Y la fuente junto con el manantial —gruñó el crédulo gigante para sí, y le entró aún más miedo—. Este sabe más de lo que aparenta y tiene una brujería en el cuerpo. Ten cuidado, viejo Juan, que éste no es criado para ti.»

Cuando el sastre le trajo la leña, el gigante le mandó matarle dos o tres jabalíes salvajes para la cena.

—¿Por qué no mejor mil de un tiro y todos aquí? —preguntó el sastre presumido.

—¿Cómo? —dijo el gallina del gigante, asustándose enormemente—. Déjalo por hoy y échate a dormir.

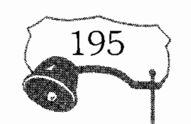
El gigante tenía tanto miedo que no pudo cerrar los ojos en toda la noche y pensaba constantemente qué hacer para quitarse de encima a aquel archibrujo hechizado, cuanto antes mucho mejor. Con el tiempo se encuentra la solución.

A la mañana siguiente fueron a un pantano alrededor del cual había muchos mimbres. Entonces el gigante dijo:

—Oye, siéntate en una vara de mimbre; me encantaría, por mi vida, ver si eres capaz de doblarla.

¡Husch! El sastre se sentó arriba, contuvo la respiración y se hizo tan pesado, que el mimbre se dobló. Pero, por desgracia, no se había metido ninguna plancha en los bolsillos y, al ir a respirar de nuevo, el mimbre lo lanzó, para gran alegría del gigante, tan alto que no se le podía ver. Si no ha caído debe de andar sin duda flotando todavía por el aire.





El clavo

Un comerciante había hecho un buen negocio en una feria; había vendido toda la mercancía y había llenado su bolsa de oro y plata.

Quiso volver a su casa y estar en ella antes de la caída de la noche; cargó su bolsa con el oro en su caballo y partió cabalgando. A mediodía se detuvo en una ciudad; pero cuando quiso proseguir su camino, el sirviente le llevó el caballo, diciéndole:

—Señor, en la herradura de la pata trasera le falta un clavo.

—Déjalo —respondió el comerciante—. Supongo que aguantará las seis horas que me quedan de camino. Tengo prisa.

Por la tarde, cuando volvieron a pararse para dar de comer al caballo, vino el sirviente a la habitación y dijo:

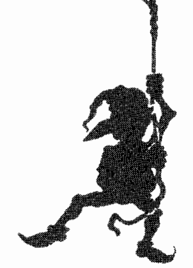
—Señor, el caballo ha perdido la herradura de la pata trasera. ¿Lo llevo a herrar?

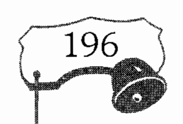
—Déjalo —contestó el señor—. Podrá aguantar las pocas horas que me faltan. Tengo prisa.

Partió, pero poco después el caballo empezó a cojear. No cojeó mucho tiempo, porque pronto empezó a renquear, y tampoco renqueó mucho porque al fin se cayó y se rompió una pata. El señor tuvo que dejar allí tirado al caballo, desatar la bolsa, echársela a la espalda y dirigirse a casa a pie, a donde llegó ya bien entrada la noche.

«De toda la culpa —se dijo a sí mismo— tiene la culpa el maldito clavo.»

No por mucho madrugar amanece más temprano.





El pobre joven en la tumba

Erase una vez un pobre pastorcillo que se había quedado sin padre ni madre, y las autoridades se lo entregaron a un hombre rico para que lo alimentara y educara en su casa.

Sin embargo, el hombre y su mujer tenían malas entrañas y a pesar de toda su riqueza eran avaros y se amargaban y enfadaban cuando alguien comía un bocado de su pan. Por más que hiciera el pobre niño, le daban poco de comer y, en cambio, recibía palos y más palos.

Un buen día tenía que cuidar a la gallina con sus polluelos. Pero ella se metió con sus polluelos entre un seto, y rápidamente se lanzó el azor y se la llevó por los aires.

El joven gritó con todas sus fuerzas:

—Ladrón, ladrón, pícaro.

Pero el azor no devolvió su presa; el hombre oyó el ruido, fue hacia allí y, al ver que su gallina había desaparecido, se puso furioso y le dio al niño tal cantidad de palos que no pudo moverse en unos cuantos días.

Luego tuvo que cuidar a los pollitos sin la gallina, pero la dificultad era mucho mayor, pues cada uno se iba por un lado. Entonces pensó que lo mejor sería atarlos todos juntos con una cuerda y así el azor no podría quitarle ninguno. Pero se equivocó completamente.

Pocos días después, cansado de dar vueltas y medio muerto de hambre se durmió, llegó el pájaro de presa y apresó a uno de los pollitos y, como los otros estaban atados con él, se los llevó a todos de una vez, se colocó en un árbol y se los tragó a todos. El campesino llegaba precisamente a casa en ese momento, y al ver la desgracia, se enfadó y golpeó al joven tan desaprensivamente, que tuvo que estar varios días en la cama.

Cuando pudo ponerse en pie otra vez, le dijo el campesino:

—Eres tan tonto, que no me sirves de pastor, así que harás de mensajero.

Entonces le mandó que llevara al juez una cesta con uvas y una carta. En el camino el hambre y la sed martirizaban de tal manera al pobre chico, que se comió dos uvas. Llevó la cesta al juez, que cuando hubo leído la carta y contado las uvas, le dijo:

—Faltan dos.

El joven confesó honradamente que se había comido las que faltaban porque tenía hambre y sed.

El juez le escribió una carta al campesino y le pidió otras tantas uvas. También éstas las llevó el pastorcillo con una carta.

Pero volvió a sentir un hambre y una sed tremendas y no sabiendo qué hacer, se comió otras dos uvas. Pero antes sacó la carta de la cesta, la colocó bajo una piedra y se sentó encima para que la carta no pudiera verlo y no lo pudiera denunciar. El juez le volvió a preguntar por las uvas que faltaban.

—¡Ay! ¿Pero cómo lo ha sabido? La carta no podía enterarse porque antes la he colocado bajo una piedra.

El juez se echó a reír ante la simpleza del muchacho y le mandó al hombre una carta en la que le advertía que cuidara mejor al pobre chico, y que no le faltara nada de beber ni de comer, añadiendo que le enseñara también lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—Yo te enseñaré la diferencia —dijo el despiadado hombre—, pero si quieres comer, tendrás que trabajar y, si haces algo mal, te instruiré a palos.

Al día siguiente le mandó un trabajo difícil. Tenía que cortar unos cuantos montones de paja para alimentar a los caballos y, al mismo tiempo le amenazó, diciendo:

—En cinco horas estaré de vuelta; como la paja no esté cortada en trocitos, te pego una paliza que no te va a quedar un hueso sano.

El campesino se fue con su mujer, el criado y la muchacha a la feria anual y no le dejó más que un trozo de pan.

El joven se colocó en la silla de paja y comenzó a trabajar con todas sus fuerzas. Entonces le entró calor, se quitó la chaquetilla y la echó en la paja. Con el miedo de no terminar, siguió cortando y, en su celo, sin darse cuenta, cortó con la paja la chaquetilla. Demasiado tarde advirtió la desgracia, que ya no tenía remedio.

—¡Ay! Ahora sí que es mi fin. El malvado no me ha amenazado en vano; cuando venga y vea lo que he hecho, me matará a palos. Mejor me quitaré la vida yo mismo.

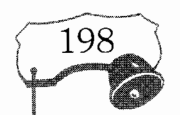
El joven había oído una vez que le decía la campesina:

—Bajo la cama he puesto una olla con veneno.

Lo había dicho solamente para detener a los golosos, pues lo que había era miel.

El joven se arrastró bajo la cama, sacó la olla y se la comió de una asentada.

—¡Qué raro! —dijo—. La gente dice que la muerte es amarga, pero a mí me sabe dulce. No es de extrañar que la campesina desee con tanta frecuencia la muerte.



Se sentó en una silla dispuesto a morir, pero en vez de sentirse debilitado, se sentía fortalecido por el alimento.

—Entonces no será veneno —dijo—. Pero el campesino ha dicho una vez que en su armario tiene una botellita con veneno para las moscas; ese debe ser el verdadero veneno que me conducirá a la muerte.

Pero tampoco era veneno para las moscas, sino vino de Hungría. El joven sacó la botella y se la bebió entera.

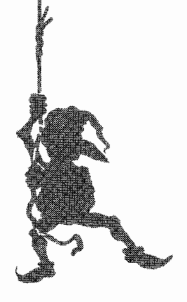
—También esta muerte sabe dulce —dijo.

Pero cuando poco después el vino empezó a subírsele a la cabeza y a emborracharlo, pensó que su muerte estaba próxima.

—Siento que voy a morir —dijo—. Voy al cementerio a buscar una tumba.

Se fue tambaleando, llegó al cementerio y se echó en una tumba recién abierta. Los sentidos se le nublaban cada vez más. En la proximidad del cementerio había una posada donde se celebraba una boda; cuando oyó la música le pareció que estaba en el paraíso, hasta que al fin perdió el sentido. El pobre joven ya no se despertó, el calor del vino caliente y el frío rocío de la noche le quitaron la vida y permaneció en la tumba en la que él mismo se había echado.

Cuando el campesino oyó la noticia de la muerte del joven se asustó y temió ser llevado ante el tribunal; el miedo se apoderó de él con tal fuerza que cayó al suelo sin sentido. La mujer, que estaba al fuego con una sartén llena de grasa, corrió hacia allí para ayudarle. Pero el fuego se apoderó de la sartén, prendió toda la casa y en pocas horas estaba convertida totalmente en cenizas. Los años que todavía tuvieron que vivir los pasaron presos de remordimientos de conciencia y llenos de pobreza y necesidad.



La novia verdadera

Erase una vez una joven muy guapa que se había quedado pronto sin madre, y la madrastra le hacía todo el mal posible. Cuando le mandaba hacer alguna tarea, fuera lo difícil que fuera, ella se ponía a trabajar pacientemente y hacía todo lo que sus fuerzas le permitían. Pero no por ello podía mover a compasión el mal corazón de la mujer: siempre estaba descontenta y nunca le parecía bastante. Cuanto más de prisa trabajaba, más cosas le encargaba, y no pensaba más que en encargarle las tareas más pesadas y amargarle realmente la vida.

Un día le dijo:

—Aquí tienes doce libras de plumas; tienes que quitarles los cañones*, y si esta tarde no has terminado de hacerlo, te daré una buena tunda. A ver si te crees que puedes andar por ahí vagueando todo el día.

La pobre muchacha se puso a trabajar, pero las lágrimas le corrían por las mejillas, pues se daba perfectamente cuenta de que no podría terminar con el trabajo en un día. Cuando tenía ante sí un montoncillo de plumas y suspiraba o, asustada, cruzaba las manos, las plumas volaban, y ella tenía que seleccionarlas y empezar de nuevo.

En esto apoyó el codo en la mesa, puso la cara entre las manos y dijo:

—¿Es que no hay nadie en la tierra de Dios que se compadezca de mí?

Entonces oyó una dulce voz que le decía:

—Consuélate, hija, que he venido a ayudarte.

La muchacha levantó la vista y vio una anciana a su lado.

Cogió a la muchacha dulcemente por la mano y le dijo:

—Cuéntame lo que te pasa.

Como hablaba de manera tan cordial, la muchacha le contó la triste vida que llevaba y cómo le imponían una tarea tras otra para no dejarla terminar con los trabajos encargados.

—Si esta tarde no he terminado con estas plumas, mi madrastra me pegará; me ha amenazado, y bien sé yo que ella cumple su palabra.

Sus lágrimas comenzaron a correr otra vez, pero la buena anciana dijo:

—No te preocupes, hija mía, descansa que yo haré entretanto tu trabajo.

La muchacha se echó en la cama y se durmió. La anciana se sentó en la mesa ante las plumas y, ¡ay!, cómo volaban de los cañones que ella apenas tocaba con sus flacas manos. Rápidamente terminó con las doce libras. Cuando la muchacha se despertó, vio apiñados grandes montones blancos como la nieve, y todo estaba perfectamente ordenado en la habitación; pero la anciana había desaparecido.

La muchacha dio gracias a Dios y estuvo allí tranquila hasta que llegó la tarde.

Entonces entró la madrastra y se asombró al ver el trabajo acabado.

—¿Ves lo que puede hacerse cuando una es hacendosa? —dijo ella—. ¿No podías haber hecho algo más en vez de estarte ahí mano sobre mano?

Cuando salió, dijo ella:

—Esta criatura vale para algo más que comer pan: le tengo que encargar trabajos más difíciles.

A la mañana siguiente llamó a la muchacha y dijo:

—Toma este cucharón y saca el agua del gran estanque que hay en el jardín. Y si por la noche no has acabado, prepárate.

La joven cogió el cucharón y vio que estaba agujereado; pero, aunque no lo hubiera estado, habría sido imposible vaciar el estanque. Se puso rápidamente al trabajo, se arrodilló ante el agua, en la que caían sus lágrimas, y empezó a sacar agua.

Pero la buena anciana apareció de nuevo, y cuando supo la causa de su preocupación dijo:

—Consuélate, hija mía, vete al matorral y échate a dormir que yo haré el trabajo.

En cuanto se quedó sola no hizo más que tocar el estanque y, como si fuera vapor, el agua ascendió hacia arriba y se mezcló con las nubes. Poco a poco se vació el estanque y, cuando la muchacha se despertó a la puesta de sol y fue allí, no vio más que los peces agitándose en el lodo.

Entonces fue a ver a su madrastra y le dijo que había terminado el trabajo.

—Podías haberlo terminado mucho antes —dijo.

Pálida de ira, se puso a buscar algo nuevo.

Al tercer día le dijo a la muchacha:

—Ve ahí, a la llanura, y constrúyeme un hermoso castillo: tiene que estar terminado al atardecer.

La muchacha se asustó y dijo:

—¿Pero cómo voy a llevar a cabo una obra tan grande?

—¡No admito réplica! —gritó la madrastra—. Si has podido vaciar un estanque con una cuchara agujereada, también podrás construir un castillo. Hoy mismo quiero ocuparlo y, como falte lo más mínimo, ya sea en la cocina o en la bodega, ya sabes lo que te espera.

Y mandó a la muchacha, que, al llegar al valle, vio las rocas apiladas una encima de otra; con todas sus fuerzas no hubiera podido mover la más pequeña. Se sentó, llorando, aunque confiaba en la ayuda de la anciana, la cual no se hizo esperar mucho tiempo. Llegó y le habló consolándola:

—Echate ahí a la sombra y duerme, que yo te haré el palacio. Y, si te apetece, podrás vivir también en él.

En cuanto la muchacha se retiró, la anciana tocó las piedras grises. Rápidamente se movieron, se juntaron y colocaron como si fueran gigantes quienes habían construido los muros; sobre ellos se alzó el edificio y parecía que innumerables manos trabajaban invisiblemente poniendo piedra sobre piedra. El suelo retumbó, grandes columnas se pusieron de pie por sí mismas y se colocaban en orden una tras otra. En el tejado se colocaron las tejas ordenadamente y, a mediodía, se movía ya la gran veleta en la punta de la torre, como una doncella de oro con ropajes al viento. El interior del palacio estuvo terminado por la tarde. Cómo lo hizo la anciana, no lo sé: las paredes de las habitaciones estaban cubiertas de seda y terciopelo; había sillas bordadas en colores y sillones ricamente adornados junto a las mesas de mármol; arañas de cristal colgaban del techo y se reflejaban en el brillante suelo; había papagayos verdes metidos en jaulas de oro y pájaros exóticos cantando agradablemente; por todos los sitios había tanto lujo como si fuera a entrar un rey. Al crepúsculo se despertó la muchacha y la deslumbró el brillo de miles de luces. Con rápidos pasos se acercó y entró por la puerta abierta del palacio. La escalera estaba tapizada con paño rojo y la barandilla adornada con árboles en flor.

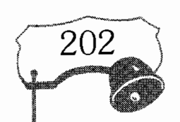
Al ver el lujo de los cuartos se quedó de piedra. Quién sabe cuánto tiempo hubiera estado allí si de pronto no se hubiera acordado de su madrastra.

—«¡Ay! —se dijo ella—. ¡Si al fin se diese por contenta y no convirtiera mi vida en un martirio!»

La muchacha se fue y le mostró que el palacio estaba ya listo.

—Me voy a él rápidamente —dijo ella, levantándose de su sitio.

Cuando entró en el palacio, tuvo que ponerse la mano ante los ojos, de tanto como le cegaba su resplandor.



—¿Ves lo fácil que te ha sido? —le dijo a la muchacha—. Debería haberte mandado algo más difícil.

Fue por todos los cuartos y escudriñó por todas las esquinas para ver si faltaba algo, pero no pudo encontrar ningún fallo.

—Ahora vamos a bajar —dijo, mirando a la muchacha con una mirada aviesa—. Hay que inspeccionar todavía la cocina y la bodega y, como hayas olvidado algo, no te escaparás del castigo.

Pero el fuego ardía en el fogón, la comida cocía en las ollas, la pala y el cubo estaban allí, en las paredes brillaba la vajilla de latón y no faltaba nada, incluso había un cajón de carbón y un cubo para el agua.

—¿Dónde está la entrada a la bodega? —preguntó ella—. Si no está bien repleta de toneles de vino, lo pasarás mal.

Ella misma levantó la trampilla y bajó la escalera, pero apenas había dado dos pasos, la pesada trampilla, que no estaba más que apoyada, cayó encima de ella. La muchacha oyó el grito y levantó rápidamente la puerta para ir en su ayuda, pero ella se había caído y yacía muerta en el suelo.

Ahora el palacio pertenecía a la muchacha. Al principio no sabía qué hacer con tanta felicidad: en los armarios colgaban bellos trajes, las arcas estaban llenas de oro, plata, perlas y piedras preciosas, y no podía formular un deseo que no fuera cumplido. Rápidamente se extendió la fama de la belleza y riqueza de la joven por todo el mundo. Todos los días se presentaba un pretendiente, pero no le gustaba ninguno. Finalmente llegó un príncipe que supo ganar su corazón y ella se prometió con él.

Había un hermoso tilo en el jardín. Un día, estando sentados los dos solos a su sombra, dijo él:

—Voy a ir a mi patria y pedir permiso a mi padre para casarnos. Te ruego que me esperes bajo este tilo: en pocas horas estaré de vuelta.

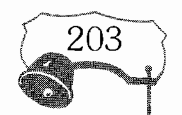
La muchacha le besó en la mejilla izquierda y dijo:

—Sé siempre fiel a mí y no te dejes besar por ninguna otra en esta mejilla. Te esperaré bajo el tilo hasta que vuelvas.

La muchacha permaneció bajo el tilo hasta que se puso el sol, pero él no regresó. Estuvo sentada durante tres días de la mañana a la tarde, esperándole, pero en vano. Cuando al cuarto día todavía no había vuelto, dijo ella:

—Seguro que le ha pasado una desgracia. Iré a buscarlo y no regresaré hasta que lo haya encontrado.

Empaquetó tres de sus trajes más hermosos, uno bordado con tres estrellas brillantes, el segundo con lunas de plata, y el tercero



con soles de oro, envolvió en el pañuelo un puñado de piedras preciosas y se puso en camino. Preguntó en todas partes por su prometido, pero nadie lo había visto y nadie sabía nada de él. Caminó a lo largo y ancho del mundo, pero no lo encontró. Finalmente se ajustó de pastora con un campesino y escondió sus trajes y piedras preciosas bajo una piedra.

Ahora vivía como una pastora, guardando sus rebaños, pero estaba triste y llena de nostalgia por su amado. Tenía una ternerilla, que se acostumbró a ella, la llevaba de la mano y, cuando ella decía:

—Ternerilla, ternerilla,
no olvides a tu pastora,
como olvidó bajo el tilo
aquel príncipe a su novia,

entonces la ternerilla se tumbaba y ella la acariciaba.

Llevaba viviendo unos cuantos años en soledad y llena de pena cuando se extendió por todo el país el rumor de que la hija del rey iba a celebrar su boda. El camino hasta la ciudad pasaba por la aldea donde vivía la muchacha, y sucedió que, una vez que conducía sus rebaños, pasó el novio por allí. El iba sentado arrogantemente en su caballo y no la vio, pero ella sí lo vio y entonces reconoció a su amado. Fue como si un agudo cuchillo se le clavase en el corazón.

—¡Ay! —dijo—. ¡Y yo que creía que él me había sido fiel! Pero me ha olvidado.

Al día siguiente volvió él por el mismo camino. Cuando él estaba cerca, ella dijo a la ternerilla:

—Ternerilla, ternerilla,
no olvides a tu pastora,
como olvidó bajo el tilo
aquel príncipe a su novia.

Al oír su voz bajó la vista y detuvo a su caballo. Miró a la cara a la pastora y se puso la mano ante los ojos como si quisiera recordar algo, pero siguió cabalgando rápidamente y desapareció en seguida.

—¡Ay! —dijo ella—. ¡Ya no me reconoce!

Y su dolor era cada vez mayor.

Poco después iba a celebrarse en la corte del rey una gran fiesta, que iba a durar tres días.

«Ahora voy ya a intentar lo último», pensó la muchacha.

Al anochecer se dirigió a la piedra bajo la cual había enterrado sus tesoros, sacó el traje de los soles de oro, se lo puso y se adornó con las piedras preciosas. Desató sus cabellos, que los llevaba atados bajo un pañuelo, y cayeron en grandes rizos. Así se dirigió a la ciudad, sin que nadie la viera, gracias a la oscuridad reinante. Cuando entró en la sala bien iluminada, todos retrocedieron de admiración, pero nadie sabía quién era. El príncipe le salió al encuentro, pero no la reconoció. La invitó a bailar y estaba tan admirado de su belleza que no pensaba para nada en la otra prometida. Al terminar la fiesta, ella se perdió entre la multitud y se apresuró a regresar al pueblo antes de la salida del sol y allí volvió a ponerse su traje de pastora.

Al día siguiente tomó el traje de las lunas de plata y se colocó una media luna de piedras preciosas en su cabello.

Cuando apareció en la fiesta, todos los ojos se volvieron hacia ella; el príncipe se dirigió a ella totalmente inflamado de amor. Antes de marcharse le hizo prometer que asistiría a la fiesta la última noche.

La tercera vez apareció con el traje de estrellas, que brillaba a cada paso que daba, y su cinta del pelo y el cinturón eran estrellas de piedras preciosas. El príncipe había estado esperándola largo rato y se apresuró a salirle al paso.

—Dime solamente quién eres —le dijo—. Tengo la sensación de haberte conocido antes.

—¿No sabes —contestó ella— lo que hice cuando te separaste de mí?

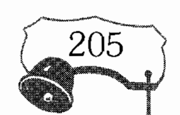
En ese momento se acercó a él y le besó en la mejilla izquierda. Entonces le pareció que se le caía la venda de los ojos y reconoció a su verdadera novia.

—Ven —dijo—. No quiero seguir más tiempo aquí.

Y cogiéndola de la mano, la llevó al carruaje.

Como si estuvieran uncidos por el viento, los caballos fueron velozmente al palacio maravilloso. Las ventanas iluminadas relucían desde lejos. Cuando pasaron por el tilo se movían en él montones de luciérnagas, mientras el tilo agitaba sus ramas despidiendo un intenso aroma. En la escalera florecían los árboles, en las habitaciones resonaba el canto de los pájaros exóticos, en la sala estaba toda la corte reunida y el sacerdote esperaba para casar al novio con la verdadera novia.







La liebre y el erizo

Esta historia, muchachos, parece mentira, pero es verdad; puesto que mi abuelo, que me la contó a mí, solía decir siempre que me la relataba:

—Verdad, debe ser verdad, hijo mío; si no, no se podría contar.

Pero veamos la historia.

Una mañana de domingo, en plena época de cosecha, justo cuando estaba en flor el alforfón*, el sol apareció espléndidamente en el cielo, la brisa de la mañana pasaba por encima de los rastrojos, las golondrinas cantaban en el aire, las abejas zumbaban en el alforfón, la gente iba a misa vestida de domingo, y todas las criaturas de Dios estaban contentas, incluso el erizo.





El erizo estaba a su puerta cruzado de brazos, mirando al aire mañanero y canturreando una cancioncilla para sí, tan bien o tan mal como suelen cantarlas los erizos en una mañana de domingo. Mientras canturreaba así, a media voz, de repente se le ocurrió que, mientras su mujer lavaba y vestía a sus hijos, podía darse un paseo por el campo para ver si crecían sus nabos. Eran unos nabos que habían salido junto a su casa, y él y su familia solían comer de ellos, de modo que los consideraba como suyos propios. Dicho y hecho. El erizo cerró la puerta tras de sí y tomó el camino hacia el campo. Apenas había salido de casa, y a punto ya de dar la vuelta al endrino * que crecía delante del campo y muy cerca de los nabos, se topó con una liebre que estaba ocupada en negocios parecidos, es decir, iba a inspeccionar sus berzas. En cuanto vio a la liebre le dio los buenos días; pero la liebre, que a su manera era una dama muy distinguida, aunque terriblemente engreída, no contestó al saludo del erizo, sino que le preguntó, haciendo una mueca muy irónica:

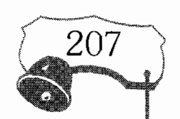
—¿Cómo es que andas por el campo esta mañana tan temprano?

—Estoy dando un paseo —dijo el erizo.

—¿Paseo? —se reía la liebre—. Me parece que puedes utilizar tus patas para cosas mejores.

Esta respuesta molestó al erizo enormemente, pues podía aguantar cualquier cosa menos que se hablase de sus patas, porque las tenía torcidas por naturaleza.

—¿Crees que puedes hacer más con tus patas que yo con las mías?



—Claro que sí —dijo la liebre.

—Ya lo veremos —opinó el erizo—. Apuesto a que si echamos una carrera te gano.

—Me parto de risa. ¡Tú y tus patas torcidas! —dijo la liebre—. Pero, por mí, como quieras; si tienes tantas ganas, ¿qué apostamos?

—Una moneda de oro y una botella de aguardiente —contestestó el erizo.

—Acepto —dijo la liebre—. Choca la mano y ya podemos empezar a correr.

—No, tanta prisa no tengo —dijo el erizo—. Estoy todavía en ayunas y primero voy a casa a desayunar; dentro de media hora estoy de vuelta.



Con esto se fue el erizo, puesto que la liebre estaba de acuerdo.

En el camino pensaba el erizo: «La liebre confía en sus largas patas, pero la cogeré. Quizá sea un tipo muy distinguido, pero también es tonto y me las pagará.»

Cuando llegó el erizo a casa, dijo a su mujer:

—Mujer, vístete deprisa, que tienes que venir conmigo al campo.

—¿Pero qué pasa? —preguntó su mujer.

—He apostado una moneda de oro y una botella de aguardiente con la liebre; voy a echar una carrera con ella y tienes que estar presente.

—¡Oh, Dios, qué hombre éste! —empezó a gritar la mujer del erizo—. ¿Pero tú estás en tus cabales? ¿Has perdido el seso? ¿Cómo puedes echar una carrera con la liebre?

—¡Cierra el pico, mujer! —dijo el erizo—. Esto es asunto mío. Tú no te metas en los asuntos de los hombres. Anda, vístete y ven conmigo.



¿Qué podía hacer la mujer del erizo? Tenía que obedecerle quisiese o no.

Cuando estaban en el campo, el erizo dijo a su mujer:

—Ahora escucha lo que voy a decirte: ¿Ves allí, en el campo? Allí echaremos la carrera. La liebre corre en un surco y yo en otro y empezamos a correr desde arriba. Tú no tienes que hacer más que colocarte aquí abajo en este surco y cuando llegue la liebre por el otro, gritas: ¡Ya estoy aquí!

Llegaron al sembrado, el erizo colocó a su mujer en el surco y subió el sembrado. Cuando llegó arriba, la liebre ya estaba allí.

—¿Podemos empezar? —preguntó la liebre.

—Sí, señor —dijo el erizo.

—¡Pues adelante!

Y diciendo esto se colocó cada uno en su surco. La liebre contó:

—¡A la una, a las dos y a las tres!



Y allá fue como un relámpago sembrado abajo. El erizo dio dos o tres pasos, luego se agachó en el surco y se quedó sentado tan tranquilo.

Cuando llegó la liebre, a plena carrera, al otro extremo del sembrado le recibió la mujer del erizo con un «¡ya estoy aquí!». La liebre se quedó no poco sorprendida creyendo que quien hablaba era el propio erizo, pues, como todo el mundo sabe, la mujer de un erizo tiene el mismo aspecto que su marido. Pero a la liebre le pareció que allí había gato encerrado, y gritó:

—¡Otra carrera! ¡A dar la vuelta!

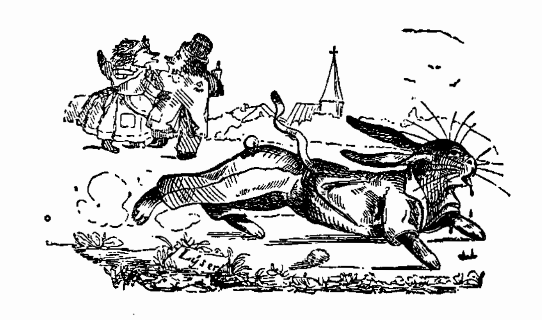


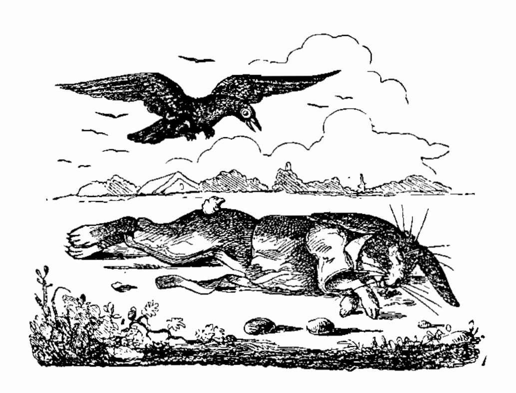
Y allá fue otra vez como un relámpago, de manera que se le pegaban las orejas a la cabeza. Mas la mujer del erizo se quedó tan tranquila en su sitio. Cuando llegó la liebre al otro extremo, la recibió el erizo con un «¡ya estoy aquí!». Pero la liebre gritó fuera de sí de rabia:

—¡Otra carrera! ¡A dar la vuelta!

—Desde luego —contestó el erizo—. Por mí, tantas veces como quieras.

Así que la liebre corrió setenta y tres veces y el erizo aguantó.



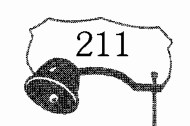


Cada vez que la liebre llegaba abajo o arriba, le decían el erizo o su mujer: «¡Ya estoy aquí!» A la setenta y cuatro vez, sin embargo, la liebre no llegó al final. Cayó de bruces en medio del sembrado echando sangre por la boca y se quedó allí. El erizo tomó su moneda de oro ganada y la botella de aguardiente, llamó a su mujer, que aún estaba en el surco, ambos se fueron muy contentos a casa y, si no han muerto, viven todavía.



Fue en la landa* de Buxtehude* donde el erizo reventó a una liebre en una carrera con él, y desde entonces no se le ha vuelto a ocurrir a ninguna liebre echar una carrera con un erizo de Buxtehude.

Este cuento tiene dos moralejas: primera, que nadie, por muy distinguido que se estime, debe burlarse del hombre humilde, aunque sólo sea un erizo; y, segunda, que es aconsejable casarse con una mujer de la misma posición y del mismo aspecto. El que sea un erizo debe cuidar de que su mujer sea una eriza y así sucesivamente.



El huso, la lanzadera y la aguja

Erase una vez una muchacha que de niña se quedó sin padres. Al final del pueblo vivía su madrina, sola en su casita, y se ganaba la vida hilando, tejiendo y cosiendo. La anciana se llevó a la niña huérfana con ella, la enseñó a trabajar y la educó piadosamente. Cuando la muchacha tenía quince años, su madrina enfermó; llamó a la muchacha a su cama y dijo:

—Querida hija, siento que se acerca mi fin; te dejo la casita: en ella estarás protegida de las inclemencias del tiempo; también te dejo el huso, la lanzadera y la aguja: con ellos podrás ganarte el pan.

Todavía le puso las manos en la cabeza, la bendijo y dijo:

—Conserva a Dios en tu corazón, y todo te irá bien.

Luego cerró los ojos. Durante el entierro, la muchacha fue llorando amargamente detrás del ataúd, y le rindió los últimos honores.

La muchacha vivía, pues, sola en la casa, era laboriosa, hilaba, tejía y cosía y, en todo lo que hacía, se veía la bendición de la anciana. Era como si el lino aumentara en las habitaciones, y en cuanto tejía cualquier cosa o cosía una camisa, rápidamente encontraba algún comprador que se lo pagaba bien; así que no pasaba ninguna necesidad y aún le sobraba para darles algo a otros.

Por aquellos días andaba el príncipe por el país buscando novia. No podía escoger a una pobre, pero tampoco quería una rica. Entonces dijo:

—Será mi mujer la que sea al mismo tiempo la más rica y la más pobre.

Cuando llegó a la aldea donde vivía la muchacha preguntó, como hacía siempre, quién era en el lugar la más rica y la más pobre. Primero le nombraron a la más rica; la más pobre, le dijeron, era la muchacha que vivía en la casita que había al final del pueblo. La rica, que estaba sentada ante la puerta de su casa totalmente ataviada, se levantó, le salió al encuentro y se inclinó ante él. El la observó, pero no dijo ninguna palabra y siguió cabalgando.

Cuando llegó a casa de la pobre, la muchacha no estaba en la puerta, sino en su habitación. Paró el caballo, miró por la ventana, a través de la cual brillaba el sol, y vio a la muchacha sentada ante el torno hilando laboriosamente. Ella miró hacia arriba, y al notar que el príncipe miraba hacia dentro, se puso cada vez más

roja; bajó los ojos, pero siguió hilando; si el hilo entonces era igual, eso no lo sé, pero ella siguió hilando hasta que el príncipe se marchó. Luego se asomó a la ventana, la abrió y dijo:

—Qué calor hace en la habitación.

Mas ella le siguió con la mirada, mientras pudo distinguir las blancas plumas de su sombrero.

La muchacha se sentó de nuevo a trabajar en su habitación y siguió hilando. Entonces se acordó de una cancioncilla que la anciana cantaba alguna vez, cuando estaba trabajando, y la cantó para sí:

—Huso, huso, vuela pronto
y tráeme a casa al novio.

¿Y qué sucedió? Al punto el huso se le escapó de la mano y salió por la puerta, y cuando ella, llena de admiración, se levantó y lo siguió con la mirada, vio que danzaba alegremente en el campo, tirando de un hilo brillante de oro. Poco después lo perdió de vista. La muchacha, que ya no tenía huso, cogió en la mano la lanzadera, se sentó ante el telar y comenzó a tejer.

El huso siguió bailando y precisamente cuando el hilo se había acabado, alcanzó al príncipe.

—¡Qué veo! —dijo—. El huso quiere mostrarme el camino.

Dio la vuelta a su caballo y, cabalgando, siguió al hilo dorado.

La muchacha estaba trabajando y cantaba:

—Lanzadera, teje bien
y tráeme al novio también.

Al punto la lanzadera se le escapó de la mano y salió por la puerta. Ante el dintel de la puerta empezó a tejer la alfombra más hermosa que se hubiera visto nunca. A ambos lados florecían rosas y lilas, y en el centro, sobre un fondo dorado, subían racimos y saltaban liebres y conejos, y ciervos y corzos asomaban sus cabezas entre ellos. Arriba en las ramas había pájaros de colores, tan perfectos, que no les faltaba más que cantar. La lanzadera saltaba de un lado a otro y todo parecía surgir por sí mismo.

Como la lanzadera se había marchado, la muchacha se sentó a coser; tenía la aguja en la mano y cantaba:

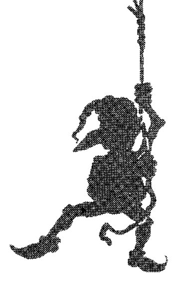
—Aguja, aguja afilada,
límpiale al novio la casa.

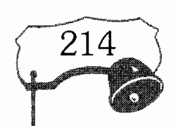
Al punto la aguja se le escapó de los dedos y voló por la habitación de aquí para allá tan rápida como el relámpago.

No parecía sino que trabajaran espíritus invisibles; rápidamente se cubrieron la mesa y los bancos con un paño verde, las sillas con terciopelo y en las ventanas colgaban cortinas de seda. Apenas había dado la aguja la última puntada, cuando la muchacha vio por la ventana las blancas plumas del sombrero del príncipe, que el huso había traído con el hilo de oro. Se bajó del caballo, subió por la alfombra, entró en la casa, y cuando llegó a la habitación vio a la muchacha con sus pobres vestiduras, pero resplandecía en ellas como la rosa en el ramo.

—Tú eres la más rica y la más pobre —le dijo—: vente conmigo, que tú serás mi novia.

Ella calló, pero le dio la mano. El le dio un beso, la sacó de la casa, la subió a su caballo y la llevó al palacio real, donde se celebró la boda con una enorme alegría. El huso, la lanzadera y la aguja fueron guardados en la cámara de los tesoros y cuidados con grandes honores.





El campesino y el diablo

Erase una vez un campesino listo y pícaro sobre cuyas travesuras habría mucho que decir. Pero lo mejor es cómo una vez le tomó el pelo al diablo y se burló de él.

El campesinillo había labrado un día sus campos y se preparaba para regresar a casa al anochecer. De pronto vio en medio de su campo un montón de carbones ardiendo, y al dirigirse, asombrado, hacia allí vio un diablillo negro sentado en medio de las ascuas.

—¿Estás sentado acaso encima de un tesoro? —dijo el campesinillo.

—Desde luego —contestó el diablo—. Un tesoro que contiene más oro y plata del que hayas visto en toda tu vida.

—El tesoro está en mi tierra y es mío —dijo el campesinillo.

—Es tuyo —contestó el diablo—, si durante dos años me das la mitad de lo que produce tu campo; dinero tengo bastante, pero me apetecen los frutos de la tierra.

El campesinillo aceptó el trato.

—Pero para que no haya ninguna pelea a la hora de repartir —dijo—, para ti será lo que esté por encima de la tierra y para mí lo que esté debajo.

Al diablo le gustó, pero el astuto campesinillo había plantado nabos.

Cuando llegó la época de la recolección, apareció el diablo para recoger su parte, pero no encontró más que hojas amarillas y marchitas, mientras el campesinillo, muy alegre, se llevó los nabos.

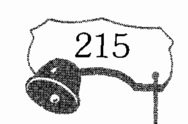
—Por esta vez te has llevado la mejor parte —dijo el diablo—, pero la próxima será al revés. Para ti será lo que crece encima de la tierra y para mí lo que hay debajo.

—Me parece bien —contestó el campesinillo.

Llegó la época de la siembra y el campesinillo no sembró nabos, sino trigo. Cuando el grano maduró, fue el campesino a su campo y cortó las espigas, cargadas de grano, a ras del suelo. Cuando llegó el diablo no encontró más que rastrojos y se hundió furioso en la grieta de una roca.

—Así es como hay que tratar a los sinvergüenzas —dijo el campesinillo, yendo a recoger el tesoro.





Las migas de pan en la mesa

El gallo dijo un día a la gallina:

—Ven conmigo al comedor a recoger migas de pan de la mesa; el ama ha salido a hacer una visita.

Mas la gallina contestó:

—No, no, yo no voy; ya sabes cómo nos riñe el ama.

Y el gallo dijo:

—¡Pero si no lo sabrá! Anda, ven conmigo; ella nunca nos da nada bueno.

Pero la gallina volvió a decir:

—No, no, se acabó, yo no subo.

Pero el gallo no la dejó en paz, hasta que al fin subieron a la mesa y recogieron a toda prisa las migas de pan. Justamente entonces llegó el ama, cogió un palo y los sacudió, regañándolos de mala manera.

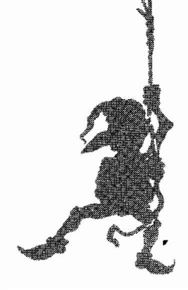
Y cuando estaban abajo, delante de la casa, dijo la gallina al gallo:

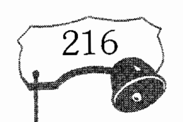
—¿Lo ves, lo ves, lo ves?

Y contestó el gallo riéndose:

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso ya lo sabía yo!

Y se marcharon.





La cobayita marina

Erase una vez una princesa que tenía en su palacio arriba, bajo la almena, una sala con doce ventanas que daban a todas las partes del cielo, de forma que cuando subía y miraba podía abarcar con su vista todo el reino. Desde la primera veía con mucha más agudeza que los otros hombres; en la segunda, todavía mejor; en la tercera, con más claridad aún, y así hasta la ventana número doce, desde donde veía lo que había en la tierra y bajo la tierra, sin que nada le quedase oculto.

Como era orgullosa y no quería doblegarse ante nadie y quería dominar ella sola, hizo saber que sólo sería su marido aquel que se pudiera esconder de ella, de tal manera que le fuera imposible encontrarlo. Pero si alguno lo intentaba y ella lo descubría le cortaría la cabeza y la colocaría en un poste. Ya había noventa y siete estacas con cabezas de muertos ante el palacio y durante mucho tiempo no se presentó ninguno. La princesa se sentía feliz y pensaba: «Seré libre todos los días de mi vida.»

Entonces se presentaron tres hermanos ante ella y le comunicaron que querían probar su suerte. El primero creía estar totalmente seguro si se arrastraba a un agujero de cal, pero ella lo vio ya desde la primera ventana, y mandó que le sacaran de allí y le cortaran la cabeza. El segundo se metió en el sótano del palacio, pero también a éste lo vio desde la primera ventana y todo estuvo perdido para él: su cabeza quedó colgada en la estaca noventa y nueve.

Entonces se presentó ante ella el más joven y le pidió que le dejara un día de reflexión y, que si era tan amable, le diera otra oportunidad, si lo descubría; si le salía mal a la tercera, ya no haría más por su vida. Como lo pidió de forma tan agradable y cordial, dijo ella:

—Bien, te lo permito, pero no te saldrá bien.

Al día siguiente meditó largamente dónde podría esconderse, pero todo fue en vano. Entonces cogió su escopeta y salió de caza. Vio a un cuervo y le apuntó; pero cuando iba a apretar el gatillo le gritó el cuervo:

—¡No dispares! Te lo recompensaré.

Dejó de apuntar, siguió caminando y llegó a un lago donde descubrió un gran pez, que desde el fondo del agua había llegado a la superficie de la misma. Cuando ya estaba apuntándole gritó el pez:



—¡No dispares! Te lo recompensaré.

Lo dejó sumergirse; siguió caminando y se encontró con un zorro que cojeaba. Disparó, pero falló y entonces le gritó el zorro:

—¿Por qué no vienes y me sacas la espina de la pata?

Lo hizo así, pero luego quiso matar al zorro para quitarle la piel. El zorro dijo:

—¡No dispares! Te lo recompensaré.

El joven lo dejó escapar y, como era ya tarde, volvió a su casa.

Al día siguiente tenía que esconderse, pero por más que se rompía la cabeza, no sabía dónde. Fue al bosque a ver al cuervo y le dijo:

—Te he dejado vivir; ahora dime tú a mí dónde puedo esconderme para que la hija del rey no me vea.

El cuervo inclinó la cabeza y reflexionó durante largo tiempo. Finalmente graznó:

—¡Ya lo tengo!

Trajo un huevo de su nido, lo dividió en dos partes y metió al joven en él; luego volvió a unirlo y se puso encima. Cuando la hija del rey llegó a la primera ventana, no lo pudo descubrir, tampoco en la siguiente, y comenzó a asustarse, pero en la número once lo descubrió. Mandó cazar al cuervo, traer el huevo y romperlo. El joven salió y ella dijo:

—Ya te he perdonado una vez; si no lo haces mejor, estarás perdido.

Al día siguiente se fue al lago, llamó al pez y dijo:

—Te he dejado vivir; ahora dime tú a mí dónde puedo esconderme para que la hija del rey no me vea.

El pez meditó largamente y, finalmente, dijo:

—¡Ya lo tengo! Te voy a esconder en mi barriga.

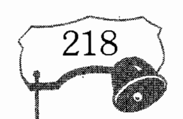
Se lo tragó y se fue con él al fondo del lago. La hija del rey miró por sus ventanas y al no verlo tampoco en la número once se quedó consternada, pero finalmente en la doce lo descubrió. Mandó pescar al pez, matarlo, y el joven apareció. Ya podéis imaginaros cómo se sentía.

Ella dijo:

—Te perdono por segunda vez; pero tu cabeza colgará, sin duda, en la estaca número cien.

Al tercer día, totalmente apesadumbrado, fue al campo y se encontró con el zorro.

—¡Tú sabes encontrar todos los escondrijos! —dijo—. Yo te he dejado vivir; ahora dime tú a mí dónde puedo esconderme para que la hija del rey no me encuentre.



—Difícil me lo pones —contestó el zorro.

Y puso una cara preocupada. Finalmente gritó:

—¡Ya lo tengo!

Se fue con él a un manantial, se metió en él y salió disfrazado de mercader y tratante de animales. El muchacho se sumergió también en el agua y se transformó en una pequeña cobaya marina. El comerciante se dirigió a la ciudad mostrando al gracioso animalito. Se juntó mucha gente para verlo. Finalmente llegó también la hija del rey y, como le gustó tanto, se lo compró y le dio al comerciante mucho dinero por él. Antes de entregárselo le dijo:

—Cuando la princesa se dirija a la ventana, métete rápidamente bajo su trenza.

Entonces llegó el momento en que ella tenía que buscarlo. Fue a la ventana, pasó de la primera a la once y no lo vio. Pero cuando tampoco lo vio en la número doce, llena de miedo e ira, dio tales golpes que los cristales de las ventanas saltaron en miles de trozos y tembló todo el palacio. Regresó y, notando a la cobayita marina bajo su trenza, la cogió y la arrojó al suelo gritando:

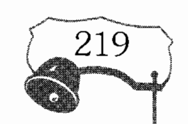
—¡Largo, fuera de mi vista!

El se volvió con el comerciante y ambos se fueron al manantial, donde se sumergieron y recobraron su verdadero aspecto. El joven le dio las gracias al zorro y dijo:

—El cuervo y el pez son tontísimos comparados contigo; tú te sabes el truco exacto, esa es la verdad.

El joven se encaminó directamente al palacio. La hija del rey le esperaba ya y se conformó con su destino. Se celebró la boda y él se convirtió en rey y señor de todo el reino. No contó nunca dónde se había escondido por tercera vez y quién le había ayudado, y así ella creyó que lo había hecho valiéndose de artes propias y le tenía respeto, pues pensaba para sí: «Este, sin duda, sabe más que tú.»





El ladrón de ladrones

Un día se sentaron ante una pobre casa un viejo con su mujer para descansar un poco del trabajo. De pronto apareció un lujoso carruaje tirado por cuatro caballos negros, del que se bajó un señor ricamente vestido. El campesino se levantó, se acercó al señor y le preguntó qué deseaba y en qué podía servirle. El forastero le dio la mano y le dijo:

—No deseo más que pròbar una comida campesina. Preparadme patatas como las que acostumbráis a comer vosotros: me sentaré con vosotros a la mesa y las comeré con gusto.

El campesino se rió y dijo:

—Sois un conde o un príncipe o incluso un duque; la gente noble tiene a veces tales caprichos. Vuestro deseo será cumplido.

La mujer se fue a la cocina y comenzó a lavar patatas y a rallarlas, porque quería preparar con ellas albóndigas como las que comen los campesinos. Mientras ella estaba trabajando, el campesino le dijo al forastero:

—Venid entretanto conmigo al jardín de la casa, donde todavía tengo algo que hacer.

En el jardín había cavado hoyos y ahora iba a plantar árboles en ellos.

—¿No tenéis ningún hijo que os ayude en el trabajo? —preguntó el extranjero.

—No —contestó el campesino—. La verdad es que tuve un hijo —añadió—, pero se fue hace ya mucho tiempo por el mundo. Era un joven díscolo, listo y agudo, pero no quería aprender nada y no hacía más que travesuras; por fin se marchó y, desde entonces, no sé nada de él.

El viejo cogió un arbolito, lo plantó en un agujero y clavó una estaca al lado; cuando ya lo había rodeado de tierra y lo tenía bien sujeto con una cuerda, ató el tronco fuertemente a la estaca por abajo, por arriba y por el centro.

—Pero dime —dijo el señor—. ¿Por qué no atas también a una estaca ese árbol torcido y nudoso de la esquina, que casi se inclina hasta el suelo, para que crezca derecho.

El viejo sonrió y dijo:

—Señor, habláis como sabéis; pero bien se ve que no os habéis ocupado nunca de jardinería. Ese árbol es viejo y está endurecido y nadie lo puede ya enderezar; a los árboles hay que enderezarlos cuando son jóvenes.

—Es el caso de tu hijo —dijo el forastero—. Si lo hubieras enderezado cuando era joven, no se hubiera ido; ahora se habrá hecho ya viejo y duro.

—Naturalmente —contestó el anciano—. Ya hace mucho tiempo y habrá cambiado.

—¿Lo reconocerías si lo vieras ahora?

—Por la cara, lo dudo —contestó el anciano—. Pero tiene en la espalda un lunar en forma de judía.

Al oír esto, el forastero se quitó la chaqueta, se descubrió el hombro y le enseñó al campesino la judía.

—¡Dios mío! —dijo el anciano—. Tú eres en verdad mi hijo.

Y el cariño por su hijo se despertó en su corazón.

—Pero —añadió—, ¿cómo puedes ser tú mi hijo? Eres un gran señor y vives en la riqueza y en la abundancia. ¿A dónde has ido a parar?

—¡Ay, padre! —respondió el hijo—. El joven árbol no fue atado a ninguna estaca y ha crecido torcido; ahora ya es muy mayor y no podrá enderezarse. ¿Que cómo he conseguido todo esto? Muy sencillo: soy ladrón. Pero no te asustes; soy ladrón de ladrones. Para mí no hay cerraduras ni cerrojos seguros; lo que me apetece es mío. Y no creas que robo como un vulgar ladrón: yo sólo cojo lo que les sobra a los ricos. La gente pobre está segura, y yo con gusto les doy a ellos algo antes que quitarles nada. Es decir, todo lo que puedo coger sin esfuerzo, astucia y habilidad, eso no lo toco.

—Ay, hijo mío —dijo el padre—, no me gusta nada; un ladrón es siempre un ladrón y te digo que eso no acabará bien.

Lo llevó ante su madre y, al oír que era su hijo, lloró de alegría; pero, cuando le dijo que se había hecho ladrón de ladrones, dos enormes lágrimas le cayeron por la cara. Finalmente dijo:

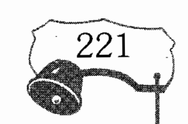
—Aunque sea un ladrón, sigue siendo mi hijo, y mis ojos lo han visto una vez más.

Se sentaron a la mesa, y él comió con sus padres la pobre comida que hacía tiempo que no había comido. El padre dijo:

—Si nuestro señor en el castillo se entera de quién eres y lo que haces, desde luego que no te tomará en brazos y te mecerá, como hizo cuando te sostuvo en la pila del bautismo, sino que dejará que te columpies en la cuerda de la horca.

—No te preocupes, padre mío; él no me hará nada, pues yo entiendo mi oficio. Y voy a ir hoy mismo a verlo.

Cuando se acercó la noche, el ladrón se subió en su carruaje y se dirigió al palacio.



El conde lo recibió con amabilidad, porque lo tuvo por un elegante señor.

Pero cuando el extranjero se dio a conocer, se calló durante un tiempo.

Finalmente dijo:

—Tú eres mi ahijado, por eso haré valer la gracia en lugar del derecho y seré tolerante contigo. Como te precias de ser ladrón de ladrones, quiero poner a prueba tu arte; pero si no la superas, haré que celebres tu boda con la hija del cordelero [1], y el gruñido de los cuervos será tu música.

—Señor conde —contestó el maestro—, pensad tres pruebas todo lo difíciles que queráis.

El conde meditó durante unos momentos y dijo:

—Bien, en primer lugar tendrás que robarme el caballo del establo; luego quitarnos a mí y a mi esposa la sábana de debajo del cuerpo mientras dormimos, sin que lo notemos, a la vez que la alianza de mi esposa; y en tercer lugar tienes que sacarme al párroco y al sacristán de la iglesia, pero ten bien en cuenta que con esto te juegas la vida.

El ladrón se fue a la ciudad más próxima. Allí le compró a una campesina mayor sus vestidos y se los puso, luego se pintó la cara de marrón y se pintó también arrugas, de modo que no lo hubiera reconocido nadie. Finalmente llenó un cubete con vino de Hungría reciente, en el cual había mezclado un fuerte bebedizo para dormir. Colocó el cubete en una cesta, se lo echó a la espalda y fue con pasos vacilantes y tambaleantes al palacio del conde.

Ya era de noche cuando llegó; se sentó en el patio en una piedra, comenzó a toser como si estuviera enferma del pecho y se frotaba las manos como si tuviera frío. Ante la puerta del establo de los caballos estaban los soldados alrededor del fuego; uno de ellos se dio cuenta de la presencia de la mujer y gritó:

—Acércate, abuelita, y caliéntate con nosotros. Tú no tienes dónde pasar la noche y tomas el primer lugar que encuentras al paso.

La anciana se acercó dando pasitos, pidió que le quitaran la cesta de la espalda y se sentó con ellos junto al fuego.

—¿Eh, vieja, qué tienes ahí? —preguntó uno.

—Un buen trago de vino —contestó ella—. Yo vivo del negocio: por dinero y buenas palabras os daré con gusto un vaso.

—Bien, trae —dijo el soldado; y, cuando hubo bebido un

[1] Es decir, con la horca.

vaso, añadió—: Pues sí que es bueno el vino; beberé con gusto un vaso más.

Se dejó llenar el vaso una vez más y los otros siguieron su ejemplo.

—Eh, camaradas —gritó a los que estaban sentados en el establo—, aquí hay una vieja que tiene vino tan viejo como ella misma; echaos también un trago, que eso os calentará el estómago mejor que el fuego.

La vieja llevó el cubete al establo. Uno estaba sentado en el caballo ensillado, otro tenía la brida en la mano y el tercero le había cogido por el rabo. Ella sirvió todo lo que se le pidió hasta que se acabó la fuente.

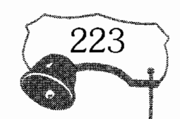
Poco tiempo después, a uno se le cayó la brida de la mano, se desplomó y comenzó a roncar; el otro soltó el rabo y roncó todavía más fuerte; el que estaba sentado en la silla de montar se dobló con la cabeza casi hasta el cuello del caballo, dormía y soplaba con la boca como el fuelle de un herrero. Los soldados de afuera se habían dormido hacía ya tiempo y estaban tirados por el suelo y tan inmóviles como si fueran de piedra. Cuando el ladrón de ladrones vio que todo le había salido bien, al uno, en vez de brida, le puso una cuerda en la mano, y al otro, que había sostenido el rabo, un estropajo. ¿Pero qué hacer con el que estaba sentado en la silla de montar? Tirarlo no quería, pues se hubiera despertado y provocado un buen alboroto. Pero tuvo una buena idea: desató la cincha, ató a la silla un par de cuerdas que colgaban de los aros en la pared y elevó al caballero dormido con la silla y todo a las alturas; luego enrolló las cuerdas en el poste y lo ató. Desató rápidamente al caballo de la cadena y, para no hacer ruido en el pavimento de piedra del patio que pudiera oírse en el castillo, le envolvió las herraduras con trapos viejos, lo sacó con precaución, se montó en él y salió de allí.

Cuando despuntó el día, saltó el ladrón sobre el caballo robado en dirección al palacio. El conde acababa de levantarse y estaba mirando por la ventana.

—Buenos días, señor conde —le gritó—. Aquí está el caballo que he tenido la suerte de sacar del establo. Mirad lo tranquilos y felices que duermen vuestros soldados y, si queréis ir al establo, veréis lo cómodos que están vuestros centinelas.

El conde se echó a reír y luego dijo:

—Una vez te ha salido bien, pero la segunda vez no te saldrá tan bien; y te prevengo: si te presentas como ladrón, serás tratado como ladrón.



Cuando la condesa se fue por la noche a la cama, cerró fuertemenfe la mano con la alianza, y el conde dijo:

—Todas las puertas están cerradas y con el cerrojo echado; yo permaneceré despierto y esperaré al ladrón; si sube por la ventana, le dispararé.

El ladrón de ladrones fue en la oscuridad a la horca, descolgó a un pobre pecador que habían ahorcado y se lo llevó a la espalda al palacio. Colocó una escalera ante la ventana de la habitación, se echó al muerto a la espalda y empezó a subir. Llegó arriba y, al asomar la cabeza del muerto, el conde, que acechaba en la cama, apareció en la ventana y disparó una pistola contra él; rápidamente el ladrón dejó caer al pobre pecador, saltó rápidamente de la escalera y se escondió en una esquina. Había luna y estaba tan clara que el ladrón pudo ver claramente cómo el conde saltaba por la ventana, bajaba por la escalera y se llevaba al muerto al jardín, donde empezó a cavar un hoyo.

«Ahora —pensó el ladrón— ha llegado el momento favorable.»

Se deslizó veloz desde su esquina y subió por la escalera al dormitorio de la condesa:

—Querida mujer —empezó imitando la voz del conde—, el ladrón está muerto, pero es mi ahijado y más un pícaro que un malvado; no quiero exponerlo a la vergüenza pública, pues también sus pobres padres me dan pena. Voy a enterrarlo yo mismo en el jardín antes de que sea de día para que la cosa no se haga pública. Dame la sábana para envolver el cadáver y lo enterraré como un perro.

La condesa le dio la sábana.

—¿Sabes una cosa? —dijo el ladrón—. Me ha dado un ataque de generosidad: dame el anillo y, ya que el desgraciado ha arriesgado su vida por él, que se lo lleve a la tumba.

Ella no quería llevarle la contraria al conde y, aunque a disgusto, se quitó el anillo del dedo y se lo dio. El ladrón se fue con las dos piezas y llegó felizmente a casa, antes de que el conde hubiera terminado con su trabajo de enterrador en el jardín.

¡Qué cara puso el conde cuando a la mañana siguiente llegó el ladrón de ladrones con la sábana y el anillo!

—¡Pero tú eres un brujo! ¿Quién te ha sacado de la tumba donde yo mismo te enterré y te ha resucitado?

—No me habéis enterrado a mí —dijo el ladrón—, sino al pobre pecador de la horca.

Le contó con todo detalle todo lo que había sucedido, y el conde tuvo que confesar que era un ladrón listo y astuto.

—Pero todavía no hemos llegado al final —añadió—. Aún tienes que superar la tercera prueba y, si no te sale bien, no te salvará nadie.

El ladrón se rió sin contestar.

Cuando ya había caído la noche, fue hasta la iglesia del pueblo con un gran saco a la espalda, un paquete bajo el brazo y una linterna en la mano. En el saco llevaba cangrejos y un paquete de velas pequeñas.

Entró en el camposanto, sacó un cangrejo y le pegó una vela a la espalda; luego encendió la lucecita, puso el cangrejo en el suelo y lo dejó que se arrastrara. Sacó otro cangrejo del saco e hizo lo mismo, y así prosiguió pegando velas hasta que hubo sacado el último cangrejo. Luego se puso una larga túnica negra, que parecía un hábito de monje, y se plantó una barba gris en la barbilla. Cuando estuvo convenientemente disfrazado, cogió el saco donde habían estado los cangrejos, fue a la iglesia y se subió al púlpito; la torre de reloj daba precisamente las doce; al dar la última campanada, gritó con voz alta y estridente:

—¡Oíd, pecadores! ¡Ha llegado el fin de todas las cosas y el juicio final está próximo! ¡Oíd, oíd! El que quiera venir al cielo conmigo que se meta en el saco. Yo soy San Pedro, el que abre y cierra la puerta del cielo. ¡Mirad cómo en el camposanto andan los muertos recogiendo sus huesos! ¡Venid, venid! ¡Entrad en el saco, que el mundo se acaba!

Los gritos resonaron por todo el pueblo. El párroco y el sacristán, que vivían cerca de la iglesia, fueron los primeros que los oyeron y, al ver las luces, que andaban dando vueltas por el camposanto, se dieron cuenta de que pasaba algo insólito y entraron en la iglesia. Oyeron el sermón durante un rato, y entonces el sacristán le dio un codazo al párroco, diciendo:

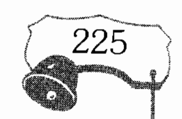
—Podríamos aprovechar la ocasión e irnos juntos antes de la llegada del juicio final; así entraríamos de forma fácil en el cielo.

—Naturalmente, eso mismo estaba pensando yo. Si os parece podemos ponernos en camino.

—Sí —contestó el sacristán—, pero vos, señor párroco, pasad delante, que yo os sigo.

El párroco fue delante y subió al púlpito, donde el ladrón le abrió el saco.

El párroco entró primero y luego el sacristán. Rápidamente cerró el saco, lo cogió de un brazado y bajó las escaleras del púlpito; cada vez que las cabezas de los dos estúpidos daban en la escalera gritaba:



—Ahora vamos por las montañas.

Luego los llevó de la misma manera por el pueblo y, cuando llegaban a los charcos, decía:

—Ahora pasamos por las húmedas nubes.

Finalmente, cuando subía la escalera del palacio, gritaba de esta manera:

—Ahora estamos en la escalera del cielo y pronto estaremos en el patio.

Al llegar arriba echó el saco en el palomar. Como las palomas empezaron a revolotear, dijo:

—Oíd cómo se alegran los ángeles y mueven las alas.

Luego echó el cerrojo y se marchó.

A la mañana siguiente fue a ver al conde y le dijo que había superado también la tercera prueba, pues había sacado al cura y al sacristán de la iglesia.

—¿Dónde los has dejado? —preguntó el señor.

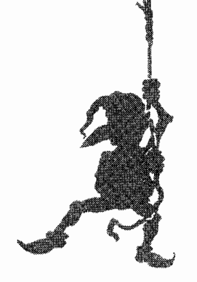
—Están metidos en un saco ahí arriba, en el palomar, y creen que están en el cielo.

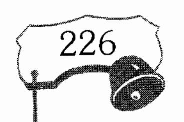
El conde subió él mismo y se convenció de que había dicho la verdad.

Cuando hubo liberado al párroco y al sacristán de la prisión, dijo:

—Ciertamente eres un ladrón de ladrones y has ganado. Por esta vez sales sano y salvo, pero espabila y sal de mi país, pues si vuelves a pisarlo, puedes contar con tu subida a la horca.

El ladrón de ladrones se despidió de sus padres, se fue por el ancho mundo y nadie ha sabido más de él.





El tamborilero

Una tarde iba un joven tamborilero solo por el campo y llegó a un lago en cuya orilla vio tres trocitos de lienzo.

—Qué lienzo tan fino —dijo.

Y se metió un trozo en el bolsillo. Regresó a casa y, sin pensar en su hallazgo, se metió en la cama. Pero precisamente cuando iba a dormirse, le pareció como si alguien dijera su nombre.

Atendió y oyó una voz suave que le decía:

—Tamborilero, tamborilero, despierta.

No podía ver a nadie, pues era noche cerrada, pero le daba la sensación de que una figura flotaba de un lado a otro de su cama.

—¿Qué quieres? —preguntó él.

—Devuélveme la camisita que me quitaste esta tarde en el lago —contestó la voz.

—Te la daré —dijo el tamborilero— si me dices quién eres.

—¡Ay! —contestó la voz—. Soy la hija de un poderoso rey, pero caí en manos de una bruja y estoy encerrada en la montaña de cristal. Cada día tengo que bañarme con mis hermanas en el lago, pero sin mi camisita no puedo volver volando. Mis hermanas se han marchado, pero yo he tenido que quedarme. Por favor, devuélveme mi camisita.

—Tranquilízate, pobre niña —dijo el tamborilero—. Te la devolveré gustosamente.

La sacó de su bolsillo y se la entregó en la oscuridad. Ella la cogió apresuradamente y se dispuso a irse con ella.

—Espera un momento —dijo él—, a lo mejor puedo ayudarte.

—Sólo puedes ayudarme si subes a la montaña de cristal y me liberas del poder de la bruja. Pero no podrás llegar a la montaña de cristal y, aunque te aproximaras mucho a ella, no podrías escalarla.

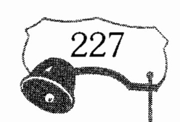
—Cuando quiero una cosa la hago —dijo el tamborilero—. Me das lástima y no temo a nada. Pero no sé el camino que lleva a la montaña de cristal.

—El camino pasa por el gran bosque que está habitado por los antropófagos —contestó ella—. Más no te puedo decir.

Luego oyó cómo ella se marchaba corriendo.

Al romper el día, el tamborilero se puso en camino, se colgó su tambor y se adentró sin miedo en el bosque.

Después de haber andado un rato sin ver a ningún gigante, pensó: «Tendré que despertar a esos dormilones.» Empezó a to-



car el tambor, armando tal estruendo que los pájaros salieron volando de los árboles con enorme griterío. No había pasado mucho tiempo cuando un gigante tan alto como un pino, que estaba durmiendo en la hierba, se levantó gritando:

—¡Eh, hombrecillo! ¿Por qué tocas aquí el tambor y me sacas del mejor sueño?

—Toco el tambor —contestó él—, porque vienen miles detrás de mí y así les indico el camino.

—¿Y qué quieren hacer aquí en mi bosque? —preguntó el gigante.

—Quieren acabar con tu vida y limpiar el bosque de un monstruo como tú.

—¡Qué risa! —dijo el gigante—. Os pisotearé como a hormigas.

—¿Crees que podrás hacer algo contra ellos? —dijo el tamborilero—. Cuando te agaches para pescar a uno, saltará y se esconderá y, cuando te tumbes y te duermas, saldrán todos de los matorrales y treparán sobre ti. Cada uno tiene un martillo de acero en el cinturón y con él te triturarán el cerebro.

El gigante se puso de mal humor y se dijo:

«Si me ocupo de este pueblo astuto, puede ser mi perdición. A los lobos y a los osos los acogoto, pero frente a estos gusanos no sé cómo apañármelas.»

—Escucha, muchachito —dijo—. Márchate y te prometo que en el futuro os dejaré en paz a ti y a tus compañeros. Si tienes algún deseo, dímelo, que quiero hacer algo por ti.

—Tú tienes piernas largas —dijo el tamborilero— y puedes correr mucho más aprisa que yo. Llévame hasta el monte de cristal y haré a los míos una señal para que retrocedan y te dejen en paz.

—Ven, gusano —dijo el gigante—, siéntate en mi espalda; yo te llevaré hasta donde quieres.

El gigante lo alzó y el tamborilero, una vez arriba, empezó a tocar con todas sus fuerzas el tambor.

El gigante pensó: «Esa debe ser la señal para que los otros retrocedan.»

Poco después se encontraron en el camino con otro gigante, que cogió al tamborilero y lo metió en su ojal. El tamborilero se agarró al botón, que era tan grande como un plato enorme, se sujetó y miraba a su alrededor con gran gozo. Luego llegó un tercero, que lo cogió del ojal y se lo puso en el ala del sombrero. El tamborilero se paseaba por allá arriba de un lado a otro, mirando más allá de los árboles; al fin vislumbró en la lejanía una monta-

ña y pensó: «Esa debe ser la montaña de cristal.» Y, en efecto, lo era.

El gigante dio unos cuantos pasos más y llegaron al pie de la montaña, donde lo dejó. El tamborilero pidió que lo llevara hasta la cima de la montaña de cristal, pero el gigante meneó la cabeza, murmuró algo para sí y se volvió al bosque.

Ahora se encontraba el pobre tamborilero ante la montaña, que era tan alta como si hubieran puesto tres montañas, una encima de otra, y al mismo tiempo tan lisa como un espejo, y no sabía cómo llegar arriba.

Empezó a escalarla, pero en vano: se resbalaba siempre para abajo.

«Si yo fuera un pájaro...», pensó.

Pero de qué servía desear: no por eso le salieron alas.

Mientras estaba allí sin saber qué hacer divisó no lejos de allí a dos hombres que discutían acaloradamente. Se dirigió a ellos y vio que se peleaban por una silla de montar que estaba tirada en el suelo y que cada uno quería para sí.

—¡Pero qué estúpidos sois! —dijo—. Os peleáis por una silla de montar y no tenéis caballo a quien ponérsela.

—Esta silla de montar vale mucho y por eso nos peleamos —contestó uno de los hombres—: el que se siente en ella y desee ir a cualquier lado, aunque sea el fin del mundo, llegará allí en el mismo momento de pronunciar su deseo. La silla nos pertenece a los dos y ahora me toca montarla a mí, pero éste no quiere dejarme.

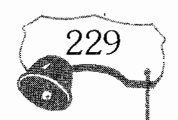
—Yo terminaré pronto con esta discusión —dijo el tamborilero.

Se alejó un trecho y clavó una estaca blanca en la tierra. Luego regresó y dijo:

—Ahora corred hacia la meta. El que llegue el primero será también el primero en cabalgar.

Ambos se pusieron rápidamente a correr, pero apenas habían dado unos pasos cuando el tamborilero se montó en la silla, deseó estar en la montaña de cristal y en un abrir y cerrar de ojos estaba arriba.

Encima de la montaña había un páramo y en él una vieja casa de piedra; delante de ella había un estanque de peces y detrás un bosque tenebroso. No vio animales ni hombres y todo estaba en silencio; sólo el viento susurraba entre los árboles y las nubes pasaban muy cercanas por encima de su cabeza. Se acercó a la puerta y llamó tres veces. A la tercera le abrió una anciana de



cara tétrica y ojos rojos; llevaba unas gafas en su nariz y le miró severamente. Luego le preguntó qué quería.

—Entrada, comida y cama —contestó el tamborilero.

—Lo tendrás —dijo la anciana—, si a cambio me haces tres tareas.

—¿Por qué no? —contestó—. No me asusta el trabajo, aunque sea muy costoso.

La vieja lo dejó entrar, le dio comida y por la noche una cama cómoda.

A la mañana siguiente, después de haber descansado bien, cogió la anciana un dedal de sus delgados dedos, se lo dio al tamborilero y dijo:

—Ahora ve a trabajar: tu tarea consiste en vaciar el estanque de ahí fuera con este dedal, pero tienes que terminarlo antes de que sea de noche y todos los peces que están en el agua deben estar ordenados uno al lado del otro según su clase y tamaño.

«¡Qué trabajo más extraño!», se dijo el tamborilero.

Sin embargo, se dirigió al estanque y empezó a vaciarlo. Estuvo sacando agua toda la mañana, ¿pero qué se puede hacer con un dedal en una gran cantidad de agua, aunque esté uno mil años vaciándola? Cuando llegó el mediodía, pensó: «Todo es inútil y da lo mismo que trabaje o no.»

Se detuvo y se sentó.

Entonces salió una muchacha de la casa, le trajo una cesta con comida y dijo:

—¿Qué te pasa, que estás ahí sentado tan triste?

El la miró y vio que era bellísima:

—¡Ah! —dijo—. Si no puedo realizar la primera tarea, ¿qué pasará con las otras? He venido en busca de una princesa que debería vivir aquí, pero no la he encontrado; seguiré mi camino.

—Quédate aquí —dijo la muchacha—, que yo te ayudaré a salir del apuro. Estás cansado, recuesta tu cabeza en mi regazo y duerme. Cuando despiertes, el trabajo estará hecho.

El tamborilero no se lo hizo repetir dos veces. En cuanto se le cerraron los ojos, ella dio la vuelta a un anillo maravilloso y dijo:

—Agua hacia arriba, peces fuera.

Rápidamente subió el agua como una blanca niebla a las alturas y se perdió entre otras nubes; los peces, siseando, saltaron a la orilla y se colocaron uno al lado del otro, según su tamaño y clase.

Cuando el tamborilero se despertó vio, asombrado, que todo había sido realizado.

Pero la muchacha dijo:

—Uno de los peces no está con los suyos, sino aparte y solo. Cuando la vieja llegue esta tarde y vea que todo se ha hecho como ella había exigido, preguntará: «¿Y qué hace este pez aquí?» Entonces lánzaselo a la cara y di: «Este es para ti, vieja bruja.»

Por la tarde llegó la vieja y, cuando hubo planteado la pregunta, él le lanzó el pez a la cara. Ella hizo como si no se hubiera dado cuenta y se calló, pero lo miró con ojos aviesos.

A la mañana siguiente le dijo:

—Ayer lo tuviste muy fácil; tendré que encargarte tareas más difíciles. Hoy tienes que talar todo el bosque, partir la leña y colocarla en brazadas; por la tarde tiene que estar hecho todo.

Le dio un hacha, un mazo y dos cuñas. Pero el hacha era de plomo y el mazo y las dos cuñas de latón. Cuando empezó a talar, el hacha se torció y el mazo y las dos cuñas se rompieron. No sabía qué hacer, pero a mediodía llegó la muchacha con la comida y lo consoló diciendo:

—Recuesta tu cabeza en mi regazo y duerme. Cuando despiertes, el trabajo estará hecho.

Dio la vuelta a su anillo maravilloso y al momento se hundió el bosque de un crujido; la leña se partió sola y se colocó en brazadas; daba la sensación de que gigantes invisibles habían realizado la tarea. Cuando despertó, le dijo la muchacha:

—¿Ves? La leña está ordenada y colocada. Sólo queda una rama, pero cuando venga la vieja esta tarde y pregunte qué hace esta rama aquí, dale con ella un golpe y di: «Esa es para ti, vieja bruja.»

La vieja llegó y dijo:

—¿Ves qué fácil era el trabajo? Pero, ¿qué hace esa rama ahí?

—Esa es para ti, vieja bruja —contestó él, dándole un golpe con ella.

Ella hizo como si no sintiera nada, se rió burlonamente y dijo:

—Mañana temprano harás un montón con toda la leña, le prendes fuego y la dejas arder.

Se levantó al despuntar el día y empezó a juntar la leña, ¿pero cómo puede un hombre solo reunir todo un bosque? El trabajo no avanzaba. Pero la muchacha no lo abandonó en la necesidad: a mediodía le trajo la comida y, después de comer, recostó la cabeza en su regazo y se durmió. Cuando se despertó ardía toda la pila de leña en una gran llama, que elevaba sus lenguas hasta el cielo.

—Atiende —dijo la muchacha—: cuando llegue la bruja, te encargará todas las cosas posibles; haz sin miedo todo lo que te pida y así no podrá hacer nada contra ti. Si tienes miedo, te apresará el fuego y te devorará. Al final, cuando hayas hecho todo, cógela con las dos manos y lánzala en medio de la hoguera.

La muchacha se fue, y la bruja se acercó sigilosamente:

—¡Huy qué frío tengo! —dijo—. Este fuego que arde calentará mis viejos huesos y me hará bien. Pero ahí veo un leño que no arde, tráemelo. Si haces esto, serás libre y podrás marcharte donde quieras. Así que ánimo.

El tamborilero no se lo pensó poco ni mucho y saltó en mitad de las llamas; pero no le hicieron nada y ni siquiera le tocaron los cabellos. El sacó el leño y lo puso en el suelo. Apenas el leño había tocado la tierra cuando se transformó en la hermosa muchacha que le había ayudado en la necesidad, y por los trajes de seda que llevaba y que brillaban como el oro se dio cuenta de que era la princesa. Pero la vieja soltó una carcajada mordaz diciendo:

—Crees que ya es tuya, pero todavía no lo es.

Y se dispuso a lanzarse sobre la doncella para llevársela, pero entonces él agarró a la bruja con las dos manos y, levantándola en alto con ambas manos, la arrojó entre las fauces de las llamas, que se cerraron sobre ella, como si se alegraran de poder devorar a la bruja. La princesa miró al tamborilero y vio que era un apuesto joven. Pensó que había arriesgado su vida para liberarla y, dándole la mano, dijo:

—Tú te lo has jugado todo por mí y ahora quiero yo hacerlo todo por ti. Si me prometes fidelidad, serás mi esposo. Riquezas no nos faltan, pues tenemos suficiente con lo que la bruja ha reunido aquí.

Lo llevó a la casa, donde vieron cajas y cajones llenos de tesoros. Dejaron el oro y la plata y sólo cogieron las piedras preciosas. No querían seguir más tiempo en la montaña de cristal. Y entonces él dijo:

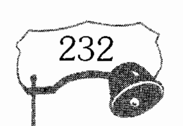
—Siéntate en mi silla de montar y así volaremos como los pájaros.

—La vieja silla no me gusta —dijo ella—. Sólo necesito dar la vuelta a mi anillo maravilloso y estaremos en casa.

—Bien —contestó el tamborilero—, desea que estemos a las puertas de la ciudad.

En un momento estuvieron allí, pero el tamborilero dijo:

—Primero quiero ir a casa de mis padres y darles la noticia; espérame en el campo, que pronto estaré de vuelta.



—¡Ay! —dijo la princesa—. Ten cuidado y, cuando llegues, no beses a tus padres en la mejilla derecha, pues entonces lo olvidarás todo y yo me quedaré aquí sola y abandonada en el campo.

—¿Pero cómo podría olvidarte? —dijo él.

Y, levantando su mano derecha, le prometió que volvería muy pronto.

Cuando entró en la casa paterna, nadie sabía quién era, de tanto como había cambiado, pues los tres días que había pasado en la montaña de cristal habían sido tres largos años.

Entonces se dio a conocer, y sus padres, de alegría, se le echaron al cuello. Y él se conmovió tanto que los besó en las dos mejillas sin acordarse de las palabras de la muchacha. Pero apenas les había dado el beso en la mejilla derecha, la princesa desapareció de su pensamiento. Vació sus bolsillos y puso puñados de piedras preciosas sobre la mesa. Los padres no sabían qué hacer con tanta riqueza. El padre se construyó un palacio, rodeado de jardines, bosques y praderas como si fuera a vivir allí un príncipe. Y, cuando estaba terminado, dijo la madre:

—He buscado una muchacha para ti y dentro de tres días se celebrará la boda.

La pobre princesa estuvo mucho tiempo ante las puertas de la ciudad, esperando al joven. Cuando se hizo de noche dijo:

—Seguro que ha besado a sus padres en la mejilla derecha y me ha olvidado.

Su alma se llenó de tristeza y, en vez de volver a la corte de su padre, prefirió ir a una casita abandonada del bosque. Todas las tardes iba a la ciudad y pasaba por su casa, pero él no la reconocía. Finalmente oyó que la gente decía:

—Mañana será la boda.

Entonces ella dijo:

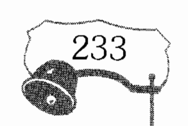
—Intentaré ganar otra vez su corazón.

El primer día de la boda dio la vuelta a su anillo maravilloso y dijo:

—Quiero un traje tan brillante como el sol.

Rápidamente tuvo ante sus ojos un traje tan brillante como si estuviera tejido con rayos de sol. Estaban todos los huéspedes reunidos en la sala y, cuando ella entró, todo el mundo se maravilló del hermoso traje, pero sobre todo la novia; y, como los hermosos trajes eran su gran capricho, se dirigió a la desconocida y le preguntó si no lo quería vender.

—Por dinero no —contestó ella—, pero si puedo pasar esta noche ante la puerta de la habitación del novio, lo regalo.



La novia no pudo dominar su deseo y aceptó, pero le dio al novio un somnífero mezclado con el vino que tomó antes de acostarse, y él se sumergió en un profundo sueño. Cuando todo estaba en silencio, la princesa se acurrucó ante la puerta del dormitorio, la abrió un poco y gritó:

—Tamborilero, tamborilero,
¿me has olvidado del todo ya?
¿Tú no estuviste conmigo acaso
en la montaña, la de cristal?
¿No te he salvado yo de la bruja?
¿No me juraste fidelidad?
Tamborilero, tamborilero,
¿me has olvidado del todo ya?

Pero todo fue inútil. El tamborilero no se despertó y, al llegar la mañana, la princesa tuvo que marcharse con las manos vacías. A la segunda tarde dio la vuelta a su anillo maravilloso y dijo:

—Quiero un traje tan plateado como la luna.

Cuando ella apareció en la fiesta con el traje, tan suave como un rayo de luna, de nuevo despertó el deseo de la novia, y se lo dio a cambio de permitirle pasar también la segunda noche ante la puerta de la habitación. Allí dijo ella en el silencio nocturno:

—Tamborilero, tamborilero,
¿me has olvidado del todo ya?
¿Tú no estuviste conmigo acaso
en la montaña, la de cristal?
¿No te he salvado yo de la bruja?
¿No me juraste fidelidad?
Tamborilero, tamborilero,
¿me has olvidado del todo ya?

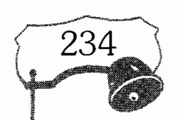
Pero el tamborilero, adormecido por el somnífero, no pudo despertarse. Llena de tristeza regresó a la mañana siguiente a su casa del bosque. Pero la gente de la casa había oído los lamentos de la desconocida y se lo contaron al novio. También le dijeron que él no había podido oírlos porque le habían echado un somnífero en el vino.

La tercera tarde, la princesa dio una vuelta a su anillo maravilloso y dijo:

—Quiero un traje que centellee como las estrellas.

Cuando apareció en la fiesta con él, la novia se puso fuera de sí por la magnificencia del traje, que superaba a los otros, y dijo:

—Quiero tenerlo y lo tendré.



La muchacha se lo dio a cambio de que le permitiera pasar la noche ante la puerta de la habitación del novio. Pero el novio no bebió el vino que le habían ofrecido antes de irse a dormir, sino que lo derramó detrás de la cama. Y cuando el silencio reinaba en la casa, oyó una dulce voz que lo llamaba:

—Tamborilero, tamborilero,
¿me has olvidado del todo ya?
¿Tú no estuviste conmigo acaso
en la montaña, la de cristal?
¿No te he salvado yo de la bruja?
¿No me juraste fidelidad?
Tamborilero, tamborilero,
¿me has olvidado del todo ya?

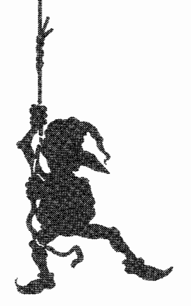
De pronto recuperó la memoria.

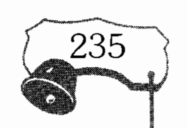
—¡Ay! —gritó—. ¿Cómo he podido obrar tan infielmente? El beso que di a mis padres en la mejilla derecha, por la alegría de mi corazón, tiene la culpa de que yo me haya aturdido.

Saltó, tomó a la princesa de la mano y la llevó ante la cama de sus padres:

—Esta es mi verdadera novia —dijo—, y si me casara con la otra, cometería una verdadera injusticia.

Los padres, al saber cómo había sucedido todo, dieron su consentimiento. Entonces se encendieron las luces en la sala de nuevo; se trajeron trompas y trompetas, se invitó a los amigos y parientes y se celebró la verdadera boda con gran regocijo. La primera novia conservó los hermosos trajes en recompensa y se sintió contenta.





La espiga

En tiempos remotos, cuando Dios en persona andaba por la tierra, era la fertilidad del suelo mucho mayor que ahora; en aquellos tiempos, las espigas eran cincuenta, sesenta e incluso cuatrocientas o quinientas veces más grandes. Los granos crecían en el tallo de abajo arriba y la espiga era tan larga como el tallo. Pero los hombres son como son: en la abundancia no atienden a la bendición que viene de Dios, y se hacen indiferentes y superficiales.

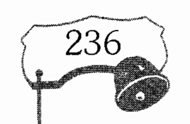
Una tarde iba una mujer por un campo de trigo, y su hijo, que saltaba junto a ella, se cayó en un charco y se ensució. Entonces la madre arrancó un puñado de las hermosas espigas y le limpió con ellas el traje. Al ver aquello el Señor, que pasaba por allí en ese momento, se irritó y dijo:

—De ahora en adelante el tallo se quedará sin espiga. Los hombres no se merecen el don celestial.

Los que estaban por allí se asustaron, cayeron de rodillas y le suplicaron que por piedad dejara algo en el tallo, aunque no se lo merecieran, siquiera por las pobres gallinas, que si no se morirían de hambre.

El Señor, que vio su necesidad, se apiadó y aceptó la petición. Por tanto, quedó arriba la espiga, como crece ahora.





El túmulo

Un rico campesino estaba un día en su patio mirando sus campos y jardines; el trigo crecía copiosamente y los árboles estaban llenos de fruta. Los cereales del año anterior estaban todavía acumulados en grandes montones en el granero, de tal manera que las vigas casi no podían sostenerlo. Fue al establo, vio los bueyes cebados, las vacas gordas y los caballos brillantes. Finalmente regresó a su habitación y echó una mirada a las cajas de hierro donde tenía el dinero. Pero, estando allí, de pronto sintió unos golpes fuertes, mas no en la puerta de su habitación, sino en la puerta de su corazón. Ésta se abrió y oyó una voz que le decía:

—¿Has ayudado a los tuyos? ¿Has tenido en cuenta la necesidad de los pobres? ¿Has compartido el pan con los pobres? ¿Te ha bastado con lo que poseías o has querido todavía más?

El corazón no dudó en responder:

—He sido duro y sin compasión, y nunca les he mostrado a los míos nada bueno. Si ha llegado un pobre he vuelto la cara. No me he preocupado de Dios, sino que sólo he pensado en aumentar mi riqueza. Aunque hubiera sido mío todo lo que cubre la tierra no me habría bastado.

Cuando oyó esta respuesta, se asustó enormemente; las rodillas comenzaron a temblarle y tuvo que sentarse. Volvieron a llamar, pero esta vez era en su habitación. Era su vecino, un pobre hombre que tenía un montón de hijos que no podía alimentar.

«Sé que mi vecino es rico —pensó el pobre—, pero es al mismo tiempo muy duro; creo que no me ayudará, pero mis hijos piden pan y lo intentaré.» Así que dijo al rico:

—Ya sé que no os gusta dar nada, pero estoy aquí porque tengo el agua al cuello; mis hijos pasan hambre; prestadme unas cuarenta y cinco fanegas de trigo.

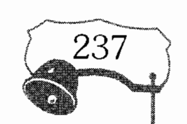
El rico lo observó largamente, y un rayo del sol de la clemencia comenzó a derretir una gota del hielo de la codicia.

—No te prestaré cuarenta y cinco fanegas —contestó—, sino que te regalaré noventa y seis, pero con una condición.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo el pobre.

—Cuando me muera, tienes que pasar tres noches en mi tumba.

Al campesino le resultó la proposición un poco tenebrosa, pero, ante la necesidad en que se encontraba, hubiera accedido a todo. Así que aceptó y se llevó el grano a casa.



Era como si el rico hubiera previsto lo que iba a suceder: Tres días después cayó al suelo muerto; nadie supo cómo había pasado, pero nadie sintió su muerte. Cuando lo enterraron, el pobre se acordó de su promesa; con gusto se hubiera librado de ella, pero pensó: «El se ha mostrado contigo compasivo a pesar de todo, y con su trigo has podido saciar a tus hijos; y aunque no fuera así, has dado tu palabra y tienes que cumplirla.»

Al caer la noche fue al cementerio y se sentó en el túmulo. Todo estaba en silencio, sólo la luna iluminaba el túmulo y a veces pasaba una lechuza que dejaba oír sus tonos lastimosos. Cuando salió el sol, el campesino volvió a casa indemne, y también la segunda noche transcurrió tranquila. Pero en la noche del tercer día sintió un miedo intenso; era como si le fuera a ocurrir algo. Al salir, vio en el muro del cementerio a un hombre que no había visto nunca. No era joven, tenía cicatrices en la cara y sus ojos miraban intensamente como si fueran de fuego. Iba envuelto en un viejo abrigo y sólo se le veían unas viejas botas de montar.

—¿Qué buscáis aquí? —le dijo el campesino—. ¿No os da miedo el solitario cementerio?

—No busco nada —contestó el otro—, pero tampoco tengo miedo de nada. Soy como el joven que fue a aprender lo que era el miedo y se esforzó en vano, pero que obtuvo como esposa a una princesa y, con ella, sus grandes riquezas. Yo siempre he sido pobre; no soy más un un pobre soldado licenciado y quiero pasar la noche aquí, pues no tengo cobijo en ninguna otra parte.

—Si no tenéis miedo —dijo el campesino—, quedaos conmigo y ayudadme a velar la tumba.

—Velar es cosa de soldados —contestó él—. Lo que aquí nos pase, ya sea malo o bueno, lo soportaremos juntos.

El campesino tomó el camino y se sentaron juntos en la tumba.

Todo permaneció en silencio hasta la media noche; entonces se oyó un silbido cortante en el aire, y ambos vigilantes vieron ante ellos al Malo, que gritaba:

—¡Fuera de aquí, pícaros! El que está en la tumba es mío y me lo quiero llevar. Si no os vais, os retorceré el pescuezo.

—Señor de la pluma roja —dijo el soldado—, vos no sois mi capitán y no tengo por qué obedeceros. Todavía no he aprendido lo que es el miedo, así que seguid vuestro camino, que nosotros nos quedamos aquí.

El diablo pensó: «Con dinero pescarás mejor a estos dos miserables.» Y, poniéndose suave, preguntó si no querían una bolsa de oro e irse con ella a casa.

—¡Lo que hay que oír! —contestó el soldado—. Con una bolsa de oro no tenemos ni para empezar. Si queréis darnos tanto oro como quepa en una de mis botas, entonces abandonaremos el campo y nos marcharemos.

—No tengo tanto conmigo —dijo el diablo—, pero lo traeré; en la ciudad vecina hay un prestamista que es buen amigo mío y me prestará con gusto esa cantidad.

Cuando el diablo hubo desaparecido, el soldado se quitó su bota izquierda y dijo:

—A ese deshollinador vamos a tomarle el pelo; dadme vuestro cuchillo, compadre.

Le cortó la suela a la bota y la colocó junto a la colina en la crecida hierba al borde de una fosa medio abierta.

—Así está bien —dijo—. Ahora ya puede venir el deshollinador.

Ambos se sentaron y esperaron. Poco después apareció el diablo con un saquito de oro en la mano.

—Echadlo dentro —dijo el soldado levantando la bota un poco—, pero me parece que no será suficiente.

El negro vació el saquito, el oro cayó y la bota siguió vacía.

—¡Estúpido demonio! —gritó el soldado—. No es decente, ¿no lo había dicho ya? Daos la vuelta y traed más.

El diablo meneó la cabeza, se dio la vuelta y regresó al cabo de una hora, con un saco mucho mayor bajo el brazo.

—Bien repleto —contestó el soldado—, pero dudo que la bota se llene.

El oro sonaba al caer y la bota seguía vacía. El diablo miró con sus ojos encendidos dentro de ella y se convenció de la verdad.

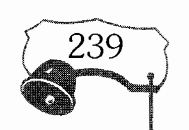
—¡Tenéis unas pantorrillas descaradamente gordas! —gritó, torciendo la boca.

—¿Pensáis acaso —contestó el soldado— que yo tengo una pata de caballo como vos? ¿Desde cuándo sois tan mezquino? Procurad traer más oro o, si no, no hay nada de nuestro trato.

El demonio se marchó. Esta vez tardó más en volver y, cuando al fin apareció, venía jadeando bajo el peso de un saco a la espalda. Lo echó en la bota, que no se llenó más que antes. Furioso, quiso quitarle al soldado la bota de la mano, pero en ese momento apareció el primer rayo del sol naciente en el cielo, y el mal espíritu huyó dando gritos. La pobre alma se había salvado.

El campesino quiso repartir el dinero, pero el soldado dijo:

—Da a los pobres la parte que me pertenece; yo me iré contigo a tu cabaña y de ahora en adelante viviremos en paz y tranquilidad el tiempo que Dios quiera.



El viejo Rinkrank

Había una vez un rey que tenía una hija. Un día mandó construir una montaña de cristal y dijo que el que pudiera pasarla sin caerse tendría a su hija por esposa. Había un joven que quería mucho a la princesa y preguntó al rey si no podría obtener a su hija.

—Sí —dijo el rey—. Si logras pasar la montaña sin caerte, la obtendrás.

La princesa dijo que quería pasar la montaña con él para ayudarle si se caía. Así que los dos subieron a la montaña y, estando en medio de ella, la princesa resbaló, se cayó y la montaña de cristal se abrió y ella cayó dentro. El novio no pudo ver a dónde había caído, porque la montaña se cerró en seguida. Empezó a lamentarse y a llorar, y el rey también se puso muy triste; mandó quitar la montaña, porque creía que así podría sacarla de allí, pero no se veía el lugar donde había caído.

Mientras tanto, la princesa atravesó el suelo y llegó a una cueva muy grande. Apareció un hombre viejo con una barba larga y gris, y le dijo que si quería ser su criada y hacer lo que él mandara la dejaría con vida; de otro modo, la mataría. Entonces ella hizo todo lo que él mandó. Por la mañana él tomó una escalera y una bolsa, apoyó la escalera y salió de la montaña; luego recogió la escalera y se la llevó consigo. Ella tenía que guisarle la comida, hacerle la cama y todo el trabajo; cada vez que él volvía a casa traía un montón de oro y plata consigo.

Después de haber estado muchos años con él y haber envejecido, él la llamó señora Mansrot y ella tenía que llamarle viejo Rinkrank. Una vez en que él estaba fuera, ella le hizo la cama, fregó los cacharros y luego cerró las puertas y las ventantas bien cerradas, pero dejó abierto un tragaluz. Cuando volvió el viejo Rinkrank, llamó a la puerta diciendo:

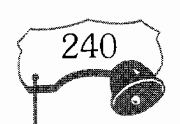
—¡Señora Mansrot, abre la puerta!

—No —dijo ella—. No te abriré la puerta, viejo Rinkrank.

Entonces él dijo:

—Aquí estoy, pobre Rinkrank,
tengo las piernas cansadas;
vamos, señora Mansrot,
friega los cacharros, anda.

—Ya los he fregado —dijo ella.



Entonces él volvió a decir:

—Aquí estoy, pobre Rinkrank,
tengo las piernas cansadas:
vamos, señora Mansrot,
hazme en seguida la cama.

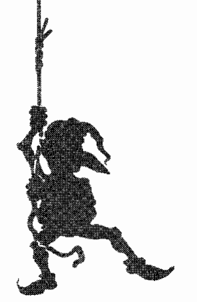
—Ya la he hecho —dijo ella.
Entonces él volvió a decir:

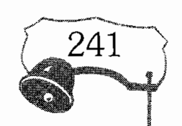
—Aquí estoy, pobre Rinkrank,
tengo las piernas cansadas;
vamos, señora Mansrot,
ábreme la puerta, vaga.

Entonces él dio la vuelta a toda la casa y, al ver que el tragaluz estaba abierto, pensó: «Tienes que saber lo que está tramando y por qué no quiere abrirme la puerta.»

Fue a mirar por el tragaluz, pero no pudo asomar la cabeza a causa de su larga barba. Entonces metió primero la barba por el agujero y, una vez metida, la señora Mansrot cerró el tragaluz, le ató con una cuerda, y la barba quedó atrapada. Entonces él empezó a gritar y a lamentarse, y a rogarle que le soltara. Pero ella dijo que no le soltaría hasta que le dijera dónde estaba la escalera con la que se salía de la montaña. Y, quieras que no, tuvo que decirle dónde estaba la escalera. Entonces ella ató una cuerda muy larga al tragaluz, apoyó la escalera, salió de la montaña y, cuando estaba arriba, abrió el tragaluz tirando de la cuerda.

Se fue con su padre y le contó todo lo que había pasado. El rey se puso muy contento, y también el novio, que estaba allí todavía. Fueron a la montaña, la excavaron y encontraron al viejo Rinkrank con todo su oro y plata. Entonces mandó el rey matar al viejo Rinkrank y se llevó todo el oro y plata. Y la princesa tomó a su antiguo novio por esposo y regresaron contentos y felices.





La bola de cristal

Erase una vez una bruja que tenía tres hijos; los tres hermanos se querían fraternalmente, pero la vieja desconfiaba de ellos, pues pensaba que le querían robar su poder. Entonces convirtió al mayor en un águila, que fue a vivir a una montaña rocosa, y a veces se le veía cernirse en el cielo haciendo grandes círculos de arriba abajo. Al segundo le convirtió en una ballena, que fue a vivir a las profundidades del mar, y solamente se veía cómo a veces lanzaba un poderoso chorro de agua a la superficie. Ambos recobraban su aspecto natural sólo dos horas al día. El tercer hijo, temiendo que ella quisiera transformarlo en un animal feroz, en un oso o en un lobo, se marchó secretamente de la casa.

Había oído decir que en el palacio del sol dorado vivía una princesa encantada esperando su liberación; pero estaba en juego la vida del que intentase liberarla: de hecho ya veintidós jóvenes habían sufrido una muerte miserable, y sólo otro más podría intentarlo ya; después no habría más oportunidades. Como su corazón no sentía miedo alguno, se decidió a buscar el palacio del sol dorado. Anduvo durante largo tiempo sin poder encontrarlo. Entonces fue a parar a un gran bosque del que no sabía salir. De pronto divisó en la lejanía dos gigantes que le hicieron señas; cuando se acercó a ellos, dijeron:

—Estamos peleando por un sombrero para ver quién se lo lleva, pero, como somos los dos igual de fuertes, no puede ninguno vencer al otro. Los hombres pequeños son más inteligentes que nosotros y, por eso, queremos dejarte a ti la decisión.

—¿Pero cómo podéis pelearos por un sombrero? —dijo el joven.

—Tú no sabes las cualidades que tiene: es un sombrero maravilloso, y el que se le ponga puede desear ir al sitio que quiera y estar allí en un momento.

—Dadme el sombrero —dijo el joven—; voy a adelantarme un poco y, cuando os llame, echad a correr: el primero que me alcance se llevará el sombrero.

Se puso el sombrero y partió sin dejar de pensar en la princesa; se olvidó de los gigantes y siguió andando. De pronto suspiró en lo más profundo de su corazón y dijo:

—¡Ay! ¡Si estuviera ya en el palacio del sol dorado...!

Apenas habían salido estas palabras de sus labios, cuando se encontró en una gran montaña ante la entrada del palacio.

Entró y recorrió todas las habitaciones, hasta que en la última encontró a la princesa. iPero cuál no sería su horror al verla! Tenía el rostro color gris ceniza, lleno de arrugas, los ojos turbios y los cabellos rojos.

—¿Sois vos la princesa cuya belleza alaba todo el mundo? —exclamó.

—iAy! —respondió ella—. Esta no es mi apariencia; los ojos humanos sólo pueden verme bajo esta fealdad; pero, para que sepas cuál es mi verdadero aspecto, mira en el espejo que no se deja engañar: él te mostrará mi imagen como es en realidad.

Le dio el espejo en la mano y vio en él la imagen de la doncella más hermosa que había en la tierra, y vio cómo, de tristeza, le rodaban las lágrimas por las mejillas.

A continuación dijo él:

—¿Y qué hay que hacer para liberarte? A mí no me asusta ningún peligro.

Ella dijo:

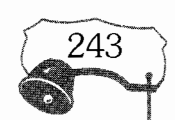
—El que consiga la bola de cristal y la ponga ante el mago romperá su poder, y yo recobraré mi verdadera apariencia. iAy! —añadió ella—. Ya muchos han perdido la vida en el intento, y me da pena que expongas tu sangre joven a tamaños peligros.

—Nada me detendrá —dijo él—, pero dime qué tengo que hacer.

—Tienes que saberlo todo —dijo la princesa—. Cuando bajes la montaña donde se encuentra el palacio, verás en un manantial un urogallo salvaje y tendrás que luchar con él. Si tienes la suerte de vencerlo, se convertirá en un pájaro de fuego que se elevará volando y que lleva en su cuerpo un huevo ardiendo, en el que está escondida, en forma de yema, la bola de cristal. No dejará caer el huevo hasta que se vea obligado a ello; pero, si el huevo cae a tierra, se prenderá y quemará todo lo que haya en su proximidad, y el mismo huevo se diluirá y con él la bola de cristal; entonces todos tus esfuerzos habrán sido vanos.

El joven descendió en dirección al manantial donde el urogallo resoplaba y le gruñía. Después de una larga pelea le clavó su espada en el cuerpo y él se desplomó. En ese momento salió de él un pájaro de fuego que quiso alejarse volando, pero un águila que pasaba por las nubes —y que era el hermano del joven— se precipitó hacia él, lo acosó hasta el mar y le atacó a picotazos, de tal modo que ante el acoso dejó caer el huevo.

Pero no cayó en el mar, sino en una cabaña de pescadores, la cual empezó a echar humo y a arder. Pero entonces surgieron



del mar dos enormes olas, que anegaron la cabaña y dominaron el fuego.

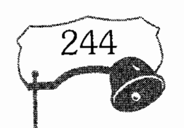
Era su otro hermano, la ballena, que se había aproximado nadando y había hecho subir el agua hasta la superficie. Cuando se apagó el incendio, el joven buscó el huevo y tuvo la suerte de encontrarlo. No se había diluido, pero la cáscara, al refrescarse tan repentinamente por el agua fría, se quebró, y pudo sacar la bola de cristal sin daño alguno.

El joven se presentó ante el mago y le puso delante la bola de cristal. Entonces el mago habló así:

—Mi poder ha sido destruido y, de ahora en adelante, tú eres el rey del palacio del sol dorado. También podrás devolver a tus hermanos su apariencia humana.

El joven se apresuró a ir a buscar a la princesa y, al entrar en su habitación, se la encontró en todo el esplendor de su belleza. Ambos, llenos de gozo, intercambiaron sus anillos.





La doncella Maleen

Erase un rey que tenía un hijo, el cual pretendió a la hija de un poderoso rey; ella se llamaba doncella Maleen y era muy hermosa. Pero el padre quería dársela a otro, y a él se la negó. Sin embargo, ambos se amaban de todo corazón y no querían separarse el uno del otro, así que la doncella Maleen habló así a su padre:

—Yo no puedo ni quiero tomar a ningún otro por esposo.

Entonces el padre montó en cólera e hizo construir una torre lóbrega, en la cual no entraba ningún rayo del sol o de la luna.

Cuando estuvo acabada, dijo él:

—En ella vivirás durante siete años, al cabo de los cuales vendré a ver si se ha quebrantado tu obstinación.

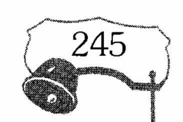
Llevaron comida y bebida para los siete años a la torre, y luego la encerraron en ella con su doncella de cámara, quedando así emparedadas, es decir, separadas del cielo y la tierra. Allí estaban, sentadas en las tinieblas, sin saber cuándo era de día y cuándo de noche.

El príncipe iba a menudo a dar vueltas alrededor de la torre y gritaba su nombre, pero ningún sonido penetraba en la torre a través de los gruesos muros. ¿Qué podía hacer sino lamentarse y quejarse?

Mientras tanto el tiempo iba pasando, y en la disminución de la comida y la bebida se dieron cuenta de que se aproximaba el fin de los siete años. Pensaban que el momento de su liberación había llegado, pero no oían ningún martillazo ni ninguna piedra se caía del muro: parecía como si su padre las hubiera olvidado. Cuando vieron que el alimento se acababa y que iban a morir lastimosamente, dijo la doncella Maleen:

—Hay que intentar lo último y ver si podemos derribar el muro.

Cogió el cuchillo del pan y empezó a cavar y agujerear el mortero de una piedra; cuando estaba cansada, la reemplazaba su doncella. Después de intenso trabajo consiguieron sacar una piedra, luego otra y otra, y tres días después entró el primer rayo de luz en la oscuridad; finalmente, la abertura fue lo suficientemente grande para poder mirar al exterior. El cielo estaba azul y un aire fresco les dio en el rostro. ¡Pero qué desolación se extendía por los alrededores! El palacio de su padre yacía en escombros; todo lo que se podía ver de la ciudad y los pueblos estaba



quemado, y los campos arrasados a lo largo y a lo ancho. No se veía a nadie.

Cuando el agujero del muro fue lo suficientemente grande para pasar por él, saltó primero la doncella de cámara y luego la siguió la doncella Maleen. Pero ¿a dónde dirigirse? Los enemigos habían asolado todo el reino, expulsando al monarca y matando a todos los habitantes.

Emigraron a otro país, pero no encontraron en lugar alguno cobijo o una persona que les diera un trozo de pan; su necesidad era tan grande, que tuvieron que calmar su hambre con una mata de ortigas.

Después de mucho caminar llegaron a otro país en el que ofrecieron sus servicios por doquier, pero en todos los sitios las rechazaban y nadie se compadecía de ellas. Finalmente llegaron a una gran ciudad y fueron a la corte real. Pero tampoco allí las dejaron seguir adelante, hasta que, al final, el cocinero les permitió quedarse en la cocina y servir de cenicientas.

El príncipe del país en que se encontraban ellas era precisamente el novio de la doncella Maleen. El padre le había buscado otra novia, tan fea de cara como mala de corazón; la boda había sido fijada y la novia había llegado ya. A causa de su gran fealdad no se dejaba ver de nadie y se había encerrado en su habitación. La doncella Maleen era la encargada de llevarle la comida de la cocina.

Llegó el día en que la novia debía ir con el novio a la iglesia; ella se avergonzó de su fealdad y temió que, en cuanto apareciera en la calle, la gente se burlaría y reiría de ella. Entonces le habló a la doncella Maleen de esta manera:

—Tienes mucha suerte. Yo me he torcido el pie y no puedo andar bien por la calle, así que ponte mi vestido de novia y ocupa mi puesto: no podía haberte caído un honor más grande.

La doncella Maleen lo rechazó, diciendo:

—Yo no quiero ningún honor que no me corresponda.

Le ofreció dinero, pero en vano. Finalmente habló encolerizada:

—Si no me obedeces, te costará la vida. No necesito decir más que una palabra para que te corten la cabeza.

Entonces obedeció y se puso los lujosos vestidos de la novia con todos sus adornos. Al entrar en la sala real, todos se maravillaron de su gran belleza, y el rey le dijo a su hijo:

—Esta es la novia que he elegido para ti: condúcela a la iglesia.

El novio se asombró y pensó: «Se parece tanto a mi doncella Maleen, que juraría que es ella misma; pero ella estará prisionera en su torre o quizá muerta.»

La cogió por la mano y la llevó a la iglesia. En el camino había una mata de ortigas, y la doncella dijo:

—Mata de ortigas pequeña,
pequeña mata de ortigas,
¿qué haces ahí en el camino,
qué haces ahí tan solita?
Te he esperado tanto tiempo,
que, en mi gran necesidad,
tuve que comerte cruda,
sin cocer y sin asar.

—¿Qué dices? —preguntó el príncipe.

—Nada —contestó ella—. Sólo pensaba en la doncella Maleen.

El se asombró de que ella supiera de su existencia, pero se calló. Cuando estaban en la escalera del patio de la iglesia, dijo ella:

—No te rompas, escalera de la iglesia,
porque yo no soy la novia verdadera.

—¿Qué dices? —preguntó el príncipe.

—Nada —contestó ella—. Sólo pensaba en la doncella Maleen.

—¿Conoces tú a la doncella Maleen?

—No —contestó ella—, ¿cómo voy a conocerla? Sólo he oído hablar de ella.

Cuando llegaron a la puerta de la iglesia, ella volvió a decir:

—No te rompas, puerta grande de la iglesia,
porque yo no soy la novia verdadera.

—¿Qué dices? —preguntó él.

—¡Ay! —contestó ella—. Sólo pensaba en la doncella Maleen.

Entonces él sacó un valioso aderezo, se lo colocó en el cuello y se lo abrochó. Luego entraron en la iglesia y el sacerdote unió sus manos y los casó. El la condujo de vuelta, pero durante el camino ella no pronunció palabra alguna. Nada más llegar al palacio real, ella se dirigió apresuradamente al aposento de la novia, se quitó los suntuosos trajes y las joyas y se puso su bata gris, quedándose sólo con el aderezo que le había regalado el novio...

Al acercarse la noche, la novia fue llevada al aposento del no-

vio, pero dejó caer el velo sobre su rostro para que él no se diera cuenta del engaño. Cuando se marcharon todos, él le dijo:

—¿Qué le has dicho a la mata de ortigas que había en el camino?

—¿A qué mata de ortigas? —preguntó ella—. Yo no hablo con las ortigas.

—Pues, si tú no lo has hecho, tampoco eres la novia verdadera.

Entonces ella reaccionó y dijo:

—Muchacha, vete al momento
a aclarar tus pensamientos.

Salió y le dijo a la doncella Maleen con aspereza:

—¡Zorra! ¿Qué le has dicho a la mata de ortigas?

—No he dicho nada más que lo siguiente:

«Mata de ortigas pequeña,
pequeña mata de ortigas,
¿qué haces ahí en el camino,
qué haces ahí tan solita?
Te he esperado tanto tiempo,
que, en mi gran necesidad,
tuve que comerte cruda,
sin cocer y sin asar.»

La novia volvió al aposento y dijo:

—Ya sé lo que le he dicho a la mata de ortigas.

Y repitió las palabras que acababa de oír.

—¿Pero qué le has dicho a la escalera de la iglesia cuando subíamos por ella? —preguntó el príncipe.

—¿A la escalera de la iglesia? —contestó ella—. Yo no hablo con las escaleras de la iglesia.

—Pues, si tú no lo has hecho, tampoco eres la novia verdadera.

Entonces ella volvió a decir:

—Muchacha, vete al momento
a aclarar tus pensamientos.

Salió y le dijo a la doncella Maleen con aspereza:

—¡Zorra! ¿Qué le has dicho a la escalera de la iglesia?

—No he dicho nada más que lo siguiente:

«No te rompas, escalera de la iglesia,
porque yo no soy la novia verdadera.»

—Esto te costará la vida —dijo la novia.

Se apresuró a volver al aposento y dijo:

—Ya sé lo que le he dicho a la escalera de la iglesia.

Y repitió las palabras.

—¿Pero qué le has dicho a la puerta de la iglesia?

—¿A la puerta de la iglesia? —contestó—. Yo no hablo con las puertas de la iglesia.

—Pues, si tú no lo has hecho, tampoco eres la novia verdadera.

Salió y le dijo a la doncella Maleen con aspereza:

—¡Zorra! ¿Qué le has dicho a la puerta de la iglesia?

—No he dicho nada más que lo siguiente:

«No te rompas, puerta grande de la iglesia,
porque yo no soy la novia verdadera.»

—¡Que se te rompa el cuello! —gritó la novia, llena de ira.

Pero regresó a toda velocidad al aposento y dijo:

—Ya sé lo que le he dicho a la puerta de la iglesia.

—¿Pero dónde tienes el aderezo que te he dado a la puerta de la iglesia?

—¿Qué aderezo? —contestó ella—. Tú no me has dado ningún aderezo.

—Yo mismo te lo he colocado alrededor del cuello y te lo he abrochado. Y si no lo sabes, tampoco eres la novia verdadera.

Le levantó el velo de la cara y, al ver su enorme fealdad, dio un salto asustado, diciendo:

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Quién eres tú?

—Yo soy tu novia, pero como temía que la gente iba a reírse de mí cuando me vieran fuera, le ordené a la cenicienta que se pusiera mi ropa y fuera en mi lugar a la iglesia.

—¿Dónde está la muchacha? —dijo él—. Quiero verla: ve y tráela aquí.

Ella salió y dijo a los sirvientes que la cenicienta era una impostora, y que la llevaran al patio y le cortaran la cabeza. Los criados la cogieron para llevársela de allí, pero ella dio tales gritos pidiendo auxilio, que el príncipe oyó su voz, salió apresuradamente de su habitación y dio la orden de soltar en el acto a la muchacha. Trajeron luces y entonces él vio alrededor de su cuello el aderezo de oro que le había dado ante la puerta de la iglesia.

—Tú eres la verdadera novia que ha venido conmigo a la iglesia —dijo él—. Ven conmigo a mi aposento.

Cuando ambos estaban solos, dijo:

—Camino de la iglesia has nombrado a la doncella Maleen, que era mi prometida; si pensara que eso es posible, creería que estaba ante mí. Te le pareces en todo.

Ella contestó:

—Yo soy la doncella Maleen, que estuvo siete años prisionera en las tinieblas, pasó hambre y sed y vivió mucho tiempo tan pobre y necesitada; pero hoy me alumbra el sol de nuevo. Me han casado contigo en la iglesia y soy tu mujer por derecho.

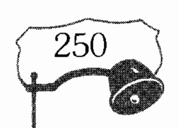
Entonces se besaron y fueron felices toda su vida.

A la falsa novia le cortaron, en castigo, la cabeza.

La torre en la que estuvo la doncella Maleen se conservó durante mucho tiempo y, cuando los niños pasaban ante ella, cantaban así:

Clinc, clanc, corre que te corre,
¿quién hay dentro de esta torre?
Ahí dentro hay una princesa
a la que no puedo ver.
No quiero quebrar las piedras
ni las paredes romper.
Muchacho de la chaqueta
de colores, sígueme.





Las botas de piel de búfalo

Un soldado que no tiene miedo de nada tampoco se preocupa de nada. Uno de esta clase se había licenciado y, como no había aprendido nada ni sabía ganarse el sustento, iba de un lado a otro, pidiendo limosna a las buenas gentes. Sobre las espaldas llevaba un viejo abrigo y le quedaban también un par de botas de montar de piel de búfalo.

Un buen día iba por el campo sin fijarse en los caminos y lindes y llegó finalmente a un bosque. No sabía dónde estaba, pero vio en el tronco de un árbol talado a un hombre sentado, que iba bien vestido y llevaba una chaqueta verde de cazador. El soldado le alargó la mano, se sentó con él en la hierba y estiró las piernas:

—Veo que tienes buenas botas y bien brillantes —le dijo al cazador—. Pero no creo que aguanten mucho si tienes que andar vagando por ahí. Mira, las mías son de piel de búfalo y ya me han hecho buen servicio; con éstas sí que se puede andar por cualquier sitio.

Poco después se levantó el soldado y dijo:

—No puedo quedarme más tiempo, el hambre me obliga a marcharme. Pero dime, hermano de las botas brillantes, a dónde te conducen tus pasos.

—Ni yo mismo lo sé —contestó el cazador—. Me he perdido en el bosque.

—Entonces te pasa lo que a mí —dijo el soldado—. Dios los cría y ellos se juntan, así que seguiremos juntos y buscaremos el camino.

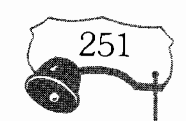
El cazador se sonrió un poco y se pusieron en marcha juntos hasta que se hizo de noche.

—No hay forma de salir del bosque —dijo el soldado—. Allá en la lejanía veo brillar una luz; seguro que allá habrá algo que comer.

Encontraron una casa de piedra, llamaron a la puerta y abrió una vieja.

—Buscamos albergue para pasar la noche —dijo el soldado— y algo de comer para el estómago, pues el mío está más vacío que una mochila vieja.

—Aquí no podéis quedaros —contestó la vieja—. Esto es una guarida de ladrones y lo mejor que podéis hacer es marcharos antes de que vuelvan a casa, pues, como os encuentren, estáis perdidos.



—No será tan tremendo —contestó el soldado—. Hace dos días que no he probado bocado y me da lo mismo morir aquí que de hambre en el bosque.

Y entró. El cazador no quería seguirlo, pero el soldado le tiró de la manga:

—Ven, hermano, que no es tan fiero el león como le pintan.

La vieja sintió compasión y dijo:

—Escondeos detrás de la cocina. Cuando se hayan dormido, os llevaré algo de lo que les sobre.

Apenas se habían sentado en el rincón, cuando llegaron los bandidos armando gran alboroto, se sentaron a la mesa, que ya estaba puesta, y exigieron a gritos la comida.

La anciana trajo un gran asado y los bandidos se lo comieron con mucho apetito. Cuando el olor de la comida llegó hasta la nariz del soldado, éste le dijo al cazador:

—Ya no aguanto más; voy a sentarme a la mesa con ellos.

—De remate conseguirás que nos quiten la vida —dijo el cazador, sujetándolo por un brazo.

Pero el soldado comenzó a toser en alto. Al oírlo los bandidos, tiraron cuchillos y tenedores, se pusieron en pie de un salto, y descubrieron a los dos detrás de la estufa.

—Bueno, bueno, caballeros —gritaron—. Conque sentados detrás de la estufa, ¿eh? ¿Os han mandado a espiar? Esperad, que vais a aprender a volar colgados de una rama seca.

—Un poco de educación, hombre —dijo el soldado—. Yo tengo hambre, así que dadme de comer, y después haced conmigo lo que os venga en gana.

Los bandidos se quedaron perplejos y el capitán dijo:

—Ya veo que no tienes miedo de nada. Te daremos de comer, pero luego morirás.

—Eso ya lo veremos —dijo el soldado.

Se sentó a la mesa y comenzó a devorar el asado decididamente.

—Hermano de las botas bien brillantes, ven y come —le gritó al cazador—. Tendrás tanta hambre como yo, y no creo que en tu casa puedas comer un asado mejor.

Pero el cazador no quería comer.

Los bandidos contemplaban al soldado boquiabiertos y dijeron:

—Este tipo se siente como el pez en el agua.

Luego dijo:

—La comida estaba muy rica, pero ahora dadme algo bueno de beber.

El capitán estaba de buen humor para pasar por alto esta impertinencia y gritó a la anciana:

—Trae una botella del sótano, y que sea de las mejores.

El soldado la descorchó haciendo ruido, se dirigió con la botella a donde estaba el cazador y dijo:

—Presta atención, que vas a contemplar algo asombroso; ahora voy a brindar por toda esta pandilla.

En ese momento hizo bailar la botella por encima de la cabeza de los bandidos diciendo:

—Que haya salud para todos, pero con el hocico abierto y la mano derecha en alto.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando todos se quedaron inmóviles con la boca abierta y la mano derecha estirada hacia lo alto.

El cazador le dijo al soldado:

—Ya veo que dominas todos los trucos, pero ahora vámonos a casa.

—¡Oh no, hermano querido! Eso sería una marcha precipitada. Hemos derrotado al enemigo y ahora vamos a apoderarnos del botín. Ellos están ahí bien presos, abriendo el hocico de asombro, y no podrán moverse hasta que yo lo permita. Ven, come y bebe.

La anciana trajo otra botella de las mejores y el soldado no se levantó hasta que hubo comido para tres días.

Finalmente, cuando se hizo de día, dijo:

—Ya es hora de que abandonemos el campamento y, para no andar demasiado, haremos que la anciana nos muestre el camino más breve hasta la ciudad.

Cuando llegaron allí se fue a ver a sus antiguos camaradas y dijo:

—En el bosque tengo un nido lleno de pájaros de horca; venid conmigo, que vamos a cogerlos.

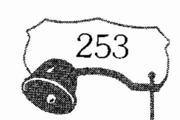
El soldado los guió y le dijo al cazador:

—Ven otra vez conmigo para que veas cómo aletean cuando los prendamos por los pies.

Colocó a la compañía alrededor de los bandidos, luego cogió una botella, se echó un trago, la agitó por encima de sus cabezas y dijo:

—¡Que haya salud para todos!

En ese momento pudieron moverse de nuevo, pero fueron lanzados al suelo y atados de pies y manos con cuerdas. Luego, el soldado los hizo tirar como sacos en los carros y dijo:



—Llevadlos inmediatamente a la prisión.

El cazador llamó a uno de la compañía aparte y le dio un recado.

—Hermano de las botas bien brillantes —dijo el soldado—, hemos sorprendido felizmente al enemigo y además hemos comido ricamente; ahora nos quedaremos detrás.

Cuando se aproximaban a la ciudad vio el soldado una masa de gente que se apretujaba en sus puertas, dando gritos de alegría y meciendo en el aire varas verdes. Luego vio a toda la guardia personal del rey.

—¿Qué significa todo esto? —le dijo completamente asombrado el cazador.

—¿No sabes —contestó— que el rey ha estado mucho tiempo fuera de su reino y vuelve hoy? Por eso todos le salen al paso.

—¿Pero dónde está el rey? —dijo el soldado—. Yo no le veo.

—Aquí está —contesto el cazador—. Yo soy el rey y he anunciado mi llegada.

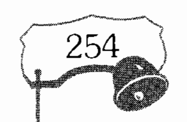
Luego se abrió su chaqueta de cazador y mostró las vestiduras reales.

El soldado se asustó, se puso de rodillas y pidió perdón por haberlo tratado, en su ignorancia, como si fuera su igual y haberle dado tal apodo.

Pero el rey le dio la mano, diciéndole:

—Eres un soldado valiente y me has salvado la vida. De ahora en adelante no sufrirás ninguna necesidad; yo me ocuparé de ti. Y si alguna vez tienes ganas de comer un trozo de tan buen asado como el que comiste en la guarida de los bandidos, puedes ir a la cocina real. Pero, si quieres hacer un brindis, antes tendrás que pedirme permiso a mí.





La llave de oro

En pleno invierno, cuando todo estaba cubierto de una espesa nieve, un muchacho tuvo que salir en trineo a coger leña.

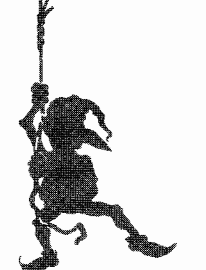
Cuando ya la había juntado y cargado, tenía tanto frío que no quiso irse a casa sin hacer un fuego para calentarse un poco.

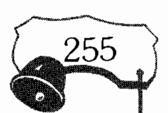
Entonces apartó la nieve y, al limpiar el suelo, encontró una pequeña llave de oro. Pensó que donde estaba la llave tenía que estar la cerradura, cavó en la tierra y encontró una caja de hierro.

«Si la llave sirviese... —pensó—. Seguro que la cajita está llena de objetos valiosos.»

Buscó, pero allí no encontraba el ojo de la cerradura. Finalmente lo descubrió y, por suerte, la llave valía.

Dio una vuelta, y ahora tenemos que esperar hasta que la haya abierto del todo y levante la tapa; entonces sabremos qué objetos maravillosos había en la caja.





Leyendas infantiles

San José en el bosque

Erase una vez una madre que tenía tres hijas: la mayor era desobediente y mala; la segunda, mucho mejor, aunque también tenía sus faltas, y la tercera era una niña buena y piadosa. Pero la madre era tan extraña que a la que más quería era a la mayor, y en cambio no podía sufrir a la pequeña.

Por eso la mandaba a menudo a un gran bosque, para quitársela de encima, pues pensaba que se perdería y no volvería nunca más. Pero el Angel de la Guarda, que tienen todos los niños buenos, no la abandonaba y la llevaba siempre por el buen camino. Una vez, sin embargo, el Angel de la Guarda hizo como si no estuviera a mano y la niña no pudo salir del bosque. Siguió andando hasta que se hizo de noche, y entonces vio brillar a lo lejos una lucecita; se dirigió hacia ella y llegó ante una pequeña cabaña. Llamó a la puerta, la puerta se abrió y se encontró ante otra puerta, a la que volvió a llamar. Le abrió un viejo con una gran barba blanca como la nieve y un aspecto respetable: era el mismísimo San José y le habló muy cordialmente:

—Ven, querida niña, siéntate al fuego en mi silla y caliéntate, que voy a traer agua clara por si tienes sed; pero, para comer aquí en el bosque, no tengo más que unas cuantas raíces: las rallas primero y luego las cueces.

San José le entregó las raíces; la muchacha las limpió, luego cogió unas pocas filloas * y un pan, que su madre le había dado, lo puso todo en un caldero al fuego e hizo un puré. Cuando estaba preparado, dijo San José:

—Tengo mucha hambre, dame algo de tu comida.

La niña, voluntariamente, le dio más de lo que guardó para sí, pero Dios la había bendecido y pudo hartarse. Cuando terminó de comer, San José dijo:

—Ahora nos iremos a la cama, pero no tengo más que una cama; así que échate tú en ella y yo me tumbaré sobre la paja en el suelo.

—No —contestó ella—. Duerme tú en tu cama, que a mí me basta la blandura de la paja.

Pero San José cogió a la niña en brazos y la llevó a la cama; entonces ella dijo su oración y se durmió

Cuando se despertó a la mañana siguiente, quiso dar los buenos días a San José, pero no lo vio. Entonces se levantó y lo buscó, pero no pudo encontrarlo en ninguna esquina; finalmente descubrió tras la puerta un saco con dinero, que pesaba justo lo que ella podía llevar. En él estaba escrito que era para la niña que aquella noche había dormido allí. Lo cogió, se fue y llegó feliz junto a su madre; y, como se lo regaló todo, no pudo menos de estar contenta de ella.

Al día siguiente le apeteció a la segunda hija ir al bosque. La madre le dio una ración de filloas todavía mucho mayor y pan. Le pasó lo mismo que a la primera. Por la noche llegó a la cabaña de San José, que le dio raíces para hacer puré. Cuando todo estaba preparado, le dijo igualmente:

—Tengo mucha hambre, dame algo de tu comida.

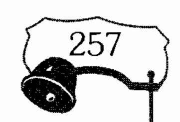
Entonces contestó la niña:

—Come conmigo.

Cuando luego San José le ofreció la cama y quiso tumbarse en la paja, ella contestó:

—No, échate conmigo en la cama, que cabemos los dos.

San José la cogió en brazos, la colocó en la cama y se echó en la paja. A la mañana siguiente, cuando se despertó la niña, buscó a San José. Este había desaparecido, pero detrás de la puerta encontró un saquito de dinero, que era como una mano de grande y en él estaba escrito que era para la niña que aquella noche había dormido allí. Ella cogió el saquito y se marchó corriendo con él a casa y se lo dio a su madre, pero secretamente se guardó unas cuantas piezas.



Entonces a la hija mayor le entró la curiosidad y quiso también ir al bosque a la mañana siguiente. La madre le dio tantas filloas como quiso, pan y queso. Por la noche encontró a San José en su pequeña cabaña, igual que le habían encontrado las otras dos. Cuando el puré estuvo listo, dijo él:

—Tengo mucha hambre, dame algo de tu comida.

La muchacha contestó:

—Espera hasta que yo esté harta, y podrás comerte lo que sobre.

Pero ella se comió casi todo y San José tuvo que rebañar la fuente. El buen anciano le ofreció luego su cama, ella la aceptó sin réplica, se echó en la cama y dejó al anciano en la paja. A la mañana siguiente, cuando despertó, ya no estaba San José, pero a ella no le preocupó y se dedicó a buscar detrás de la puerta un saco de dinero. Le pareció que había algo en el suelo, pero como no podía distinguir bien lo que era, se inclinó y se dio con la nariz. Pero aquello se le quedó pegado a la nariz y, cuando se levantó, vio con horror que era otra nariz, que se había quedado pegada a la suya. Entonces empezó a gritar y a llorar, pero no le sirvió de nada: tenía que mirar por encima de su nariz, de lo grande que era. Entonces salió corriendo y dando gritos, hasta que se encontró con San José, se le echó a los pies y le rogó tanto, que él se compadeció, le quitó la nariz y todavía le regaló dos céntimos. Cuando llegó a su casa, su madre estaba ante la puerta y le preguntó:

—¿Qué te han regalado?

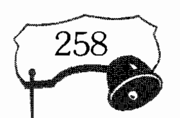
Entonces mintió y dijo:

—Un gran saco de dinero, pero lo he perdido por el camino.

—¡Perdido! —dijo la madre—. Ya lo encontraremos.

La cogió de la mano y fue a buscar con ella. Al principio comenzó a llorar y no quería ir; finalmente fue, pero por el camino salieron tantas lagartijas y culebras contra ellas, que no sabían cómo salvarse; al final a la niña le picaron hasta que murió y a la madre le mordieron en el pie, por no haberla educado mejor.





Los doce apóstoles

Trescientos años antes del nacimiento de Cristo, vivía una mujer que tenía doce hijos, pero era tan pobre y necesitada que no sabía qué hacer para mantenerlos. Todos los días pedía a Dios que le concediera que sus hijos estuvieran en la tierra con el Mesías prometido. Pero cuando su necesidad se hizo cada vez mayor, envió a uno tras otro para que se buscaran su pan. El mayor se llamaba Pedro y, después de haber estado andando un día entero, fue a parar a un gran bosque. No sabiendo cómo salir, se internaba cada vez más en el bosque, y al mismo tiempo sentía un hambre tan tremendo, que apenas podía tenerse en pie. Finalmente se sintió tan débil, que creyó que la muerte se acercaba. De pronto vio a su lado un niño resplandeciente, hermoso y cordial como un ángel. Cruzó sus manos para que se las viera y las observara. Luego el niño dijo:

—¿Por qué estás tan apenado?

—¡Ay! —contestó San Pedro—. Estoy dando vueltas por el mundo, ganándome el sustento, para ver al Mesías prometido, que es mi mayor deseo.

El niño dijo:

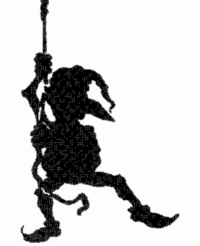
—Vente conmigo, que tu deseo se verá cumplido.

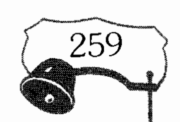
Cogió al pobre Pedro de la mano y lo llevó por entre rocas a una gran cueva. Entraron en ella, y todo brillaba por el oro, la plata y el cristal. En medio había doce cunas, una al lado de la otra. Entonces dijo el ángel:

—Echate en la primera, que yo te meceré.

Así lo hizo San Pedro y el ángel le cantó y le meció hasta que se durmió. Estando allí, llegó el segundo hermano, conducido también por su ángel de la guarda, y fue mecido en sueños. Así vinieron uno tras otro hasta que los doce estuvieron durmiendo en las cunas. Durmieron trescientos años, hasta la noche en que nació el Salvador del mundo.

Entonces se despertaron, le siguieron a la tierra y fueron llamados los doce apóstoles.

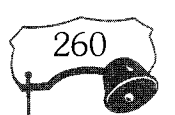




La rosa

Erase una vez una pobre mujer que tenía dos hijos. El más joven tenía que ir todos los días al bosque a coger leña. Yendo una vez hacia allí, se encontró con un niño muy amable que le ayudó a recoger leña; luego lo acompañó hasta la casa y en un momento desapareció. El niño se lo dijo a su madre, que no quiso creerlo. Pero traía una hermosa rosa y dijo que el bello niño se la había dado, diciendo que cuando la rosa floreciera volvería otra vez. La madre colocó la rosa en agua. Una mañana el niño no se levantó; la madre fue junto a la cama y lo encontró muerto, aunque tenía un aspecto agradable. A la mañana siguiente la rosa había florecido.







La pobreza y la humildad van al cielo

Erase una vez un príncipe que salió al campo, triste y pensativo. Miró al cielo, puro y azul, suspiró y dijo:

—¡Qué bien debe de estarse en el cielo!

Luego divisó a un anciano que venía por el camino y le preguntó:

—¿Cómo puedo llegar al cielo?

El hombre contestó:

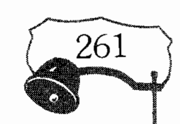
—Gracias a la pobreza y la humildad. Ponte mis destrozadas vestiduras, peregrina siete años por el mundo y conoce su miseria. No aceptes dinero, y, cuando tengas hambre, pide a los corazones compasivos un pedazo de pan: así te acercarás al cielo.

El príncipe se quitó su lujoso traje y se puso las vestiduras del pobre, salió al ancho mundo y padeció grandes necesidades. No aceptaba más que un poco de comida; no hablaba, sino que rezaba al Señor que algún día lo acogiera en su cielo. Pasados los siete años, volvió a casa de su padre, pero nadie lo reconoció.

Dijo a los sirvientes:

—Id a decirle a mi padre que estoy aquí.

Pero los sirvientes no le creían, se reían de él y le dejaron allí sin hacerle caso. Entonces dijo:



—Id y decid a mis hermanos que bajen; me gustaría verlos otra vez.

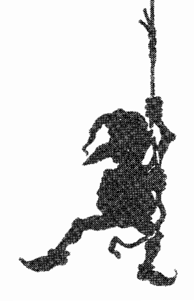
Tampoco querían hasta que finalmente uno fue; pero tampoco éstos le creyeron y no se preocuparon de ello. Entonces escribió una carta a su madre, describiéndole toda su miseria, pero sin decir que era su hijo. La reina se compadeció y le señaló un lugar bajo la escalera e hizo que todos los días dos sirvientes le llevaran comida. Pero uno era malo y dijo:

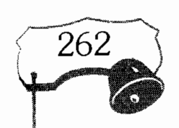
—¿Por qué dar tan buena comida a ese pobre?

Se la guardaba para sí, se la daba a los perros, y al débil y desfallecido no le llevaba más que agua; sin embargo, el otro era honrado y le llevaba lo que le daban para él.

Era poco, pero durante algún tiempo pudo seguir viviendo, pues era paciente y sufrido, hasta que al fin se puso muy débil. Sintiéndose muy enfermo, pidió recibir la Sagrada Comunión. Entonces, como es costumbre en mitad de la misa, todas las campanas de la ciudad y los alrededores se pusieron a sonar solas. Después de la misa, el clérigo fue junto al pobre hombre debajo de la escalera, pero ya estaba muerto; tenía en una mano una rosa; en la otra, un lirio, y junto a él, un papel en el que estaba escrita su historia. Cuando lo enterraron, a un lado de su tumba floreció una rosa, y al otro lado, un lirio.







La comida de Dios

Eranse una vez dos hermanas: la una no tenía hijos y era rica; la otra tenía cinco, era viuda y tan pobre, que no tenía ni pan para alimentarse ella y sus hijos. En su necesidad fue a ver a su hermana y dijo:

—Mis hijos sufren conmigo el hambre más atroz; tú, que eres rica, dame un trozo de pan.

La rica, que era dura como una piedra, dijo:

—Tampoco yo tengo nada en casa.

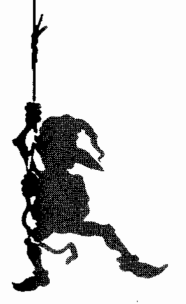
Y echó a la pobre con malas palabras.

Algún tiempo después volvió a casa el marido de la hermana rica y fue a partir una rebanada de pan; pero al cortar el primer trozo de la hogaza, salió roja sangre de ella. Viendo esto, la mujer se asustó y le contó lo que había pasado.

Se apresuró a ir a casa de la viuda para ayudarla. Pero, cuando entró en la habitación de la viuda, se la encontró rezando; tenía a los dos hijos más pequeños en brazos; y los otros tres estaban muertos en el suelo. El le ofreció comida, pero ella contestó:

—Ya no necesito comida terrena; tres ha alimentado ya Dios y El oirá también nuestras plegarias.

Apenas había dicho estas palabras, los dos pequeños dieron su último suspiro; luego se le partió a ella también el corazón y se derrumbó muerta.



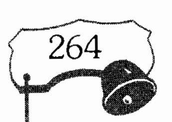


Las tres ramas verdes

Erase una vez un ermitaño que vivía en un bosque al pie de una montaña: pasaba su tiempo orando y haciendo buenas obras, y cada tarde subía al monte unos cuantos cubos de agua para glorificar a Dios. Algunos animales bebían de allí y también se refrescaban algunas plantas, pues en las alturas sopla siempre un fuerte viento, que seca el aire y la tierra, y los pájaros salvajes, temerosos de los hombres, dan vueltas allá arriba buscando agua con sus agudos ojos. Y como el ermitaño era tan piadoso, un ángel de Dios, visible a sus ojos, subió con él, contó sus pasos y, al terminar el trabajo, le trajo su comida, del mismo modo que aquel profeta que fue alimentado por los cuervos por mandato divino.

Cuando el piadoso ermitaño había alcanzado una avanzada edad, aconteció que vio una vez de lejos cómo llevaban a un pobre pecador a la horca. Y se dijo para sí: «Ahora le darán su merecido.»

Por la tarde, cuando subía al monte, no apareció el ángel que solía acompañarle y tampoco le llevó su comida. Entonces se asustó, hizo examen de conciencia, pensando en qué podía haber pecado y por qué estaba Dios enfadado, pero no pudo saberlo.





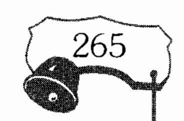
Dejó de comer y beber, y, arrojándose al suelo, rezó día y noche. Y estando en el bosque llorando con verdadera amargura, oyó a un pajarito que cantaba tan bien y melodiosamente, que se turbó más aún y dijo:

—¡Cómo cantas de contento! Contigo no está enojado el Señor. ¡Si pudieras decirme en qué le he ofendido para hacer penitencia y que mi corazón volviera a hallar el gozo...!

Entonces comenzó el pajarillo a hablar y dijo:

—Te has comportado injustamente, porque has condenado a un pobre pecador que era llevado a la horca, y está enfadado el Señor. Sólo él puede juzgar. Sin embargo, si haces penitencia y te arrepientes de tus pecados, te perdonará.





Entonces el ángel apareció junto a él con una rama seca en la mano y dijo:

—Lleva esta rama seca hasta que salgan tres ramas verdes, y por la noche, cuando quieras dormir, colócala bajo tu cabeza. Pedirás tu pan de puerta en puerta y no pasarás más de una noche en la misma casa. Ésta es la penitencia que te impone el Señor.

El ermitaño cogió el palo y regresó al mundo, que no había visto durante largo tiempo. No comía ni bebía, más que lo que le daban en las puertas, y algunas de ellas permanecieron cerradas, de modo que hubo días enteros en que no recibía ni una migaja de pan.

Una vez anduvo de puerta en puerta de la mañana a la noche sin que nadie le diera nada ni le dejara pasar la noche en su casa; entonces se fue al bosque y se encontró ante una cueva construida en la pared y una anciana sentada ante ella.

—Buena mujer —le dijo él—, dejadme pasar la noche en vuestra casa.

—No, no puedo aunque quisiera; tengo tres hijos malos y salvajes y, si vuelven de sus rapiñas y os encuentran aquí, nos matarán a los dos.

Entonces el ermitaño dijo:

—Dejadme entrar; no nos harán nada ni a vos ni a mí.

La mujer era compasiva y se dejó convencer. El hombre se echó bajo la escalera y puso el palo bajo su cabeza. Al verlo la vieja, le preguntó el motivo. El le contó entonces que lo llevaba con él en penitencia y que de noche lo utilizaba como almohada. Había ofendido al Señor, pues, viendo a un pobre pecador camino de la horca, había dicho que recibía su merecido. Entonces empezó la mujer a llorar:

—¡Ay! Si el Señor castiga así una sola palabra, ¿cómo castigará a mis hijos cuando se presenten ante El para ser juzgados?

A medianoche llegaron los ladrones haciendo ruido y vociferando y, cuando se iluminó la cueva y vieron un hombre tumbado bajo la escalera, se pusieron furiosos y gritaron a su madre:

—¿Quién es ese hombre? ¿No te hemos prohibido que acojas a nadie?

Entonces la madre dijo:

—Dejadlo, es un pobre pecador que hace penitencia por sus culpas.

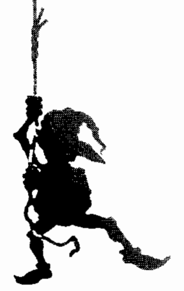
Los ladrones preguntaron:

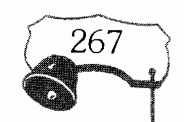
—¿Qué ha hecho?

—Viejo —gritaron—, cuéntanos tus pecados.



El anciano se levantó y les dijo que había pecado tanto con una sola palabra, que Dios se había incomodado con él y ahora hacía penitencia por sus culpas. A los ladrones se les conmovió el corazón de tal manera con su narración, que se arrepintieron de su vida anterior y empezaron a hacer penitencia. El ermitaño, después de haber convertido a los tres ladrones, se echó atra vez a dormir bajo la escalera. A la mañana siguiente lo encontraron muerto, y del palo seco habían surgido tres ramas verdes. El Señor le había aceptado de nuevo en su gracia.





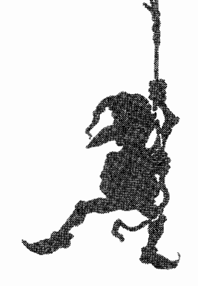
El vasito de la madre de Dios

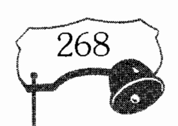
Una vez un carretero llevaba su carro bien cargado de vino, y se le atascó de tal manera que no era capaz de sacarlo del atolladero. Precisamente venía por el camino la madre de Dios, y al ver los apuros del pobre hombre, le dijo:

—Estoy cansada y sedienta; dame un vaso de vino y yo te ayudaré a sacar el carro.

—Con mucho gusto —contestó el carretero—, pero no tengo vaso para echar el vino.

La madre de Dios rompió entonces una florecilla blanca con tiras blancas, llamada correhuela *, que tiene una forma parecida a un vaso. Se lo dio al carretero, éste lo llenó de vino y la madre de Dios se lo bebió; en ese momento el carro salió del atasco y el carretero pudo seguir su camino. Desde entonces, la florecilla se llama «vasito de la madre de Dios».





La anciana madrecita

En una ciudad había una vez una anciana madrecita que por las noches se sentaba sola en su habitación pensando cómo había perdido primero a su marido, luego a sus dos hijos, poco a poco a todos sus parientes y finalmente a su último amigo aquel mismo día. Estaba tan triste, sobre todo por la pérdida de sus dos hijos, que en su dolor acusaba a Dios de ello. Estando así, silenciosa y ensimismada, oyó tocar las campanas de la primera misa en la iglesia. Asombrada de que, a causa de su dolor, se hubiera pasado la noche en vela, encendió su candela y fue a la iglesia. A su llegada estaba ya iluminada, pero no como de costumbre, con velas, sino con una luz mortecina. Estaba ya llena de personas, todos los sitios estaban ocupados y, cuando la madrecita llegó a su sitio habitual, éste estaba ya ocupado y el banco totalmente lleno. Miró a la gente y entonces se dio cuenta de que eran todos sus parientes muertos, que estaban allí sentados, con sus trajes pasados de moda, pero tremendamente pálidos. No decían ni cantaban nada. Sólo se oía en la iglesia un ligero murmullo y susurro. Entonces se levantó una tía y le dijo:

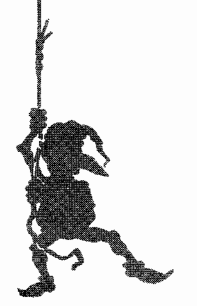
—Mira hacia el altar, que allí verás a tus hijos.

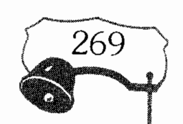
La anciana miró en aquella dirección y vio a sus dos hijos: uno colgaba de una horca y el otro estaba atado a una rueda de tormento.

Entonces dijo la tía:

—¿Ves? Eso les habría pasado si hubieran seguido vivos y si Dios no los hubiera acogido en su seno siendo niños inocentes.

La anciana se dirigió temblando a casa y dio gracias a Dios de rodillas por haber obrado con ella mejor de lo que había imaginado. Al tercer día se acostó y murió.





La boda divina

Una vez un pobre muchacho campesino oyó decir al párroco en la iglesia:

—El que quiera llegar al cielo tiene que ir siempre en línea recta.

Se puso, pues, en camino y fue siempre por todas partes sin cesar en línea recta, sin desviarse por los montes y valles. Finalmente su camino le condujo a una gran ciudad en mitad de la iglesia, donde estaba celebrándose el oficio divino. Al ver toda aquella magnificencia creyó que había llegado al cielo; y gozoso se sentó. Cuando terminó el oficio divino, el sacristán le dijo que saliera, pero él contestó:

—No, yo no salgo; estoy contento de estar en el cielo.

Entonces el sacristán fue a ver al párroco y dijo que había un muchacho en la iglesia que no quería salir, porque creía que estaba en el Reino de los Cielos.

El párroco habló:

—Si lo cree así, le dejaremos dentro.

Luego fue en su busca y le preguntó si le gustaría trabajar.

—Sí —contestó el muchacho, acostumbrado como estaba a trabajar, pero dijo que él ya no salía del cielo.

Se quedó, pues, en la iglesia y cuando veía que la gente venía a orar ante la imagen de la Virgen con el Niño Jesús tallado en madera pensaba: «Ese es Dios.»

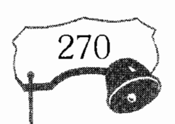
Y dijo:

—Oye, querido Dios, hay que ver lo delgado que estás. Con seguridad la gente te deja pasar hambre, pero yo te daré cada día la mitad de mi comida.

Desde ese momento le llevó a la imagen cada día la mitad de su comida y a la imagen empezó a gustarle la comida. Unas semanas después, la gente se dio cuenta de que la imagen había engordado y se había puesto fuerte, y se maravillaron enormemente.

El párroco tampoco podía entenderlo, y se quedó en la iglesia vigilando al pequeño; entonces vio cómo el muchacho le daba pan a la Madre de Dios y cómo ella lo aceptaba.

Poco tiempo después se puso el niño enfermo y durante ocho días no pudo salir de la cama; cuando pudo levantarse, lo primero que hizo fue llevarle su comida a la Madre de Dios. El párroco le siguió y oyó que le decía:



—Querido Dios, no me tomes a mal que estos días no te haya traído nada; estuve enfermo y no podía levantarme.

Entonces la imagen contestó:

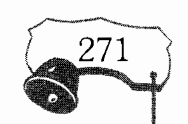
—Yo he visto tu buena voluntad y eso me basta; el domingo que viene vendrás conmigo a la boda.

El niño se alegró enormemente y se lo dijo al párroco. Éste le pidió que fuera a preguntar a la imagen si él también podía ir con ellos.

—No —contestó la imagen—, sólo tú.

El párroco quiso prepararle primero y luego darle la Comunión; el muchacho se alegró de ello y al domingo siguiente, nada más recibir la Comunión, se desplomó muerto. Estaba celebrando la boda divina.





La vara de avellano

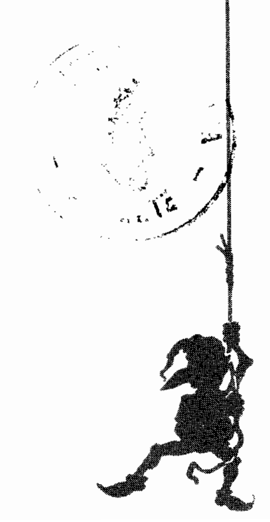
Una tarde el Niño Jesús se metió en la cuna y se durmió. Entonces se acercó su madre, lo contempló con gran gozo y dijo:

—¿Te has echado a dormir, hijo mío? Duerme dulcemente; entre tanto iré al bosque a coger un puñado de fresas para ti. Sé que te alegrarás de ello cuando te despiertes.

Ya en el bosque, encontró un sitio con las fresas más ricas, pero, al inclinarse para cogerlas, saltó de la hierba una víbora. Se asustó, dejó las fresas y se echó a correr. La víbora se lanzó tras ella, pero la Madre de Dios, como podéis imaginar, sabía lo que hacía y se escondió detrás de un arbusto de avellanos, permaneciendo allí hasta que la serpiente desapareció. Luego recolectó las fresas y, cuando se puso en camino de vuelta a casa, dijo:

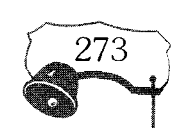
—Así como el arbusto de avellano ha sido esta vez mi protección, también lo será en el futuro para otros hombres.

Por eso, desde los tiempos más antiguos, una rama verde de avellano es la protección más segura contra culebras, serpientes y todo lo que se arrastra por la tierra.





Wilhelm y Jacob Grimm. Grabado de ambos hermanos, realizado sobre un daguerrotipo de Hermann Biow (hacia 1850).



Apéndice

Contexto histórico-cultural

Una época agitada en Europa y Alemania

A los hermanos Grimm les tocó vivir una época agitada de la historia de Europa en general y de Alemania en particular, siendo a veces testigos de excepción de importantes hechos históricos.

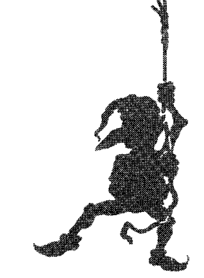
En lo que se refiere al aspecto cultural vivirán una época en la que Alemania dará muestras de un enorme florecimiento cultural y artístico, no parejo en nada al histórico, sobre todo en el terreno de la filosofía, la literatura y la música.

El nacimiento de los hermanos Grimm coincide con los últimos años del reinado de Federico II el Grande (1740-1786), rey que había intentado ante todo consolidar el poder de Prusia frente a otros estados alemanes; a su vez, durante su reinado se había seguido apreciando la rivalidad existente entre la dinastía de los Habsburgos, que reinaban en Austria, y la dinastía prusiana de los Hohenzollern, rivalidad que se hacía patente en la lucha por la hegemonía del país y que ya había empezado antes de su reinado.

Austria cedía poco a poco su poder en los territorios alemanes para centrar todo su interés y atención en Italia y el resto de los países que formaban parte de su corona: los de la cuenca danubiana y los eslavos. Mientras tanto, Prusia proseguía su avance, lento pero firme, hacía los territorios del Rin. El título imperial del Sacro Imperio Romano-Germánico, ostentado por el emperador de Austria, era visto, cada vez más, como algo sin valor, nominal.

Federico II el Grande

De Federico II el Grande puede decirse que fue un rey avanzado, que pretendió darle a su Estado un carácter moderno. Era amigo personal de Voltaire y continuó la serie de reformas que había iniciado su padre. Gracias a la reforma jurídica que se prosigue durante su reinado, aunque había comenzado antes, Prusia se convierte en un Estado de Derecho, en el que se logra suprimir la intervención de



la corona en la administración de la justicia y se implanta la igualdad de derecho de todos los ciudadanos ante la ley.

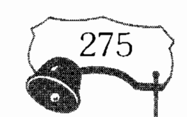
La Revolución Francesa

Al estallar la Revolución Francesa, Alemania era una nación dividida en una gran multitud de pequeños estados, todos muy distintos en extensión, en estructura política, en avance cultural y en concepciones religiosas. Al principio, la Revolución será acogida en Alemania con grandes muestras de simpatía y aplaudida por su valiente reivindicación de los ideales humanitarios, considerándosela como una nueva era de la humanidad; valga como ejemplo el entusiasmo con que fue recibida por Schiller. Sin embargo, este entusiasmo fue breve, condicionado por diversas causas políticas e ideológicas. Cuando la Revolución empieza a evolucionar por distintos derroteros a los de la gran idea originaria, se consideró dicha evolución como una traición y un abandono de los primeros ideales. Las pocas medidas que tomaron los defensores de la Revolución en Alemania ofrecieron a las fuerzas que ostentaban la hegemonía de Europa el pretexto para sofocar la revolución, todavía en germen, mediante una guerra que restauraría derechos considerados tradicionales. A su vez, muchos franceses seguían convencidos de que su misión y deber era extender sus ideas por Europa, lo que significaba claramente una continuación de la política de conquista y expansión llevada a cabo por sus monarcas; Alemania se convertirá entonces en refugio para gran número de emigrantes franceses. Cuando los príncipes alemanes y Austria deciden acudir en auxilio de Luis XVI, la Asamblea Legislativa francesa le obligará a declarar la guerra a Austria y a sus aliados. Estos consiguen entrar en la Francia del norte, pero en Balmy pudieron contener el ataque de los prusianos, que hizo a éstos retirarse y retroceder. A su vez, los austríacos serán derrotados en territorio belga, lo que hace que los franceses puedan llegar hasta Maguncia y Francfort del Meno.

La victoria de los ejércitos revolucionarios y los de Napoleón y los tratados subsiguientes a estas victorias (Basilea 1795-Lunéville 1801) hicieron retroceder los límites del imperio alemán hasta las márgenes del Rin, lo que provocó importantes reestructuraciones políticas.

Napoleón en Alemania

Con la firma de la paz de Lunéville (1801), Napoleón renuncia a la orilla derecha del Rin, renuncia que a su vez había hecho Prusia en Basilea. Ahora se planteaba el enorme problema de cómo compensar a todos aquellos príncipes que habían visto desaparecer sus estados; esto llevó a los acuerdos de 1803, que ratificaron la desaparición de



múltiples estados del Antiguo Imperio. Como ciudades independientes, quedaron solamente seis; también se suprimieron los principados eclesiásticos menos el de Maguncia, que pasó a tener sede en Ratisbona. Después de la Paz de Presburgo, firmada en 1805, y resultado de la derrota sufrida por la tercera coalición, se consagra de hecho el fin del Sacro Imperio Romano-Germánico. Austria renuncia a sus posesiones del sur de Alemania en favor de Baden-Würtenberg, y Baviera se constituye en reino. Los Estados de la orilla derecha del Rin y del Sur de Alemania constituirán en 1806 la llamada Confederación del Rin, que se pondrá bajo la protección de Napoleón, quien esperaba que ésta le sirviera como contrapeso de Austria y Prusia. Sin embargo, el mismo año, Francisco II declarará extinguida la función de Jefe del Estado Imperial y se proclamará emperador de Austria.

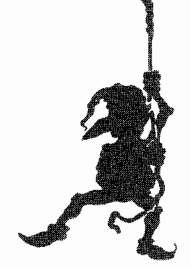
Hundimiento militar de Prusia

En 1806-1807 se produce la cuarta guerra de coalición, por la que la alianza entre prusianos y rusos exigirá la retirada de las tropas francesas del Rin y la disolución de la Confederación. Prusia se hunde militar y moralmente en las batallas de Jena y Auerstadt; el rey tiene que huir de Berlín y Napoleón se apodera de la ciudad.

El tratado de Tielsit (1807) devuelve a Federico Guillermo III una Prusia considerablemente mermada; pierde los dominios en Polonia, y Danzig se convierte en ciudad libre. Al mismo tiempo, Prusia permanece ocupada por las tropas francesas y tiene que hacer frente a fuertes indemnizaciones. De esta paz surgirían dos estados: el reino de Westfalia, que lo ocupará un hermano de Napoleón, y el Gran Ducado de Varsovia, que se le cederá al rey de Sajonia.

Sin embargo, este hundimiento militar de Prusia significará el punto de partida para su recuperación, llevándose a cabo en este reino importantes reformas. Las medidas liberales, el patriotismo y la firme voluntad de modernizar el país hicieron de Prusia el estado en que se concentraban todas las esperanzas de los patriotas alemanes, sobre todo en el momento de las llamadas guerras de liberación (1813-1814). Será en este momento cuando el pueblo alemán centre todos sus esfuerzos en conseguir la independencia y la unidad nacional; problemas que serán el eje de la vida de la nación hasta Bismarck.

Napoleón había visto consolidado su imperio en 1810, pero el sentimiento nacional alemán, fortalecido durante los años de la ocupación de las tropas napoleónicas, se hace claramente patente cuando la catástrofe que experi-



menta el ejército napoleónico en Rusia (1813); el pueblo participará activamente en las guerras de liberación; entre las batallas libradas, la principal será la de Leipzig, en la que las tropas de Napoleón se verán aplastadas; el paso del Rin por las tropas de Blücher también será un momento culminante en la reacción alemana contra Napoleón. Después de estas dos circunstancias, el poder de Napoleón está ya tocado de ala, a pesar de algunos triunfos ocasionales. Después de la entrada de las tropas aliadas en París, se verá obligado a abdicar el 31 de marzo de 1814 en Fontainebleau.

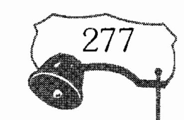
El Congreso de Viena

Después de la abdicación forzosa de Napoleón, se convoca el Congreso de Viena para proceder a la repartición y reestructuración política de Europa. Este congreso es obra del príncipe Metternich, que intenta hacer valer ante todo la supremacía de los Habsburgo; repudia toda idea liberal y de índole nacionalista y le preocupa sobre todo el mantenimiento de un equilibrio en el sistema de los estados europeos. Este Congreso le dará una nueva estructura a Alemania. Se establece una Confederación germánica de 39 estados; sin embargo, la Confederación se volverá a ver dominada de nuevo por la rivalidad austroprusiana. Los soberanos, una vez derrotada Francia, intentará restaurar el Antiguo Régimen con sus instituciones y privilegios, lo que indudablemente iba contra los ideales y voluntad del pueblo. Se produjo una intensa agitación, se creó la Asociación Alemana de Jóvenes, que agrupaba a todos los estudiantes liberales y patrióticos que habían luchado en las guerras de liberación. Los príncipes alemanes, presionados por Metternich, someten sus territorios a una política de represión, que tendrá repercusiones brutales a partir de la Conferencia de Karlsbad (1919) por la que se creará una comisión central de policía, un control de la enseñanza universitaria, una censura de prensa, etc. Esta política represiva ahogó la vida alemana, impidiendo toda idea que tuviera carácter liberal y nacionalista.

Sin embargo, Prusia será el estado que con su política económica hará más por la añorada reunificación alemana. La creación de la Unión Aduanera, que entraría en vigor en 1834, constituyó el primer paso para la unidad nacional, al suprimir las barreras aduaneras entre veintiséis estados. Alemania empieza lentamente a industrializarse y la burguesía se irá transformando en la clase dominante, que aspiraba a una nación unida, de corte liberal y moderno.

Revolución de 1848

La Revolución del 48 comienza en Francia y se extiende a gran parte de Europa. Propiciada por la crisis econó-



mica de 1847, las malas cosechas, el paro y la inexistencia de todo tipo de libertades bajo la clase aristocrática terrateniente, hace que se creen las condiciones necesarias para que se produzca una acción conjunta de la burguesía liberal y del proletariado.

En Alemania comienza, en Berlín, con el levantamiento del 18 de marzo; testigo presencial de este levantamiento será Wilhelm Grimm.

Es una revolución de marcado carácter liberal, cuyo eje motor es que se otorgarán constituciones en los distintos estados de la nación. En Heidelberg se reúnen 51 liberales que convocan un parlamento; en él se acuerda por sufragio universal la elección de una Asamblea parlamentaria, que debería elaborar una Constitución para toda la nación alemana.

Un año de parlamento

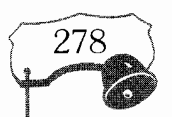
Esta asamblea se reunirá, por primera vez, en Francfort el 18 de mayo de 1848. Los diputados eran casi todos de origen burgués, y había entre ellos una amplia representación de intelectuales, entre los que se encontraban Jacob Grimm y el poeta Uhland. El parlamento intenta la organización de la unidad alemana, pero ésta no se consigue debido a las diversas tendencias que enfrentan a los componentes de la asamblea. La opinión alemana se ve dividida por dos opciones diferentes: la que defendía la unión de Austria con Alemania y la partidaria de una Alemania sin Austria. También causará problemas la estructura de este nuevo estado, como, por ejemplo, si debería ser centralizado o federal, electivo o hereditario, autoritario o liberal. Ya a fines de este año, la asamblea se ve incapacitada para llevar a cabo la pretendida unión de Alemania, así como para imponerse sobre los particularismos de cada estado. Se vuelven a producir nuevos brotes de desórdenes y levantamientos, lo que hace que el Parlamento se vea fracasado y desbordado, por la presión revolucionaria y las medidas en contra de esta presión. El parlamento se disolverá en mayo de 1849.

Después de este nuevo intento de revolución, Alemania seguirá dividida en estados independientes, que tomarán sus medidas de seguridad aboliendo las concesiones hechas al pueblo en los primeros momentos de la revolución.

Bajo el signo del conservadurismo

Desde la disolución de la asamblea hasta 1862, Alemania vivirá bajo el signo del conservadurismo, aunque el progreso económico siga acentuándose conjuntamente con el progreso industrial. Prusia acogerá dentro de su estado a los representantes liberales y nacionalistas y los conduci-





rá hacia la definitiva unidad alemana que se llevará a cabo bajo el reinado de Guillermo I y con Bismarck al frente del gobierno, al cual se le puede considerar el verdadero artífice de tal unidad.

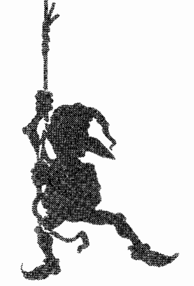
Situación cultural

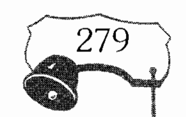
Si políticamente la historia de Alemania sufre muchos avatares desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XIX, culturalmente, como ya se ha dicho, vivirá uno de los momentos más importantes de su historia. Después del movimiento de la Ilustración, en la que destacarán figuras de la talla de Lessing, ardiente defensor de la verdad, de los ideales humanitarios y del progreso perpetuo, vendrán los movimientos clásicos y románticos.

Los hermanos Grimm nacen en el momento en que el movimiento clásico comienza su evolución. Este movimiento basará toda su ideología en establecer una norma obligatoria que rija a todos los hombres, proclamando el ideal de humanidad defendido ya en la Ilustración y los ideales éticos como punto culminante de la sabiduría. Los representantes más señeros de este movimiento fueron Goethe y Schiller.

El movimiento romántico

Aunque los hermanos Grimm consideraron a Goethe como su ídolo más inmediato —sobre esto puede leerse lo que Hermann Grimm escribe en el prólogo de estos cuentos—, a ellos, sin embargo, hay que encuadrarlos plenamente en otro movimiento cultural distinto: el movimiento romántico, movimiento que, aun teniendo sus raíces en el movimiento clásico, puede, en muchos aspectos, parecer un movimiento de índole contraria. Es un movimiento que presenta una marcada preferencia por el mundo medieval y caballeresco y que proclama ante todo la libertad y el subjetivismo. El hombre debe ser libre para poder ponerse él mismo barreras a su propio pensamiento. La razón —motor fundamental en la Ilustración— ya no debe ser para el hombre la máxima norma. Ante todo, el hombre debe buscar la inmensidad movido por un afán y ansias de lo infinito; esta ansia de infinitud debe hacer que el hombre pueda traspasar las fronteras de la temporalidad. El hombre, movido por sus impulsos y sentimientos, se considera universal, y por ello, llevado por la arbitrariedad que le imponen sus propios sentimientos, está abocado a cambios continuos. El «Yo romántico» se nos presenta como una contraposición del «Yo clásico», que ante todo debe cumplir la tarea que le está encomendada, respetando las leyes y el orden existente y actuando de manera que siempre su actuación se convierta en norma valedera para los otros hombres. El Romanticismo es un sumergirse en





el yo individual. Esto hace que el poeta profundice en su mundo subconsciente; de ahí también la gran valoración que se hace del sueño. El «Yo romántico» lleva también a una exaltación de la fantasía, ya sea en el mundo mágico o en el terreno de lo popular.

Características del Romanticismo

El Romanticismo se caracteriza, a su vez, por un enorme interés por el mundo del pasado, por la época clásica, pero de forma distinta a la valoración que tenían del mundo antiguo los escritores clásicos. También se da una valoración enorme al mundo medieval alemán y al cultivo del estudio de esta época histórica; notable y de máxima importancia es la contribución de los hermanos Grimm a este tipo de estudios. Su enorme interés por todo lo de valor que había en su pasado histórico tuvo que enfrentarse a la dura realidad de una nación dividida múltiplemente. Sin embargo, la defensa que harán de su patrimonio cultural se verá plasmada por la dedicación de los escritores románticos a campos hasta ahora no tenidos en cuenta: recopilación de cuentos y canciones populares, atención a los monumentos artísticos y a las costumbres de carácter popular.

Carácter universalista

Sin embargo, su carácter universalista no les permitirá centrarse y encerrarse en la grandeza de su pasado nacional; el campo de sus intereses abarcará las culturas extranjeras, lo que se verá plasmado en la gran ola de traducciones que se producirán en este momento; valga como ejemplo la traducción del *Quijote,* llevada a cabo por Ludwig Tieck [1] —traducción que permitirá a los alemanes el acceso a esta obra cumbre de la literatura universal—, o la de Calderón realizada por A. W. Schlegel. Jacob Grimm tiene también una valiosa colección de romances españoles: *Silva de romances viejos,* que según sus palabras debería «ofrecer a todos los amantes de la literatura antigua alemana y de la española una selección crítica y una edición de antiguos romances españoles».

Es decir, en esta época, los alemanes se aproximan a otras culturas extranjeras, intentando asimilarlas y hacerlas suyas. Otro de los grandes intereses de los románticos será el estudio de las lenguas; por ejemplo, son importantes los estudios que F. Schlegel hará sobre el sánscrito. Los mismos hermanos Grimm serán los fundadores de los estudios filológicos de las lenguas germánicas.

[1] Ludwig Tieck (1773-1853), poeta perteneciente al círculo romántico de Jena. Traductor con A. W. Schlegel de la obra de Shakespeare.

Los hermanos Grimm

Infancia y primera juventud

Los hermanos Grimm proceden de una familia asentada durante generaciones en la región de Hesse [2]. Su abuelo fue un conocido pastor de la Iglesia Reformada en Steinau y su décimo hijo, jurista de profesión, fue el padre de los Grimm. En 1783 se casará con Dorothea Zimmer, hija de un consejero de la Cancillería de Kasel. Jacob nacerá en Hanau, un año después de la muerte de su primer hermano, en 1785, y Wilhelm, el hermano al que se sentirá toda la vida estrechamente unido, nacerá un año después.

La vida de ambos hermanos puede seguirse aproximadamente hasta 1830 por su propio testimonio.

Jacob cuenta en sus escritos autobiográficos cómo fueron educados severamente según las normas del credo calvinista. Esta rígida educación religiosa puede aclarar también rasgos importantes de su carácter, que se reflejarán en el rigor y la seriedad científica con que llevarán ambos hermanos a cabo todas sus investigaciones y estudios. Igualmente, Jacob refiere en los mismos escritos cómo se les inculcó un acendrado amor a su patria y un gran respeto hacia sus instituciones y gobernantes. Esto también se hará palpable en determinados momentos de su vida.

En 1791 la familia Grimm se trasladará a Steinau, donde el padre ejercerá como funcionario; en esta pequeña ciudad recibirán sus primeras enseñanzas a manos de un preceptor. Es el momento de las guerras de coalición, lo que permitirá a los hermanos observar directamente las consecuencias de la Revolución Francesa en suelo alemán.

Un año decisivo

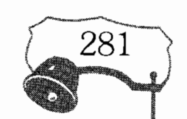
El año 1796 será un año decisivo para la vida de los dos hermanos. Inesperadamente, y a consecuencia de una grave afección pulmonar, fallece el padre. Jacob, como hermano mayor, será consciente desde ese momento de la responsabilidad que tiene frente a su madre y hermanos.

La situación económica en la que quedan la viuda y los hijos no es buena, viéndose además acuciada ella por la preocupación que le causa el futuro de sus hijos mayores. Difícil se hubiera presentado este futuro si una de las her-

---

[2] Estado federal de la República Federal de Alemania, cuya capital es Wiesbaden. Situado en la zona central de Alemania entre la cuenca de Suabia, la de Franconia y la de Hannover, fue antigua vía de paso entre la Alemania situada al lado del Rin y el norte de Alemania.

Para la elaboración de esta biografía nos hemos servido fundamentalmente de las siguientes obras: H. Gerstner, *Die Brüder Grimm* («Los hermanos Grimm»), Hamburg, 1973; M. Kluge (ed.), *Die Brüder Grimm in ihren Selbstbiographien* («Los hermanos Grimm en sus autobiografías»), München, 1985; Walter Nissen, *Die Brüder Grimm und ihre Märchen* («Los hermanos Grimm y sus cuentos»), Göttingen, 1984; Ludwig Denecke, *Jacob Grimm und sein Bruder Wilhelm* («Jacob Grimm y su hermano Wilhelm»), Stuttgart, 1971.



manas, que era dama de compañía de la princesa de Hesse, no se hubiera ofrecido a ayudarlos haciéndose cargo de la educación de Jacob y de Wilhelm. Se trasladan a Kassel y allí asistirán a las clases en el instituto de la ciudad. La enseñanza de este instituto no llegará a convencer a Jacob, que ya desde joven da muestras de un gran interés y aplicación por los estudios. Algo que verdaderamente le molestaba era no ser tratado de la misma manera que el resto de los alumnos, quizá por proceder de un pueblo. Por su parte, Wilhelm alude ya en su autobiografía a la influencia que esta vida sedentaria de estudio tendrá sobre su salud, algo de lo que se resentirá a lo largo de toda su vida.

Los dos hermanos, además de su asistencia regular al instituto, recibían clases particulares de latín y francés. Su tiempo libre lo empleaban en dibujar, afición que transmitirían a su hermano Ludwig, que más tarde será el ilustrador de algunos de sus cuentos.

Estudios en Marburgo

En 1802, Jacob se matricula en la universidad de Marburgo, siendo plenamente consciente de que tiene que terminar pronto sus estudios universitarios para poder ayudar a su madre en la educación del resto de los hermanos.

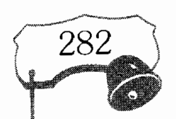
Wilhelm, enfermo de asma, permanecerá en Kassel, comenzando sus estudios universitarios un año más tarde. A ambos hermanos les cuesta bastante esta primera separación, aunque sea por poco tiempo.

Más por seguir la tradición familiar que por propia inclinación, ambos elegirán la carrera de Derecho. En Marburgo, ambos hermanos se verán obligados a llevar una vida económicamente estrecha y Jacob mismo hace constar que no ha recibido nunca una ayuda económica oficial, a pesar de ser su madre viuda de un funcionario estatal; este testimonio nos demuestra lo que le afectaba la injusticia social dominante, pues las becas eran repartidas entre los estudiantes procedentes de las clases elevadas.

Sin embargo, esta situación no le amarga en nada ni disminuye su afán por el trabajo, señalando que las necesidades económicas estimulan la aplicación y el trabajo, le hacen a uno consciente de su propio valor e incluso llega a afirmar que todo lo que el pueblo alemán ha conseguido se debe a que no es un pueblo rico.

Se matriculan ambos hermanos en diversas asignaturas, pero las clases que más impresión le causarán serán las de Friedrich Karl von Savigny [3], al que ambos hermanos

[3] Jurista alemán (1779-1861). Profesor en Marburgo y primer catedrático de Derecho Romano en Berlín. Fundador de la escuela histórica alemana.



recordarán con admiración y cariño al cabo de los años. Jacob mismo dice sobre sus clases que lo habían conmovido profundamente y que tuvieron una influencia decisiva en su vida y en sus estudios. Savigny permitirá a ambos hermanos utilizar su biblioteca privada, lo que no sólo les dio acceso a toda clase de tratados jurídicos, sino también a otro tipo de obras. Jacob se tropezará, por ejemplo, con una edición de la poesía trovadoresca alemana, lo que despertó en él la curiosidad por los estudios de este tipo.

Gracias a Savigny entrarán también los dos hermanos en contacto con el poeta Clemens Brentano [4].

Estancia en París

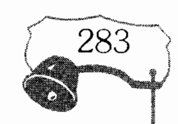
En 1804 Savigny abandonará Marburgo para llevar a cabo unos estudios en París; su intención era visitar la Biblioteca Nacional para escribir una Historia del Derecho Romano. Inesperadamente, en 1805, Savigny le hace a Jacob la proposición de que vaya a París a ayudarlo en sus investigaciones. La proposición resultó tan de su agrado que se dispuso al viaje, aun sin haber terminado sus estudios. Mientras tanto Wilhelm seguirá estudiando en Marburgo. Jacob se convierte en la mano derecha de Savigny; el tipo de trabajo que realiza para él le hará plantearse seriamente su futuro. ¿Debe terminar sus estudios de Derecho o debe buscarse un trabajo que le permita seguir sus inclinaciones intelectuales?

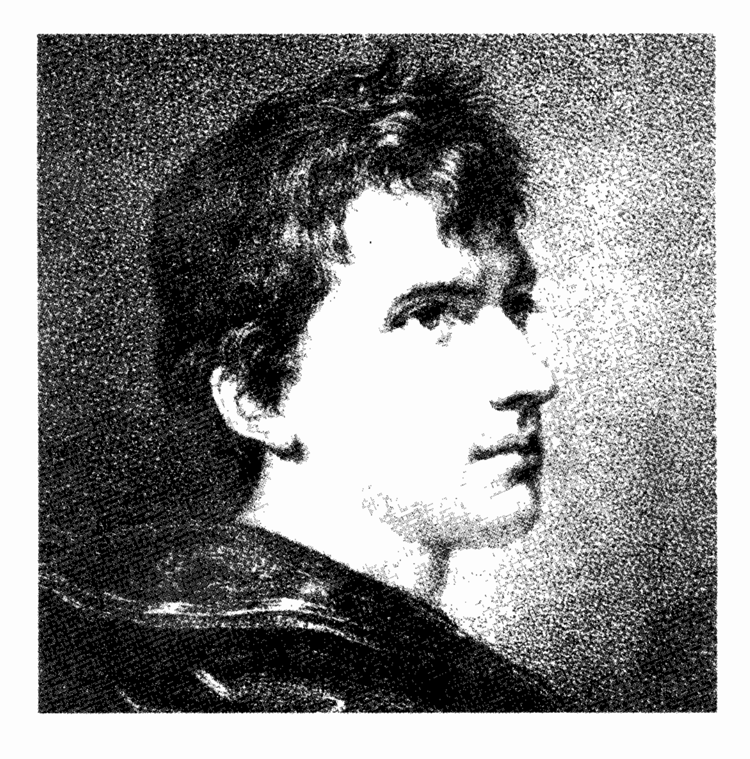
A su regreso de París tomará la decisión de dedicarse al estudio de la literatura antigua y medieval alemana.

Los años en Kassel

Jacob regresa a Kassel y consigue un puesto como secretario en el Departamento de la Guerra; el trabajo no le complace demasiado, pero el tiempo que le queda libre lo dedica enteramente a sus estudios literarios. Wilhelm termina su carrera en 1807 y regresa también a Kassel. En los primeros momentos no consigue Wilhelm encontrar un trabajo debido a los avatares políticos. Ambos hermanos vivirán directamente las consecuencias de la dominación napoleónica, ya que Kassel pasa a formar parte del recién creado reino de Westfalia, cuyo rey, Jerónimo, es hermano de Napoleón. Wilhelm hace referencia en su autobiografía a lo terrible que fue tal dominación y explica cómo logra superar la angustia de esa época dedicándose por entero a los estudios de literatura antigua alemana, buscando en ella «no sólo un consuelo en el pasado, sino también con la esperanza de que estos estudios sirvieran también para la vuelta a otros tiempos».

[4] Escritor alemán (1778-1842), uno de los más grandes representantes del movimiento romántico.





Achim von Arnim. Grabado de época, según una acuarela de Ströhling, 1804

Durante esta época ambos hermanos se encontrarán con los poetas Achim von Arnim [5] y Clemens Brentano, a los que ayudarán en su trabajo de selección y recolección de canciones populares. En contacto con ambos poetas, los dos hermanos se abren paso a la labor como recopiladores, trabajo en el que se convertirán en primeras figuras.

Bajo la ocupación francesa

Al pasar Kassel a posesión francesa, Jacob no quiere seguir trabajando como secretario en el recién creado Departamento para el cuidado de las tropas de ocupación; no quiere tener nada que ver con el invasor y su organización, así que deja su trabajo, lo que hace que durante algún tiempo tenga que permanecer en su casa sin ocupación fija. Pasado algún tiempo, cree poder obtener un puesto como bibliotecario, por sus conocimientos de literatura, pero sufre la desilusión de ver cómo se lo conceden a otro.

A esta situación se une una nueva desgracia familiar, la muerte de la madre, que impresionará vivamente a los hermanos.

---

[5] Poeta y novelista alemán (1781-1831), casado con Bettina Brentano. Con Clemens Brentano publicará su cancionero popular *Des Knaben Wunderhorn* (El maravilloso cuerno del muchacho).

Finalmente, Jacob consigue un puesto en la biblioteca privada del rey. Tiene un buen sueldo que le permite ayudar a su familia. Entretanto, Wilhelm volverá a sufrir una recaída en su salud, lo que le hará decidirse a someterse a un tratamiento en Halle, tratamiento que le ayudará a recuperarse de su enfermedad.

Después de su recuperación, invitado por Achim von Arnim, visitará Berlín, donde aprovechará para profundizar en la problemática del *Cantar de los Nibelungos* [6], tema que le preocupará durante toda su vida.

A su regreso a Kassel pasará por Weimar, donde tendrá la ocasión de conocer al más grande poeta alemán, J. W. Goethe, que le hará patente su enorme interés por la literatura antigua alemana, injustamente olvidada. Gracias a la mediación de Goethe podrá utilizar algunos códices de la Biblioteca Ducal. Jacob, aprovechando su puesto de bibliotecario, seguirá también dedicado a sus estudios de lengua y literatura alemana.

Cambio del panorama político

En 1813, después de la batalla de Leipzig, cambia el panorama político totalmente. Los franceses se ven obligados a abandonar Alemania, Westfalia desparece como reino, volviendo a existir el principado de Hesse.

Naturalmente, Jacob pierde su empleo, pero saluda entusiasmado la nueva situación, entusiasmo que también comparte Wilhelm.

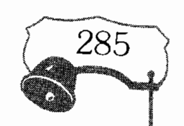
Jacob entra rápidamente al servicio del nuevo príncipe, como secretario de legación, y es enviado a París a recuperar los libros y los objetos de arte que los franceses se habían llevado.

Su hermano Wilhelm consigue un puesto como bibliotecario. Durante la estancia de su hermano en París, busca una casa en la que poder vivir juntos cuando Jacob regrese de París; éste regresa en julio de 1814, ilusionado por dedicarse a repasar las anotaciones y recopilaciones de códices y manuscritos que había hecho en París.

Nuevamente es enviado a una misión diplomática al Congreso de Viena, donde los políticos intentaban una reestructuración nueva del mapa de Europa; su misión no es importante, sin embargo Jacob observa con desagrado y desilusión cómo los políticos se repartían a su arbitrio las naciones, sin tener para nada en cuenta a los pueblos. Sin embargo, su estancia en Viena le servirá para empezar a familiarizarse con las lenguas eslavas.

---

[6] Obra anónima, escrita alrededor de 1200 en la zona del Danubio, de carácter épico-heroico.





Wilhelm Grimm escribiendo. Dibujo a lápiz de Ludwig Emil Grimm, 4 de diciembre de 1814

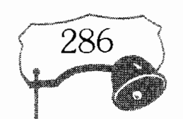
Después de su regreso a Kassel es enviado de nuevo a París, pero a su regreso de este viaje está firmemente decidido a dejar el servicio diplomático y a dedicarse plenamente a otro tipo de trabajos.

Los cimientos de la germanística

Ambos hermanos, a pesar de su formación como juristas, mostraban su interés por otro tipo de trabajos y serán ellos los que pondrán los primeros cimientos a esa rama de la ciencia que llamamos germanística. Aunque los estudios sobre literatura antigua y medieval alemana habían comenzado a dar sus frutos en el siglo XVIII, será en el período romántico cuando se les dé un avance decisivo.

Los hermanos Grimm, para poner en marcha definitiva este tipo de investigación, tendrán que dedicarse a reconstruir e interpretar una gran cantidad de manuscritos que estaban perdidos en las bibliotecas, pero poco a poco conseguirán que estos documentos salgan a la luz del día. Sin embargo, hay que mencionar que su interés no se centraba únicamente en la literatura escrita en su lengua. Jacob mostraba gran interés por las lenguas eslavas y el islandés; también dedicará su atención a diversos aspectos de la literatura inglesa, francesa, italiana y española.





A su vez, sus amplias relaciones con la mayoría de los escritores románticos: Arnim, Bettina y Clemens Brentano, Kleist [7], Novalis [8], A. W. Schlegel [9], Tieck y Uhland [10], les hacen que acrecienten su mundo cultural y científico.

Primeros trabajos científicos

Sus primeros trabajos, resultados de sus investigaciones, aparecerán en revistas especializadas. Jacob publica en ellas sus investigaciones sobre el *Cantar de los Nibelungos,* sobre la poesía trovadoresca alemana, mientras que Wilhelm publica sus estudios sobre los orígenes de la literatura alemana y su relación con la nórdica, así como un índice de los poetas alemanes del medievo.

Imposible sería enumerar aquí la cantidad de trabajos que ambos hermanos escriben y publican durante sus años de residencia en Kassel. Su campo de estudio e investigación será amplio y múltiple; irá desde los estudios de literatura medieval hasta los mitológicos, traducciones, como, por ejemplo, las de Wilhelm sobre los cantos heroicos, las baladas y los cuentos antiguos daneses.

Ambos hermanos publicarán conjunta e individualmente. Conjunta será su edición del *Cantar de Hildebrando* [11], así como los cantos de los *Edas,* la antigua poesía islandesa que ellos consideraban que podía ser comparada plenamente con la homérica; de esta edición aparecerá solamente un tomo.

Poco a poco comienzan a tener un nombre y fama en el terreno científico, pero lo que verdaderamente les dará el espaldarazo a la fama será la publicación de sus *Cuentos de Niños y del Hogar.*

Ultimos años en Kassel

La investigación sobre los cuentos los llevará a otra investigación, en la que jugará un papel importante también la labor de recopilación y que también tiene una base popular: nos referimos a su trabajo sobre las leyendas alemanas. Este trabajo aparecerá después de los dos primeros tomos de cuentos. La recolección de las mismas había empezado aproximadamente por la misma época en que trabajaban en los cuentos. Ellos mismos harán una diferen-

---

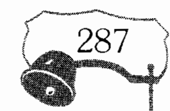
[7] Heinrich von Kleist (1777-1811), poeta y dramaturgo alemán que se encuentra entre el movimiento clásico y el romántico.

[8] Pseudónimo de Friedrich, barón von Hardenberg (1772-1801). Poeta romántico del círculo de Jena, muy influenciado por el Idealismo alemán.

[9] August Wilhelm von Schlegel (1767-1845), escritor y traductor de las obras de Calderón y de Shakespeare, esta última realizada con la colaboración de Tieck.

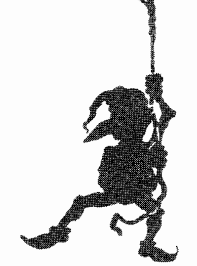
[10] Ludwig Uhland (1787-1862), profesor de Germanística en Tubinga, perteneciente al círculo romántico suabo.

[11] El *Cantar de Hildebrando* es el testimonio más antiguo conservado en fragmentos de la poesía épica aliterada.



Jacob Grimm a su mesa de trabajo. Dibujo de L. E. Grimm, 18 de noviembre de 1817.

ciación clara entre lo que es cuento y lo que es leyenda: el cuento se mueve en el terreno de lo fantástico, poético, mientras que la leyenda es histórica. Sin embargo, la colección de leyendas no tendrá el mismo éxito que los cuentos, y tampoco tendrán la misma difusión en el extranjero que éstos. Pero con esta colección abrieron también las vías para una nueva rama de la investigación.



Los años de trabajo en Kassel serán los más productivos de su vida. Poco a poco, cada uno se irá dedicando a su propio campo de investigación abandonando los trabajos en común. Su última publicación en común será la traducción de los *Irische Elfenmärchen* (Cuentos irlandeses de elfos) en 1826.

Jacob y los estudios de lengua

Jacob se dedica a partir de ahora intensamente a los estudios de lengua y se convertirá en este terreno en un investigador más importante de su época en este campo.

En 1819 aparecerá el primer tomo de su Gramática Alemana, en la que pretende dar una amplia visión histórica del desarrollo de la lengua. La importancia de esta Gramática, en tres tomos, y de sus descubrimientos, fue ya reconocida por sus contemporáneos, convirtiéndose en el «gramático más conocido de su época» según Arnim.

Al mismo tiempo que a los trabajos gramaticales, se dedica a su investigación sobre las fuentes del derecho alemán.

Wilhelm y sus trabajos sobre las runas

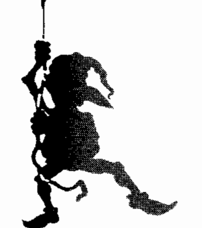
Mientras tanto, su hermano Wilhelm publica dos trabajos muy relacionados entre sí; uno sobre las runas alemanas que «quería ser una contribución a la historia del desarrollo del alfabeto», y otro sobre la literatura de las runas. Al mismo tiempo, prosigue sus investigaciones sobre la literatura medieval, siempre apoyándose en fuentes directas. La obra más importante de esta época será sus investigaciones sobre las leyendas heroicas alemanas, con la que llamará la atención sobre la tradición épico-heroica alemana.

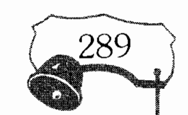
Estos años de intenso trabajo y de dedicación a la ciencia les habían dado gran renombre y fama, por lo que serán llamados a Gotinga para convertirse en profesores de su renombrada universidad.

Estancia en Gotinga

En 1829 son llamados a la universidad de Gotinga para trabajar en ella; Jacob como profesor y bibliotecario y Wilhelm como bibliotecario. A principios de 1830 toman ambos posesión de sus cargos. Jacob se hará cargo inmediatamente de su cátedra e impartirá sus primeras clases sobre las fuentes del derecho alemán. Wilhelm empezará a desempeñar sus funciones también inmediatamente. El trabajo de la biblioteca de Gotinga era mayor que el de la de Kassel, por lo que Jacob se sentirá liberado cuando pueda dejar de ocuparse de ella; a partir de ese momento, todos sus afanes los dedicará a su labor docente e investigadora.

En su lección magistral, Jacob tratará de la nostalgia de la patria —a ambos hermanos les había costado mucho





abandonar Kassel— y de cómo, en cierta manera, el hombre se ve múltiplemente condicionado por la lengua en sus relaciones con la patria. Sus clases tratarán de temas varios, abarcando desde estudios sobre derecho alemán hasta temas de historia de la literatura y problemas específicos de la gramática. El material era absolutamente original y elaborado por él. Esta universidad, que era conocida por su especialidad de Filología clásica, alcanza el primer puesto en la especialidad de Germanística gracias a él.

También Wilhelm llegará a ser profesor en la universidad en el año 1835. Sus clases tratarán especialmente de temas literarios como el *Cantar de los Nibelungos,* el de *Gudrun* y la colección de sentencias de Freidank [12].

El segundo y el tercer tomo de la gramática

Jacob vuelve a retomar durante estos años sus trabajos sobre gramática y a reelaborar el segundo tomo. En el tercer tomo volverá a tratar problemas de la formación de palabras, así como aspectos del género gramatical. En la primera parte del tercer tomo, que no aparecerá hasta 1837, tratará de la sintaxis de la oración simple, siendo lo último que publica, dado que la segunda parte de este cuarto tomo, que debería tratar sobre la sintaxis de la oración compuesta, no llegará nunca a ser publicado. Con esta obra, Jacob pone las bases para los estudios de lingüística histórica dentro del marco de las lenguas germánicas.

Al mismo tiempo que se ocupa de sus investigaciones de índole gramatical, termina su trabajo sobre *Reineke el zorro,* que le ocupaba desde 1811, y redacta su tratado sobre mitología alemana, siendo de nuevo pionero en esta rama de la investigación.



El año 1837 será el año en el que aparezca la gran edición de *Cuentos de niños y del hogar,* de la que se había ocupado exclusivamente Wilhelm. Wilhelm retocará y ampliará las ediciones anteriores al incluir nuevos cuentos.

En estos momentos, ambos hermanos poseían ya una cimentada fama y un amplio renombre tanto por su trabajo como recopiladores como por sus trabajos científicos originales.

Un año amargo

Sin embargo, el año 1837 será un año amargo para los dos hermanos. En ese año entrará a reinar —después de la muerte de Guillermo IV, que había otorgado la Constitución de 1833—, su hermano Ernst August, que desde el principio se niega a seguir los pasos de su hermano y a ju-

[12] Freidank o Vridank es el nombre —o quizá sobrenombre— de un poeta medieval, que escribió en 1229 un poema satírico y moral titulado *Bescheidenheit* (Modestia). Consistía en una serie de sentencias, proverbios, fábulas y enigmas de corte epigramático.

rar la Constitución y la hace abolir declarándola no válida. Este hecho ocasionó que un grupo de siete profesores firmaran un escrito, el llamado *Manifiesto de los Siete,* alzándose contra tal medida y reafirmando su lealtad a los principios promulgados por la Constitución y jurados por ellos; entre estos siete profesores se encontraban los hermanos Grimm. Esto motivó que se vieran privados de sus cargos y que Jacob, considerado uno de los más contumaces, fuera expulsado de Gotinga y del reino de Hannover.

Destitución

Jacob mismo dará cuenta de su destitución en su escrito *Über meine Entlassung* (Sobre mi destitución), donde detallará lo injusto de la medida. Todo el escrito es clara muestra del talante liberal de este hombre, profundamente convencido de sus ideas, que siendo también respetuoso con las instituciones y sus representantes, se ve obligado a hacer una clara defensa de su dignidad personal y de su independencia moral e intelectual y de la obligación que todo hombre tiene de permanecer fiel a sus ideas y principios y de defender lo justo aun ante el poder establecido.

Al verse forzado a abandonar Gotinga se dirige de nuevo a Kassel.

Segunda estancia en Kassel

Ahora se le presentaba el problema de empezar una nueva vida, sin trabajo, y no sabe cómo orientar su futuro, aunque no es su deseo separarse de su hermano. Wilhelm, que se había casado en 1825 con Dorothea Wild, regresa también con su familia a Kassel, viviendo con su hermano Jacob y otro de sus hermanos en la antigua casa familiar.

El gesto de los Grimm es rápidamente conocido, mereciendo la aprobación y el respeto de todo el pueblo.

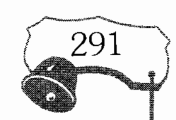
Durante esta época en que ambos están sin trabajo fijo, se dedicarán intensamente a sus investigaciones particulares.

Jacob retomará de nuevo sus investigaciones sobre gramática, así como investigará los rasgos poéticos existentes en las fuentes del derecho alemán.

Wilhelm seguirá profundizando en sus trabajos sobre literatura medieval. Publicará una edición del *Cantar de Rolando* en versión alemana, centrando, como siempre, su interés en la importancia de esta obra para la historia de la épica. Seguirá también ocupándose de los cuentos, que tendrán una nueva edición en 1840.

El «Diccionario alemán»

Junto a esto empiezan a planear ambos hermanos lo que iba a ser la obra fundamental de su vida, el monumental *Diccionario Alemán,* primera obra conjunta que no firmarán como los hermanos Grimm, sino como Jacob y Wilhelm Grimm, lo que nos da muestras de que ambos se



sienten dos personalidades científicas independientes que colaboran en una empresa común.

Este diccionario debería abarcar todos los vocablos de la lengua alemana, desde Lutero hasta el presente, teniendo en cuenta todos los préstamos, los dialectos y el lenguaje coloquial. La construcción de los artículos del diccionario es siempre la misma: primero aparece consignada la palabra en cuestión, luego su significación con su equivalente latino y finalmente la etimología, señalando también su desarrollo en las etapas del alemán antiguo y medieval. La parte principal está dedicada a su forma y desarrollo en alemán moderno.

Desde el principio, el trabajo estuvo perfectamente coordinado y estructurado por ambos hermanos, consignando las fuentes que había que tener en cuenta. A pesar de que al principio contaron ya con una gran serie de colaboradores, mucho del material fue reunido por ellos mismos.

Este diccionario, como todas las obras de este tipo, tiene una serie de fallos, pero solamente por la gran cantidad de vocablos que aporta es una obra todavía no superada para el estudio y conocimiento de la lengua alemana. Desgraciadamente, los hermanos no pudieron verla acabada, ya que se terminó en el año 1961.

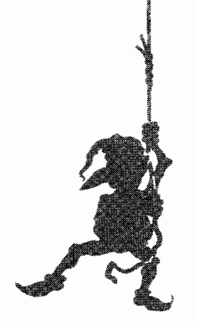
Ultimo período de su vida: Berlín

Gracias a los buenos oficios de gente conocida, entre ella su amiga Bettina Brentano, ambos hermanos son llamados a Berlín en noviembre de 1840 para ser miembros de la Academia de las Ciencias. Este llamamiento pudo tener lugar gracias a la subida al trono de Federico Guillermo IV, que fue un rey de talante liberal.

Nuevamente se ven obligados a dejar Kassel, lo que se les hace duro, pero ambos aceptan este llamamiento pensando que sería un paso adelante en su carrera científica e intelectual.

Como miembros de esta Academia ambos tendrán permiso para dar clases en la universidad. Jacob hablará en su primera clase sobre las fuentes del derecho alemán y la importancia de éste en la ordenación jurídica del estado. Wilhelm volverá a hablar de otro de sus temas preferidos: El *Cantar de Gudrun.* Ambos son acogidos con gran entusiasmo por sus alumnos, no solamente por su extraordinaria calidad como investigadores, sino por su actitud valiente y digna en el año 1837.

En Berlín ampliarán su círculo de amigos y allí tendrán ocasión de tratar y permanecer con la élite intelectual del país, a pesar de no ser demasiado amigos de reuniones



sociales. Conocerán, entre otros, al historiador Ranke y a filósofo Schelling.

Con el rigor científico que les caracterizaba, vuelven a dedicarse con el mismo ahínco a antiguos estudios, con un notable afán de perfeccionamiento y de profundización, para llevar a cabo una mejor explicación científica de estos estudios.

La historia de la lengua alemana

Jacob terminará en sus años berlineses los dos tomos que tratan de la historia de la lengua alemana. Aunque Jacob la consideraba la mejor de sus obras, muchas de sus aseveraciones son hoy insostenibles a la luz de la investigación moderna, pero es cosa que se puede entender perfectamente, dada la gran cantidad de campos científicos en los que se movía.

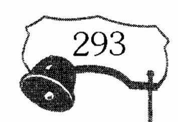
El año 1848 también será importante en su vida, pero no en el terreno de la investigación, sino en el terreno político.

En Alemania seguía planteándose el problema de la unidad y libertad de la nación y el pueblo ejercía sus presiones para que hubiera una mayor comunicación entre los estados; en todo el territorio nacional se percibía una gran agitación. Tal era la preocupación de los ciudadanos por estos temas, que hasta en las reuniones científicas se planteará tal problema. En 1846, los germanistas se reúnen por primera vez y aquí se tratará el problema candente de la unidad nacional. Jacob, nombrado presidente, se referirá específicamente a él.

El diputado

Como consecuencia de la revolución de 1848, que tuvo graves consecuencia, los gobiernos deciden convocar una asamblea nacional, que tenía como misión redactar una constitución. Jacob tomará parte activa en ella como diputado. Hombre liberal e independiente, en esa asamblea hará hincapié sobre la importancia del concepto de libertad, considerando que es un derecho fundamental y que debería ser el que encabezara la constitución. Sin embargo, el proyecto de constitución no llegó a tener un final feliz, ya que los diputados no se pusieron de acuerdo en puntos fundamentales. Jacob, cansado de las discusiones sin sentido, deja su cargo en 1848 y abandona Francfort, tremendamente desilusionado. La asamblea fracasa y es disuelta un año más tarde.

Aunque la situación política produce dolor y amargura a los dos hermanos, ellos se refugian en su trabajo, al que le dedican la mayoría de su tiempo, ocupándose a la par de la empresa común del diccionario y de sus investigaciones particulares.





Bettina Brentano, esposa de Achim von Arnim y amiga de los Grimm. Dibujo de L. E. Grimm

Lentamente se va debilitando su salud y la sombra de la muerte se va extendiendo por encima de ellos dejándolos poco a poco solos; en 1853 muere su hermano Karl, y en 1859 su fiel amiga de toda la vida, Bettina Brentano.

Un gran golpe para Jacob

Ese mismo año morirá Wilhelm. La pérdida del hermano significa un gran golpe para Jacob, acostumbrado a tener siempre a su lado al hermano, del que nunca se quiso separar, tanto en los momentos felices como en los desgraciados: el único consuelo que le queda es la familia de su hermano, a la que considerará y cuidará como propia.

Sin embargo, con esa fuerza invencible que caracteriza su carácter y que le acompañó siempre en todo momento, Jacob prosigue sus investigaciones. De esta época procede una de sus intervenciones más famosas en la Academia de las Ciencias, la que dedica al recuerdo de su hermano y en



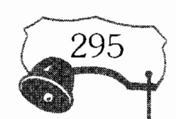
la que hará referencia a su actividad intelectual, pero señalando los lazos de amistad, fraternidad y camaradería que les ha unido siempre. Confiesa también que, de todas las obras de su hermano, la que más le gustaba era la colección de cuentos, y cómo él había tenido que dejar la elaboración de los cuentos a Wilhelm, ocupado como estaba en otros trabajos. Finaliza su discurso con la aseveración de que cada vez que cogía el libro de cuentos en la mano se sentía conmovido, pues veía ante él a su hermano y reconocía «su huella, que todavía estaba viva».

Ultimos trabajos

Prosigue su trabajo en el diccionario, que no quiere entregar a otras manos mientras viva; él quería ser responsable de aquella obra hasta el final, aunque era plenamente consciente de que no podría verla nunca acabada. Al mismo tiempo, planeaba una nueva introducción para la colección de cuentos y una obra sobre costumbres alemanas, pero la muerte lo alejó de todos estos proyectos el 20 de septiembre de 1863. Está enterrado con su hermano en Berlín.



Uno de los últimos retratos de Jacob Grimm. Dibujo a lápiz de L. E. Grimm, 23 de septiembre de 1858



Los «Cuentos de niños y del hogar»

El primero que llamó la atención sobre la enorme riqueza y variedad de la poesía de raigambre popular fue Johann Gottfried Herder [13] y dio él mismo muestra de su interés por ella con sus canciones populares. Sin embargo, serán los hermanos Grimm los que darán un gran impulso a este tipo de colecciones y a los estudios sobre los cuentos.

Los Grimm y Brentano

Fueron animados a este tipo de trabajo por Achim von Arnim y Clemens Brentano al pedirles su colaboración para el cancionero que ambos preparaban. A partir de esta primera colaboración, se deciden también a ayudar a Brentano en su proyecto de publicar una colección de cuentos populares; este proyecto nunca se llevó a cabo. Ambos hermanos se muestran dispuestos a enviarle para ello una serie de cuentos que tenían reunidos, haciendo, afortunadamente una copia de los mismos. Jacob, en la carta que acompaña al envío, le pide a su amigo Brentano que se los devuelva después de utilizarlos; sin embargo, Brentano hace caso omiso de tal petición, y los cuentos se hubieran perdido de no haber obrado los hermanos Grimm tan precavidamente. Estos cuentos aparecieron un siglo después entre las obras póstumas de Brentano.

En una visita de Arnim a Kassel en 1807, éste les animará a que prosigan con la colección, pero será en 1812, mientras pasa unos días en Kassel, cuando les dará el empujón definitivo que los lleve a publicar el primer tomo, y será también el que les encuentre el editor apropiado, el berlinés Georg Andreas Reimar [14].

Resultado de las investigaciones sobre la poesía popular

Esta colección de cuentos es, en primer lugar, el resultado directo de las investigaciones sobre la poesía de raigambre popular, y Wilhelm acentuará esto cuando dice: «Nuestra única fuente ha sido la transmisión oral.»

Con ella, los hermanos Grimm pretendían guardar y dar a conocer todo aquello que hay de verdadero en el pueblo. Solamente completaron esta colección literariamente cuando estaban plenamente seguros de que los cuentos habían sido transmitidos con una fidelidad absoluta. Los hermanos Grimm estaban ya acostumbrados por el resto de sus trabajos científicos a un gran rigor y fidelidad

---

13 Johann Gottfried Herder (1744-1803), escritor alemán, situado entre la Ilustración y el movimiento del *Sturm und Drang*, que ayudó a superar la Ilustración. Ha influido decisivamente en la literatura y en el pensamiento alemán.

14 Wilhelm Grimm hace referencia explícita al interés de Achim von Arnim para que se publicaran los cuentos, en la *Dedicatoria* que va impresa en el primer tomo de dichos cuentos.



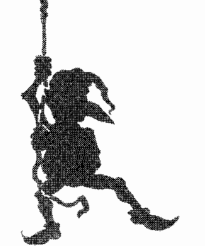
Frau Ewig, niñera de los Grimm, contando cuentos. Dibujo de L. E. Grimm, navidad de 1829

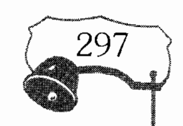
en el estudio de las fuentes. Para ellos, los cuentos serán los restos de una poesía nacional primitiva en la que verán conexiones con otros mitos.

El interés por lo autóctono

A su vez, el trabajo de recolección y publicación de esta serie de cuentos hay que enfocarlo estrictamente desde el punto de vista del movimiento romántico, desde la preocupación e interés por salvar lo verdaderamente autóctono antes de que se pierda. En la época de la triste dominación napoleónica de Alemania, la aparición de estos cuentos hay que verla como una contribución al fortalecimiento del espíritu nacional; con la publicación de los mismos, los hermanos Grimm contribuyen a una tarea de carácter nacional. Desde este punto de vista, puede entenderse que en la colección sólo aparezcan aquellos cuentos que los hermanos Grimm opinaban que procedían de la tradición oral alemana; de ahí que en la edición definitiva dejaran fuera *El gato con botas,* por considerarlo muy próximo a la tradición francesa.

Esta colección de cuentos de los hermanos Grimm no es, en manera alguna, la primera colección de cuentos conocida en Europa. Las primeras colecciones de cuentos se publicaron en Italia en el siglo XVI y la primera dedicada





íntegramente a niños será publicada en 1697, en Francia, por Charles Perrault *.

En Alemania no se sintió interés por el subgénero literario del cuento hasta el siglo XVIII y hasta que Goethe llama la atención sobre él. La colección más conocida es la de K. J. Musäus, una colección en la que pesa más la temática de lo que hoy llamaríamos fábulas y que están trabajadas de forma novelística.

Procedencia

La mayoría de esta amplia colección de cuentos procede de la zona de Hesse, de las proximidades de la ciudad de Kassel o de la misma ciudad. En Kassel, los hermanos Grimm eran amigos de la familia de un farmacéutico llamado Wild; tanto la mujer como las hijas, una de las cuales se convertirá años más tarde en la mujer de Wilhelm, eran muy aficionadas a contar cuentos y a ellas se les debe algunos de los más bonitos de la colección como, por ejemplo, *El gato y el ratón socios* y *La señora Holle.* A su vez, la niñera de esta familia era también una gran conocedora de cuentos y ella es la narradora, entre otros, de *La bella durmiente del bosque* y *Caperucita roja;* éste en la típica versión de los Grimm, con final feliz en los dos cuentos, frente al final trágico que ofrece la versión de Perrault.

Al círculo de las amigas de los Wild pertenecía María Hasenpflug que también les transmitirá una serie de cuentos como *El señor Korbes, El rey Pico de Tordo* y un versión de *Blancanieves.* La madre de los Hasenpflug era de origen francés y en su casa se solía hablar este idioma, por lo que a veces se suelen apreciar coincidencias de los cuentos alemanes de esta colección con versiones francesas del XVIII; esto plantea el problema de si, en su origen, las versiones son francesas, aunque se tiende a creer que son cuentos cuya temática pertenecen al acervo cultural común europeo.

Otra persona que contribuirá a ampliar su colección es Friederik Mannel, a la que conocerán por mediación de Clemens Brentano y que les narrará cuentos como *Presa de pájaro* o *Los dos hermanos.*

La señora Viehmann

Sin embargo, su mayor informante será la señora Viehmann, persona que también era de origen francés y que conocía esta lengua y, por consiguiente, no era todo lo inculta que los hermanos Grimm quisieron hacer creer. Esta mujer, por avatares de las guerras napoleónicas, se vio obligada a ganarse su sustento vendiendo mercancías en el mercado de Kassel. Ella fue la que visitó la casa de

* Son los célebres *Cuentos de antaño,* publicados ya en esta misma Colección.

los Grimm en Kassel, a causa de su negocio; ellos no fueron nunca a su lugar de residencia. Aprovechando las ocasiones en que ella iba a su casa, les contó una gran cantidad de cuentos y seguramente hubiera contribuido a ampliar notablemente su colección si no hubiera fallecido en 1816.

Cuentos de la zona de Westfalia

Además de los cuentos de la comarca de Hesse, que forman la mayor parte de la colección, los hermanos Grimm tuvieron acceso a una serie de cuentos de la zona de Westfalia. Los narradores, esta vez, fueron los miembros de la familia von Haxthausen, que vivían en Paderborn. Esta familia será la que más cuentos aportará para el segundo tomo, porque precisamente estaba interesada en coleccionar cuentos westfalianos. Entre los cuentos por ella aportados se encuentra, nuevamente, *La señora Holle, El negocio acertado* y *Fernando fiel y Fernando infiel.*

Las hermanas Jenny y Anette Droste Hülshoff [15], que pasaban temporadas en casa de los Haxthausen en Paderborn, les narrarán también algunos cuentos originarios de la zona de Münster, por ejemplo, *Las tres princesas negras* y *Los zapatos gastados de bailar.*

Otras aportaciones

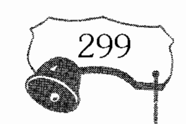
Estos serán los principales transmisores de cuentos, pero a estos cuentos se unirán luego cuentos de otras regiones alemanas, aunque generalmente no formarán un bloque compacto como los de la comarca de Hesse, sino que serán más bien aportaciones sueltas. La colección cuenta con ejemplos de Mecklemburgo, Baviera, Bohemia y cuentos procedentes de Austria y Suiza.

Las primeras críticas

Aunque el primer tomo de la colección, publicado en 1812, es acogido con enorme aceptación y entusiasmo, no pudo, a pesar de ello, escaparse a algunas críticas, entre ellas las de Clemens Brentano, que critica la forma de narrar, deseando que se hubiera hecho de una forma más literaria y no ateniéndose tanto al original, en el que predomina la ingenuidad. Esta crítica hace que los hermanos Grimm se cuestionen sus propias teorías sobre el cuento.

En el primer tomo de la colección se intentó, ante todo, que los cuentos fueran un documento fidedigno de la poesía popular, y Jacob mantuvo siempre la opinión de que los cuentos deberían atenerse fielmente a la transmisión, ajustarse exactamente a la forma de cómo habían sido narrados.

[15] Anette, baronesa von Droste-Hülshoff (1797-1848), poetisa alemana de extraordinario lirismo, muy influenciada por el paisaje de su tierra westfaliana.



Los cambios introducidos por Wilhelm

Sin embargo, a Wilhelm parece que le hicieron mella algunas de las críticas, y en la segunda parte, de la que él fue el redactor, se aprecian cambios hechos claramente por él. Estos cambios se pueden apreciar comparando la edición de 1812 con la de 1857. Los cambios que se aprecian son, sobre todo, de estilo, pero también los introdujo en la redacción cuando había párrafos que le parecían inmorales, seguramente por no encontrarlos adecuados para los niños. No hay que olvidar que en el Congreso de Viena se prohibió una reimpresión de los cuentos por encontrarlos «demasiado supersticiosos». De todas maneras, Wilhelm creó el estilo unitario de los *Cuentos de niños y del hogar* sin negar su origen. Que hubo una reelaboración se puede apreciar en las ilustraciones de *El enebro,* cuento en el que éstas van en progresión inversa al discurrir de la narración actual (véase tomo I, págs. 263-266).

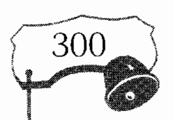
A partir de la segunda edición, de 1814, Jacob irá dejando el trabajo de los cuentos en manos de su hermano. Brentano y Arnim harán ahora sus observaciones a Wilhelm e intentarán imponer sus propios criterios acerca del cuento; al mismo tiempo querrán acentuar las posibles diferencias entre las dos interpretaciones de los hermanos acerca del cuento, sobre si debe ser reelaborado artísticamente o debe apoyarse única y exclusivamente en la tradición oral. Sin embargo, Jacob insistirá años más tarde en el trabajo en común de las primeras ediciones y justificará su posterior abandono por estar ocupado en otras investigaciones. La crítica actual no duda de la veracidad de este comentario ni de que los hermanos estuvieran totalmente de acuerdo, desde el principio, en la forma de reelaborar los cuentos.

Todos los tipos de narraciones propios de las reuniones familiares y populares

La colección de cuentos, muy extensa, contiene todos los tipos de narraciones que se cultivaban en las reuniones familiares y populares: fábulas de animales, leyendas, chascarillos, adivinanzas, cuentos de miedo, narraciones jocosas y cuentos fantásticos infantiles. Son narraciones que provienen de todas las épocas, que pertenecen, en definitiva, al bagaje ancestral del pueblo, procedentes de diversas zonas de Alemania y con ejemplos escritos en varios dialectos alemanes [16].

Sin embargo, el peso mayor de la colección lo constituyen los cuentos para niños, es decir, los cuentos fantásticos, que se mueven en el terreno del mundo mágico y ma-

[16] Agradecemos la amable colaboración y ayuda para la traducción de los cuentos en dialecto a la señora Evamaría Renner.



ravilloso; en un mundo que no tiene nada que ver con la realidad y que no conoce para nada los conceptos de espacio y tiempo. Según Von Leyen un cuento es «una narración hecha con fantasía poética especialmente del mundo mágico, una historia maravillosa no ligada a ninguna de las condiciones del mundo real, que oye gustosamente la clase elevada y el pueblo llano, aunque les parezca increíble».

Los personajes del cuento

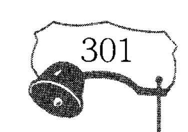
Tanto el héroe como el resto de los personajes del cuento aceptan con la mayor naturalidad la existencia de ese mundo fantástico, mágico, irreal, sin que les llame la menor atención todo lo que pueda suceder en él. Natural puede parecer que un animal se pueda transformar de pronto en un ser humano y obrar como él, o que hable y dé consejos. Los seres no se asustan porque se les aparezcan seres maravillosos (entran dentro de la lógica del cuento), ni que actúen sobre ellos; más bien parecen tener temor a que su comportamiento pueda repercutir en ellos produciéndoles alguna clase de daño. Los seres de este mundo fantástico son totalmente aceptados, por ejemplo, las hadas, los enanos, los gigantes. Típico de estos cuentos es el objeto mágico.

La estructura narrativa

La estructura narrativa es similar en todos los cuentos pertenecientes a este grupo. Nos encontramos siempre ante un narrador omnisciente, como en los relatos épicos, que domina la escena y el campo de operaciones en las que se mueve el héroe. Este narrador es el que nos relata las actividades del héroe y de los personajes que le rodean, los cuales suelen actuar en su mundo especial. El final de los cuentos suele ser feliz en su mayoría, aunque a veces al personaje malvado se le aplique el castigo que merece; esto suele pasar con las brujas.

Rasgos característicos

Para llegar a este final feliz, el héroe ha tenido que esforzarse y correr una serie de peligros para poder conseguir el premio a sus acciones y ha tenido que mostrar siempre en su comportamiento su bondad natural. Según Rölleke, este tipo de cuentos ofrece una serie de rasgos característicos que se repiten en la mayoría de ellos: la forma, la preferencia por las repeticiones, la aparición de versos sencillos, el gusto por determinadas cifras, colores y materiales, la situación penosa en la que se encuentra el héroe, ya sea al principio o en el transcurso de la narración, de la que sale al final gracias a una boda o a recibir un reino, su aislamiento, el lugar donde tienen lugar sus aventuras y desgracias (generalmente el agua o el bosque), la ayuda de seres fantásticos.



Lengua y rasgos estilísticos

La lengua de los cuentos es una lengua sencilla, expresiva, pero sin complicaciones, como generalmente son las narraciones orales; en ellas se repiten también determinados rasgos estílisticos que la caracterizan formalmente: uso muy frecuente del diminutivo y de las formas aliteradas, predilección por ciertas palabras y giros arcaizantes, gran uso de las onomatopeyas, muy ricas y variadas, utilización frecuente de refranes y comparaciones, tendencia a utilizar más el estilo paratáctico que el hipotáctico, uso preferente del estilo directo. Algunos de estos rasgos puede que se deban al retoque literario hecho por los hermanos, pero la gran mayoría de estos rasgos son propios y frecuentes en las narraciones de tradición popular.

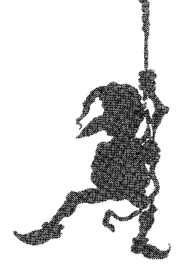
Las dificultades de una traducción

Por la sencillez de la lengua, la traducción no ofrece grandes dificultades en lo que se refiere a la construcción sintáctica ni al vocabulario; las dificultades mayores, a veces difíciles de salvar, se encuentran en encontrar una reproducción apropiada en español de la aliteración, puesto que es una figura de dicción que no se usa en castellano con tanta frecuencia como en alemán; de difícil traducción son también los sonidos onomatopéyicos, que suelen ser distintos en la mayoría de los idiomas, así como la rima de los versos que, aunque muy sencillamente construidos con una rima muy primitiva, no es siempre posible ni fácil encontrarles un equivalente apropiado en español que tenga la misma fuerza expresiva, teniendo por ello que buscar rimas similares; la correspondencia total es casi imposible, y hay que buscar que se adapten a las normas del español, aun a riesgo de perder fuerza expresiva.

Criterios científicos

La colección fue hecha por los hermanos Grimm, teniendo en cuenta criterios científicos que los hermanos han señalado con precisión en sus anotaciones, haciendo hincapié en las diferentes variantes de las versiones, su procedencia y las posibles expansiones y conexiones con la tradición popular narrativa de otros países. Por todas estas razones pueden ser los fundadores de la investigación de este género literario menor, que hoy ha dado ya frutos muy valiosos. Todavía hoy se discute su teoría del valor del cuento como muestra viva de la tradición popular, como parte de un «subconsciente colectivo», que diría Jung, y como esencia y forma primitiva de la poesía, como restos de antiguos mitos. Tampoco hay que olvidar su otra teoría sobre los diversos rasgos comunes que se observan en los cuentos populares de diversas lenguas y países.

María Antonia SEIJO CASTROVIEJO



Bibliografía [1]

AÑO	TITULO ORIGINAL	TITULO CASTELLANO
1811	*Über den altdeutschen Meistergesang* (J).	Sobre la poesía antigua alemana de los maestros cantores.
1811	*Altdänische Heldenlieder, Balladen und Märchen übersetzt* (W).	Traducción de antiguos cantos heroicos, baladas y cuentos daneses.
1813	*Drei altschottische Lieder in Original und Übersetzung* (W).	Tres canciones antiguas escocesas en original y traducción.
1812	*Kinder- und Hausmärchen* [2].	*Cuentos infantiles y del hogar* [3]
1812	*Die beiden ältesten deutschen Gedichte aus dem 8. Jahrhundert: Das Lied von Hildebrand und Hadubrand und das Wessobrunner Gebet* (ed.).	Las dos poesías alemanas más antiguas del siglo VIII: El cantar de Hildebrando y Hadubrando y la oración de Wessobrunn.
1813-16	*Altdeutsche Wälder* (ed.).	Silvas antiguas alemanas.
1815	*Irmenstrasse und Irmensäule* (J).	Calle de Irmino y columna de Irmino.
1815	*Silva de romances viejos* (J).	Silva de romances viejos.
1815	*Der Arme Heinrich von Hartmann v.d. Aue* (ed.).	El pobre Heinrich von Hartmann de Aue.
1816	*Lieder der alten Edda* (ed.).	Cantos de los antiguos Edas.
1816	*Deutsche Sagen* [4].	Leyendas alemanas.
1819	*Deutsche Grammatik* [5] (J).	Gramática alemana.
1820	*Hausbüchel für unser Lebenlang* (J).	Librito recordatorio familiar para toda nuestra vida.
1821	*Über deutsche Runen* (W).	Sobre las runas alemanas.
1824	*Wuk Stephanowitsch: Kleine serbische Grammatik* (trad.) (J).	Pequeña gramática serbia de Wuk Stephanowitsch.
1826	*Irische Elfenmärchen*.	Cuentos de elfos irlandeses.
1828	*Zur Literatur der Runen* (W).	A propósito de la literatura de las runas.
1828	*Deutsche Rechtsaltertümer* (J).	Sobre los documentos antiguos del derecho alemán.
1828	*Grâve Ruodolf* (W).	El conde Rudolfo.
1829	*Die deutsche Heldensage* (W).	Las leyendas heroicas alemanas.
1830	*Hymnorum veteris ecclesiae XXVI interpretatio Theodisca nunc primum edita* (J).	Interpretación de XXVI himnos de la iglesia antigua editada ahora por vez primera.
1830	*De Hildebrando antiquissimi carminis teutonici fragmentum* (W).	Fragmento de un antiquísimo poema teutón sobre Hildebrando.
1834	*Reinhart Fuchs* (J).	Reineke el zorro.

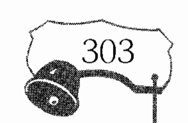
[1] Los hermanos Grimm escribieron indistintamente obras en colaboración y por separado. Los títulos de esta bibliografía seguidos de (J) pertenecen sólo a Jacob; los seguidos de (W), sólo a Wilhelm; el resto son obras hechas en colaboración.

[2] Primer tomo. El segundo fue publicado en 1815; ambos se reeditaron en 1819 y 1822. Siguieron publicando sucesivas ediciones con cuentos nuevos en 1837, 1841 y 1850. La séptima edición —la última hecha en vida de los Grimm— es de 1857.

[3] La primera traduccion literal y completa que se hizo en España fue publicada en catalán por Carles Riba con el título *Contes d'infants y de la llar* (1919-1921). Antes se habia publicado una colección de *Cuentos escogidos* (1896) y otras en 1913, 1918 y 1935. En castellano, la única edicion completa hasta la fecha era la de Labor (1955), traducida por Francisco Payarols, con prologo y revisión de Eduardo Valentí, aunque procedente de una edición todavía no definitivamente fijada en cuanto al orden de los cuentos

[4] Primera parte. La segunda fue publicada en 1818.

[5] Primera parte. La segunda edición se hizo en 1822 y volvió a reimprimirse en 1840 y 1852. La segunda parte es de 1826, reimpresa en 1852. La tercera parte es de 1831 y la cuarta de 1837.



Bibliografía

AÑO	TITULO ORIGINAL	TITULO CASTELLANO
1834	*Vrîdankes Bescheidenheit* (W).	La modestia de Freidank.
1835	*Deutsche Mythologie* (J).	Mitología alemana.
1835	*Taciti Germania* (J).	La Germania de Tácito.
1836	*Der Rosengarten* (W).	El jardín de las rosas.
1838	*Über meine Entlassung* (J).	Sobre mi destitución.
1838	*Ruolandes liet* (W).	La canción de Rolando.
1838	*Lateinische Gedichte des* x. *und* xi. *Jahrhunderts* [6] (J).	Poesías latinas de los siglos x y xi.
1839	*Wernher vom Niederrhein* (W).	Wernher del Bajo Rin.
1840	*Sendschreiben an Karl Lachmann über Reinhart Fuchs* (J).	Misiva a Karl Lachmann sobre Reineke el zorro.
1840	*Konrads von Würzburg Goldene Schmiede* (W).	La forja dorada de Conrado de Wurburgo.
1840	*Weistümer* [7] (J).	Recopilaciones de leyes consuetudinarias.
1840	*Andreas und Elene* (ed.) (J).	Andrés y Elena.
1841	*Konrads von Würzburg Silvester* (W).	Silvestre de Conrado de Wurzburgo.
1842	*Frau Aventiure klopft an Beneckes Tür* (J).	La señora Aventura llama a la puerta de Benecke.
1848	*Geschichte der deutschen Sprache* (J).	Historia de la lengua alemana.
1850	*Das Wort des Besitzes* (J).	La palabra de la posesión.
1854	*Deutsches Wörterbuch* [8].	Diccionario alemán.
1855	Über Freidank (W).	Sobre Freidank.
1863	*Rede über dal Alter* (J).	Discurso sobre la Edad.
1863	*Rede auf Wilhelm Grimm* (J).	Oración por Wilhelm Grimm.
1864-90	*Kleinere Schriften* (J).	Escritos menores (Ocho tomos).
1881-87	*Klwinere Schriften* (W).	Escritos menores (Cuatro tomos).

[6] Edición realizada en colaboración con A. Schmeller.

[7] Siete partes, de las cuales dos fueron publicadas ese mismo año, y las cinco restantes en 1842, 1863, 1866, 1869 y 1878, respectivamente.

[8] Primer tomo. El segundo se publicó en 1860, y el tercero en 1862.

Títulos publicados

Charles Perrault
Cuentos de antaño

Lyman Frank Baum
El maravilloso mago de Oz

Carlo Collodi
Las aventuras de Pinocho

Antonio Rodríguez Almodóvar
Cuentos al amor de la lumbre (I y II)

Alexandr Nikoláievich Afanásiev
Cuentos populares rusos (I, II y III)

Mark Twain
Las aventuras de Tom Sawyer

Kenneth Grahame
El viento en los sauces

Lewis Carroll
Las aventuras de Alicia

Johanna Spyri
Heidi

Anónimo
Cuentos populares azerbaidjanos

José María Sánchez-Silva
Marcelino Pan y Vino

Félix Salten
Bambi

Jacob y Wilhelm Grimm
Cuentos de niños y del hogar (I, II y III)







Con este tercer volumen se completan los *Cuentos de niños y del hogar,* que los hermanos Grimm fueron recopilando a lo largo de medio siglo. La colección completa consta de 200 cuentos, a los que añadieron al final diez «leyendas para niños». Como nunca olvidaron el «uso científico de la colección», su labor fue tanto de adición como de poda. Todavía en la última edición escribían: «Se ha añadido un cuento del siglo XV, y otros tres, tomados de tradición directa, suplen a unos cuantos que han sido eliminados, por ser de procedencia extranjera.»

Los cuentos de Grimm forman ya parte ineludible de esa literatura mágica donde, como escribe Hermann Grimm, «los bosques y las montañas, el fuego y las estrellas, los ríos y las fuentes, la lluvia y el viento hablan y poseen buena o mala voluntad y la mezclan en los destinos humanos».